

**A LA SOMBRA
DEL ÁRBOL
VIOLETA**
SAHAR DELIJANI



La casa de ladrillos rojos es grande y espaciosa y, en el jardín, una fuente azul comparte protagonismo con un enorme jacarandá centenario, que con su generosa sombra cobija un grupo de niños que juegan bajo un sol implacable. Pero esta bucólica escena esconde una realidad descarnada. Estamos en Irán, a comienzos de los ochenta, y el gobierno fundamentalista, liderado por el ayatolá Jomeini, ha iniciado una brutal depuración que afecta a miles de personas de todas las ideologías, incluso aquellas que han participado activamente en el triunfo de la revolución; perseguidas, encarceladas o aniquiladas, las víctimas del nuevo régimen dejan tras de sí miles de familias desamparadas.

Sahar Delijani, nacida en la prisión de Evin, Teherán, en 1983, es uno de aquellos niños que correteaban a la sombra del árbol violeta. Los recuerdos de sus primeros trece años de vida, criada por diversas personas en un estado de excepción permanente, hasta que su familia pudo por fin emigrar a Estados Unidos, son la base de esta conmovedora novela que se publicará en veintisiete idiomas y setenta países. A través del tortuoso camino que se ven obligados a recorrer sus personajes principales, Neda, Omid y Sheida, desde su niñez hasta su juventud, Delijani da voz a una generación que, por primera vez, habla sin tapujos de la experiencia vivida por sus padres y asume el desafío de mantener viva la contestación con la esperanza de que nadie tenga que sufrir la tragedia que ellos conocieron.

Narrada con un lenguaje terso, casi poético, que describe con guantes de terciopelo verdades como puños, esta historia es un fascinante recorrido por las vidas de unos hombres y mujeres que, desde la pequeñez de lo cotidiano, revelan su dimensión más profundamente humana y universal.

Lectulandia

Sahar Delijani

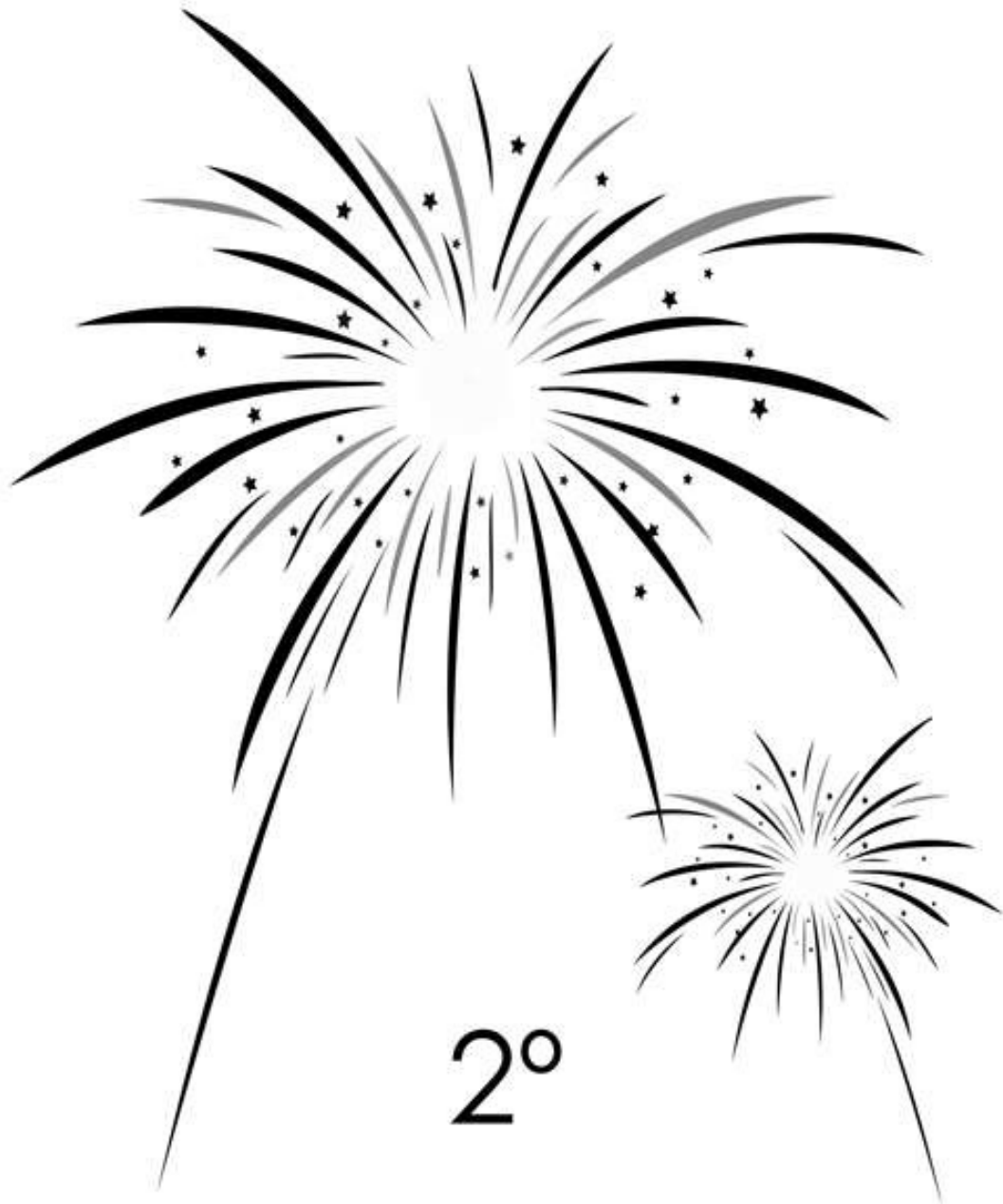
A la sombra del árbol violeta

ePub r1.1
Titivillus 01.11.15

Título original: *Children of the Jacaranda Tree*
Sahar Delijani, 2013
Traducción: Ana Rita Da Costa García
Diseño de cubierta: Regina Starace, Shutterstock y Getty Images

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



2°

Aniversario
Edición conmemorativa



A mis padres

1983
Prisión de Evin, Teherán



Azar iba sentada en el suelo de chapa ondulada de la furgoneta, acurrucada contra la pared. El vehículo daba bandazos por la sinuosa calle, zarandeando a Azar de aquí para allá. Con la mano libre se aferraba a lo que, al tacto, parecía un asidero. La otra mano sujetaba su vientre tenso y abultado, que se contraía obligándola a respirar de forma entrecortada, irregular. Una ardiente punzada de dolor surgió en un punto indeterminado de su columna y se extendió a todo el cuerpo como un estallido. Reprimiendo un grito, Azar cerró los dedos en torno al chador que la envolvía y lo estrujó con tanta fuerza que se le blanquearon los nudillos. Cada vez que la furgoneta doblaba una esquina, se veía lanzada contra los costados del vehículo. Con cada sacudida y cada bache, su cuerpo rebotaba hacia el techo y la criatura que llevaba en el vientre se tensaba y se encogía. La venda que le tapaba los ojos estaba empapada de sudor.

Se llevó una mano a los ojos para secárselos. Aunque iba sola en la parte trasera de la furgoneta, no se atrevió a quitarse la venda, pero sabía que había una ventanilla a su espalda. Había tocado el cristal al subirse. Si la Hermana en el asiento delantero se volvía, podría verla, o tal vez se detuvieran de repente y no le diera tiempo a ponerse de nuevo la venda.

No sabía qué sucedería si la sorprendieran con los ojos descubiertos, pero prefería no saberlo. A veces intentaba convencerse de que el miedo que había anidado en su interior, que la seguía allá donde fuera, no estaba justificado; nadie le había levantado la mano jamás, ni la había empujado, ni siquiera amenazado. No tenía ningún motivo para temer a las Hermanas y los Hermanos, ninguna razón tangible. Pero había oído los gritos que hacían vibrar los muros de la cárcel y resonaban en los pasillos desiertos, despertando a las reclusas por la noche, interrumpiendo la conversación de las que compartían almuerzo, sumiéndolas en un silencio de dientes apretados y extremidades agarrotadas que se prolongaba hasta la noche. Nadie sabía de dónde venían aquellos gritos. Nadie se atrevía a preguntarlo. Pero eran gritos de dolor, eso sí lo sabían. Nadie habría podido confundir aquellos alaridos con un lamento de otra clase; eran aullidos de un cuerpo privado de su identidad, abandonado, aplastado hasta acabar convertido en una masa informe cuya única manifestación vital era la fuerza con que rasgaba el silencio entre los muros de la prisión. Y nadie sabía cuándo le llegaría el turno, cuándo desaparecería por el pasillo sin dejar más rastro que sus gritos. Así que seguían viviendo, esperando y acatando órdenes a la sombra de una amenaza que —bien lo sabían— no podrían esquivar para siempre.

Por una rendija situada por encima de su cabeza se colaba en la furgoneta, amortiguado, el clamor de la ciudad, que a esa hora se desperezaba: el enrollar de las persianas, los bocinazos, las risas infantiles, los pregones de los vendedores ambulantes. Por la ventanilla oía también los sonidos intermitentes del parloteo y las risas en la cabina, aunque no alcanzaba a distinguir lo que decían. Sólo oía las carcajadas de la Hermana en respuesta a lo que uno de los Hermanos acababa de contar. Azar trató de acallar las voces que resonaban en la furgoneta concentrándose

en el rumor de las calles de Teherán, su querida ciudad, que llevaba meses sin ver ni oír. Se preguntó hasta qué punto habría cambiado, después de tres años de guerra con Irak. ¿Habrían llegado los combates a la capital? ¿Se habrían visto sus habitantes obligados a abandonar la ciudad? A juzgar por el ruido que procedía de las calles, todo parecía igual que siempre, el mismo caos, el mismo bullicio de lucha, de supervivencia. Se preguntó qué estarían haciendo sus padres en ese momento. Ella seguramente estaría en la cola de la panadería, él subiéndose a la motocicleta para irse a trabajar. Al pensar en ellos, Azar sintió un nudo en la garganta. Levantó la cabeza, abrió la boca e intentó aspirar el aire que entraba por la rendija.

Echó la cabeza atrás e inspiró con tanta fuerza que la garganta empezó a escocerle y tuvo un acceso de tos. Deshizo el apretado nudo del pañuelo y dejó que el chador le resbalara de la cabeza. Se agarró con fuerza al asidero, tensando todo el cuerpo para tratar de sobrellevar el zarandeo y los batacazos de la furgoneta mientras otra punzada de dolor la atravesaba como una bala ardiente. Intentó incorporarse; se le erizaba el vello sólo de pensar en tener que dar a luz allí, en el suelo metálico de una furgoneta, en aquellas calles surcadas de baches, mientras la estridente risa de la Hermana resonaba en sus oídos. Aferrándose con más fuerza a la manija, respiró hondo y trató de hacer caso omiso del impulso que nacía de lo más profundo de sus entrañas. Estaba decidida a impedir que el bebé naciera antes de que llegaran al hospital.

Justo entonces, notó un líquido entre sus piernas y contuvo la respiración mientras el reguero se le deslizaba por el muslo. Se apartó el chador. Presa del pánico, se palpó los pantalones con los dedos. Sabía que hacia el final del embarazo las mujeres rompían aguas, pero no lo que venía después. ¿Significaba aquello que el parto era inminente? ¿Era peligroso? Azar acababa de ponerse a hojear unos libros sobre el embarazo cuando llamaron a su puerta. Estaba a punto de llegar al capítulo en que se hablaba de la rotura de aguas, las contracciones y lo que debía incluir la bolsa del hospital cuando, más que llamar, aporrearon la puerta de su casa como si quisieran echarla abajo. Cuando la sacaron a rastras, la prominencia de su vientre empezaba a notarse.

Apretó los dientes mientras el corazón le latía desbocado. Deseó que estuviera allí su madre para explicarle qué ocurría. Su madre, con su voz grave y su rostro amable. Deseó tener algún objeto suyo al que aferrarse, una prenda de ropa, su pañuelo. Eso la habría ayudado.

Deseó que Ismael estuviera allí para que le cogiera la mano y le dijera que todo iba a salir bien. Él se habría asustado, lo sabía, si la hubiese visto en semejante estado se habría vuelto loco de angustia. La habría mirado fijamente con sus expresivos ojos castaños como si quisiera tragarse aquel dolor, hacerlo suyo. Nada lo disgustaba más que verla sufrir. Una vez, cuando Azar se cayó de la silla a la que se había encaramado para coger uvas de la parra, Ismael se llevó tal susto al verla gimiendo en el suelo que casi lloró mientras la cogía en brazos. «Creí que te habías roto la

columna —le confesó más tarde—. Me moriría si algo te pasara». Gracias al amor de Ismael, Azar se sentía como una montaña: inquebrantable, inmortal. Necesitaba aquel amor que todo lo abarcaba, aquellos ojos afligidos, pues en su empeño por tranquilizar a Ismael, por disipar sus temores, siempre se las arreglaba para tranquilizarse también a sí misma.

Deseó que su padre estuviera allí para poder llevarla en brazos a su coche y conducir como un loco hasta el hospital.

La furgoneta se detuvo de pronto y arrancó a Azar de sus pensamientos. Se volvió bruscamente, como si pudiera ver. Sin embargo, aunque el refunfuño del motor había enmudecido, no se abrió ninguna puerta. Buscó a tientas el pañuelo para apretar de nuevo el nudo y cubrirse la cabeza. Una vez más, las risas de la Hermana llegaron a sus oídos. Pronto se hizo evidente que estaban esperando a que el Hermano acabara de contar alguna anécdota. Azar los esperó con las manos temblorosas en el resbaladizo dobladillo del chador.

Al poco, oyó que las portezuelas del vehículo se abrían y se cerraban. Alguien introdujo una llave en la cerradura de la puerta posterior. Sin soltar la reja, Azar se arrastró hacia delante. Estaba en el borde de la furgoneta cuando las puertas se abrieron.

—Baja —ordenó la Hermana mientras le esposaba las muñecas.

Azar apenas se tenía en pie. Avanzó a trompicones al lado de la Hermana, sumida en la oscuridad de la venda que le cubría los ojos, mientras los pantalones mojados se le pegaban a los muslos. Poco después unas manos le quitaban la venda por detrás, y de pronto se vio en un pasillo tenuemente iluminado, a ambos lados del cual se sucedían puertas cerradas. Había unas pocas sillas de plástico apoyadas contra las paredes, decoradas con carteles de niños sonrientes y la fotografía enmarcada de una enfermera que se llevaba un dedo a los labios para pedir silencio. Azar sintió un gran alivio al comprender que por fin habían llegado al hospital de la prisión.

Unas enfermeras jóvenes pasaron a toda prisa. Azar se quedó mirándolas mientras desaparecían pasillo abajo. Era maravilloso ver de nuevo, y su mirada saltaba apresurada, libre, de las paredes verdes a las puertas, a los fluorescentes empotrados del techo, a las enfermeras con uniforme y zuecos blancos que iban y venían sin cesar, abriendo y cerrando puertas, con el rostro encendido por el ajetreo del trabajo. Azar se sintió menos indefensa ahora que podía ver, y hasta cierto punto en igualdad de condiciones respecto a los demás. Con la venda se había notado incompleta, mutilada, atrapada en un mundo líquido de vulnerabilidad física donde cualquier cosa podía suceder sin que pudiera defenderse. Ahora tenía la sensación de que le bastaba con una mirada para mantener a raya el pavor que la había consumido hasta entonces, que le impedía llegar a sentirse entera, sentirse del todo persona. Con los ojos abiertos, en aquel pasillo en penumbra rodeado por el bullicio de la vida y el nacimiento, Azar notó que empezaba a recuperar su condición humana.

Tras algunas de aquellas puertas sonaba, apagado, el llanto de los bebés. Azar

escuchó con atención, como si aquel continuo coro hambriento encerrara un mensaje para ella, un mensaje desde el otro lado del tiempo, desde el otro lado de su cuerpo y sus entrañas.

Una enfermera se detuvo ante ellos. Una mujer corpulenta con ojos claros color avellana. Miró a Azar de arriba abajo y se volvió hacia la Hermana.

—Es un día de mucho ajeteo. Estamos desbordados por la Fiesta del Sacrificio y no sé si queda alguna habitación libre. Pero subid conmigo. Por lo menos que la doctora le eche un vistazo.

La enfermera las condujo hasta un tramo de escaleras que Azar subió con esfuerzo. Cada pocos escalones tenía que detenerse para recuperar el aliento. La enfermera avanzaba por delante de ellas como si las evitara, y en especial a esa reclusa con su bebé y su sufrimiento, el rostro descarnado perlado de sudor.

Subieron una planta tras otra. Azar arrastraba su cuerpo de pasillo en pasillo, de una puerta cerrada a la siguiente. Finalmente, la doctora que había en una de las habitaciones les indicó que pasaran. Azar se tumbó rápidamente en la camilla y se puso en las manos eficientes, impersonales, de la doctora. El bebé que llevaba en el vientre estaba tenso como un nudo.

—Como os he dicho, no podemos tenerla ingresada —dijo la enfermera en cuanto la doctora se marchó, mientras la puerta de vaivén oscilaba en silencio a su espalda—. No pertenece a esta cárcel. Tendréis que llevárosla de aquí.

La Hermana le ordenó por señas que se levantara.

Azar bajó las escaleras, un tramo tras otro, una planta tras otra, aferrándose al pasamanos con el cuerpo tenso, rígido, la respiración jadeante. El dolor iba en aumento. Le atenazaba la espalda, luego el vientre. Dio un grito ahogado al notar como si unas manos gigantescas quisieran arrancarle el bebé de sus entrañas. Por unos instantes, para su bochorno, se le arrasaron los ojos en lágrimas. Apretó los dientes, tragó saliva. Aquél no era lugar para llorar. No en aquellas escaleras, no en aquellos largos pasillos.

Antes de salir del hospital, la Hermana se aseguró de que la venda estuviera bien ceñida en torno a los ojos inyectados en sangre de su prisionera.

De vuelta en el suelo de chapa ondulada, las puertas se cerraron de golpe. La furgoneta olía a calor y sufrimiento intenso. Tan pronto como el motor se puso en marcha, los ocupantes de la cabina reanudaron la conversación que habían interrumpido al llegar. La Hermana parecía exultante. Había un punto de coquetería en su voz y su risa estridente.

Azar se acomodó en la misma postura, arrellanándose un poco a causa del cansancio. Mientras la furgoneta serpenteaba, abriéndose paso entre el ruidoso tráfico, recordó la primera vez que había invitado a Ismael a casa. También entonces hacía calor. Él desprendía un olor dulce, a jabón y felicidad, mientras caminaba a su lado por la angosta calle. Azar le había dicho que quería enseñarle sus raíces, la casa donde vivía, con sus muros bajos de ladrillo, la fuente azul y el jacarandá que reinaba

sobre todas las cosas. Ismael se había mostrado reticente. ¿Y si los padres de ella volvían y lo sorprendían en su casa? Pero la acompañó de todos modos. «Sólo un vistazo», prometió Azar, riendo y cogiéndolo de la mano. Corrieron de habitación en habitación, atesorando ese momento que compartirían para siempre, al igual que sus vidas, al igual que la fragancia floral que los envolvía.

Azar se preguntó dónde andaría Ismael, si estaría sano y salvo. Había pasado meses sin noticias suyas, sin poder siquiera averiguar si seguía con vida. «No, no, no». Negó con la cabeza repetidas veces. No debía pensar en eso. «Ahora no». Había oído decir a algunas de las reclusas recién llegadas que a los hombres también los habían trasladado a la prisión de Evin. La mayoría de ellos. Si lograban llegar a Evin, era señal de que habían sobrevivido a los interrogatorios y a todo lo demás —todo aquello en lo que Azar no se atrevía a pensar siquiera— en el centro de detención Komiteh Moshtarak. Estaba segura de que Ismael era uno de esos hombres. Estaba segura de que se encontraba en Evin, como ella. Tenía que ser así.

Una vez más, la furgoneta se detuvo y la puerta se abrió de par en par. En esta ocasión, sin embargo, no le quitaron la venda de los ojos. Azar percibió la débil claridad del sol a través de la tela cuando se apeó y, con paso vacilante, acompañó a los Hermanos hasta otro edificio, donde enfilaron un pasillo. Supuso que la habían llevado a la maternidad de otro hospital, pues no tardó en oír los gemidos y alaridos de las parturientas. Sintió un atisbo de esperanza. Quizá fueran a dejarla en las manos seguras de los médicos. Tal vez aquel suplicio estuviera a punto de acabar. La venda se descolgó ligeramente y, por una rendija, Azar espío con avidez el embaldosado gris del largo pasillo y las patas metálicas de las sillas dispuestas en hilera a lo largo de las paredes. Varias personas la adelantaron a toda prisa, quizá enfermeras cuyos pasos, amortiguados por el calzado de suela blanda, se desvanecían en el pasillo con un rumor sordo. Al pasar junto a ella, desplazaban leves ráfagas de aire que le acariciaban el rostro.

Al poco, cambiaron de dirección y subieron otro tramo de escaleras. Los gemidos de las mujeres se desvanecieron. Aguzó el oído y supo que la estaban alejando de la maternidad. Un aleteo nervioso hizo temblar sus párpados. Cuando al fin se detuvieron y una puerta se abrió, la condujeron a una habitación y le ordenaron tomar asiento. Exhausta, se dejó caer en una silla de madera. El sudor que le resbalaba por la frente se le metía en los ojos mientras una punzada de dolor volvía para reclamar su atención. «Pronto vendrá la doctora», pensó tratando de consolarse.

Sin embargo, se dio cuenta de que no esperaban a una doctora en cuanto al otro lado de la puerta cerrada oyó un chancleteo cada vez más sonoro. Sabía lo que significaba ese sonido, y que al oírlo debía prepararse. Cerró los dedos en torno al metal tibio y húmedo de las esposas y apretó los ojos con la esperanza de que el chancleteo pasara de largo. Cuando el sonido enmudeció delante de la puerta, se le encogió el corazón. Habían venido por ella.

La puerta se abrió con un chirrido. Por debajo de la venda vislumbró un pantalón

negro y dos escuálidos pies masculinos con uñas largas y afiladas. Lo oyó cruzar la habitación con parsimonia, apartar una silla haciendo chirriar las patas en el suelo y tomar asiento. Azar se tensó ante esa presencia inquietante que no alcanzaba a ver pero que sentía con cada molécula de su cuerpo. La criatura que llevaba en el vientre se retorció y empujaba. Se arropó con el chador y no pudo evitar una mueca de dolor.

—¿Nombre y apellido?

Azar contestó con voz temblorosa. Luego dijo el nombre del partido político al que pertenecía y el nombre de su marido. Otra punzada de dolor la obligó a doblarse en dos y se le escapó un gemido. Pero el hombre no parecía oír ni ver nada. Las preguntas siguieron brotando de sus labios con una monotonía mecánica, como si las leyera de una lista que le hubiesen dado y de la que nada supiera. En su voz había una agresividad que nacía del profundo y peligroso tedio de un interrogador cansado de sus propias preguntas.

Hacía mucho calor en la habitación. Bajo las gruesas capas del guardapolvo y el chador, Azar estaba empapada de sudor. El hombre le preguntó cuándo habían detenido a su marido. Azar contestó, y luego dijo a quién conocía y a quién no. Se le quebraba la voz cada vez que una nueva oleada de dolor la traspasaba. «Debo mantener la calma —se decía—. No debo hacer sufrir al bebé». Movía la cabeza en señal de negación para conjurar la imagen que se empecinaba en acudir a su mente: la de un niño, su hijo, deforme, roto, una visión de irreversible agonía. «Como los niños de Biafra». Azar soltó un gruñido. Gotas de sudor se deslizaban por su espalda.

¿Dónde se celebraban las reuniones?, preguntó el hombre. ¿Cuántas personas acudían a las mismas? Mientras se aferraba a la silla para sobreponerse a las nuevas oleadas de dolor que le impedían pensar con claridad, Azar intentaba recordar las respuestas correctas. Las mismas que había dado interrogatorio tras interrogatorio. Ni una sola fecha, ni un solo nombre, ni un solo dato que afirmara conocer o ignorar debía diferir de los anteriores. Sabía por qué estaba allí, por qué habían creído que aquél era el momento perfecto para interrogarla, para acorralarla. «Mantén la calma», se repetía mientras contestaba. Y mientras omitía nombres, fechas, lugares, reuniones, trataba de conservar la serenidad imaginando los pies de su bebé, las manos, las rodillas, la forma y el color de sus ojos. El dolor arreció en su interior. Azar se retorció, estupefacta por la intensidad de aquellas contracciones. Nunca hubiese creído que se podía experimentar tal dolor. Empezaba a rendirse a él. «Dedos, nudillos, aletas de la nariz, lóbulos de las orejas, cuello».

¿Dónde había mandado imprimir los panfletos? Azar oyó que el hombre repetía la pregunta. Intentó contestar, pero las contracciones parecían engullirla y no le permitían hablar. Se inclinó hacia delante, agarrándose a la mesa que tenía ante sí. Oyó un gemido que brotaba de sus propios labios. «Ombligo, pelo negro, curva de la barbilla». Respiró hondo. Tenía la sensación de que iba a perder el conocimiento. Se mordió la lengua. Se mordió los labios. Notó el sabor de la sangre mezclándose con la saliva. Hincó los dientes en sus propios nudillos blancos.

El mundo se desvanecía rápidamente a medida que el dolor iba en aumento. Ya no alcanzaba a oír nada y apenas percibía lo que ocurría en el exterior. Las sucesivas contracciones la habían sumido en un espacio donde no existía nada más, nada excepto un dolor tan intenso e inconcebible que ya no parecía formar parte de ella, sino que se le antojaba un estado vital, una forma de ser. Ya no era un cuerpo, sino un espacio donde se libraba una lucha sin cuartel, donde el dolor, puro e infinito, campaba a sus anchas.

No sabía cuánto tiempo llevaba el hombre esperando respuesta a la pregunta sobre los panfletos, pero ésta nunca llegó. Apenas era consciente de lo que sucedía a su alrededor cuando oyó que cerraba una libreta. Supo que el interrogatorio había terminado. La sensación de alivio fue casi vertiginosa. No oyó al hombre levantarse, pero sí reconoció el chancleteo de sus pasos alejándose. Pronto oyó la voz de la Hermana, ordenándole que se pusiera en pie. Azar salió a trompicones de la habitación y enfiló el pasillo, flanqueada por la Hermana y otra persona que le dio la impresión de ser una enfermera. Apenas podía seguirlas. Avanzaba arrastrando los pies, casi doblada sobre sí misma, con la respiración entrecortada. Las esposas pesaban como losas en sus muñecas. Bajaron el tramo de escaleras. Volvió a oír los gemidos de las parturientas.

—Hemos llegado —dijo la enfermera cuando se detuvieron.

La Hermana le abrió las esposas y le quitó la venda de los ojos.



Se encaramó a una estrecha camilla en una sala repleta de enfermeras y una doctora. La pared a su derecha resplandecía, bañada por el sol del atardecer. En una pausa entre contracciones, Azar se abandonó por completo al agotamiento, dejó los brazos tendidos a ambos lados del cuerpo y contempló aquella película de luz satinada mientras se dejaba examinar por la doctora.

Junto a ésta estaba la Hermana, observando en silencio. Azar se negaba a mirarla. Se negaba a reconocer su presencia en aquella sala. Es más: deseaba olvidarla por completo. No sólo a la Hermana, sino a todo lo que su presencia representaba: el cautiverio de Azar, la soledad, el miedo, el tener que dar a luz en una cárcel. Ahora era una forastera, rodeada de gente que la veía como una enemiga a la que someter y derrotar, que percibía su mera existencia como una amenaza a su autoridad, a su noción del bien y el mal, de lo moral y lo inmoral. Gente que la detestaba porque se negaba a aceptar lo que le ofrecían como el fin por el que había luchado. Gente que la veía como una enemiga porque se negaba a creer que su Dios tuviera todas las respuestas.

Azar quería cerrar los ojos y fingir que no estaba allí, sino en otro tiempo, otro lugar, otra sala de hospital, con Ismael a su lado, acariciándole el rostro, observándola con inquietud, sosteniéndole la mano sin soltarla un instante, y con sus padres al otro lado de la puerta, esperando, él caminando de aquí para allá en el pasillo, ella

abrazando la bolsa para el hospital como si le fuera la vida en ello, sentada al borde de la silla, lista para levantarse de un brinco en cuanto la necesitaran.

Allí, por más que tendiera la mano, nadie se la cogería. Sus dedos sólo podían asir el vacío. Estaba completamente sola.

—El bebé se ha girado —oyó decir a la doctora.

Miró hacia abajo, hacia su propio vientre. El bulto tirante que recordaba haber visto en algún punto cercano a su ombligo parecía haber trepado hasta el espacio situado entre sus senos.

La doctora se volvió hacia las dos mujeres que estaban detrás de Azar.

—Hay que empujarlo para que baje.

Azar se quedó sin aliento. ¿Empujarlo? ¿Cómo? Las dos mujeres, que parecían comadronas, se acercaron a ella. Las arrugas que surcaban sus rostros y sus manos delataban sus orígenes rurales, de esas aldeas apartadas que surgían tras el recodo de un camino estrecho y embarrado. Ambas sujetaban jirones de tela. Azar se estremeció de miedo. ¿Para qué querían esos andrajos? ¿Qué iban a hacerle? ¿Amordazarla para impedir que sus gritos se oyeran fuera? Las mujeres miraron a la Hermana, que cogió uno de los jirones de tela y les enseñó cómo atar la pierna de Azar. Ésta se estremeció al notar el tacto de aquellos dedos húmedos, encallecidos, que la ataban a las barras de la camilla. Las mujeres parecieron vacilar, pero finalmente hicieron lo que se les ordenaba. Una de ellas sujetó las piernas, la otra los brazos. Azar sintió una terrible punzada que sacudió todo su cuerpo. Fin de la tregua: habían vuelto las contracciones.

La doctora tendió una manta sobre las piernas de Azar, se apostó frente a ella y se inclinó hacia delante.

—Vamos allá.

Después de atarla a la camilla, las comadronas entrelazaron los dedos y colocaron las manos cerca de los senos de Azar. Ésta las veía hacer, impotente a causa del dolor, mientras su corazón latía como si fuera a salirse del pecho. Tenía miedo de aquellas mujeres, de lo que se disponían a hacerles a ella y al bebé. ¿Estaba en un hospital de verdad? ¿Quiénes eran aquellas mujeres y de dónde habían salido? ¿Sabían lo que hacían?

Azar se oyó gruñir de dolor. Las mujeres respiraban hondo para prepararse, como púgiles antes del combate. Entonces, con los ojos muy abiertos y los labios fruncidos, con aquellas manos que quizá habían exprimido el vientre hinchado de una vaca o tirado de las trémulas patas de un cordero, propinaron un fuerte empujón al bulto que era su hijo.

La brutalidad insoportable del golpe la paralizó por completo, y acto seguido un grito salvaje y desconocido brotó de su garganta. Un alarido tan poderoso que el eco le sacudió el cuerpo entero. Se incorporó hacia delante, tratando de apartar a aquellas mujeres de su vientre, de su hijo. ¿Iban a matarlo a empujones? ¿Querían estrangularlo? No podía mover las manos, pero adelantó el cuello, dispuesta a

morderlas. En ese momento, otra punzada la obligó a acostarse de nuevo.

—¡Empuja! —ordenó la médica.

El bulto se resistía. Las mujeres volvieron a apretarlo hacia abajo, con el rostro sonrojado a causa de la presión que ejercían con sus gruesos dedos. El sudor relucía en sus frentes, en el perfil de las narices. Les temblaban los labios de tanto apretar.

Azar notó que su cuerpo se enfriaba mientras un nuevo aullido brotaba de sus entrañas. La vista se le oscureció unos instantes. Al recuperarla, vio que una de las mujeres estaba de pie junto a ella. Era más joven que la otra, seguramente de su misma edad, poco más de veinte años. En sus ojos negros y almendrados había un brillo amable.

—Todo va bien —le susurró para darle ánimos, poniendo la mano fría sobre la frente de Azar, que estaba ardiendo—. Ya hemos conseguido que se dé la vuelta, ahora sólo tienes que empujar.

Justo cuando llegaba una nueva contracción, añadió:

—Ya falta poco para que veas a tu bebé.

La mujer sonrió, pero Azar la miró con ojos desorbitados. No comprendía qué significaba todo aquello, qué le decía la joven. Algo en su interior se abría paso con ciega determinación, algo que escapaba por completo a su control. Su cuerpo se tensó y soltó otro alarido.

—Eso es, empuja. ¡Otra vez! —La Hermana le cogió la mano—. ¡Grita! ¡Invoca a Dios, al imán Alí! ¡Hazlo ahora por lo menos!

El dolor, frío y denso, le traspasó el cuerpo. Azar chilló y se aferró al brazo de la joven. No invocó a nadie.

—¡Ya sale! —exclamó la doctora—. ¡Así se hace, un empujón más!

Azar notó que algo se rasgaba en su interior. Se rasgaba y se desprendía de sus entrañas.

Con un último vestigio de fuerza, empujó por última vez. Luego la oscuridad la envolvió. A lo lejos, oyó el débil llanto de un bebé.



Cuando abrió los ojos, no había nadie en la habitación. La brisa fría que entraba por la ventana abierta la hizo estremecerse. Seguía atada a la camilla, con las piernas entumecidas. Tenía mechones de pelo húmedo pegados al rostro y los pies le dolían como si los tuviera llenos de esquirlas de cristal.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí. Horas, días, una eternidad. Volvió los ojos, ávidos y ansiosos, hacia la puerta. «¿Dónde se han llevado a mi bebé?». Al poco, la puerta se abrió con un chirrido y la Hermana entró con parsimonia, ciñéndose el chador negro. Azar abrió la boca para decir algo, para preguntar por su hijo, pero tenía los labios tan resecos que se le agrietaban al intentarlo. Detrás de la Hermana entraron las dos comadronas.

—Tu hija está en la habitación de al lado —informó la Hermana como si le

hubiese leído el pensamiento o adivinado la pregunta en sus labios reventados—. Ignoro cuándo te la traerán.

Azar cerró los ojos. «Es una niña», pensó. Una sonrisa exhausta pero triunfal afloró a sus labios, aunque también una punzada de angustia. No sabía si creer a la Hermana. ¿Y si el bebé había muerto y le estaba mintiendo? ¿Y si no era más que otra trampa cruel? ¿Y si el llanto que había oído en la habitación había enmudecido tal como brotaba de su garganta? Miró a la comadrona más joven, que le sonrió y asintió en silencio. Azar no tuvo más remedio que creérsela.

Las comadronas se la llevaron en la camilla por el pasillo, a otra habitación cuya ventana estaba cerrada. Una vez allí, la desataron. Algo en los rostros de aquellas mujeres le recordaba a las madres de los niños a quienes daba clase en las aldeas de las afueras de Teherán, durante el primer año posterior a la revolución. Mudas, obedientes, junto a sus hijos mal vestidos, asintiendo a cuanto decía Azar. Recordaba sus ojos rebosantes de admiración, la deferencia rayana en el temor con que miraban a esa chica de ciudad que abría y cerraba libros como si tal cosa, que hablaba un farsi perfecto, que parecía fuera de lugar con su ropa moderna en aquella escuela formada por cuatro paredes de adobe.

Se le encogió el corazón al recordar aquellos tiempos, cuando trabajaba con fervor por construir un nuevo país, mejor y más justo. Qué contenta regresaba a Teherán por las noches, en autobús. Sentía una verdadera comunión con la ciudad, que parecía electrizada, que bullía de expectación y entusiasmo por lo que le brindaba no sólo el futuro, sino también el presente. Azar no veía la hora de llegar a casa, al diminuto apartamento donde Ismael estaría esperándola. Aún recordaba cómo, con sólo ver el resplandor de la lámpara del salón a través de las cortinas, le brincaba el corazón de alegría. Noche tras noche, aquella luz, señal de que Ismael estaba en casa y que ella pronto descansaría entre sus brazos, hacía que sonriera y se le acelerara el pulso mientras subía las escaleras a toda prisa. Cuando entraba en el piso, el olor a arroz hervido llenaba su olfato. Ismael iba a su encuentro, la rodeaba con los brazos y le decía «*Khaste nabaashi azizam*», «Ojalá nunca te canses». Y entonces ella preparaba un té, y mientras lo tomaban sentados junto a la estrecha ventana que daba al patio arbolado ya sumido en la oscuridad, él le hablaba de Karl Marx y ella le leía poemas de Forugh Farrokhzad.

No había pasado más de un año desde la revolución, y tanto Azar como Ismael seguían imbuidos de su fervoroso éxtasis. Aún se les empañaban los ojos y se les quebraba la voz de emoción cuando hablaban de su triunfo, del triunfo de una nación que había derrocado al sah, al que en tiempos fuera el monarca intocable. Aquello los llenaba de esperanza. Sin embargo, sabían que algo había salido mal. Les ponían los pelos de punta esos hombres de rostro severo cuyas palabras rezumaban ira, intransigencia y fervor religioso, los mismos que habían tomado las riendas del poder erigiéndose en defensores de las palabras justas y las leyes sagradas. «¿Qué está pasando?», le preguntaba a veces a Ismael, desesperada. Poco a poco, se hacía

evidente que aquellos hombres se consideraban los únicos propietarios legítimos de la revolución, así como sus indiscutibles vencedores. Purgaron las universidades de lo que denominaban actividades antirrevolucionarias, cerraron diarios, prohibieron partidos políticos. Sus palabras se hicieron ley y todos los demás pasaron a la clandestinidad. Entre ellos, Azar e Ismael.

Azar encogió brazos y piernas. Un violento temblor la sacudía y no podía dejar de tiritar. La mujer más joven salió de la habitación y volvió con una manta. La cubrió y Azar se aovilló, tratando de entrar en calor. Las mujeres se marcharon y cerraron la puerta con sigilo.

Azar se cubrió la cabeza con la manta y aspiró el aire cálido. Cerró los ojos y meció el cuerpo a la espera de que se le pasara el frío, de recobrar la calma. Pasó largo tiempo bajo la manta, convertida en un bulto amorfo.

Poco a poco, a medida que el calor se iba extendiendo como un líquido por su cuerpo, asomó la cabeza, luego los hombros. Al otro lado de la habitación había una camilla vacía con las sábanas revueltas y la almohada hundida en el centro. Daba la sensación de que acababan de llevarse a su ocupante. En el suelo, al lado de la camilla, había un plato con arroz y judías verdes que alguien había dejado a medias. Al posar la vista en la comida, de pronto Azar se dio cuenta de lo hambrienta que estaba. No había probado bocado desde la víspera. Sin apartar los ojos del plato, sacó las piernas de debajo de la manta. No podía desaprovechar la ocasión, tenía que conseguir ese plato. Intentó levantarse, pero le fallaron las piernas. A punto de caerse, se cogió a la barra de la camilla y se agachó con cuidado hasta el suelo. El corazón le latía con fuerza cuando se tendió en las baldosas frías y empezó a arrastrarse hacia el plato.

Cuanto más se acercaba, más audaz se sentía, más decidida a rebañar hasta el último grano de arroz. Iba a comer, y lo haría sin el consentimiento de la Hermana. Iba a coger el plato y engullir cuanto había en él. Hacerlo suyo, parte de su cuerpo, de su ser. Ansiaba poseerlo todo: el arroz, las judías, el plato mismo. Hasta le pasó por la cabeza esconderlo en algún sitio y llevárselo de vuelta a la cárcel. Le entraron náuseas a causa del hambre, pero también de su descaro, de la perspectiva de comer, del temor a que la sorprendieran antes de que alcanzara el plato, el tesoro que en ese momento valoraba como la vida misma. Hincó los codos en el suelo y se arrastró más deprisa.

El arroz estaba frío y reseco, y al engullirlo los granos le rasparon la garganta. Pensó en los cubos de comida que la Hermana repartía a las prisioneras para almorzar. Sus dedos iban y venían deprisa, recogiendo el arroz y las judías para llevárselos a la boca. Le dolían los dientes y su lengua era incapaz de saborear nada. Masticó apresuradamente, sin poder evitar que le cayeran granos entre los dedos. En cualquier momento todo aquello podía desaparecer, dejándola sumida una vez más en una realidad en la que nada le pertenecía, nada podía dar o tomar. En cualquier momento, la Hermana entraría en la habitación y se llevaría el plato. Pero mientras

tanto podía comer. Era su oportunidad.



La doctora, con su bata blanca, sonrió a Azar mientras le tomaba la presión arterial. Las ojeras azuladas parecían fuera de lugar en su rostro redondo y afable. La Hermana estaba de pie al otro lado de la cama, sus brazos libres de ataduras. Qué cómoda parecía con el chador negro. Todas las Hermanas lo parecían. Caminaban, hacían señas, repartían cubos de comida, vendaban ojos, cerraban y abrían esposas, todo ello con soltura, como si no existiera el estorbo de la tela resbaladiza, como si ésta no se plegara en torno a su cuerpo a semejanza de las alas de un murciélago dormido. Azar sabía que no debía insistir en ver a su hija. Si demostraba demasiado entusiasmo, la Hermana podría tardar más en llevársela sólo para castigarla, para hacerla sufrir. Azar tenía que ser buena, paciente.

—Hay un desgarró interno que podría infectarse. —La doctora dejó de inflar el brazalete que medía la presión arterial—. Tiene que quedarse ingresada por lo menos dos días.

La Hermana echó la cabeza atrás en un torpe amago de altivez. Azar adivinaba en sus grandes ojos, en el grueso labio inferior y en la mella que descubría con alguna de sus escasas sonrisas, la miseria y el hastío de los arrabales polvorientos, de los lánguidos cotilleos entre vecinas al atardecer, de ver a los chicos jugando al fútbol en calles sin asfaltar, de soñar con una tele en color, de no poder seguir estudiando más allá de la enseñanza elemental. Y allí estaba, esa mujer de los suburbios, esa reina de los plebeyos, extendiendo su gran chador negro sobre la ciudad y las privilegiadas chicas urbanas. Poco a poco, la Hermana estaba aprendiendo a enorgullecerse de esa miseria de la que provenía, del mismo modo que había aprendido a enorgullecerse del chador.

—Allí tenemos de todo —aseguró, tajante—. Podemos encargarnos de ella.

Debajo de las sábanas, la mano huesuda de Azar se deslizó hacia fuera con disimulo y pellizcó la pierna de la doctora.

—Primero tenemos que darle un tratamiento antibacteriano. —La doctora sostuvo la mirada de la Hermana sin inmutarse por el pellizco—. Eso nos llevará unos días.

—Pero podemos hacerlo allí. Tenemos de todo. Médicos, hospitales, medicinas.

Azar quería chillar que no era cierto, que la Hermana estaba mintiendo, que nadie le trataría el desgarró, que la infección se extendería hasta pudrirle las entrañas. Volvió a pellizcar la pierna de la doctora, más fuerte que antes. Casi aferrándose a ella.

—Le estoy diciendo que necesita atención, cuidados profesionales que sólo un hospital puede ofrecerle —insistió la doctora. Parecía haber comprendido el significado de los pellizcos—. Tenemos que controlar su evolución. Tiene un desgarró interno.

La Hermana lanzó una mirada fulminante a Azar, como si el desgarró fuera culpa

suya. Ésta soltó la pierna de la doctora y dejó caer la mano al lado de la camilla. La Hermana indicó a la doctora por señas que la siguiera hasta el pasillo.

Antes de que la médica se apartara, Azar le cogió la mano.

—¿Y mi bebé? —susurró.

La doctora puso una mano sobre la de Azar, que la asía con desesperación.

—Está perfectamente. No te preocupes. Pronto te la traerán.



Azar se sentó en la cama con los ojos clavados en la puerta, esperando al bebé que no llegaba. Entrelazó las manos temblando de ira, frustración, ansiedad y temor. A medida que pasaban las horas, empezaba a perder la paciencia. Tras nueve largos meses conviviendo con la niña en su seno, sintiendo cómo crecía, protegiéndola, luchando por sobrevivir con ella, le parecía inconcebible no haberla visto aún, no haberla tenido entre los brazos, no haber podido comprobar si se parecía más a Ismael o a ella, no saber aún a ciencia cierta si estaba viva. Y mientras los minutos pasaban con desesperante lentitud y ella mantenía la vista fija en la puerta, el anhelo por ver a su hija creció en su interior a tal punto que apenas le permitía respirar.

La luz del atardecer se extinguía, arrastrando sombras en las paredes. Azar se apoyó en el alféizar para incorporarse y mirar hacia fuera por la ventana cerrada. Quería saber dónde estaba. Entre las escasas y grisáceas hojas de los plátanos vio un puente colapsado por el tráfico de la hora punta. El cielo se veía empañado por la contaminación. El verano tocaba a su fin, y se oía el eco nervioso de las bocinas de los coches. Una bandada de pájaros alzó el vuelo, trazó un gran bucle en el cielo y fue a posarse en unos árboles más allá. La ciudad se le antojó cambiada. Todo estaba recién encalado, impoluto, reluciente. La cal parecía haber sido vertida en las fachadas de hormigón de un modo apresurado, como para tapar algo: la sangre, el hollín, la historia, la guerra, la interminable guerra. Era un intento desesperado de disimular la devastación cuyo aliento todos notaban en la nuca, más cerca que nunca.

Aunque Azar no había nacido allí, Teherán siempre había sido su hogar, el lugar al que pertenecía. Amaba la ciudad, con su ajetreado tráfico, los edificios de un blanco sucio y el abrumador caos. La amaba tanto que había llegado a creer que podría cambiar su destino. Y se lo había dicho a Ismael cuando le comunicó su decisión de proseguir con su actividad política. «No fue para esto para lo que luchamos, para lo que arriesgamos la vida —fueron sus palabras—. No podemos dejar que nos lo arrebatan todo».

Ismael no quiso quedarse atrás, y juntos avanzaron de la mano en todo momento. «Hagamos lo que hagamos, lo haremos juntos», dijo. Pasara lo que pasara, sería el destino de ambos. Ismael no tardó en contagiarse del entusiasmo de Azar. La acompañaba a reuniones clandestinas en habitaciones de aire enrarecido, la ayudaba a imprimir panfletos, llevaba mensajes en paquetes de tabaco, hablaba del futuro en la universidad. Y cuando llegó el momento, cuando empezaron las represalias y se hizo

demasiado peligroso seguir en contacto con la familia, también él cortó toda relación con la suya. Ambos dejaron de llamar y de contestar las llamadas de sus padres, incluso de visitarlos. Lloraban juntos, desesperados, ya sin la seguridad de estar haciendo lo correcto. Ya sin fuerzas para seguir adelante, pero sabiendo que era demasiado tarde para volver atrás. La puerta de su apartamento se volvió amenazadora, hostil, como si aguardara la respuesta a las preguntas mudas que sus padres estampaban en ella cuando llamaban con sus nudillos una y otra vez. Fue entonces cuando decidieron mudarse y borrar así todo rastro de su presencia. Eso lo haría más llevadero. Nadie volvería a llamar a su puerta. Sin ningún lazo que los uniera con su vida anterior, sería más fácil fingir que la habían olvidado.

«¿Había valido la pena?». Azar se apartó los mechones de pelo de la cara. ¿Podría Ismael perdonarla algún día por haber antepuesto su lucha a todo lo demás? ¿Al propio Ismael, a su vida en común, a la criatura que crecía en su vientre? ¿Llegarían a tener una segunda oportunidad?

Estos pensamientos la agitaron. Hincó los delgados codos en el alféizar y apoyó la frente contra el cristal tibio de la ventana. El tráfico avanzaba, lento y moroso, a lo largo del puente. Pese a la distancia, Azar vislumbraba los diminutos rostros tensos en los coches, los cuerpos impacientes atrapados en las motocicletas, sin espacio suficiente para maniobrar y escapar del atasco. Por encima de los coches, cerniéndose sobre éstos como un enorme nubarrón, una gran valla publicitaria reproducía una de las máximas del Líder Supremo escrita en elegantes y delicadas cursivas: «Nuestra revolución fue un estallido de luz». Junto a ésta, habían pintado unos fuegos artificiales.

En la acera, al pie de la valla, había un hombre inmóvil, contemplando los coches, aturdido. Parecía cansado y aparentaba mucha más edad de la que tenía. El sol bañó su demacrado rostro de piel cetrina. En cuanto Azar lo vio, el corazón le dio un vuelco. Se le iluminó el rostro y abrió la boca, atónita.

—*Pedar!* —gritó, golpeando la ventana con la mano.

Su padre no la oyó. Ni siquiera levantó los ojos. Dejó las bolsas que llevaba en el suelo y sacó un pañuelo del bolsillo para enjugarse el sudor de la frente. Su cuerpo enjuto parecía vencido por algo más que el mero paso del tiempo.

Azar lo miraba con el rostro desencajado. Ni una sola vez a lo largo de los últimos meses de cárcel había notado a su padre tan lejano, tan inalcanzable. Nunca se había sentido tan sola, ni había tenido tanto miedo del futuro que la esperaba.

—*Pedar!* —chilló con las últimas fuerzas que le quedaban. Su voz no era más que un ronco gemido, apenas capaz de traspasar el grueso cristal de la ventana.

Su padre recogió las bolsas y reanudó la marcha, alejándose sin levantar la cabeza. Azar lo miró con los ojos como platos, la respiración entrecortada, mientras su figura alta y encorvada iba desdibujándose en la brumosa luz del atardecer. Finalmente subió a una motocicleta y arrancó.

El tráfico empezó a avanzar. La mano de Azar permanecía inmóvil en la ventana,

pegada al reflejo de las hojas raídas, los nidos vacíos y una valla publicitaria que hablaba de luz.



Cuando la puerta volvió a abrirse, la Hermana venía sola, sin las comadronas ni la doctora. Tampoco traía al bebé. Azar la vio recoger su ropa sin poder reaccionar. Seguía sumida en el estupor. La imagen de su padre, con el cuerpo vencido y el rostro cansado, le daba vueltas sin cesar. La Hermana dejó la ropa de Azar sobre la cama. Ésta le preguntó con un hilo de voz dónde estaba su hija.

—La recogeremos al salir —informó la Hermana, y Azar comprendió que de nada había servido la insistencia de la doctora. La Hermana se había salido con la suya. Había llegado el momento de irse.

La Hermana golpeó con la punta del pie el plato vacío, que repiqueteó en el suelo. Estaba parada delante de Azar, mirándola fijamente.

—¿Has visto a Meysam? —preguntó.

—¿Meysam? —Azar sabía muy bien a quién se refería. Meysam era el Hermano que desgranaba anécdotas en la furgoneta, el destinatario de las lascivas carcajadas de la Hermana. Había visto cómo ésta, visiblemente mayor que él, frustrada pero tenaz, lo seguía por los oscuros pasillos de la cárcel y el patio asfaltado. Había oído el timbre agudo de su risa al otro lado del pasillo. La había visto llevándole regalos (platos de comida, guantes de lana), sobornándolo, en un intento de hacerse con su cuerpo.

—El Hermano alto, el de los grandes ojos marrones. El guapo. —Enarcó las pobladas cejas con gesto impaciente—. Estaba aquí con nosotras antes. ¿No lo has visto?

Azar se quedó mirándola sin decir palabra. De pronto, comprendió que su prisa por abandonar el hospital no tenía nada que ver con la seguridad, el reglamento o el protocolo. Tampoco con la vida o la muerte de Azar. Se debía pura y llanamente a la lujuria de la Hermana. Quería estar con Meysam.

—No; creo que se ha marchado —mintió Azar. Apenas recordaba nada. Puede que incluso lo hubiese visto, pero en ese instante, al contemplar el rostro de la solterona moteado por las caprichosas sombras de los árboles mientras se disponía a ponerle las esposas de nuevo, ocultarle la verdad le brindó cierta satisfacción.

Cuando salieron al pasillo, la Hermana la dejó sola unos instantes para ir a recoger a la niña. Azar, que apenas se tenía en pie, dejó caer su débil cuerpo en una de las sillas blancas de plástico que flanqueaban el pasillo desierto. Del techo colgaban bombillas desnudas que daban una luz mortecina y difusa. Le escocían los ojos.

Un poco más allá, una anciana salió al pasillo y cerró la puerta procurando no hacer ruido. Se quedó contemplando los carteles que tenía delante, en la pared, con las manos juntas. Vestía un guardapolvo azul marino hasta las rodillas, iba tocada con

un pañuelo blanco y parecía estar esperando algo o a alguien. Un hijo, un nieto. Se veía curiosamente pulcra y serena en aquel lugar tan lúgubre.

La anciana se sentó en una silla y acomodó sobre las rodillas su bolso de piel marrón y correa desgastada. Miró a Azar de soslayo y apartó la vista al instante. Eso le dolió a la joven. Vio temor en aquellos ojos verde grisáceo. Y aprensión. ¿Acaso había algo en el rostro de Azar que delataba su destino? ¿Algo que advirtiera sobre las puertas de hierro, las esposas y las salas de interrogatorios? La vida entre los muros de la cárcel no se distinguía de la que había en el exterior. Todos llevaban el temor consigo, como una cadena arrastrada de aquí para allá, bajo la sombra familiar de las tristes y gloriosas montañas. Y, puesto que lo arrastraban allá donde fueran, ya no hablaban de ello. El miedo se había vuelto intangible, innombrable. Y gobernaba sus vidas, tan invisible como omnipresente.

Azar contempló sus propios pantalones grises y holgados, y su chador negro, que llevaba medio a rastras, barriendo el suelo. Las prisioneras no estaban tan hechas al chador como las Hermanas. Tiraban de aquí y de allá, incómodas y torpes, como niñas en su primer intento de vestir a una muñeca, una muñeca rota, con un brazo colgando y las piernas inertes. Era habitual que arrastraran el chador por el suelo al caminar.

Se ciñó el chador, lo recogió en torno al rostro y escondió las manos esposadas bajo la tela. Al amparo del velo, se tocó los pómulos huesudos, la delicada barbilla. Debía de tener un aspecto horrible. Como un espectro indeseable. Una imagen se abrió paso en su mente y se vio a sí misma con un fajo de panfletos en la mano, corriendo por una calle desierta mientras el coche patrulla de los Guardianes de la Revolución hacía estremecer el aire a su espalda. Recordó los latidos desbocados de su corazón, como si éste ya no formara parte de su cuerpo, como si tuviera no sólo vida sino también velocidad propia, mientras buscaba cobijo detrás de un coche. Recordó el bache en la calzada, el envoltorio de caramelo que revoloteó en el aire y cayó por el sumidero a sus pies, el hule de rosas amarillas apenas vislumbrado tras la ventana de una casa, el olor a acero caliente, el martilleo violento, explosivo, de sus sienes.

Parecía que hubiese pasado una eternidad desde aquel día, un día de cielo azul, sin una sola nube. ¿Quién era ella entonces? ¿Qué le había pasado a esa Azar, la del tono resuelto y los pies ligeros, la que albergaba dudas sobre el rumbo que estaban tomando las cosas, dudas que jamás osó poner en palabras, ni siquiera con Ismael?

Al oír pasos, levantó la cabeza. La anciana se había acercado a ella.

—¿Se encuentra bien, *dokhtaram*?

Azar la miró estupefacta. No esperaba que la abordara. La sola idea de hablar con alguien ajeno a la cárcel la dejó sin palabras.

—Está usted pálida —apuntó la mujer.

En su modo de hablar el farsi, Azar reconoció al instante el acento de Tabrizi, idéntico al de su madre, la misma leve cadencia al pronunciar las palabras, como si

pasaran de puntillas sobre ellas. Abrió la boca para contestar, pero los ojos se le anegaron en lágrimas.

—Estoy esperando a mi hija —dijo embargada por la emoción. El recuerdo de su madre lavándose la cara con el agua fría de la fuente azul, preparándose para la oración matutina, acudió a su mente.

—¿Dónde está, en la sala de recién nacidos?

Las lágrimas resbalaron por el rostro de Azar. No sabía cuándo, cómo, de dónde salían. Era como si una presa se hubiese roto en su interior y brotaran a borbotones, arrasando cuanto hallaban a su paso. Su cuerpo se veía sacudido por la intensidad de los sollozos que intentaba contener.

—No llore, *azizam*, ¿por qué llora? —dijo la vieja, desconcertada y afligida—. No hay por qué llorar. Su niña ha nacido. Si Dios quiere, será tan sana y hermosa como su madre, aunque debería usted comer más. Está demasiado delgada. Ahora tiene que alimentarse por dos. En tiempos de guerra hay que conservar las fuerzas. Si nos mantenemos fuertes, ni siquiera Saddam podrá ponernos de rodillas. —Hablabla con voz dulce mientras secaba las lágrimas de Azar con la punta de su pañuelo blanco. Lágrimas que parecían no tener fin, que manaban sin cesar, como un manantial—. ¿Por qué no va a buscar a su hija? —Los ojos de la mujer relucieron, tal vez con la esperanza de que esa idea distrajera a Azar y pusiera fin a su llanto.

—La Hermana ha ido a buscarla. —La joven sorbió por la nariz al tiempo que agachaba la cabeza y la hundía entre los pliegues del chador para secarse las lágrimas.

—Ah, qué bien, está aquí su hermana —comentó la anciana—. No está usted sola, eso es bueno.

—No es mi hermana. Sólo la llamamos así, Hermana. En realidad es... —Azar enmudeció.

La anciana esperó que acabara la frase, y de pronto algo pareció cambiar en sus ojos. Un pensamiento, el miedo, lo impronunciable, cruzó sus pupilas como una sombra veloz. Se le desencajó el rostro enjuto y surcado de arrugas. Desapareció su afán por poner fin a las lágrimas de Azar, por hablarle de su hija. Posó una mano en la cabeza de la joven.

—Entiendo —dijo al fin, queriendo significar algo más. Su mirada verde grisáceo parecía cargada de palabras, de preguntas. Pero no dijo nada. Besó a Azar en la frente y se alejó en silencio.

En ese momento, la Hermana apareció al final del pasillo, llevando en brazos un bulto enfajado con una tela roja.

Olvidándose de la anciana, Azar se levantó. Había algo incongruente en aquella imagen: su hija en brazos de su carcelera. Sintió una oleada de desesperación, tan poderosa que la dejó sin fuerzas. Pero no, no podía pensar en eso. Allí estaba su hija. Era una mujer afortunada: su niña estaba viva. Eso era lo único que ahora importaba.

Apretó los puños con fuerza y observó acercarse a la Hermana. La emoción la

embargaba. No podía apartar los ojos del bulto que sostenía. Toda su frustración, su ira, se vio rápidamente reemplazada por una sensación de extrema ternura y afán de protección. Alargó los brazos hacia la niña, temblando ante la perspectiva de cogerla. Pero, a medida que la Hermana se iba acercando, Azar vio con más claridad qué clase de arrullo envolvía a su hija. Era una basta manta de la cárcel, y la niña estaba desnuda. Se estremeció al verla expuesta a aquella aspereza que irritaría su frágil piel de recién nacida. Se quedó inmóvil con los brazos extendidos, incapaz de pronunciar una sola palabra. Sabía que si abría la boca sólo podría articular un gemido agudo y lastimero.

—Aún estás demasiado débil —dictaminó la Hermana mientras pasaba de largo y se dirigía al ascensor—. Se te caerá.

Azar bajó los brazos. No podía apartar los ojos del bulto. Se imaginó arrebatándoselo y echando a correr por el pasillo hasta la calle, hasta el puente, al otro lado del cual estaría su padre, esperándola a la sombra de un árbol.

El rostro de la Hermana se iluminó al ver a alguien al fondo del pasillo. Azar siguió la dirección de su mirada. Era Meysam, que avanzaba hacia ellas, chancleteando tan campante por el suelo embaldosado. Su holgada camisa blanca de poliéster colgaba por fuera de los pantalones negros. Caminaba despacio, con la cabeza bien alta, más entregado que nunca a su papel de Guardián de la Revolución, omnipotente pese a su atuendo deliberadamente humilde. La barba que se empeñaba en lucir raleaba aquí y allá. No era todavía una barba adulta. Su mirada era la de un muchacho que acaba de ganar una guerra. Y en ese instante un pensamiento cruzó la mente de Azar: pronto, él y muchos otros como él serían enviados a esa otra guerra que arreciaba a lo largo de las fronteras. No tardaría en ocurrir, pues el país no tenía sino cuerpos humanos para defenderse, y eso enviaría, cuerpos y más cuerpos, un día tras otro. Cuerpos que quizá nunca regresaran. Azar parpadeó mirando a Meysam, y la sola idea la sumió en la desesperación.

A su lado, la Hermana apartó una de las manos con que sostenía a la niña para meterse un mechón de pelo por dentro del pañuelo, mientras clavaba los ojos en el suelo con mal fingida timidez. Azar miró con aprensión los brazos de la Hermana, que parecían fuera de control. Cada vez que se movía, las manos de Azar se adelantaban, listas para coger a su hija, no fuera a dejarla caer a causa de su excitación.

—*Salaam Baraadar* —saludó la Hermana con una sonrisa radiante—. Creía que ya te habías ido.

—No, aún sigo aquí. ¿Lista para marchar? —preguntó Meysam, llamando el ascensor.

—Sí. Gracias a Dios, todo ha acabado.

Otro hombre entró en el ascensor con Meysam. Cuando su mirada se cruzó con la de Azar, sus ojos ictericos se abrieron en señal de reconocimiento y asombro. Azar miró de soslayo a la Hermana, que parecía haber olvidado su timidez y ahora le daba

la espalda conversando animadamente con Meysam. Se acercó un poco más al hombre, cuyo aspecto había cambiado desde la última vez que lo había visto. Sus facciones se habían endurecido. La barba le daba un aire mayor y severo. Llevaba la camisa blanca de poliéster abotonada hasta la nuez, como se esperaba de un hombre piadoso. Al igual que Meysam, calzaba chanclas de plástico.

Mientras se acercaba a él con sigilo, Azar se preguntó si seguiría viviendo en la casa contigua a la de sus padres en aquel callejón sin salida, si aún iría a visitarlos por las noches para tomar el té, si seguiría informando a su padre cada vez que el gobierno repartía cupones de racionamiento de azúcar y aceite vegetal, más exiguos a medida que se alargaba la guerra. ¿O acaso al convertirse en un hombre de la revolución, con su autoritaria barba, sus chanclas de plástico y su expresión adusta, se había apartado de ellos?

En los ojos del hombre había estupor. Era evidente que los padres de Azar no le habían hablado de su detención, lo que no la sorprendió. Tenían miedo. ¿Cómo no iban a tenerlo? Se estremeció sólo de pensar en cómo se habrían enterado sus padres. Imaginó a los Guardianes de la Revolución irrumpiendo en su casa, haciendo preguntas, profiriendo amenazas. Y a sus padres en un rincón, temblando de miedo mientras se desataba el caos a su alrededor, empezando a comprender por qué su hija llevaba tanto tiempo sin dar señales de vida.

Azar sostuvo la mirada perpleja del hombre.

—Estoy bien —susurró—. Diles que estoy bien.

El hombre asintió sin salir de su asombro. Una nueva carcajada de la Hermana se solapó con el susurro de Azar y resonó en el ascensor.

Azar se volvió hacia la Hermana.

—Déjeme cogerla. Puedo hacerlo.

La mujer vaciló un instante, pero acabó tendiéndole el bulto de tela áspera. La niña estaba dormida. Diminutas bocanadas de aire estremecían sus labios rosados entreabiertos. Azar deseó estrecharla contra el pecho, abrazar ese cuerpo pequeño y suave. Quería estrecharla para que la presión la hiciera real. Esa boca, esa piel sonrosada y arrugada, el fino vello negro que le cubría la frente.

Pero estaba demasiado débil. Se limitó a sostener a su hija y el tacto áspero de la diminuta manta le rascó las manos. Apenas alcanzaba a cubrir las extremidades de la pequeña. Azar se sintió abrumada por un sentimiento de pesar y culpa. ¿Qué había hecho trayéndola a este mundo, donde los brazos que la habían cogido por primera vez no eran los de su madre, sino los de una carcelera?

Ocultó el rostro entre los pliegues de la manta y aspiró el dulce olor de su hija. La besó en la frente, los hombros, el pecho. La besó y respiró hondo, embriagándose con la cercanía de su cuerpo, pidiendo perdón. La niña movió el hombro ligeramente y abrió los ojos, negros como el azabache. El blanco de sus ojos parecía casi azul. La niña abrió y cerró la boquita, miró alrededor. Azar la contemplaba sin salir de su asombro, prendida de esos ojos que recorrieron el ascensor con una mirada tan

penetrante como si estuviera allí para detener a alguien. Su mirada casi inspiraba temor, la dura expresión de los ojos negros y azules de su hija, severos, implacables, tan parecidos a los de la Hermana. El corazón le dio un vuelco. Levantó una mano trémula y la sostuvo sobre los ojos de su hija.



En la celda, cuyas paredes brillaban de tantas cabezas y espaldas como se habían frotado contra ellas, reinaba el bullicio. Era la clase de agitación que sólo se da cuando la vida está a punto de cambiar de forma.

Las mujeres esperaban la llegada de la recién nacida sin poder reprimir la emoción. Habían limpiado la celda a fondo, frotado las paredes y lavado las alfombras. Ese día nadie había podido hacer ejercicio para no levantar polvo. Un rincón de la estancia estaba decorado con todas las hojas que el viento había hecho caer en el patio, reunidas en un recipiente de aluminio. Las rejas de la ventana arrojaban gruesas sombras lineales sobre el pañuelo amarillo limón que hacía las veces de cortina.

Las mujeres habían pasado todo el día impacientes, les costaba permanecer quietas. Desde el alba, cuando Azar había abandonado la celda con su vientre orondo y tenso, las reclusas, incapaces de ocultar su alegría, habían empezado a mostrarse más amables entre sí. El silencio hostil había reventado como una presa desbordada y las palabras manaban a borbotones, incluso entre enemigas políticas declaradas. Era como si hubiesen suspendido su iracunda rivalidad y su tendencia a cavar abismos ideológicos, olvidando al menos por un día su convicción de que los demás eran culpables de que la revolución acabara pervirtiéndose.

—¡Buenos días! —se saludaban sin reservas.

Sus rostros habitualmente demacrados, taciturnos, resplandecían de ilusión. Ese día no tocaba ducha, pese a lo cual se acicalaron como pudieron, trenzándose el pelo las unas a las otras y cantando mientras lo hacían. Todas lucían sus mejores galas, como si fuera Año Nuevo. La ropa, guardada desde hacía meses, formaba pliegues que colgaban sin gracia de los hombros huesudos y los senos menguados. Las mujeres se la alisaban con las manos una y otra vez para deshacer las arrugas.

Ni siquiera Firoozeh podía reprimir su alegría. Sus habituales peroratas nerviosas habían cesado. En la celda, todas sabían que se había convertido en una *tavaab*, que colaboraba con las Hermanas, porque le habían permitido pasar una noche con su marido y le habían dado una almohada más mullida que la de las demás reclusas. Pero ese día ni siquiera ella parecía dispuesta a romper la euforia que se había apoderado de todas. Apenas intercambió una palabra con las Hermanas, pero a cambio habló a todas las reclusas de su propia hija, Donya. Les contó que la había dejado con su familia cuando fueron a detenerla. Les habló de las lágrimas que había derramado, noche tras noche, por no poder verla. Cuando recuperara la libertad, se llevaría a Donya consigo y se marcharía de Irán. «Me iré y nunca volveré la vista

atrás», había dicho, arrugando la frente como si recordara una pesadilla.

Al oír pasos y el llanto sordo de un bebé, todas se precipitaron hacia la puerta, aplaudiendo entre risas, dándose palmaditas en la espalda. Gritos de júbilo llenaron la celda, como el clamor de entusiasmo que estalla en las bodas, cuando la puerta se abrió y Azar entró sosteniendo al bebé. La Hermana frunció el ceño y les ordenó que se tranquilizaran.

Azar rompió a reír al verlas luciendo sus mejores prendas, las paredes relucientes, la improvisada cortina. Los gritos de alegría reverberaban en el lugar. Arrojada por la felicidad de sus compañeras de celda, lo olvidó todo. Olvidó la mirada severa en los ojos de su hija. Olvidó el dolor, sus entrañas desgarradas, el miedo, la culpa. Súbita e inesperadamente, se sintió en casa.

Las mujeres la rodearon con ojos empañados y manos anhelantes, con voces que se confundían, se atropellaban, se entrecruzaban. Una tras otra cogieron a la niña en brazos; sus cuerpos se reblandecían al sostenerla, suspirando por acunarla un poco más, y la pasaban a regañadientes al siguiente par de manos que aguardaba con impaciencia.

Alargaban el momento de sostenerla.

Se aferraban a la pequeña.

Se fijaron en su desnudez y en la aspereza de la manta, y se les encogió el corazón. Pero no dijeron nada. Apartaron la tosca tela y la sustituyeron por un suave chador con diminutas margaritas bordadas.

Las mujeres miraban a la niña y a Azar. Si se fijaban bien, puede que vieran el temor que aún anidaba en los ojos de la madre, la incredulidad dibujada en sus labios agrietados: su hija estaba viva, ella misma estaba viva.

Trajeron un bol de agua fresca que habían guardado en el rincón, junto al recipiente con las hojas caídas, y le lavaron el rostro a Azar.

—Ya se terminó —dijeron, y le frotaron las manos.

—Ahora estás a salvo. Estás con nosotras.

Le masajearon los hombros. Habían temido tanto por su vida que cerraban los ojos para no ver cuánto la habían desgarrado por dentro.

—¿Cómo se llama? —preguntó Marzieh, la más joven, mientras cogía a la niña con cuidado de brazos de Firoozeh.

Azar respiró hondo.

—Neda —dijo, y unió las palmas en un gesto involuntario.

Lo repitió para sus adentros unas pocas veces. Cada vez que lo hacía, la niña se volvía más parte de su realidad. Cada vez que lo hacía, el recuerdo de aquella mirada severa se desdibujaba un poco más. Cada vez que lo hacía, la niña se volvía más suya, completamente suya. Y así, como por ensalmo, se reconcilió con su hija, con el entorno, con el tiempo, consigo misma. Ya no se sentía culpable, sino rebotante de una sensación tan poderosa, tan inquebrantable, que sólo podía ser amor.



Estaban reunidas en torno a Neda, mirando cómo el pañuelo blanco subía y bajaba al ritmo de su respiración. En un rincón de la celda, Firoozeh hacía ejercicio, saltando, separando las piernas y los brazos como si fuera una tijera, la cara sonrojada. El aire escaseaba, por lo que respiraba con dificultad. Azar cubrió el rostro de la niña con su pañuelo para que no inhalara el polvo que se levantaba.

—Seguro que te dejarán reunirse con tu marido antes de llevársela —dijo Marzieh con voz soñadora, y sus ojos verdes se posaron en las escasas prendas de la niña que colgaban de una cuerda suspendida por encima de sus cabezas.

Había pasado un mes. El intenso rubor del rostro de Neda empezaba a desvanecerse. Su piel arrugada se iba alisando. Sus ojos de mirada errante se volvían más atentos. Y la leche materna, que al principio era aguada, había empezado a ganar consistencia.

Azar estaba encantada con su recién estrenada maternidad. Paseaba con orgullo los pechos turgentes. Incluso en la sala de interrogatorios se sintió eufórica cuando los senos se le llenaron de leche. Era como si de algún modo la protegieran, la hicieran fuerte, invencible. El líquido tibio empezó a manar de sus pezones mientras el interrogador repetía las mismas preguntas en un orden distinto intentando pillarla en un renuncio, en un error que ni él mismo parecía saber en qué consistiría. Azar apenas lo escuchaba, ensimismada en el cálido rebosar de su cuerpo, que anhelaba el contacto con la niña, dulce y pegajoso como la savia de un árbol.

Recordó las palabras de Ismael: «Todos llevamos un árbol dentro. Encontrarlo es sólo cuestión de tiempo».

Neda se había convertido en el principal entretenimiento de todas. Parecían no cansarse nunca de la niña. Rodeaban a Azar y la contemplaban con su hija, cuyos labios rosados las tenían prendadas. Seguían cada uno de sus movimientos, cada uno de sus esfuerzos por obtener leche y aire, cada gemido, cada abrir y cerrar de su diminuto puño en torno a los dedos que le ofrecían. La contemplaban con ojos llenos de soledad y se deshacían en elogios. Se congregaban a su alrededor como si la recién nacida fuera su santuario. Pedían cogerla en brazos, velar su sueño, limpiarle la boquita cuando vomitaba.

La vida en la pequeña celda había cambiado. Ya no se reducía a seguir a las Hermanas, esos cuervos negros, hasta las salas de interrogatorios, ni a recoger del suelo las moscas muertas y tener que esperar hasta la hora de ir al baño para poder tirarlas. Tampoco giraba ya en torno a los altavoces que llamaban a la oración cinco veces al día. Ni a los gritos de sufrimiento y desesperación que llegaban de las habitaciones cerradas, que todas oían pero nadie comentaba.

La vida había cambiado. Ahora giraba en torno a una niña.

Y cuanto más tiempo se quedaba Neda entre ellas, más se atrevían a disfrutar de su presencia. Le hacían ropita con sus propios chadores de oración. «Crecerá muy

deprisa estos primeros meses», decían. Eximían a Azar de fregar platos para que pudiera emplear esos minutos en lavar pañales. Bañaban a la niña en una palangana con agua templada. Jugaban con ella. Le cantaban.

No querían ni pensar en la posibilidad de que las trasladaran a otra celda u otra cárcel. No deseaban abandonar aquel recinto, donde la voz de un bebé sonaba como un canto de vida. Su mundo se había llenado de pronto con idas y venidas, respirar y comer, tragar y succionar. Un mundo que había cobrado sentido, que había dejado de ser un agujero negro.

Pero todas sabían que aquello no duraría. Cada día podía ser el último. Todas lo sabían, Azar la primera. Cuando llegara el momento, tendría que estar lista.

«Pero ¿cómo?».

Apenas había pasado un mes y la niña ya se había convertido en el único objeto de sus pensamientos. Todo lo demás carecía de importancia. La niña y la ternura apasionada, protectora, que despertaba en ella. Hasta había empezado a agobiarse por la forma en que algunas reclusas la cogían en brazos. «Así no se hace», les advertía, esforzándose para no ordenarles a gritos que se la devolvieran. Les decía que tuvieran cuidado —«Su cuellecito aún es muy frágil»—, y al final les arrebatava a Neda de los brazos, abrumada por la emoción, y apretaba su cuerpecillo contra el pecho al tiempo que le sostenía el cuello y la cabeza dulcemente con la palma de la mano. Nadie sabía cómo tratar a su niña, nadie mejor que ella.

Aquello era peligroso, lo sabía. Tenía que acabar. Tenía que aprender a desprenderse de ella. La niña no le pertenecía. Podían arrebatársela en cualquier momento. Tenía que estar lista. Pero ¿cómo iba a hacerlo?

—A lo mejor te dejan llevarles la niña a tus padres. Tendrías un día para visitarlos y dejarla con ellos —aventuró una reclusa mientras jugueteaba con un botón suelto de su blusa.

Azar la escuchaba con una sonrisa triste, escéptica. Oía el chancleteo en el pasillo, el murmullo de los chadores al otro lado de la puerta, el eco del parloteo que iba y venía.

—Nada de eso va a ocurrir —dijo, tratando de sonar indiferente. Alargó el brazo para comprobar si la ropa estaba seca. La cuerda estaba tan baja que no había necesidad de levantarse. Cogió la blusa de las florecillas azules y empezó a doblarla.

De las prendas que sus padres habían enviado para Neda —ignoraba quién o cuándo podía haberles informado del nacimiento de su nieta—, sólo unas pocas habían llegado a sus manos. Un puñado de ropa y una bolsa de té. Azar estaba segura de que habían mandado mucho más. No creyó a la Hermana cuando ésta le dijo que aquéllos eran los únicos regalos que sus padres habían logrado reunir. Cada vez que entraba en la sala de interrogatorios, alcanzaba a ver por debajo de la venda una gran bolsa abandonada junto a la puerta del cuarto de baño. Estaba segura de que aquella bolsa le pertenecía, de que estaba repleta de juguetes, pastillas de jabón, pañales y ropa para su hija. Pero nadie se la dio. Esperó que lo hicieran día tras día, hasta que

desapareció sin más.

—Cuando decidan que ya basta, abrirán la puerta, no más que esto —separó ligeramente las manos para mostrar lo exiguo de la rendija—, y se la llevarán.

Las mujeres refunfuñaron a su alrededor en señal de desacuerdo. «Azar y su pesimismo recalcitrante».

Bajo el pañuelo, Neda emitió un ruidito y movió la cabeza. Todas se volvieron hacia ella. La pequeña se había despertado.

Empezó a gimotear de hambre mientras Azar retiraba el pañuelo que la cubría y la cogía en brazos. Con orgullo, acercó los senos turgentes a la boquita rosada de la niña, que empezó a succionar a buen ritmo.

—Pero ¿quién dice que van a llevársela? —preguntó Parisa, sentada cerca del lugar donde se ejercitaba Firoozeh, la única amiga que le quedaba en la celda. Se conocían de la escuela secundaria, según había contado a las demás reclusas. Al igual que Firoozeh, Parisa tenía un hijo, Omid, al que había dejado con sus padres y su hermana. Estaba embarazada de su segundo hijo cuando la detuvieron. Aunque Parisa sabía que Firoozeh se había convertido en una *tavaab*, no consintió que eso minara su amistad. Eran inseparables. «Yo la conocí antes de la cárcel —adujo en cierta ocasión, ante la insistencia de las demás—. Sé que en el fondo es buena, sólo que vulnerable, no lo bastante fuerte para la cárcel».

Azar también conocía a Parisa desde hacía tiempo. La había visto por primera vez en la boda de Behruz, el hermano pequeño de Ismael. Parisa era la hermana de la novia. Ésa fue una de las últimas ocasiones en que Azar e Ismael acudieron a una celebración familiar.

«¿Qué sabes de Behruz y su mujer Simin?», le había preguntado Azar a Parisa el primer día, contenta de ver un rostro conocido. Tanto Simin como Behruz habían sido detenidos, informó Parisa. Sabía que ella estaba en otra celda de esa misma cárcel, pero de él no tenía noticias. Recordó a Behruz, con su cuerpo delgado y fuerte, las cejas bien perfiladas y una risa contagiosa. ¿Qué habría sido de él?

—He oído hablar de una mujer a la que dejaron quedarse con su hijo todo un año, hasta que la liberaron —continuó Parisa con ojos relucientes, quizá con la esperanza de que no la separaran de su propio hijo cuando naciera.

Todas se volvieron para mirarla, incrédulas.

—¿De veras?

—Eso me han dicho. Quizá no tengas que separarte de ella si no quieres.

Palabras de júbilo llenaron la celda mientras debatían esta posibilidad. Hasta los ojos de Azar chispeaban de emoción. La sonrisa triste se desvaneció de sus labios. Sintió un vacío en la boca del estómago, de esperanza mezclada con aprensión. No debía hacerse ilusiones. No debía caer en la trampa de aquellas palabras.

—¿La dejaron quedarse con el bebé todo un año?

—Volvieron a casa juntos.

Azar miró a Neda. La diminuta criatura, con su cabecita redonda y sus preciosos

ojos negros y azules, se acurrucaba en su regazo tan plácida y confiadamente que disipó todas sus dudas: en ningún lugar estaría mejor que allí.

Se aferró a la niña para conjurar el temblor de su voz.

—Quiero quedármela todo el tiempo que pueda. —Nadie podía negarle ese deseo, ¿verdad? No estaba prohibido albergar esperanzas—. ¿Creéis que me dejarán?



Pasó otra semana, y Azar seguía sin saber cuál sería el destino de Neda. Nadie la había llamado al despacho de la Hermana. Se sentía ligera, como si pudiera hacer cualquier cosa. Empezaba a creer que no le arrebatarían a su hija. Que tal vez fuera sensato albergar esperanzas. Empezó a coser más prendas para Neda, y le bordó una niña en medio de un campo florido. Empezó a ponerse otra vez su blusa blanca, la de las flores amarillas y rosadas, cuyos colores eran tan intensos que relumbraban en la noche, y a bailar *lezgi*. Zapateaba mientras las flores blancas y rosadas rebotaban arriba y abajo al ritmo de las palmas de las reclusas, que cantaban para ella. Las flores parecían cobrar vida propia, así como las mejillas sonrosadas, los relucientes ojos negros y el abundante pelo ondulado de Azar. Todas le decían lo preciosa que estaba cuando bailaba.

Incluso empezó a cortarles el pelo a sus compañeras de celda con la tijera que a veces les dejaban usar durante una hora. En más de una ocasión se había preguntado cómo era posible. ¿Acaso no temían las Hermanas que las reclusas usaran las tijeras para hacerse daño a sí mismas, incluso quitarse la vida? «Pero no, las Hermanas no tienen miedo», pensó. O mejor dicho, les daba igual. Seguramente hasta preferirían que algunas presas se hicieran daño, que acabaran consigo mismas para facilitarles el trabajo. Menos prisioneras de las que ocuparse. Puede que las reclusas lo supieran, y que por eso ninguna utilizara las tijeras para hacerse daño a sí misma. Nunca lo harían; no iban a darles esa satisfacción a las Hermanas.

La primera reclusa a la que Azar le cortó el pelo fue Marzieh, y la segunda fue otra joven a la que pronto trasladarían a otra celda. Azar recurrió a sus vagos recuerdos, nada fiables, de cómo su hermana peluquera cogía mechones de pelo entre los dedos estirados y los guiaba hasta la tijera. No había espejos en la cárcel. Con el tiempo, Azar se ganó la confianza de sus compañeras de celda. Y un buen día Firoozeh le pidió que le cortara el pelo.

Azar no quería hacerlo. Sabía que Firoozeh se había chivado de ella cuando estaba embarazada. Les había dicho a las Hermanas que la había visto bailando *lezgi*. En la cárcel estaba prohibido bailar. Deberían dedicarse a rezar, no a menearse como posesas y dar brincos siguiendo un ritmo primitivo. Como castigo, habían encerrado a Azar en la azotea, donde tuvo que pasar horas bajo la lluvia. Se suponía que la lluvia la purificaría, a ella y al hijo que llevaba en el vientre. Se suponía que la lluvia la haría comprender que la cárcel no era lugar para recuperar recuerdos de la infancia. Allí, Azar se juró que nunca volvería a relacionarse con Firoozeh. Aunque también

ésta había cambiado desde la llegada de Neda, y la cárcel no era lugar para guardar rencor, pensó finalmente Azar.

Ese día, Firoozeh se sentó en una silla colocada en el sucio suelo del cuarto de baño. Azar estaba de pie a su espalda tijera en mano, estudiando la gruesa y sinuosa trenza que le caía con gracia a lo largo de la espalda. Ni siquiera tenía un peine.

Tras dudar un buen rato, acercó la tijera abierta al nacimiento de la trenza, cerca de la nuca, y cortó con determinación. Pero no ocurrió gran cosa. En lugar del súbito tijeretazo previsto, sólo se produjo un sordo roer de las hojas, que intentaban en vano atravesar el grueso trenzado. Abrió y cerró la tijera varias veces, pero la trenza de Firoozeh era demasiado espesa. Se limitaba a desmadejarse, como si se encogiera ante el tímido avance de las hojas. Azar lo intentó de nuevo, dando más tijeretazos y hundiendo la punta en el pelo. Por fin empezaron a caer al suelo mechones de distinta forma y longitud. No había dos iguales. Sólo entonces comprendió que debería haber deshecho la trenza antes de cortar. Pero ya era demasiado tarde. Siguió cortando pelo hasta que la mitad de la trenza se desprendió del resto, desbaratada y rota. Entonces levantó la mirada. Le dolía la muñeca. Sus compañeras de celda la miraban de hito en hito. Todas excepto Firoozeh se habían percatado de lo que estaba ocurriendo y observaban el estropicio en silencio. La bombilla desnuda que colgaba del techo reflejaba la palidez cadavérica de sus rostros estupefactos.

Azar volvió los ojos de nuevo hacia el trozo de trenza superviviente. Sacó los pelos que se habían quedado atrapados en la tijera y empezó a cortar otra vez. Lo hacía con desesperada determinación, como si tratara de devolverle la vida a un niño muerto. Se hizo el silencio mientras todas contemplaban cómo la trenza deshilvanada caía al suelo. Trasquilones de pelo alborotado sobresalían aquí y allá en la cabeza de Firoozeh. Azar intentó arreglarlo, pero sólo consiguió empeorar las cosas, hasta que al fin se dio por vencida. «Por suerte no hay ningún espejo en la celda», se dijo a modo de consuelo.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Firoozeh, mirando alrededor con las pupilas dilatadas, los iris convertidos en diminutas cabezas de alfiler.

—Es un corte moderno —dijo Azar, tratando de quitarle hierro al asunto. Al fin y al cabo, estaban en la cárcel. ¿Qué importancia podía tener un corte de pelo?

Nadie dijo ni mu. Las miradas iban de Azar a Firoozeh y de ésta a aquélla. Fue entonces cuando Marzieh, en cuyo regazo dormía Neda, rompió a reír con tanta fuerza que su carcajada rebotó contra el techo y cayó sobre las demás como un reguero de pólvora. Todas la miraron atónitas. Pero Marzieh seguía riendo y, como la chispa que prende una larga mecha, no tardó en hacer que todas la imitaran, desternillándose hasta quedar sin aliento. Como un torbellino que las levantara del suelo y las envolviera en su desatada e irrefrenable euforia.

Firoozeh las miró desconcertada.

—¿De qué os reís? —preguntó, llevándose las manos al pelo.

—Ha quedado un poco irregular —reconoció Azar ahogando una risita. Con o sin

espejos, seguramente lo mejor que podía hacer era decir la verdad—. Pero así se lleva ahora —insistió.

—¿Qué?!

Firoozeh se volvió bruscamente hacia Azar. Se levantó de un brinco, como dispuesta a embestirla, resoplando por la nariz. Sus ojos se agrandaron desmesuradamente.

—¿Qué me has hecho? ¿Qué me has hecho? —gritó, cogiendo a Azar por los hombros y zarandeándola.

Azar no movió un solo músculo. Notó que la sangre le encendía las mejillas. Las risas enmudecieron de pronto y todas observaron la escena con súbita aprensión, nerviosas. Azar buscó algo que decir, cualquier cosa capaz de consolar a Firoozeh y tranquilizarla.

Parisa se interpuso entre ellas de una zancada y apoyó una mano en el hombro de Firoozeh.

—Tranquila, Firoozeh. No tiene importancia. Suéltala.

Firoozeh fulminó a Azar con la mirada, sin soltarla. Ésta notaba en el rostro el aliento caliente de su compañera de celda.

—Suéltala —insistió Parisa.

—Sólo ha quedado un poco irregular —farfulló Azar, intentando retroceder. Seguía sosteniendo la tijera como si pretendiera abrirse paso a tijeretazos a través de la pared del baño—. Debería haber deshecho la trenza primero. Lo siento.

Con el rostro encendido, sin apartar su mirada iracunda, Firoozeh la soltó. Había algo obsesivo, imprevisible, en sus ojos. Parisa apartó la mano despacio, pero se mantuvo cerca.

—Lo siento —repitió Azar con voz embargada, notando un nudo en la garganta. Miró a Parisa con aire compungido—. No era mi intención hacerle un estropicio.

—No es más que pelo —repuso Parisa sin levantar la voz—. Volverá a crecer.

Firoozeh se tocaba el pelo compulsivamente, como si quisiera alisar las imperfecciones, sin atender a lo que decían. Luego se quedó un momento inmóvil, sin mirar a Azar. Antes de salir del baño, le arrebató la tijera de las manos.

El silencio se prolongó. Las mujeres enfundadas en sus prendas grises miraron a Azar con inquietud. No se oía más que el goteo de un grifo. Parisa las abarcó a todas con la mirada y esbozó una sonrisa triste antes de seguir a Firoozeh, que se alejó.



Azar se despertó sobresaltada. Tenía tanta sed que notaba la lengua como recubierta de barro seco. Acababa de amanecer. La luz plateada del alba se derramaba en el cubículo de la celda a través del pañuelo amarillo de la ventana, bañaba las paredes desnudas y perfilaba las siluetas desiguales acurrucadas en el suelo. Apenas alcanzaba la puerta de hierro, cerrada a cal y canto, inmisericorde, infranqueable. Se apoyó en un costado y posó una mano en el cálido cuerpecito de Neda. Tras

asegurarse de que la niña dormía y respiraba con normalidad, se incorporó. Contuvo el aliento mientras escuchaba la respiración profunda y rítmica de las mujeres que la rodeaban. Entornó los ojos en la oscuridad, tratando de localizar a Firoozeh entre la maraña de sombras dormidas. ¿Y si decidía vengarse? ¿Y si decidía darle una patada a Neda, pisotearle la cabeza?

Hacía días que no pegaba ojo, desde el incidente del corte de pelo. Desde entonces, los ojos iracundos y vengativos de Firoozeh la seguían allá donde fuera. Todas las noches se quedaba despierta hasta asegurarse de que ésta se había dormido. A veces Marzieh le echaba una mano, y otras veces era Parisa quien montaba guardia mientras Azar intentaba dormir unas horas.

Distinguió a Firoozeh en el extremo opuesto de la celda, junto a la puerta, acostada en el suelo como las demás. Estaba inmóvil, marchita bajo la manta. Su cuerpo parecía exhausto. Los brazos yacían inertes a ambos lados del tronco y tenía la cabeza reclinada sobre la almohada. Semejaba una anciana que necesitara hacer acopio de fuerzas sólo para levantarse. Sin embargo, era ese agotamiento lo que más temía Azar, el abandono al que se entrega alguien cuando ya nada le importa, alguien que tan pronto puede hacerte daño como dejarte marchar sin más. El agotamiento del alma era imprevisible.

Se colocó la almohada en la espalda y se recostó. Estiró la manta para tapar a la niña, que no tardaría en despertarse para mamar. Los minutos pasaban con exasperante lentitud. Azar esperaba con impaciencia que su hija abriera los ojos para poder ofrecerle sus pechos rebosantes que ya empezaban a empaparle la blusa. Cada vez que la niña se dormía, casi contaba los minutos que faltaban para que volviera a despertarse. Nada la hacía sentir tan segura como ese momento, cuando la sostenía en brazos y los labios de la pequeña buscaban con voracidad el pezón para empezar a succionar. Azar vivía por y para esa vivencia especial.



Cuando finalmente llamaron a Azar al despacho de la Hermana, hacía un día gris. Fue justo después de la oración de la tarde, y el trozo de cielo que se veía por la ventana del despacho estaba cubierto de nubes. Allí no había cortinas. El despacho de la Hermana era una habitación con un escritorio, una silla y una foto del Líder Supremo con su larga barba blanca colgada en la pared. Detrás de la Hermana se veían varios archivadores repletos de papeles: documentos, carpetas, cada uno de los cuales contenía toda una vida.

«Por fin Firoozeh se ha tomado su revancha», pensó Azar, medio aturdida aún, allí sentada sin poder mover un músculo. Oyó el graznido estridente de un cuervo en la distancia. Una mosca zumbaba junto al alféizar. «¿Por qué tienen que quitármela? —se preguntaba—. Aún tengo leche».

—No creerías que ibas a poder quedarte con la niña para siempre, ¿verdad? —dijo la Hermana, tamborileando con los dedos sobre la mesa, con un destello en la

mirada. El párpado izquierdo de Azar palpitaba sin control. Un frío de escarcha subió del suelo embaldosado a sus pies y se extendió por sus huesos—. Aquí podría pillar alguna enfermedad. Éste no es lugar para un niño.

No era lugar para un niño, pero sí para ellas. Para cortarles las alas. Porque uno no podía aspirar a volar si no podía mirar al cielo.

La Hermana hizo una pausa, como si esperase que sus palabras calaran e hicieran mella. El tiempo era una cosa infinita que se expandía en torno a Azar, que la envolvía y arrastraba hacia abajo. El chador pesaba como una losa sobre su cabeza. Apenas podía respirar, como si las paredes se cernieran en torno a ella. Meneó la cabeza suavemente, trató de enderezar la espalda.

Alguien debía de haberle comentado a la Hermana que Azar deseaba conservar a la niña a su lado durante mucho tiempo, todo el tiempo posible. La Hermana no podía consentirlo. Si Azar deseaba retener a su hija, eso significaba que era feliz. Significaba que Azar era tan feliz que no podía albergar toda esa felicidad en su interior, sino que por fuerza debía compartirla con las demás. Debía expresarse. Demasiada felicidad para una celda cochambrosa con una ventana de barrotes.

Aquél no era lugar para la felicidad. Aquello era Evin, un lugar para el miedo, un miedo cervical, soterrado y atroz que planeaba sobre todas las cosas. Si Azar deseaba conservar a su hija, era porque había dejado de tener miedo; así pues, había llegado el momento de quitarle la niña.

—Ya hemos llamado a tus padres. Todo está dispuesto. —La Hermana alzó ligeramente un dedo—. Puedes irte.

Azar se levantó. Al otro lado de la puerta, las dos celadoras que esperaban para llevarla de vuelta a la celda charlaban entre sí. Algo sobre la cena, comprar el pan, los deberes de los niños. Azar tendió una mano hacia el pomo de la puerta y se sintió mareada. Algo se le escapó entre los labios, no supo si un gemido, un carraspeo o unas gotas de saliva. Oyó un trueno a lo lejos. Giró el pomo.

A partir de ese día, no volvieron a darle la palangana con agua templada para bañar a su hija.



Una diminuta mariposa blanca entró en la celda pasando entre los barrotes de la ventana. Azar la vio revolotear de aquí para allá. Había bajado de las montañas cercanas. La siguió con la mirada hasta que se posó en el pañuelo amarillo que hacía las veces de cortina.

La celda estaba desierta. Las demás habían salido al patio para respirar aire fresco unos minutos. «Yo me quedo aquí», había dicho Azar sin mirar a nadie a los ojos. Quería emplear esos escasos instantes de tranquilidad para dar de mamar a Neda, lo que hizo con más fervor que nunca, como si quisiera fundirse con su propia leche y perderse en la boca de la niña. Quedarse con ella para siempre, que nadie pudiera separarlas.

Habían pasado cuatro días y seguía sin tener ningún indicio de cuándo le arrebatrían a la pequeña. Se le ponían los pelos de punta cada vez que oía el murmullo de un chador o un chancleteo al otro lado de la puerta, temiendo que vinieran por ella, por su hija. Su respiración no se normalizaba hasta mucho después de que el chador o las chanclas habían pasado de largo.

La angustia hacía que todo a su alrededor se desvaneciera como arena entre los dedos. Se percató de que empezaba a perder facultades. Ya no veía ni oía nada. Tenía la sensación de que su leche poseía alguna cualidad extraña, inmaterial. Las cosas habían empezado a perder su condición de reales, por lo que ya no podía asirse a ellas. Si a algo podía asirse era a cada nuevo día. Se aferraba a éstos como si fueran los últimos de su vida. Como si esperara la muerte abrazada a su hija. Seguía respirando mientras su vida se agotaba.

Por la ventana de barrotes llegaba un rumor de voces apagadas. Azar sabía de qué hablaban las mujeres en susurros. Desde el día que la habían llamado al despacho de la Hermana, todas las conversaciones se habían visto reducidas a murmullos. Era como si un gran peso se hubiese abatido sobre las reclusas, ahogando sus voces. Se sentaban en hilera a lo largo de los muros bajos. El pelo mustio y sin vida enmarcaba sus rostros apagados, angulosos, el desaliento grabado en su frente. «¿Cuándo? ¿Cuándo?», parecían preguntarse unas a otras, y a Azar en todo momento. Era como si algo se hubiese escapado de sus cuerpos y se hubiese volatilizado en el aire tenso, enrarecido.

Trató de ignorar los murmullos afligidos que llegaban de fuera. No podía soportarlo. Centró toda su atención en el sonido que producían los labios de Neda al succionar el pecho con rítmica avidez, y admiró el suave resplandor del sol reflejado en su rostro, las oscuras pestañas que perfilaban los párpados como una gruesa cenefa. La angustia brotó en su interior como una oleada que todo lo arrasaba a su paso, la angustia de la separación, de volver a caer en el abismo de un vacío sin fondo cuando Neda ya no estuviera.

Había empezado a tener pesadillas en las que veía a Neda llorando en el sótano de la casa de su madre. Sola, mojada, hambrienta. Nadie acudía a consolarla, ni siquiera su abuela. El sótano estaba oscuro y frío, y Neda seguía llorando hasta que Azar se despertaba y notaba la almohada humedecida por las lágrimas. ¿Sería su madre capaz de abandonar a Neda? ¿Tanto le dolería el abandono de Azar que le sería imposible querer a la hija de su hija? ¿Cómo podía Azar esperar nada de sus padres cuando ella misma no había dudado en cortar toda relación con ellos? ¿Serían capaces de perdonarle todas las veces que llamaron a su puerta sin obtener respuesta? Ni siquiera sabían que se había quedado embarazada. Les había negado la ilusión, la alegría, el orgullo de participar en su vida. ¿Qué habrían dicho sus padres al recibir la llamada telefónica informándoles del nacimiento de su nieta, esa criatura que ignoraban que su hija llevara en el vientre? ¿Se habrían alegrado? ¿Se habrían quedado estupefactos? «Por lo menos ahora saben que estoy viva», pensó Azar, aunque esa

idea no la tranquilizó. Su propio sentimiento de culpa respecto a sus padres la consumía. Las preguntas se atropellaban en su mente, preguntas para las que no tenía respuesta. Y las pesadillas volvían noche tras noche, y todas las mañanas dejaba su almohada en un rincón para que se secara.

El sonido de la succión se detuvo. Su hija se había quedado dormida, y sus labios se desprendieron lentamente del pecho. Azar la contempló y las lágrimas le empañaron la visión, emborronando el rostro de Neda. Se tapó los ojos con la mano. Algo en su interior se había roto en mil pedazos, y sabía que nunca podría volver a recomponerlo. Cuando levantó la vista, la mariposa había desaparecido.



Llovía. Aún no había anochecido. En algún lugar del patio, la lluvia repiqueteaba sobre algo duro, acaso un tejado de chapa ondulada. A lo largo de las paredes de la celda se alineaban las colchonetas que usaban las mujeres para sentarse. Algunas charlaban a media voz, intercambiando recuerdos, otras escribían a sus seres queridos, otras leían por enésima vez la carta que les había enviado su marido meses atrás, otras miraban la pared que tenían delante con gesto ausente, tarareando viejas canciones para sus adentros. Alguien soltó una carcajada al evocar un recuerdo hilarante. En un rincón, los platos y cucharas de plástico, ya lavados y secos, se apilaban en cuidadoso equilibrio. La tenue luz de la bombilla desnuda alumbraba las prendas dobladas junto a cada camastro.

La puerta se entreabrió y alguien pronunció el nombre de Azar. Apenas podría pasar un niño por la rendija abierta.

Ella dio un respingo y sus ojos se clavaron en la puerta. En cuanto se oyó su nombre, todo se paralizó, hasta el aire. Nadie movió un solo músculo. Se limitaron a mirar a Azar, boquiabiertas.

Transcurrieron unos instantes. Azar seguía sin reaccionar, incapaz de moverse. Continuaba sentada, resollando como si de pronto los pulmones se negaran a suministrarle oxígeno.

La llamaron por segunda vez.

Junto a ella, Neda hacía ruiditos con la boca, casi como si cantara. Azar la cogió en brazos y notó el tacto suave de su cuerpo, un poco más pesado que antes. Había crecido. Sus piececillos patearon en el aire. Azar pensó que podía levantarse, pero le fallaron las fuerzas, como si algo tirara de ella hacia abajo, hacia el suelo. Un par de manos acudieron raudas en su auxilio, la sostuvieron por los hombros, la ayudaron a incorporarse, la estabilizaron. Dio un paso y luego otro. Las mujeres pegaban las rodillas al pecho cuando Azar pasaba tambaleándose, con el rostro desencajado por emociones indescriptibles.

Sus manos temblorosas se tendieron hacia fuera por el hueco de la puerta. Primero sostenían un cuerpo diminuto y lleno de vida. Luego quedaron vacías. Alguien le propinó manotazos para que retrocediera y así poder cerrar la puerta.

Azar resbaló pegada a la pared como una gota de lluvia que se desliza por el cristal de una ventana, la cabeza vencida, apoyada en el hombro, los pesados pechos inclinados a un lado. Tenía la blusa empapada de leche. Sus brazos estaban vacíos. A su lado, la puerta de hierro, cerrada a cal y canto.

Se impuso el silencio. Un silencio de duelo. Marzieh y Parisa intentaron levantarla, resoplando a causa del esfuerzo mientras trataban de pasar los brazos inertes de Azar alrededor de sus hombros. Pesaba como un muerto. Sus pechos seguían rezumando y la leche bajaba en regueros hasta su vientre. La leche que debería ser para su hija. Ahora no era de nadie. Leche huérfana. Leche tibia, pringosa, repugnante.

Desde el otro extremo de la celda, Firoozeh se acercó a Azar con un pañuelo en la mano. Se sentó junto a ella con el rostro crispado de dolor, o de remordimientos, o de pena. Azar no lo sabía. Sentía que estaban apaleándola por dentro. Quería apartarse de ella, atacarla, clavarle las uñas, pero se quedó sentada, deshecha.

Una melodía resonó en la celda. Una canción entonada con voz temblorosa, rota, que evocaba recuerdos de desarraigo y desesperación.

Ninguna de aquellas mujeres albergaba ya árboles en su interior.

Con delicadeza, Firoozeh le levantó la blusa empapada y, utilizando el chador, vendó firmemente los pechos de Azar para impedir que la leche siguiera rezumando.

1987
Teherán, República Islámica de Irán



Así encontró Leila a Omid: con los ojos muy abiertos, brazos y piernas tensos, succionando sus propios dedos con avidez. Estaba sentado a la mesa del comedor, rodeado por un caos absoluto. Todas las puertas de la casa estaban abiertas de par en par, los armarios y cajones destripados, su contenido disperso en el suelo. Había libros, papeles y prendas de ropa por todas partes, mezclados con sobres, pasadores de pelo, bolígrafos y zapatos. Algunas prendas de Parisa tenían polvorientas huellas de botas.

Omid estaba presente cuando detuvieron a sus padres. Sucedió mientras almorzaban. Era un día soleado, sin una sola nube, anodino. Una promesa de calor flotaba en el aire; la estación parecía a punto de girar sobre su eje. El padre estaba machacando carne, garbanzos y patata hervidos en un cuenco, y con una mano sostenía la mano del mortero mientras con la otra sujetaba el cuenco. Una nube de vapor subía hasta su barbilla.

Omid hundió el dedo en un bol de yogur mezclado con pétalos de rosa triturados. Su madre Parisa lo miró con ceño.

—¿Cuántas veces te he dicho que cojas una cuchara?

Omid no supo qué hacer con el dedo, con el error que ya no tenía vuelta atrás, así que lo dejó en el bol, notando el tacto frío y suave del yogur. Miró a su madre, sus hermosos ojos y el abundante pelo reluciente que se derramaba sobre los hombros, su bonita blusa violeta que resaltaba el tono sonrosado de las mejillas y caía holgadamente sobre el vientre en constante expansión, el amor que parecía brotar de sus ojos y abarcarlo todo.

—No pasa nada —lo tranquilizó Parisa—. Ya has puesto el dedo en el bol. Pero la próxima vez usa una cuchara.

Omid se llevó el dedo a la boca y saboreó el yogur con rosas.

Fue entonces cuando la casera apareció en la puerta, flanqueada por dos policías. Estaba pálida y en su mirada había miedo. Habló apresuradamente sin apartar los ojos de su propio chador, deshaciéndose en ruegos y diciendo cosas sin sentido.

Los guardianes entraron y sencillamente se llevaron a sus padres. Omid se quedó sentado a la mesa con la comida ante sí. Su madre le había acariciado el rostro fugazmente con dedos fríos como el hielo. Su padre lo había besado en la frente y le había dicho que no tuviera miedo, que ambos volverían enseguida. Pero su voz era tan débil que algo en el interior de Omid desapareció para siempre casi sin ruido, como un guijarro engullido por el agua.

Los guardianes se habían dedicado a buscar documentos, cartas, panfletos, poemas, libros prohibidos. Se fueron con las manos llenas, llevándose consigo incontables trozos de vida. Esos papeles servirían para decidir quién se quedaba y quién se iba.

Sus padres, con su amor, su lucha y sus vidas de papel, se habían ido.

Y Omid se había quedado sentado a la mesa, rodeado por aquel caos. No podía llorar. Se quedó allí temblando, con un reguero de saliva deslizándose por sus dedos.

La casera salió tras los guardianes, que tiraban de sus padres, esposados y con los ojos vendados. No tiraban de ellos con violencia porque sus padres no se resistían. No agitaban los brazos. No gritaban.

Todo fue silencioso, como una mañana de domingo en una mezquita. Era como si sus padres hubiesen estado esperando a los guardianes. Como si supieran que vendrían y arrasarían su hogar, sus vidas, la del niño que se quedaba atrás, la del que aún no había nacido. Que arramblarían con todo y luego se lo arrojarían a la cara.

Sólo más tarde, cuando un nudo en la garganta le impidió seguir hablando y constató que sus palabras yacían inertes en el umbral, se precipitó la casera hacia el teléfono para llamar a Agajaan y a *maman* Zinat. Mientras, Omid seguía allí sentado. A solas. Con su cocido a medio triturar, ante un bol de yogur que olía a rosas.



Las sombras que se proyectaban en el falso mármol azul del suelo de la farmacia se vieron desplazadas a un lado cuando Leila, que empujaba el cochecito de Sara y llevaba a Forugh en brazos, abrió la puerta con dificultad y salió a la calle. Forugh, dieciocho días mayor que Sara, cumpliría tres años en tan sólo unos meses. Los brazos de Leila rodeaban a la niña con ademán protector, pero no podían evitar ceder bajo su peso. A sus seis años, Omid caminaba al lado de Leila, cogido a su guardapolvo.

Se disponía a acomodar a Forugh en sus brazos cuando un todoterreno militar se detuvo bruscamente ante ellos haciendo rechinar los neumáticos. Una amenazadora nube de polvo y humo empañó los ojos de Leila, que de un modo casi instintivo apartó el rostro y, fingiendo taparse la boca para no respirar la humareda del tubo de escape, se quitó el pintalabios restregándose con la punta del pañuelo.

Dos milicianos se apearon luciendo el uniforme verde con gorra de los Guardianes de la Revolución. Gruesas barbas enmarcaban sus rostros. El más alto siguió a su compañero cojeando, como si le doliera el pie. Se apoyó en el capó del todoterreno mientras el otro salvaba de un salto la alcantarilla que separaba la calzada de la acera y se plantaba delante de Leila. Tenía los ojos hundidos entre flácidos pliegues de piel. Por un instante, lo único que Leila acertó a oír fueron los latidos desbocados de su propio corazón.

—¿Crees que ésta es manera de salir a la calle, Hermana? —preguntó.

Con la revolución, una insólita fraternidad se había proclamado de la noche a la mañana. Todo un país hecho de hermanos que no guardaban el menor parentesco entre sí, que a veces se miraban con temor, otras con arrogancia, desconfianza, prepotencia o desdén. «¡Yo no soy tu hermana!», le habría espetado Leila.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que te parece mal? —replicó, al tiempo que apretaba el menudo cuerpo de Forugh contra su pecho y cogía la mano de Omid, que observaba el humo y los rostros severos de los hombres con una mezcla de temor y fascinación. La lengua del guardián jugueteaba con los irregulares incisivos delanteros.

—¿Son hijos tuyos?

—No.

—¿De quién son?

—De mis hermanas.

—¿Por qué están contigo? ¿Dónde están tus hermanas?

Leila tragó en seco, incapaz de articular palabra. Estiró la camiseta de Forugh con nerviosismo. Tenía el corazón en la garganta.

Cuatro años atrás, sus dos hermanas, Parisa y Simin, les habían sido arrebatadas por hombres como aquéllos, que lucían el mismo uniforme y empleaban el mismo lenguaje, cubiertos por el mismo polvo del poder recién tomado. Para entonces ese polvo se había asentado y convertido en una segunda piel; ellos pensaban que les prestaba un aspecto curtido y una credibilidad indiscutible. Habían esposado a Parisa y Simin, les habían vendado los ojos como si fueran delincuentes. Sus delitos no eran más que palabras, palabras susurradas, pensamientos acallados que hacían temblar en sus lechos a los fundadores de la patria.

Pero Leila no podía contestar eso. Tener hermanas antirrevolucionarias era sinónimo de pertenecer a una familia antirrevolucionaria. La detendrían y la someterían a un interrogatorio. Alzó la barbilla y miró al hombre.

—Están trabajando.

Los transeúntes se apartaban de ellos al pasar, arrimándose a los muros tiznados de hollín. Desde los coches, los pasajeros les lanzaban miradas curiosas y apartaban los ojos enseguida de los de Leila. Una joven que llevaba un guardapolvo corto cruzó presurosa a la otra acera.

—¿Adónde llevas a los niños?

—A un estudio de fotografía —contestó Leila, sin mencionar que la foto era para sus hermanas, para que vieran lo mucho que sus hijos habían crecido en su ausencia. Notó el tacto sudoroso de la mano de Omid en la suya. Alcanzaba a oler el miedo que desprendía, amargo y punzante.

—Cúbrete el pelo.

—¿Qué?

—¡He dicho que te cubras el pelo! ¡No puedes ir así por la calle!

Leila soltó la mano de Omid para ceñirse el pañuelo sobre la frente, apretando el nudo bajo la barbilla para dominar la gruesa mata de pelo rizado que abultaba bajo la tela como masa fermentada.

—Debes dar ejemplo a las niñas —añadió el hombre, repasándolas de arriba abajo—. No quiero volver a verte así por la calle.

Dicho lo cual, giró sobre los talones de sus botas y el otro lo siguió. Subieron al todoterreno y arrancaron. Leila reanudó la marcha y empujó el cochecito, evitando las miradas ajenas, temblando por dentro.



En el estudio de fotografía había una temperatura fresca. Las paredes estaban llenas de fotos enmarcadas de niños con ositos de peluche, hombres jóvenes que posaban con la barbilla apoyada en el puño y novias envueltas en guirnaldas de luces de colores. Una bombilla pelada bañaba con un tímido resplandor amarillo los marcos y paredes de hormigón surcadas de grietas irregulares. Leila avanzó empujando el cochecito. Le temblaban las rodillas, aún no recuperada del susto. Tenía los ojos enrojecidos y las mejillas encendidas a causa del calor, la carga y algo indefinido que hervía en su interior.

—*Salaam*, Aga Hossein, siento llegar tarde —dijo, saludando al anciano apostado tras el mostrador, que los miró por encima de las gafas. Leila sentó a Forugh en una silla y sacudió los brazos para destensar los músculos fatigados.

—No pasa nada, Leila Khanoom. No tengo prisa.

En el cochecito, Sara, con hebras de pelo rubio pegadas a las mejillas sudorosas y sonrojadas, emitió unos vocablos guturales, apenas comprensibles y vagamente musicales. Aún no había empezado a hablar con soltura. ¿Por qué tardaría tanto?, se preguntaban a veces Leila y *maman* Zinat, preocupadas. ¿Acaso era porque no tenía a sus padres cerca? ¿Hubiese sido distinto si la hubiese criado su propia madre? Preguntas sin respuesta. Lo único que podían hacer era esperar. En cuanto a Forugh, que pronunciaba las palabras mucho mejor que su prima y era capaz de hilvanar frases completas, apenas hablaba, lo que en cierto sentido inquietaba todavía más a ambas mujeres.

Sara tiró del pañuelo de su tía mientras ésta hurgaba en la parte trasera del cochecito en busca del chupete. Leila se incorporó, tirando con delicadeza de la punta del pañuelo para liberarlo de los regordetes dedos de Sara. Intentó tranquilizarla con el chupete, que la niña se negó a aceptar.

—¡No! —chilló.

Leila lo sujetó a su peto blanco, que tenía un paraguas rojo cosido en la pechera.

—Omid *jaan*, vigila a Forugh mientras hablo con Aga Hossein.

No sin esfuerzo, Leila logró que el niño le soltara el guardapolvo y le puso su pequeña mano sobre el pecho cálido de su prima.

—Pon la mano aquí y no dejes que se baje de la silla.

Obediente, Omid no apartó la mano ni los ojos de Forugh, que miraba alrededor con asombro. La niña frunció un poco el ceño, arrugando la breve frente. El pelo se le erizaba en torno a la cabeza como si lo atravesara una corriente eléctrica. Lo tenía así de tieso desde que había nacido, como si hubiese sufrido una conmoción insuperable.

—¿Cómo están tus padres? —Aga Hossein miraba a los niños con la sonrisa enternecida de un anciano sin nietos. Era un hombre de corta estatura, con manchas en la piel y una gran nariz aguileña que parecía fuera de lugar en su rostro de rasgos infantiles.

—Le mandan recuerdos —dijo Leila despacio, clavando los ojos en el suelo. Aún estaba enfadada con sus padres por haberla enviado allí sola. De hecho, con quien

más enfadada estaba era con *maman* Zinat, que los esperaba en casa. *Maman* Zinat, que nunca salía a la calle, que se limitaba a esperar y llorar sin lágrimas. Lloraba por sus hijas y por los tres hijos de éstas. *Maman* Zinat, que había criado a tres hijas y no había pestañeado siquiera cuando, a sus sesenta y dos años, le habían entregado a tres diminutas criaturas que berreaban sin cesar, sus tres nietos, para que los criara.

—¿Alguna noticia de sus padres? —preguntó Aga Hossein, señalando a los niños.

A espaldas de ambos, Sara seguía con su tímido parloteo apenas comprensible. Un hipo interrumpió su embrollada cantinela y la niña soltó un chillido, ensordecedor de tan agudo, que era su risa. Leila farfulló que sus hermanas estaban bien. Siempre que le preguntaran por ellas, debía decir que se habían ido a trabajar al extranjero. Así lo había decidido su padre. «Nadie está a salvo, no nos podemos fiar de nadie», había advertido.

Leila notó que Omid le tiraba del guardapolvo. Sus ojos muy abiertos miraban hacia arriba en busca de los suyos.

—*Khaleh* Leila, tengo pipí.

—Ah, sí —dijo Leila, como disculpándose. Se le había olvidado. Miró a Forugh, que estaba reclinada contra el respaldo de la silla, jugueteando con un hilo suelto del calcetín. Sara intentaba bajarse del cochecito y alargaba la mano hacia una pila de sobres que había sobre una mesilla de cristal redonda. De nuevo un hipo escapó de su cantarina boca.

—Acompáñalo al lavabo —dijo Aga Hossein—. Yo me encargo de las niñas.

—Gracias.

Leila cogió las manos de Forugh y la ayudó a bajar de la silla. Estaría más segura en el suelo.

—¿Dónde está el cuarto de baño?

—Al fondo a la izquierda.

Omid la siguió apretando los muslos y con aire concentrado. Tenía la cabeza ligeramente grande respecto al resto del cuerpo, y unos ojos almendrados que apenas se posaban en nada, ojos de cervatillo asustadizo. Llevaba puesta una camisa a cuadros rojos y negros, perfectamente remetida en unos pantalones de terciopelo marrón que lo hacían parecer un adulto en miniatura.

Leila abrió la puerta del diminuto lavabo y un olor a desinfectante llenó sus fosas nasales, mezclado con el de herrumbre y humedad. Una mosca revoloteaba junto a la ventana, cuyo cristal esmerilado impedía mirar y ser visto desde fuera. Leila se apresuró a ayudar a Omid con los botones del pantalón. El niño sacudía las piernas y se sujetaba el vientre, tratando de resistir un poco más. Se puso de puntillas para tocar lo menos posible la porcelana estriada y mojada de la letrina. Ya se estaba convirtiendo en una diminuta versión masculina de su abuela: pulcro hasta la obsesión, aprensivo ante cualquier cosa desconocida y húmeda. Leila abrió el grifo y se mojó el rostro con agua fría.

—¿Ese señor va a sacarnos una foto? —preguntó Omid cuando hubo terminado.

—Así es.

Leila se secó la cara con su pañuelo manchado de carmín.

—¿Y dónde tiene la cámara?

—Ahora la verás. —Leila miró hacia abajo y vio cómo el pequeño se esforzaba por abotonarse el pantalón con sus deditos—. ¿Quieres que te ayude?

—Puedo hacerlo solo.

Leila soltó una risita.

—Estás hecho un hombrecito.

—Soy un hombre grande.

Omid acabó de abrocharse el pantalón y se lavó las manos.

—¿Por qué te gritaba ese hombre? —preguntó luego, volviéndose hacia su tía con semblante serio.

—¿Qué hombre?

—El del todoterreno.

—Sí que gritaba, ¿verdad? —murmuró Leila, mientras le secaba las manos con su pañuelo húmedo.

—¿Por qué?

—Porque puede hacerlo.

—¿Por qué?

Leila movió la mano en el aire para restarle importancia, y luego la dejó caer con gesto abatido.

—Porque no tiene nada mejor que hacer.

Omid la miró sin comprender del todo.

—¿Te han dado miedo? —preguntó Leila, agachándose un poco y hablándole con más dulzura.

Omid clavó la mirada en el suelo, aún de puntillas. Luego se encogió de hombros como lo haría un adulto.

—Les hacemos caso cuando no nos queda más remedio —explicó Leila—, pero en el fondo, en lo más profundo de nuestros corazones, no les tenemos miedo. ¿A que no?

Omid guardó silencio. No parecía haberle dedicado demasiada atención al concepto de miedo. Como si fuera un pensamiento que había arrinconado en el lugar más recóndito de su mente y que sólo deseaba rescatar en caso absolutamente imprescindible.

—Lo que más miedo me da en este mundo son las cucarachas —dijo Leila, tratando de distraerlo—. Y las lagartijas.

—Pero las lagartijas se comen a las cucarachas.

—¿Ah, sí?

—Y las moscas. Y los mosquitos.

—Entonces no debería tenerles miedo —dijo Leila, tendiéndole la mano.

—De las lagartijas, no —dijo el niño, dándole la suya.

Salieron del lavabo. Omid daba pasos exageradamente largos para sus piernas.

Encontraron a Forugh sin zapatos, que habían quedado debajo de la silla. La niña tiraba de la cortina verde que cubría la puerta de la calle. Sara se las había arreglado para coger un sobre de la pila y lo estaba mordisqueando y babeando. Ajeno a cuanto ocurría a su alrededor, Aga Hossein componía el álbum fotográfico de una boda.

—¿Listos para la foto? —preguntó.

—Sí, listos.

Leila apartó la mano de Forugh de la cortina y el sobre de la boca de Sara. Intentó alisar este último con las manos, pero se deshacía entre sus dedos, irremediablemente empapado. Lo escondió bajo la pila de sobres tersos y lisos, recogió los zapatos de debajo de la silla y tomó a una niña en cada brazo. Mientras seguían a Aga Hossein y bajaban los dos grandes peldaños de hormigón que conducían a una habitación en penumbra, Omid se aferró una vez más a su guardapolvo.

—Ahí tienes la cámara. —Leila señaló el aparato colocado sobre un trípode que arrojaba sombras lineales sobre el suelo. Omid se metió los dedos índice y corazón en la boca y, mientras estudiaba la cámara, empezó a chupetearlos con aire pensativo.

Aga Hossein arrastró un banco verde hasta el centro de la habitación.

—Como ves, Leila Khanoom, estos días no tengo demasiado trabajo. Parece que nadie quiere hacerse fotografías en tiempos de guerra. Quién sabe, a lo mejor la gente prefiere no conservar ningún recuerdo de sí misma. Para poder olvidar. O quizá porque temen recordarlo más tarde. Si es así, es que ya tienen la mirada puesta en el futuro, o sea, creen que saldrán de ésta con vida. No sé si comparto su optimismo, no con ese maldito loco de Saddam bombardeándonos desde hace siete años. Y no parece que el final esté cerca.

Aga Hossein deambulaba por el estudio encendiendo interruptores y cerrando cortinas. Su voz resonaba entre las paredes con una cadencia suave, ininterrumpida, como si hablara consigo mismo y no esperara réplica. Se movía de un modo natural, sin prisa. Quizá fuera esa naturalidad lo que hacía que los niños estuvieran tranquilos. Lo miraban como atentos a sus palabras.

—Puedes dejar a los pequeños en el banco.

Leila posó a las niñas despacio. Ellas la miraron con sus ojos almendrados. Sonrisas de dientes de leche. Pequeños brazos que se movían arriba y abajo, como alas de mariposa. Sara y Forugh llevaban idénticos chupetes prendidos a los lados de sus petos blancos. Tenían idénticos zapatitos blancos, biberones de leche, ropa interior, juguetes. Era el toque de *maman* Zinat, que ponía gran empeño en no descuidar ningún detalle, repartía su amor en dosis equitativas y trataba a las niñas como si fueran gemelas, temerosa de quedarse corta. Por las noches, *maman* Zinat dormía con Omid a su derecha y Forugh a la izquierda, mientras que Sara lo hacía en una cuna adosada a la cabecera de la cama. Era así porque en cierta ocasión Agajaan le había dicho, para provocarla, que el hecho de poner la cuna de Sara al lado de Omid y no a su lado demostraba que *maman* Zinat quería menos a su otra nieta.

Agajaan tenía una extraña forma de divertirse. Y *maman* Zinat siempre caía en sus trampas. Tenía mucho amor que dar. Se había vuelto susceptible, puntillosa. A partir de esa noche, puso la cuna de Sara pegada a la cabecera de su cama.

—Omid, tú siéntate en medio —dijo Leila.

El niño se volvió, apoyó las manos en el borde del banco y se sentó, muy recto, entre su hermana y su prima.

—Ah, espera un segundo. —Leila cogió un pequeño peine de un estante—. Dejad que os ponga guapos para la foto.

Se arrodilló delante de Sara, acercando el peine a su pelo claro. La niña negó con la cabeza y la apartó, tratando de esquivar la mano de Leila.

—Deja que *khaleh* te ponga guapa para la foto.

Leila le sujetó la nuca para impedir que siguiera moviendo la cabeza y notó los suaves y carnosos pliegues de piel bajo sus dedos. Al peinarle el pelo hacia atrás, se hicieron visibles las depresiones del cráneo por encima de las sienes. Luego besó a Sara en la nariz antes de arrodillarse delante de Forugh, que seguía todos y cada uno de sus movimientos con aquellos ojos de un negro líquido. Peinó el escaso pelo negro de la niña como pudo, tratando de alisarlo sobre su cabeza. Pero la fina pelusa volvía a erizarse, indómita.

El día que se la llevaron a casa, Leila encontró un juguete hecho a mano en los pantalones de Forugh. Una figura humana hecha con ramitas partidas. Era un regalo de Simin, una señal, su manera de hacerles saber que estaba bien. Simin y Parisa ocupaban celdas distintas en la cárcel. Leila se preguntaba si se verían alguna vez, si se cruzarían en los pasillos, si intercambiarían alguna mirada cuando salían al patio. ¿Qué hacían cuando sonaban las sirenas? ¿Se limitaban a quedarse en sus celdas, rezando para que no les cayera una bomba encima? La soledad de sus hermanas le hacía sentir un vacío inmenso. La soledad de esa figura hecha de trocitos de rama.

Sara ya empezaba a removerse e intentaba bajarse del banco. Omid se lo impedía poniéndole una mano en el pecho. Leila tenía que darse prisa y acabar antes de que la paciencia de Sara se agotara. Peinó a Omid apresuradamente y le arregló el cuello de la camisa.

—Están muy guapos. —Aga Hossein desenrolló una pantalla verde oscuro a espaldas de los niños. Colocó un brazo de Omid sobre los hombros de Sara y el otro en torno a la cintura de Forugh—. Quédate así.

Leila se apartó del plano, pero se quedó lo bastante cerca para alcanzarlos de un brinco si algo iba mal; si la necesitaban; si les daba miedo no verla.

Aga Hossein se puso tras la cámara.

—Muy bien, ahora mirad hacia aquí.

Tensando las finas arrugas de sus ojos, el hombre proyectó la luz sobre los tres pequeños rostros. Los niños se quedaron inmóviles por unos instantes, hipnotizados por el resplandor, como ardillas encandiladas por los faros de un coche.

Clic.

La lengua de Forugh le asomaba ligeramente entre los labios. Una gota de saliva brillaba sobre los incisivos superiores de Omid. Sara tenía la boca abierta en una expresión de puro asombro y miraba fijamente la luz. Leila los imaginó yendo por la vida tal como los veía en ese momento, con sus frágiles bracitos en torno a los hombros, la cintura, las rodillas de los otros. Sus destinos tan entrelazados como sus brazos. No podía verlos como hermanos o primos. Sólo acertaba a verlos como tres reflejos de un mismo cuerpo. Tres partes de una misma cosa, como las ramas de un árbol, el jacarandá que crecía en el patio de la casa familiar. Era imposible saber dónde acababa el árbol y dónde empezaban las ramas. Eso eran aquellos tres niños: el árbol y sus ramas.

Clic.

Tres diminutos rostros miraron a la cámara con gesto perplejo.



La luz del sol empezaba a extinguirse, retirándose con parsimonia del angosto patio. El verano impregnaba el aire con sus semillas. Las flores del jacarandá caían al suelo con una mansa, resignada voltereta. Las rendijas entre los adoquines parecían teñidas de morado y rosa, a veces de verde. Un cuervo cruzó el patio en vuelo rasante, buscando algo que pillar.

Leila entró en la habitación sosteniendo un gran canasto con ropa. Su mata de pelo rebelde, libre al fin del pañuelo, caía en cascada hasta sus hombros como una maraña de resbaladizos cables. Dejó el canasto en el suelo con un ruido sordo, agitando la ropa que contenía. Se sentó y empezó a doblar las diminutas blusas, pantalones, baberos y calcetines.

Estaba cansada. Aún notaba en la boca el regusto de la polvareda que flotaba en las interminables calles de asfalto ardiente, con sus llamativas ventanas, la algarabía de los niños y la historia reducida a cuatro pomposas consignas pintadas sobre paredes mugrientas. Le rechinaban los dientes a causa del polvo. Le dolían las piernas de haber ido y vuelto a pie. No había encontrado un taxi desde el estudio del fotógrafo. No con tres niños que se pegaban a sus faldas como si les fuera la vida en ello, tres niños a los que Leila se empeñaba en mantener alejados del caos. Otros transeúntes subían a los taxis y desaparecían antes de que ella pudiera abrir la boca. Era como si hubiera perdido reflejos en esa ciudad hosca, bulliciosa, abarrotada. Había momentos en los que se le antojaba inabarcable, como si se expandiera sin descanso, envolviéndola como un inmenso capullo. A ratos sentía el impulso de gritar, sólo para comprobar si su voz podía sobreponerse al incesante barullo.

Sólo tres años atrás, todo era distinto. Entonces nada podía tocarla, impedirle el paso, obligarla a detenerse si no lo deseaba. Se subía y se apeaba de los taxis y autobuses con la agilidad de una experimentada urbanita; se abría paso sin vacilar entre el gentío hasta la fábrica textil donde trabajaba empaquetando batas y mantas hospitalarias en bolsas de plástico que luego eran enviadas a los hospitales

improvisados del frente, donde, según había oído, apenas tenían sitio para los heridos. Aunque se trataba de un trabajo poco remunerado, Leila nunca había sido más feliz. Nunca se había sentido tan liberada como cuando fichaba al llegar a la fábrica por la mañana, y el ruido de la máquina perforadora sonaba a sus oídos como música celestial. Era el sonido de la independencia, de la seguridad, de un asidero en ese país que se desmoronaba, arrasado por la guerra y las malogradas ilusiones de una revolución. Era como si al hacerlo diera forma a una vida que hasta entonces parecía hecha de lava líquida.

Sus compañeras de trabajo eran mujeres de su misma edad, o mayores, cuyos maridos se habían ido a la guerra dejándolas al frente de sus familias de la noche a la mañana. Mujeres con rostros angulosos, macilentos, con ojos de mirada centelleante. Mujeres delgadas ataviadas con holgados guardapolvos marrones que les daban aspecto de espantapájaros. Ejemplos de virtud y sufrimiento. Algunas se llevaban a sus bebés con ellas y los dejaban en canastillas a sus pies, bajo la mesa. Trabajaban con un ojo puesto en el bebé y otro en la máquina de coser que iba picoteando sin cesar la tela de color anodino. Durante la pausa del almuerzo, las mujeres seguían sentadas a la mesa de trabajo con sus hijos en el regazo, viendo cómo las diminutas boquitas se aferraban a sus pechos hinchidos, surcados de venas azules, junto a las máquinas de coser enmudecidas.

Pero Leila tuvo que renunciar a su trabajo cuando llegaron Sara y Forugh vestidas con ropa hecha con chadores de oración y botones que en realidad eran semillas de dátil. No podía dejar que *maman* Zinat criara a tres niños sola. No a su edad, con sus obsesiones, con la angustia que minaba sus nervios por las noches como un nido de termitas.

El día que abandonó la fábrica, sus compañeras la rodearon para despedirse. Qué pronto se iba, dijeron. También ellas deseaban poder marcharse. Dejar aquella cárcel repleta de máquinas de coser, bolsas de plástico transparente y olor a guerra. Alzaban la mano y la agitaban en el aire a modo de despedida. Una mano que barría el aire enrarecido de la fábrica, en el que se mezclaban el olor a leche tibia, sudor y frágiles sueños. Leila deseaba poder quedarse, seguir doblando batas de hospital, fichando a diario, midiendo el paso de su vida. Pero temía decirlo. Las mujeres la consideraban afortunada y no quería decepcionarlas. Les estrechó la mano a todas, una tras otra. Manos secas, cansadas. Miradas anhelantes. Fuera, al otro lado de los altos muros de ladrillo de la fábrica, el polvo convertía la luz crepuscular en un difuso resplandor.

—¿Cuándo estará lista la foto? —La voz ligeramente estridente de *maman* Zinat sacó a Leila de sus pensamientos.

Estaba sentada en el suelo de la habitación contigua, al otro lado de los ventanales, ante una pila de hierbas aromáticas divididas en manojos atados con gomas verdes. La luz entraba a raudales por las puertas acristaladas que daban al patio, bañando su larga trenza entrecana que le bajaba hasta la cintura, casi rozando los apretados nudos de la alfombra. Llevaba el vestido negro remangado para no

ensuciarlo. Ese vestido negro que la hacía parecer mayor, enlutada, cuando no era así. Sólo estaba triste. Si pudiera, hubiese ido a la cárcel en lugar de sus hijas. Eso la habría hecho más feliz, le habría permitido sentirse más en paz consigo misma.

—Una semana, más o menos —contestó Leila—. Ha dicho que llamará.

—Qué contentas se pondrán cuando reciban la foto. Mis pobres niñas.

Maman Zinat cortaba las puntas embarradas de los tallos sin quitar las gomas que los ceñían, arrancaba las hojas que sobresalían y dejaba caer los manojos en distintas palanganas. Tenía los dedos sucios, llenos de barro, pero el resto de su persona casi resplandecía de tan limpia, haciendo que éstos parecieran fuera de lugar.

—Leila *jaan*, sírvele una taza de té a tu padre —dijo.

Las rodillas de Leila emitieron un sonoro crujido cuando se levantó y se encaminó al samovar eléctrico, que rezongaba en el rincón como una anciana contrariada que desgranara recuerdos de un pasado más feliz. Enjuagó una taza en la palangana con agua que había junto al samovar, la secó con el paño que cubría el hervidor y vertió en ella el té rojo. Cuando añadió el agua hirviendo, espirales de humo se elevaron de la taza y llenaron el aire. En la habitación flotaba un olor a menta y cebolleta que hacía cosquillas en la nariz.

—Ya casi no queda arroz —dijo *maman* Zinat echando la cabeza atrás, como hacía siempre que se acordaba de algo.

Agajaan soltó un pequeño gruñido al acomodarse en el suelo, reclinándose sobre los cojines bordados con gorriones al vuelo y un ciervo con las piernas demasiado cortas. El hombre daba la espalda al fresco pintado sobre la pared, en el que una bandada de cisnes blancos surcaba las azules aguas de un río. Cogió la taza de té de manos de Leila.

—¿Ya? Si compré la semana pasada.

—Lo sé. Pero no queda demasiado. Ni azúcar.

—Habrá que esperar al reparto de cupones. Tal vez mañana, o pasado.

La cadenilla de oro que colgaba del cuello de *maman* Zinat se ladeó al inclinarse para soltar un puñado de hojas de perejil en una palangana de plástico. Arrojó los tallos pelados a la raída manta floral que protegía la alfombra y le cubría las rodillas.

—Compraré también patatas. Los vecinos dicen que Jamal Aga ha traído unas cuantas.

Agajaan frunció el entrecejo y miró a su mujer. Las puntas rizadas de sus cejas se curvaron levemente.

—¿Cuántas veces debo decirte que no le compres nada a ese ladrón? Cobra diez veces más de lo que valen las cosas. Nos chupa la sangre, eso es lo que hace. Se dedica a chupar la sangre de la gente como tú, que vas y le compras esas patatas a precio de oro.

—Si no hay arroz, tendré que comprar patatas —replicó *maman* Zinat sin levantar la vista—. No podemos dejar que los niños se mueran de hambre, ¿verdad que no?

—Nadie está diciendo que los dejes morir de hambre. Sólo te pido que no le

compres nada a Jamal. Cree que la guerra es una oportunidad para hacer dinero, no para ayudar a su pueblo. Cuando se acabe la guerra, será millonario, y mis hijas seguramente tendrán que trabajar para él cuando salgan de la cárcel.

Maman Zinat no contestó. Parecía demasiado disgustada para hablar. Agajaan también enmudeció y apuró el té de un gran sorbo airado. Leila apartó los ojos de sus padres y los posó sobre el gran armario ropero de aspecto macizo que ya no contenía ropa sino mantas y sábanas para los tres primos. No comprendía por qué sus hermanas habían seguido resistiendo si la revolución había terminado; una guerra la había reemplazado y todo el mundo luchaba por empezar de nuevo o por salvar la vida. Pero Simin y Parisa habían seguido al pie del cañón, al igual que sus maridos. Lanzaban panfletos por encima de los muros, celebraban reuniones secretas en casa, leían libros prohibidos, veían las noticias y apuntaban cuántas veces se había pronunciado el nombre del Líder Supremo. Denunciaban que ese nombre lo estaba acaparando todo, haciéndose cada vez más sonoro y omnipresente, en tanto que su propia presencia política era ninguneada, junto con la de todos aquellos que no eran afines al régimen y cuya existencia era negada, sofocada, restregada hasta desaparecer como una mancha en el mantel. Se sentaban delante del televisor, bolígrafo en mano, y ponían cifras al proceso por el que se desvanecían poco a poco, purgados de la memoria colectiva del país, enterrados en vida. Se habían convertido en el enemigo, en los antirrevolucionarios. Eso ocurrió poco antes de que fueran detenidos, momento en que culminó el proceso de anulación sistemática.

—Yo les llevaré la foto —anunció Agajaan, cogiendo el transistor del estante—. Me aseguraré de dársela en mano.

Leila lo miró. El grueso pelo rizado y gris que antes siempre lucía perfectamente peinado hacia atrás, reluciente de aceite, ahora le colgaba sobre la frente con un desaliño producto de la indiferencia. Ahora siempre iba en pijama por la casa, dejando a la vista la piel cobriza, quemada por el sol, de los antebrazos, el rostro y el cuello. Parecía haber envejecido de un modo prematuro, demasiado deprisa. A lo largo del año anterior, Agajaan había visitado la cárcel todas las semanas, pero casi siempre le impedían el paso y regresaba a casa con las manos vacías mientras la desesperación ahondaba las arrugas de su rostro y oscurecía el tono avellana de sus ojos. Pero no se rindió. Semana tras semana, mes tras mes, se plantaba frente a la puerta de la cárcel y pedía ver a sus hijas.

Agajaan encendió la radio, que chisporroteó entre sus manos y enmudeció al cabo de unos instantes.

—¿Qué le ha pasado al transistor?

Maman Zinat apartó la mirada de las cebolletas. Tenía los ojos enrojecidos.

—Dejó de funcionar hace unos días. ¿No te lo dije?

Antes de que él pudiera contestar, los interrumpió el súbito y estridente sonido del teléfono. Leila soltó la ropa que tenía entre las manos y se precipitó hacia el aparato con el corazón en un puño.

—¿Sí?

—¿La casa del señor Jalili? —preguntó una voz de mujer.

Leila sintió una punzada de decepción.

—Sí.

—Soy amiga de Parisa. ¿Eres su hermana?

Leila guardó silencio mientras se alisaba los pliegues del vestido.

—Sí, lo soy —contestó al fin, titubeante. Sabía que no debería hacerlo.

—¿Quién es, Leila? —se oyó preguntar a Agajaan desde la habitación contigua.

A Leila se le tensó la espalda.

—¿Has tenido noticias de ella? —preguntó la mujer—. ¿O de Simin?

Leila se volvió al tiempo que se apartaba el auricular de la boca.

—Es una amiga de Parisa —dijo, y sin querer miró a Omid, que se había sentado en el alféizar revestido de azulejos.

El niño la miró con los ojos muy abiertos, atentos a cada detalle, como si escuchara con ellos. Escuchaba y observaba con disimulo, aferrándose al nombre de su madre que había quedado flotando en el aire.

—Cuelga —ordenó Agajaan.

Leila lo miró sin soltar el auricular.

—Estamos muy preocupados por ellas. Verás, no hemos... —continuó la mujer.

—¡He dicho que cuelgues!

—Lo siento. No sabemos nada. —Y colgó.

Se hizo el silencio. Nadie dijo nada. El bramido de un avión estremeció la casa. Leila se dio media vuelta y regresó a la desordenada pila de ropa.

Sentía mucha pena, una pena llena de rabia, por sus hermanas, por los amigos de éstas, por Agajaan, por la enormidad de su temor, que era más grande que él. Sabía que, en el fondo, él se alegraba cuando alguien se interesaba por sus hijas, cuando llamaba algún amigo. Sus ojos relucían con un brillo especial cuando oía pronunciar sus nombres. Parecía consolarlo, como si el mero hecho de nombrarlas confirmara de algún modo que seguían vivas. Sin embargo, su temor no cedía ni un ápice. Cuanto más tiempo pasaba y menos sabía de sus hijas, más temía preguntar, hablar, revelar a nadie el mundo exasperante y desgarrador de lo ignorado, lo callado. Era como si el silencio estuviese enterrándolo en vida, y con él a todos los demás.

Pasaron unos instantes antes de que su voz rompiera el tenso silencio que se había instalado en la habitación.

—A saber quién puede estar escuchando nuestras conversaciones —dijo, a nadie en particular—, controlando nuestras idas y venidas, siguiéndonos cuando vamos por la calle, apuntando los nombres de las personas que frecuentamos. Mejor no levantar sospechas. Mejor evitar todo contacto.

Nadie contestó. Leila reanudó la tarea de doblar la ropa que había dejado caer para coger el teléfono. Vio que *maman* Zinat le dirigía una mirada a Omid. Todo en su rostro transmitía dulzura, excepto los labios fruncidos.

—Omid *jaanam*, ¿podrías traerme la bolsa de plástico que está junto a la puerta? —pidió.

Omid se levantó despacio. Sus ojos parecían demasiado grandes para un cuerpo tan menudo; la confusa pena que albergaban, demasiado pesada. Salió casi a trompicones por la ventana que daba al patio, y siseó para espantar a un gato que rondaba los peces de colores de la fuente azul. Luego cogió la bolsa y regresó a la habitación tal como había salido.

—Como un ladronzuelo. —*Maman Zinat* se obligó a reír—. Entrando y saliendo por la ventana. ¿Qué eres, un gitanillo? ¿O tal vez un gato?

Omid le tendió la bolsa. Se sentó a su lado para ver cómo sostenía un tallo de eneldo por el extremo superior y deslizaba la otra mano de arriba abajo con decisión, arrancando las suaves y delicadas hojas. *Maman Zinat* empezó a cantar a media voz, casi como si lo hiciera sólo para él.

Leila apretujó las últimas prendas de ropa para que cupieran en la cómoda. Tenía el gesto ceñudo, crispado por la tensión, como si algo se hubiese endurecido bajo su pálida piel. Uno tras otro, los cajones emitieron un chirrido según los iba cerrando.

Sara y Forugh dormían en un rincón de la estancia. Leila sacó una manta del armario ropero y las tapó. Fue entonces cuando vio el biberón de Sara en la almohada. Aún estaba medio lleno de leche. *Maman Zinat* insistía en seguir dando leche a los niños por más que, en opinión de Leila y Agajaan, fueran demasiado mayores para el biberón. Pero *maman Zinat* no daba su brazo a torcer. «No han podido mamar de los pechos de sus madres —solía decir—. La leche en polvo no es igual. Deben tomarla durante más tiempo para compensar».

Leila cogió el biberón y buscó la mirada de *maman Zinat*, pero ésta contemplaba la verde colina que tenía ante sí con la espalda encorvada, como si se asomara a un pozo. Leila se dirigió hacia la puerta. Por el camino, su mirada se cruzó con la de Agajaan. Cuando vio el biberón que ella sostenía, miró de reojo a *maman Zinat* y se volvió de nuevo hacia Leila asintiendo en señal de conformidad. Leila salió por la puerta y enfiló el pasillo que llevaba a la cocina para guardar el biberón en la nevera. Sabía, tal como Agajaan, que *maman Zinat* no debía ver el biberón. Si lo hacía, no dudaría en tirar la leche que contenía. «Puede que se haya estropeado», diría, aunque no hubiese estado más de media hora fuera de la nevera, haciendo oídos sordos a las protestas de Agajaan, que se quejaba de haberse pasado horas regateando en el mercado negro para conseguir una lata de leche en polvo.

El regateo había empezado unos años antes y había ido en aumento mientras la guerra seguía diezmando el país, creciendo cada día en ambición, en avaricia y voracidad. Todo era objeto de racionamiento. Se formaban largas colas delante de los supermercados, cuyas estanterías desnudas parecían devolver una mirada perpleja, delante de las panaderías y los puestos de fruta. Las patas y cabezas de pollo volvían a los mostradores a medida que desaparecían los muslos y pechugas. Cuando el precio de la carne se disparó al punto de que nadie podía permitírsela, empezaron a

venderse huesos de ternera. En todos los armarios de cocina había cupones de racionamiento para el azúcar, el aceite, el arroz, los huevos. En cada esquina, hombres consumidos de boca desdentada vendían esos cupones que caducaban al poco de haber empezado a circular. Eran bienes muy preciados, y Agajaan ponía la radio todos los días y leía los diarios para averiguar cuándo volvería a expedirlos el gobierno. No tenía valor para tirar los cupones viejos. «¿Y si deciden ampliar la fecha de validez?». Pero los cupones no bastaban, y el mercado negro florecía. Era entonces cuando empezaba el regateo. «Hay tan poca la leche —decía Agajaan a *maman* Zinat, regañándola, suplicándole—, y tantos bebés». Los hijos de la revolución, eso eran, la generación de la leche en polvo. ¿Acaso no lo entendía? Pero *maman* Zinat hacía caso omiso de sus palabras y la leche se iba por el desagüe.

Una vez más, el desapacible timbrado del teléfono resonó en la casa.

—Va a despertar a los niños.

Con las manos sucias de barro, *maman* Zinat miró el aparato a través de la última rama de eneldo.

—Si es esa amiga otra vez, cuelga enseguida —le advirtió Agajaan a Leila, viéndola precipitarse a la habitación para coger el teléfono.

—¿Sí?

Al otro lado de la línea hubo un silencio sólo roto por el crepitar de las interferencias.

—¿Sí?

—¿Leila?

Sus labios se desplegaron en una amplia sonrisa de felicidad. «¡Por fin!». Dio la espalda a sus padres y contestó con la voz temblorosa de alegría.

—*Salaam*.

Él rió.

—Por un momento, he pensado que eras tu madre. ¡Tenéis la misma voz!

—¿Quién es? —preguntó Agajaan a voz en grito.

—Es Nasrin —mintió Leila tapando el auricular.

—¿Cómo estás?

—Perfectamente.

—Quiero verte —dijo Ahmad—. ¿Puedes venir al parque?

«¡Sí, sí!».

—Mis padres están en casa —contestó bajando la voz.

—Tenemos que hablar, Leila —repuso él, y tras un instante de vacilación, añadió —: He conseguido el visado.

Leila guardó silencio mientras se enroscaba el cable del teléfono en torno al dedo, apretándolo cada vez más. Por unos instantes, no tuvo fuerzas para decir nada. Hubiese querido impedir que las palabras siguieran brotando de los labios de Ahmad, hacer que se demoraran en su boca. Retenerlas allí, mudas, silenciadas. Sabía que lo que él se disponía a decir la hundiría sin remedio. Pero era demasiado tarde. Las

palabras ya habían salido y echado a volar, alejándose de él para cernirse en torno a su garganta y dejarla sin aliento.

—Allí estaré —alcanzó a decir.

—Te esperaré.

Leila se quedó inmóvil un momento, con el corazón desbocado, la mano posada en el auricular.

—Voy un rato a casa de Nasrin.

Volvió a la habitación, mordisqueándose el labio inferior.

Maman Zinat estaba recogiendo, metiendo los tallos desnudos de las hierbas aromáticas en una bolsa de plástico.

—¿Ahora? No tardará en oscurecer.

—Estaré de vuelta en una hora —dijo en tono normal, pese al nudo que le atenazaba la garganta.

Su padre consultó su reloj de pulsera. A sus pies descansaba la radio enmudecida.

—Vuelve antes de que anochezca.



Leila lo vio sentado en el banco que solían compartir, en un rincón retirado del parque, medio oculto tras unos arbustos polvorientos. Ahmad la recibió con un destello en sus oscuros ojos castaños, mientras una sonrisa afloraba a sus labios, enmarcados por un bigote perfectamente recortado.

—Empezaba a creer que no vendrías.

Su cálida voz no bastó para impedir que Leila siguiera temblando. Se sentó junto a él, incapaz de sobreponerse al miedo y la pena.

—Siempre vengo —dijo, y volvió la cabeza para que él no viera que le temblaba la barbilla.

—Sí, es cierto.

La primera vez que se hablaron, él estaba esperándola fuera del instituto, al otro lado de la calle. Lo hacía a diario, pero cuando ella salía fingía no haberla visto y se movía de aquí para allá, nervioso, con las mejillas encendidas y aquellos enormes y tiernos ojos, como de niño. Leila tenía diecisiete años. Él dieciocho y era demasiado tímido para presentarse. Era capaz de ir hasta allí sólo para verla, pero le faltaba valor para dar el último paso. Leila no tenía más remedio que marcharse sin dirigirle la palabra. No quería tener problemas con las Hermanas que velaban por el respeto a la moralidad en la escuela. Siempre había alguien vigilando.

Hasta que, un buen día, Leila decidió cruzar la calle y poner fin a lo que fuese que él tenía tanto miedo de empezar. Ahmad se quedó petrificado, mirando cómo ella avanzaba hacia él con sus grandes ojos relucientes. No tuvo valor para saludarla. Lo que hizo fue regalarle un libro de poesía. Los poemas de Ahmad Shamlou.

Y Leila se olvidó de los finales y los comienzos. Se sintió aturdida, como si flotara a dos palmos del suelo. Dejó que él la acompañara a casa, ese día y todos los

que vinieron después. Siguió acompañándola cuando Leila terminó la secundaria y empezó a trabajar en la fábrica textil. Luego llegaron los niños, ella dejó de trabajar y apenas tenían ocasión de verse.

Por unos instantes permanecieron en silencio, viendo cómo la brisa mecía el desmadejado follaje de los arbustos. Un olor a tierra mojada y hierba recién segada anegó sus fosas nasales. El intermitente bullicio de la ciudad flotaba en el aire, enredándose en las hojas amarillentas de los plátanos. Ahmad cogió su mano.

—Mírame, Leila —dijo.

Ella lo miró a los ojos, notando que todo el frío y la tensión se le concentraban en la boca del estómago. El cutis recién afeitado de Ahmad se veía terso e impoluto. Leila tuvo que reprimir el impulso de acariciarle el firme contorno de la mandíbula. Tenía la otra mano metida en el bolsillo, y la cerró con tanta fuerza que se hincó las uñas.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó.

—Dentro de doce días.

Leila asintió y notó que la sangre se le escurría. Sus mejillas palidieron y sus labios cobraron un tono grisáceo. Cerró los ojos y esperó, esperó esa aplastante sensación de que algo había llegado a su fin.

—¿No vas a decir nada?

Leila se desasíó de él y empezó a mecerse con las manos heladas entre las rodillas. Eran tantas las cosas que había imaginado, que había deseado que pasaran. A veces se sentía tan asfixiada que deseaba marcharse sólo para alejarse de sí misma, de su propia condición en esa casa llena de viejos temores, de nuevos temores, la inercia que la abrumaba mientras cumplía con sus tareas día tras día, hasta que llegaba la noche y caía rendida, sucumbiendo a un pesado letargo en el que los sueños no tenían cabida. Era la grandeza de sus sacrificios, la seguridad de querer asumirlos y la facilidad con que lo había hecho, abandonando su trabajo, quedándose en casa, lo que la impulsaba a apartarse de sí misma, de la brecha entre lo que era y aquello en lo que se había convertido, de la felicidad que él le estaba ofreciendo. Leila lo había pospuesto todo, sus decisiones, sus planes, en aras de ese futuro incierto en el que sus hermanas recuperarían la libertad. Posponer, renunciar, ceder. Primero con dolor, luego sin oponer resistencia, como quien vuelve a dormirse al rayar el alba, con un cosquilleo en los ojos, mientras el cuerpo se afloja y una dulce calidez se extiende por las extremidades. Allí no había lugar para el temor y los malos augurios. El único llanto era el de los niños, cuya reconfortante urgencia era imposible confundir con nada más.

—Aún estamos a tiempo de salvar lo nuestro, Leila. Podríamos casarnos y marcharnos juntos. Sólo tienes que decírmelo.

—No puedo abandonar a los niños —repuso ella con un hilo de voz. Si algo había deseado en la vida era que él se quedara, pero no solía pedir sacrificios a los demás—. Ya te lo he dicho.

—Ya sé que me lo has dicho. Pero, Leila, se trata de nuestra vida. La tuya y la mía. Los niños se harán mayores contigo o sin ti. Pero nosotros... —Ahmad apartó el rostro mientras su voz se apagaba, se le moría en la garganta, y sus palabras se desvanecieron tras el triste parpadeo de sus ojos.

Leila se sentía incapaz de mover un solo músculo. Sabía que sonaba como si estuviera suplicando, y se estremeció al oír su propia voz. Deseó no hacerlo.

—Me necesitan, Ahmad. No puedo abandonarlos.

—Yo te necesito —dijo él en un susurro desesperado. No paraba de restregar un dedo contra la palma de la otra mano, hasta que ésta enrojeció—. Piensas en las necesidades de todos, pero no en las mías. Te aseguras de que todos sean felices excepto yo.

Leila posó una mano temblorosa en su brazo.

—Lo que estás haciendo no es justo, Leila. Estás echándolo todo por la borda. Estás volviéndole la espalda a la felicidad.

Ella se levantó y fue hasta el seto. El sentimiento de culpa la embargaba como algo metálico, gigante, que le impidiera respirar. Arrancó una hoja gris, luego otra, y otra. Ahmad se acercó a ella.

—¿Están tus padres en casa? —preguntó Leila al cabo.

Él negó con la cabeza.

—Se han ido hacia el norte esta mañana. No es seguro quedarse en Teherán.

—¿Por qué no te has ido con ellos? —Con el rabillo del ojo, vio que él la miraba.

—Quería hablar contigo.

Leila no apartó los ojos del seto y las diminutas hojas que iba arrancando, una tras otra.

—Quiero que me lleves a tu casa —dijo, asombrada por su propio descaro. No sabía adónde la conducirían sus palabras, adónde quería que los condujeran a ambos.

Ahmad la miró sorprendido. Pareció vacilar.

—¿A mi casa?

Leila se volvió y le sostuvo la mirada. Estudió su barbilla afilada, la imponente nariz, la forma almendrada de la boca. Estaba pálido. Los ojos eran lo único que brillaba en su rostro.

—Quiero acompañarte de vuelta a casa.

—Sí. —Él hizo una pausa—. Sí, de acuerdo.

Volvieron a casa de Ahmad caminando en medio de un silencio que ninguno de los dos osaba romper, atentos al rumor de la ciudad, al cadencioso guirigay de los chiquillos que regresaban de la escuela. Niñas pequeñas ataviadas con pesados uniformes azules, tocadas con pañuelos blancos cuyas esquinas guardaban el recuerdo de las migas de pan, los poemas memorizados, el polvo de tiza, las vidas de los profetas. Chicos enfundados en uniformes igual de gruesos y grandes zapatos, con el pelo cortado al rape, como si fueran pequeños soldados. Sus pesadas mochilas parecían tirar de ellos hacia abajo. Miraban alrededor con ojos rebosantes de poesía,

consignas y versos del Corán. En otoño, ése sería el aspecto de Omid; cargaría una mochila igual de pesada, luciría el pelo igual de corto. Y más adelante sería el turno de Sara y Forugh, que tendrían que cubrirse la cabeza con el mismo pañuelo blanco. Los labios de Leila esbozaron una fugaz sonrisa al imaginarlos. «¿De veras crecerían tan deprisa? —se preguntó—. Yo les haré la ropa».

Un taxi pasó por la calle, dejando a su paso una confusa estela musical. Junto a las alcantarillas, los cubos de basura oxidados despedían un hedor agrio. Todo se veía deslucido, polvoriento y oscuro en una ciudad asediada por los policías, los Guardianes de la Revolución, los vigilantes de la moralidad y los guías religiosos, la carestía de alimentos, los apagones y la amenaza de una guerra a ratos distante, a ratos cercana. Un hombre que parecía haberse caído de su motocicleta regresó cojeando al vehículo, lo enderezó, montó y arrancó. Al doblar la esquina, divisaron de pronto una iglesia con su portón azul y un amplio patio sin árboles. El aire olía a gasolina y alquitrán, a moreras y cúrcuma, a sudor, brasas de carbón y pan.

Leila caminaba al lado de Ahmad con la sensación de que las piernas le fallarían en cualquier momento. ¿Adónde iba con él? ¿Qué quería de él, de sí misma? Su cuerpo se hallaba en estado de conmoción, ebrio a causa del miedo, la culpa y la desesperación que bullían en su interior. Sentía el vértigo de quien se arroja a un precipicio, la apremiante necesidad de deshacerse de sí misma. Ahmad era lo único que tenía, lo único que podía considerar suyo. ¿Qué le quedaría cuando él se hubiese ido? ¿A qué podría aferrarse? Sus manos estaban vacías. No tenía ningún recuerdo tangible de él. Ahmad desaparecería de su vida sin más, y ella se quedaría sin nada. Nada que dar, nada con lo que soñar, nada salvo las arenas movedizas de la soledad, que la engullirían sin piedad. Y no podría hacer nada para impedirlo. De hecho, era ella la que estaba pisoteando los sueños de ambos.

Pero ¿no estaría yendo demasiado lejos? Todo se volvió borroso a su alrededor cuando se imaginó en la casa de Ahmad, que nunca había visto, a la que sólo unos días antes no se hubiese atrevido a ir. Sabía que no había reflexionado cuando le dijo a Ahmad que quería acompañarlo a su casa. Había sido un impulso, un impulso desesperado, fruto del miedo a perderlo. Pero ¿haría bien en acompañarlo? ¿Qué le pasaría cuando llegaran a la casa? Lo ignoraba. Lo único que sabía era que no podía parar de caminar, que no podía evitar poner un pie delante de otro, que lo único que quería era estar cerca de él.

No tardaron en llegar. Ahmad introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta, que daba a un patio repleto de geranios. Los últimos rayos de sol acariciaban las tiernas hojas de un manzano en cuyas ramas se mecían las golondrinas, posándose primero en una, luego en otra, armando tanto jaleo como un grupo de niños en una tienda de golosinas. Las diminutas manzanas que colgaban de las ramas aún estaban verdes, y las golondrinas las desdeñaban con mucha alharaca.

Leila se detuvo en el umbral con Ahmad a su lado. Notaba el peso de su mirada, el calor que desprendía su cuerpo. Un hormigueo le recorrió la nuca ante su cercanía,

su olor suspendido en el aire, que casi alcanzaba a saborear. Era demasiado tarde para cambiar el destino de ambos, pero aún le quedaba ese instante, ¿verdad? Estaba allí en ese momento. Estaba allí con él.

Leila entró en el patio con el corazón pendiente de un hilo, como si fuera de cristal.

Enfilaron un pasillo que conducía a una habitación amueblada con sillones rojos, una alfombra verde y rosa y varias miniaturas persas enmarcadas en las paredes. Leila se acomodó en un sillón y recogió el holgado guardapolvo a su alrededor mientras observaba a Ahmad. Visiblemente nervioso, éste iba y venía afanándose en recolocar los libros en los estantes, los cojines en los sillones.

Hacía calor en la habitación. Leila sudaba bajo el guardapolvo, pero la sola idea de quitárselo bastaba para que la timidez la traspasara como una corriente de aire frío. Ahmad nunca la había visto sin la larga prenda marrón que le cubría el cuerpo, por más que Leila se pusiera sus mejores galas debajo cuando quedaba con él. Ahmad nunca llegaba a ver esos vestidos, no imaginaba siquiera su existencia bajo el guardapolvo, pero ella se empeñaba en ponérselos de todos modos. Para Leila era importante saber que podía escoger esas prendas, que esa elección, si bien oculta a las miradas ajenas, seguía siendo posible, suya. Y ahora la mera idea de quitarse el guardapolvo, de dejar que Ahmad la viera al fin luciendo uno de sus vestidos, le producía pudor, como si se dispusiera a desnudarse ante él. Qué absurdo. Y ridículo. No pensaba dejarse vencer por el pudor. Enderezó la espalda y se llevó una mano a los botones del guardapolvo. Un cosquilleo nació en sus dedos mientras los desabrochaba y se extendió por sus brazos como un torbellino difuso hasta estallar en su interior. Se quitó las mangas y dejó caer el guardapolvo en el sillón.

—Ahmad. —Pronunció su nombre con un hilo de voz. Se pasó las manos por el vestido para alisar la tela gris y rosa a topos.

Él se volvió y la contempló desde donde estaba, junto a la librería. El impasible tictac del reloj resonaba en medio del silencio.

—Eres preciosa —dijo con tal emoción en su mirada que el corazón de Leila dio un vuelco. Ahmad cruzó la habitación y fue a sentarse a su lado.

Se miraron el uno al otro a través de la densa penumbra. Les escocían los ojos. Sus lenguas, tensas y reseca, tenían un regusto a serrín. Ninguno de los dos movió un dedo ni pestañeó siquiera. Fuera, el viento agitaba las hojas del manzano. Una sirena sonó a lo lejos.

Leila abrió la boca para decir algo y se le escapó un suspiro entre los labios. Lo tenía tan cerca... El rostro de Ahmad ocupaba todo su campo visual, convirtiéndose en lo único que existía. Por unos instantes, esa novedosa cercanía, la abrumadora intimidad que llevaba aparejada, hizo que el pesado nubarrón de la culpa, el temor y la pena se disipara en el aire. Leila alargó la mano despacio y tocó la de Ahmad con la yema de los dedos. Él la miró pero no hizo amago de moverse. Parecía petrificado, en estado de trance.

Leila le cogió la mano y, con gesto vacilante, la guió hasta su rostro. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué iba a ser de ella? ¿Estaba dispuesta a perderlo todo con él? Si eso ocurría, si eso era lo que implicaba todo aquello, ¿estaba dispuesta a seguir adelante con su vida sin él, como una mujer sin hombre? Las preguntas siguieron martilleando su mente, rebotando contra su cráneo.

—Leila... —susurró Ahmad, y un violento rubor se extendió por su rostro hasta el nacimiento del grueso pelo negro.

Ella se estremeció. Si seguía adelante no habría vuelta atrás, lo sabía de sobra. Aquello era una locura de principio a fin. Iba a echarlo todo a perder. Sin embargo, algo en su interior rugía como una leona insaciable, cruel, egoísta y pura. No podía silenciarla. No había cadenas que pudieran retenerla. No se resignaba a perderlo sin más.

Notó el tacto caliente de la mano de Ahmad en su rostro. Los labios del chico se abrieron en una expresión que mezclaba dolor, placer y miedo. Parecía a punto de venirse abajo. Sus dedos se pasearon tímidamente por el cuello de Leila, que tocaba como si cogiera un higo chumbo, temeroso de pincharse. Luego, su mano le recorrió la columna, vértebra a vértebra, hasta detenerse en la zona lumbar, que presionó para atraerla. Su forma de acariciarla, sin apenas rozar su piel, activó alguna clase de resorte interno en Leila. Cada molécula de su ser respondía a esos dedos cuyo tacto nunca había sentido, que nunca hubiese imaginado que algún día acariciarían la curva de su cuello, despertándole sensaciones que no cesaban de asombrarla. Como un golpe seco, un puñetazo en el estómago. Ésa era la sensación.

«¿Qué me llevaré conmigo?». De pronto, cruzó por su mente la idea de tener el hijo de Ahmad, y se quedó sin aliento a causa del temor, la felicidad, la pura osadía de ese pensamiento. Su corazón latía con tanta fuerza que estaba segura de que hasta los pájaros del patio podían oírlo. Pero él no estaría allí, y ella se quedaría sola. ¿Qué sería de ella, sola y con un hijo?

«Pero lo tendré a él. Una parte de Ahmad que nadie podrá arrebatarme, aunque él ya no esté aquí».

Se apretó contra él y descubrió que le faltaba el aire, no solamente a causa del deseo, sino también de ese inesperado impulso vital, esa inesperada sensación de ingravidez, convicción y liberación que nunca hasta entonces había experimentado. Era como si una fuerza ajena a su voluntad se abriera paso desde lo más profundo de su ser, despojándola de sus inhibiciones e imbuyéndola de una nueva determinación, si bien vacilante e incierta, de tomar posesión por última vez de algo que al día siguiente ya no le pertenecería.

—Leila, ¿estás segura? —susurró Ahmad por última vez con ojos enrojecidos, febriles. La miraba de ese modo intenso, penetrante, que Leila no soportaba y anhelaba al mismo tiempo.

Levantó los brazos y rodeó el cuello de Ahmad. Lentamente, se iba desprendiendo de todas las cosas, del tiempo, del espacio y de sí misma. De pronto,

todo lo demás se veía reducido a nada, y el mero hecho de estar viva lo llenaba todo. Ésa era ella en ese instante, y se aferró a él ya sin rastro de temor ni arrepentimiento, a ese florecer de la vida que sería suyo y que ninguna guerra, ninguna cárcel, ninguna revolución, ninguna carga —y se le encogía el corazón sólo de pensar en sus sobrinos— podría arrebatarse.

Desde la curva de su espalda, la mano de Ahmad se deslizó de nuevo hacia arriba, hasta la cremallera del vestido. Leila cerró los ojos y arqueó la columna para facilitarle la tarea. Siguió con atención el susurro de la cremallera, que descubría su espalda como si revelara un secreto. Luego abrió los ojos y vio cómo el vestido resbalaba y caía al suelo. Se quedó allí de pie, con el corazón desbocado, expuesta ante los ojos de Ahmad. En la luz menguante, se quitó las medias que le cubrían las piernas.

Allí estaba, completamente desnuda, cuando se percató con estupor de que todavía llevaba puesto el pañuelo, que parecía a punto de estallar presionado por su indomable cabellera. Ahmad se levantó con paso tambaleante, alzó una mano y deshizo el nudo que lo ceñía bajo su barbilla. El pañuelo se deslizó por los hombros de Leila y cayó al suelo. Era la primera vez que él veía su pelo.



El estridente ulular de la sirena resonó entre los muros del patio como un león enfurecido. Había pasado una hora desde el toque de queda. Las manos de Leila temblaban mientras se anudaba el pañuelo bajo la barbilla. Todo su cuerpo bullía de emoción, y misteriosas sensaciones recorrían su piel. Apenas podía mantenerse en pie. Se sentía agotada. Brazos, piernas, espalda, todo parecía haberse convertido en polvo. Ahmad estaba a su lado, observándola inmóvil, impotente, como una estatua que se resquebrajara por dentro.

—Tengo que irme. —Oyó su voz como si llegara de muy lejos—. Las sirenas ya suenan. Es muy tarde.

Pero no se movió. No podía. Lo que sí hizo fue negar con la cabeza y cubrirse el rostro con las manos. Abrumada por la pena, no fue capaz de decir nada más, por lo que se limitó a mirarlo.

Ahmad guardaba silencio. Sus labios agrietados esbozaron una sonrisa desesperada. El desgarró que había en su rostro alarmó a Leila. No podría soportar que se viniera abajo. Apartó la mirada de Ahmad, del dolor que había en sus ojos. El aullido de las sirenas parecía cada vez más estridente. Las cortinas se agitaron. Las golondrinas habían alzado el vuelo hacía mucho.

Ahmad se movió bruscamente. Extendiendo los brazos, atrajo a Leila. Ella se rindió a ese último y desesperado intento de retenerla. Con los ojos arrasados en lágrimas, lo rodeó con los brazos. Una brisa fresca se coló por la puerta abierta de la habitación. Los aullidos de las sirenas se estrellaban contra las ventanas cerradas y reverberaban, sacudidos por su propio temblor, hasta desvanecerse. El resplandor

dorado del crepúsculo entraba por la ventana y bañaba sus cuerpos.

Leila sabía que debía marcharse, pero pasó un rato hasta que logró reunir fuerzas para apartarse de Ahmad, aspirando por última vez el perfume ahumado que emanaba de su boca, de detrás de las orejas, de su pelo. Sabía que dejaba atrás una parte de sí misma; que allí, en esa habitación, mientras su cuerpo se estremecía aún con los últimos coletazos del deseo saciado, asistía a la inexorable, irreversible muerte de una parte de sí misma. «El bosque», pensó mientras se alejaba con ojos empañados, como si una niebla se hubiese posado ante ellos, difuminando todos los contornos. «Ahmad es como el bosque». Se despidió de él con la mano. Él no pudo hacer nada excepto ver cómo ella salía por la puerta con el corazón tan cargado como el cielo.

Fuera, el rojo cobrizo del sol poniente se esparcía sobre las calles desiertas y entumecidas. No se veía un alma. La desolación de la ciudad atemorizó a Leila mientras caminaba apresurada. Todo alrededor parecía haberse vuelto duro, frío y silencioso, a excepción de la sirena que barría las calles con su aullido, sacudiéndolo todo a su paso. Saltó por encima de la alcantarilla, y un olor a hojas mojadas y pájaros muertos subió hasta sus fosas nasales. Al cruzar la calle, tropezó en el irregular asfalto. Algunos coches rezagados pasaban a su lado con un murmullo sordo, dejando tras de sí una bocanada de aire azul.

Vio pasar en rápida sucesión ventanas que devolvían el reflejo de una ciudad atemorizada. Sabía que había personas detrás de esas ventanas ciegas, sentadas a oscuras, viendo cómo la luz iba menguando allá fuera, conteniendo la respiración. Quienes tenían casas o parientes en el campo ya se habían ido de la ciudad. Quienes no tenían casa fuera pero sí coche partían en busca de refugio cada vez que sonaban las sirenas. Y quienes no tenían lo uno ni lo otro permanecían tras las ventanas cerradas, rezando para que no les cayera una bomba encima. Leila casi podía oír los gritos ahogados, los susurros aterrados de aquella gente, y deseaba poder llevársela consigo, que el coche familiar fuera lo bastante grande para albergar toda la ciudad.

Simin y Parisa también quedaban atrás. Sólo de pensar en sus hermanas encogiéndose de miedo en la oscuridad de su celda experimentaba una desesperación que la dejaba casi aturdida.

Apretó el paso. Hacía una hora que debería haber vuelto a casa para que pudieran marcharse de la ciudad antes de que empezaran a sonar las sirenas. Agajaan y *maman* Zinat habían tenido que esperarla con el corazón en un puño, los ululatos de advertencia y muerte resonando en sus tímpanos. Nunca podría perdonarse por llegar tan tarde, por poner sus vidas en peligro, y echó a correr.

Enfiló una bocacalle desierta mientras el sudor se deslizaba por su espalda. Un gato maulló al saltar por encima de una pila de escombros. Leila corrió, dejando atrás las persianas grises de los comercios cerrados; un hombre encogido en los escalones de una mezquita con la cabeza apoyada en las rodillas; una sucia camiseta azul tirada junto al bordillo; puertas cerradas a cal y canto, al otro lado de las cuales había madres que estrechaban a sus hijos, amantes que se abrazaban, padres de familia

aguzando el oído con la cabeza entre las manos. Una oscuridad azul bañaba los árboles, se derramaba sobre los edificios. Los estridentes alaridos de la sirena parecían seguir sus pasos.

¿Dónde estaría Ahmad en ese momento? ¿Tendría algún sitio seguro al que ir, un sótano donde buscar cobijo? Leila respiraba con dificultad, tratando de deshacer el nudo que se le había formado en la garganta y que crecía por momentos, implacable. No lo sabía, ni siquiera se lo había preguntado. Le escocían los ojos, anegados en lágrimas que se resistían a caer. Se sintió sola, cansada, asustada. Lo único que quería era regresar sobre sus pasos, acurrucarse entre los brazos de Ahmad, estuviera donde estuviese, y dormir. Qué segura se había sentido junto a él, qué a salvo. Ahora, en esas calles desiertas, cercada por las sirenas, sintió una soledad tan inmensa que no creyó posible volver a tener fuerza ni capacidad para liberarse de sus garras.

Pero siguió corriendo. No tenía más remedio que seguir adelante. Pisó un paquete de cigarrillos aplastado, un papel de diario arrastrado por el viento, y siguió corriendo, dejando atrás cristales rotos esparcidos por el suelo, una pintada a medio escribir en un muro. La compresa de papel higiénico que se había puesto en las bragas para contener la sangre —que por fin había dejado de manar— le rozaba los muslos. Se notaba las manos y las mejillas frías. Se ajustó el pañuelo que le cubría la cabeza y apretó el paso con los aullidos de la sirena pisándole los talones.

Finalmente vislumbró la puerta de la casa, y su cuerpo, casi como si tuviera voluntad propia, se paró en seco. Un violento sollozo brotó de su garganta. Era como si el hecho de ver esa casa, su casa, fuera la señal de que todo se había acabado de un modo definitivo, irrevocable, de que nunca volvería a ver a Ahmad. La señal de que, en cuanto cruzara esa puerta, su rostro se convertiría en un recuerdo.

Se detuvo unos instantes delante de la casa. Cerró los ojos y se apoyó contra la pared. Necesitaba recuperar el dominio de sí misma para afrontar esa vida, la misma de siempre pero sin embargo nueva, que la esperaba al otro lado de la puerta. Transcurrieron unos segundos hasta que reunió fuerzas para introducir la llave en la cerradura.

Omid parecía estar esperándola en el patio y la miró con ojos escrutadores, inyectados en sangre. También él había estado llorando.

—¿Qué haces aquí? —Leila entró y lo cogió de la mano—. ¡Vamos! Entremos.

La casa parecía envuelta en una oscuridad de seda. Oyó los gritos de los niños. Agajaan avanzó con determinación hacia ella, pálido, demacrado, con los puños apretados. Ya no llevaba puesto el pijama, sino una camisa a cuadros blanquiazules y un pantalón negro. Estaba listo para salir.

—¿Dónde has estado? —gritó fuera de sí. Levantó una mano con gesto amenazador.

Leila se encogió, llevándose una mano temblorosa al rostro. Agajaan se quedó mirándola con ojos rojos de ira, y finalmente dejó caer la mano. Ella asió los delgados hombros de Omid y lo apretó contra su cuerpo. Se mordió la lengua para

impedir que sus labios siguieran temblando. Entonces *maman* Zinat salió de la habitación con el chador puesto y una llorosa Forugh en brazos. La sirena la había asustado.

—Cógela —ordenó, entregándole la niña a Leila. Volvió a la habitación, cogió a Sara y regresó al pasillo.

Salieron precipitadamente a la noche líquida y cruzaron el patio adoquinado con sigilo, convertidos en sombras tensas, encogidas, como azotadas por las sirenas. La oscuridad se deslizaba por los árboles y planeaba por encima de ellos. Una luna creciente asomó fugazmente entre ráidos jirones de nube.

El viejo Peykan amarillo de Agajaan emitió un gruñido cuando éste arrancó y lo apartó del bordillo. *Maman* Zinat iba sentada delante con Sara en el regazo. Las palabras de oración brotaban de su boca en un largo y angustiado murmullo, invocando al Profeta, a los imanes y a sus hijos e hijas para que acudieran en su auxilio. Apenas se oían sus ruegos, ahogados por el estrépito de la sirena.

Recorrieron las calles encaladas, dejando atrás altos árboles desgarrados, manzanas medio derruidas, edificios de tres pisos, gigantescas vallas publicitarias y un millón de ventanas negras. Agajaan iba inclinado con la espalda agarrotada, aferrando el volante sin apartar los ojos de la estrecha calle.

De vez en cuando pasaba algún taxi, traqueteando abarrotado con la familia del taxista —cuerpos apretujados, hasta diez en un coche—, en un intento por huir de la ciudad.

Leila desplazó a Forugh en su regazo. La pequeña seguía gimoteando y lágrimas de temor resbalaban por sus mejillas.

—Le dan miedo las bombas. —Omid cogió la mano de Forugh y la movió arriba y abajo para distraerla. La niña parecía inconsolable, y otro de sus berridos resonó en el interior del vehículo.

—Chist, mi niña, chist... —Leila besó a Forugh en la frente. Tenía los nervios a flor de piel, el alma en carne viva—. No pasa nada, no pasa nada... —susurró, casi suplicándole que parara. Forugh levantó la cabeza, y sus lágrimas calientes mojaron los labios de Leila.

—¿Nos alcanzarán las bombas? —preguntó Omid, que ahora se tapaba las orejas con las manos.

—No, no nos alcanzarán. —Leila le asió el mentón—. Ya estamos casi fuera de la ciudad.

Las ventanillas se estaban empañando. Agajaan bajó la suya y una ráfaga de aire frío entró silbando. *Maman* Zinat cubrió la cabeza de Sara con su chador. Leila barrió el vaho de su ventanilla con el dedo. El mural de un joven mártir de la guerra rodeado por una corona de tulipas relumbró por unos instantes a su paso. «De la sangre de nuestros jóvenes han brotado tulipas», ponía en letras rojas debajo del mural.

—*Khaleh*, ¿dónde estabas? —preguntó Omid de pronto.

Leila se volvió para mirarlo, algo desconcertada.

—En casa de Nasrin, ¿te acuerdas de ella? Una vez te llevé a verla.

Omid la miró en silencio. ¿Era un reproche eso que veía en sus ojos? Perturbada por la mirada de Omid, Leila cambió de tema.

—Cuando veas las montañas, estaremos a salvo —dijo, señalando los difusos contornos de los montes Alborz, que se recortaban contra un cielo plomizo.

En las calles, los edificios se habían ido haciendo cada vez más escasos, y más allá asomaban los parches negros de los campos yermos. El ulular de la sirena se había convertido en un gemido sordo que se iba desvaneciendo poco a poco.

—¿Las ves? —preguntó Leila.

Omid asintió dejando caer las manos, sacándose de la boca los dos dedos que hasta entonces mantenía sanos y mojados. Forugh había dejado de debatirse, exhausta. La luz intermitente de las escasas farolas que seguían en pie arrojaba sombras huidizas en su rostro surcado de lágrimas. Leila le puso el chupete en la boca. Según se alejaban, la ciudad menguaba ante sus ojos como una inmensa y caótica pirámide que la noche fuera allanando. Una sensación de paz empezó a instalarse poco a poco en el coche.

—¿Has cogido las lámparas? —*Maman Zinat* aflojó las manos que había entrelazado en torno al cuerpo de Sara.

Agajaan asintió, echando los hombros hacia atrás para aliviar la tensión.

—No me he acordado de comprobar si tenían queroseno.

—Seguro que habrá suficiente.

Sara intentó zafarse de su abuela y bajar de su regazo.

—¿Adónde vas? —la regañó *maman Zinat* con dulzura. Señaló los faros traseros del coche que los precedía, horadando la densa niebla—. Mira qué rápido se mueven las luces.

Por unos instantes, Sara se unió a su abuela en la contemplación de los faros que destellaban a lo lejos, pero al poco se aburrió y empezó a removerse de nuevo. *Maman Zinat* desplazó su peso a la derecha e intentó acunarla entre los brazos.

Omid, con la cabeza apoyada en el brazo de Leila, observaba en silencio la noche y los extensos campos negros. Forugh se había quedado dormida. De vez en cuando hacía pucheros, frunciendo los labios en torno al chupete, pero no tardaba en recobrar una rosada placidez.

Con la ciudad a su espalda, Leila sintió que la tensión la iba abandonando. Apoyó la cabeza en el respaldo y vio cómo la polvorienta luz de las estrellas, tamizada por la niebla, se posaba sobre los extensos y silenciosos campos. El murmullo sordo del coche arrullaba sus pensamientos. Aún podía oler el aroma agrídulce de Ahmad adherido a su piel; aún podía sentir el tacto de esa otra piel en las manos. Respiró hondo. Deslizó una mano entre las piernas y se pellizcó, como si temiera que el recuerdo de su cuerpo pudiera escapársele y desaparecer en la noche.

Forugh movió la cabeza, y Leila vio cómo cerraba los labios en torno al chupete. Sus párpados entornados dejaban entrever el blanco de los ojos.

Finalmente, el coche se detuvo en una carretera polvorienta, flanqueada por largas hileras de vehículos aparcados. Unas pocas lámparas de queroseno parpadeaban aquí y allá, alumbrando los rostros demacrados de quienes, como ellos, habían escapado de las bombas y sin embargo no parecían alegrarse especialmente. Fugitivos que buscaban cobijo en los campos, bajo un cielo desierto. Fugitivos hastiados de las leyendas sobre valor y martirio, sobre vírgenes y el paraíso, que utilizaban quienes detentaban el poder para enviar a sus hijos, hermanos y maridos a los campos de minas. Fugitivos a los que no quedaba sino una guerra interminable, un millón de muertos y heridos, un país en llamas que se desmoronaba por momentos.

Agajaan abrió el maletero y extrajo los sacos de dormir, la alfombra, las mantas que siempre estaban listas en el coche para emprender la huida sin demora. Extendió la alfombra sobre la tierra húmeda, entre su coche y el siguiente. *Maman Zinat* envolvió a los niños con las mantas para protegerlos de las corrientes frías que bajaban de las lejanas e invisibles montañas.

Alrededor había un incesante trajín. Padres que cargaban sacos de dormir, madres que corrían tras sus hijos, excitados por la expedición nocturna, agitando lámparas en la oscuridad. Los mayores se sentaban en sillas plegables, como si celebraran un picnic. La niebla acariciaba todas las cosas con dedos delicados y seductores, como una anciana y sonriente novia de cabello plateado. Omid se acurrucó junto a Leila, medio dormido, viendo cómo Agajaan encendía la lámpara de queroseno con una cerilla. La vacilante y trémula luz de la llama se reflejaba en sus ojos color avellana.

Los oscuros y alargados contornos de las llanuras los rodeaban. Los escasos árboles se proyectaban en las colinas más bajas como solitarios hombres con los brazos en alto. La noche era un hervidero de voces y murmullos. *Maman Zinat*, flanqueada por los cuerpos arropados con mantas de Forugh y Sara, extendió ante sí una colcha de profuso estampado floral sobre la que dispuso el pan y los recipientes con croquetas y tomates troceados. Aplastó una croqueta con los pulgares sobre un trozo de pan, añadió dos rodajas de tomate, enrolló el pan y se lo dio a Omid. El pequeño lo cogió y le dio un bocado con ojos soñolientos. *Maman Zinat* le acarició la mejilla, sonriendo.

—Mi pobre niño tiene sueño.

A continuación, preparó más bocadillos para Agajaan, para Leila y para sí misma. Se sentaron en círculo, comiendo a pequeños bocados, enfrascados cada uno en su propio universo de pensamientos, temores y esperanzas. La lámpara que descansaba en el suelo arrojaba sombras difusas y vacilantes sobre sus rostros, subrayando el cansancio y la tensión que se acumulaba en torno a los labios.

—Está empezando a refrescar de nuevo —comentó *maman Zinat* mientras ponía una rodaja de tomate en su pan.

Agajaan se volvió hacia Omid.

—¿Quieres otro bocadillo?

El niño negó con la cabeza y se acurrucó más aún en el hueco del brazo de Leila.

—¿Qué quiere de nosotros ese maldito Saddam? —sollozó *maman* Zinat—. ¿Nuestras tierras? ¿Nuestro petróleo? ¿No ha tenido bastante con estos siete años? ¿Cuándo se acabará todo esto? —Hizo una pausa, espolvoreando sal sobre el tomate con gesto automático. Sus ojos arrasados en lágrimas brillaron a la luz de la lámpara—. ¿Dónde estará mi Parisa ahora mismo? ¿Dónde estará mi Simin?

Nadie contestó. Estaban demasiado agotados para hablar de la guerra. Sólo querían cerrar los ojos y olvidarlo todo.

Un silencio húmedo se iba imponiendo poco a poco, hilvanado por las voces apagadas de las madres que susurraban nanas al oído de sus hijos, murmullos que se arremolinaban en el aire, que bailaban, fundiéndose con la niebla. Uno tras otro, familia tras familia, la multitud fue diluyéndose arropada bajo las mantas, con los ojos puestos en el cielo; las estrellas titilaban y las nubes se alejaban, desdibujándose en la distancia como delicadas y soñolientas sirenas.

Los niños contaban las estrellas hasta que los vencía el sueño. Los adultos, cogidos de la mano, contemplaban las nubes deslizarse sobre sus cabezas. Nadie sabía si al regresar a la ciudad al día siguiente encontraría su casa todavía en pie o convertida en una pila de escombros. Arrasada, destrozada, irreconocible.

La noche los abrazaba, los envolvía, sin desvelar nada.

1983-1988
Centro de detención Komiteh Moshtarak, prisión de
Evin, Teherán



Estaba sentado con los ojos vendados en el pasillo, fuera del lavabo. No era más que una mancha sucia y amorfa en el suelo de hormigón mojado. Cada día que pasaba tenía la barba más larga y su cuerpo olía como si estuviera en proceso de descomposición. El holgado uniforme tipo pijama colgaba de sus huesos afilados. Un hombre delgado («menguante» sería más preciso) con el uniforme de un hombre grueso. Sus dedos apenas asomaban bajo las largas mangas, que se arrugaban en los hombros, y pisaba los bajos mugrientos del pantalón.

Dentro de aquel uniforme de hombre gordo, Amir se iba desmoronando poco a poco, como una vieja capa de pintura que se va descamando.

Le costaba respirar. No había una sola ventana, y el aire estaba saturado de humedad. Todos los días, los guardianes arrastraban hasta allí a nuevos reclusos que avanzaban a trompicones por el pasillo, dejando a su paso una estela irregular de hilos sanguinolentos. El sumidero estaba a rebosar de agua negra con jirones, pelos y migas de pan; la desesperación se mezclaba con la sangre, haciéndola más turbia aún. Dejaban caer los cuerpos unos contra otros, como bolsas de harina mojada. Gemidos, llantos, el incesante goteo de un grifo y un coro de respiraciones trabajosas flotaban en el aire.

Habían pasado cuarenta y cinco días.

En ese tiempo, Amir tuvo ocasión de descubrir a qué olía la carne putrefacta. Día tras día, la mugre acumulada, los interrogatorios en que las mismas acusaciones, las mismas preguntas y amenazas se repetían una y otra vez como una pesadilla sin principio ni fin, le estaban enseñando a sentirse como un animal. Un animal desdichado y hediondo, ciego, sin nada a lo que aspirar excepto el paso de las horas, al que daban algo de comer y llevaban al retrete.

Poco a poco, fue perdiendo toda noción del mundo exterior: de Maryam, de la borrosa cima del monte Damavand que divisaba desde la ventana del salón, de las ajetreadas calles de Teherán al atardecer. Todo aquello se le antojaba un sueño, un dulce e irremplazable sueño. La risa de Maryam se había convertido poco a poco en un eco difuso que resonaba en lo más recóndito de su mente. Su risa, la entonación de su voz cuando leía poesía, sentada en la alfombra, con la espalda apoyada en el sofá.

Amir no acertaba a recordar ninguno de aquellos poemas. Manos eficientes le habían lavado el cerebro, que en lugar de poemas ahora albergaba gritos, alaridos y el sonido de los huesos al resquebrajarse.

Hasta el rostro de Maryam empezaba a desvanecerse lentamente en su memoria. En sueños, siempre la veía sin cabeza.

Se acercaba a él y le ponía las manos en las mejillas, pero de los hombros para arriba no tenía nada. El vacío. La habían decapitado. Amir se despertaba con el sonido de sus propios gritos sofocados, empapado en sudor frío. Maryam se desvanecía, y lo único que quedaba era el goteo del grifo resonando en sus oídos.

Un joven llamado Behruz estaba sentado junto a él, tarareando una canción tradicional. Tenía las piernas estiradas, y el dobladillo del pantalón gris dejaba a la

vista una cicatriz cerca del tobillo.

—¿Qué te pasó en la pierna? —preguntó Amir. Lo único que sabía de Behruz eran sus canciones y esa cicatriz.

El joven dejó de canturrear.

—Me caí de la bici cuando era niño. No paraba de toquetearme la herida para asegurarme de que dejara una cicatriz.

—¿Para qué querías una cicatriz?

Hubo un silencio durante el cual Amir imaginó a Behruz encogiéndose de hombros.

—Como recuerdo.

Por un resquicio de la venda, Amir vislumbró los dedos sucios de Behruz deslizándose hasta su recuerdo.

Herida. Dolor. Recuerdo.

Amir sabía que pronto estaría tan ahído de recuerdos que hasta algo tan sencillo como dar un paso sería tarea imposible. Los recuerdos eran como el veneno de la serpiente, se extendían por el cuerpo paralizando las extremidades una tras otra.

Uno de sus recuerdos más recientes, de los que olían a sangre fresca y aliento agrio, era que lo llamaran antirrevolucionario. Al parecer, sus interrogadores se complacían en acusarlo de traicionar la revolución, o bien de ser un espía. Distintas amenazas llegaban acompañadas de distintas etiquetas, como si sólo clasificándolo pudieran los interrogadores confiar en su propia existencia. Al vendarles los ojos a los prisioneros se habían reducido a sí mismos a criaturas invisibles, ni hombres, ni sombras, sino meras voces con dos manos que necesitaban víctimas y presas para sobrevivir.

Behruz se puso a cantar de nuevo. Su voz se confundía con el acceso de tos de alguien que estaba al otro lado del pasillo. Amir soltó una risita nerviosa al tiempo que presionaba las manos sobre las rodillas. Una gota de sudor se deslizó por su espalda.



Y entonces, un día, justo cuando empezaba a pensar que lo dejarían a su aire para comprobar sus instintos animales, decidieron dar un paso más en esa lección de humillación. Decidieron exhibirlo, su obra de arte, su instalación del sufrimiento, ante unos ojos que supuestamente no deberían verlo.

Decidieron romperlo.

La puerta se abrió con un chirrido y desde el extremo del pasillo llegó el indiferente chancleteo de unos pies incorpóreos que se detuvieron delante de Amir.

Éste acertaba a ver el grueso vello negro de los dedos que asomaban por las fauces abiertas de las zapatillas de plástico gris. No hubo palabras. Uno de los pies incorpóreos se elevó y descargó una patada en la pierna de Amir.

—Levántate —ordenaron al unísono la voz que pertenecía a las zapatillas y los

peludos dedos de los pies.

Cogiendo el extremo de un bolígrafo que, según le dijo el carcelero, tenía delante del pecho, Amir lo siguió por una serie de pasillos laberínticos. Luego oyó que se abría una puerta y entró en una habitación. Allí el aire olía distinto. Seguía notando aquella humedad que todo lo impregnaba, pero no tenía nada que ver con el hedor del sumidero al que Amir empezaba a acostumbrarse. Notó las manos del carcelero a su espalda, toqueteándole el pelo apelmazado. Y por fin, por primera vez en cuarenta y cinco días, le quitaron la venda de los ojos.

Una bombilla desnuda colgaba de un largo cable, escupiendo luz cruda. Amir se tapó los ojos y trató de mirar entre los dedos sucios las siluetas y sombras borrosas que lo rodeaban. Se sintió mareado, y sus ojos tardaron unos segundos en adaptarse a la súbita claridad. Poco a poco, las sombras empezaron a cobrar forma, como si una ráfaga de humo se dispersara, y de pronto allí estaba Maryam, pálida como la luna que persiste en el cielo diurno, mirándolo boquiabierto por el hueco del pañuelo negro.

Amir no fue capaz de mover un músculo. Notaba la gruesa capa de suciedad que cubría su cuerpo como una criatura dotada de vida propia, la larga e hirsuta barba, el uniforme tipo pijama. Era como si reptaran por todo su cuerpo, como si lo reclamaran para sí, dejándolo sin escapatoria. No quería que Maryam lo viera así, consumido por su propia, creciente y húmeda suciedad. Retrocedió unos pasos y se llevó las manos a la cara como si le doliera. En los ojos de Maryam veía el reflejo del animal humillado que tenía ante sí.

Maryam dio un paso adelante, abriendo los brazos de par en par, con una sonrisa temblorosa en los labios, nuevas y súbitas arrugas alrededor de los ojos. «¿Qué te han hecho?». Sus ojos parecían gritar la pregunta que sus labios se negaban a pronunciar.

—¿Qué haces? —gritó el guardián a Maryam, al tiempo que empujaba a Amir hacia una silla—. ¡Siéntate!

Mientras lo decía, sus ojos se demoraron en el orondo vientre de Maryam. En su mirada había el brillo curioso de quien nunca ha visto una mujer embarazada. Ella se llevó una mano al vientre con gesto protector. El guardián apartó los ojos de inmediato. Se fue a un rincón de la estancia y se quedó allí plantado, como la imponente sombra de la autoridad.

Un pesado silencio los envolvía. El minuterero del reloj dio un saltito.

Maryam alargó el cuello como un cisne, su gesto habitual cuando tenía miedo y no quería que se le notara, cuando intentaba hacerse la fuerte por él. En su rostro había una expresión dura, casi severa, sólo desmentida por sus ojos negros, enrojecidos y ligeramente hinchados. Amir anhelaba estrecharla entre sus brazos, recorrer su cuerpo en el silencio del dormitorio que compartían, bañados por la luz azulada del crepúsculo que se colaba por la ventana. Se fijó en las protuberantes venas azules que surcaban la piel otrora inmaculada de sus manos. Habría dado cualquier cosa por tocarlas, por posar los labios en ellas y borrar con besos la sombra

del sufrimiento de todos y cada uno de sus poros. Pero en aquella habitación mal iluminada, con sus pálidas baldosas, sus paredes húmedas y ese fluorescente que zumbaba sin cesar, como una mosca, estaba prohibido tocarse. Y en ausencia del tacto, las palabras debían llenar el vacío.

—¿Cómo está mi preciosa *banoo*? —acertó a decir finalmente. Intentó sonreír, sonar despreocupado, por el bien de Maryam y por el suyo propio. Pero se le daba muy mal mentir y se le rompió la voz.

Maryam asintió y lo miró con ojos rebosantes de angustia, demacrados, y sin embargo fuertes, indómitos, como si pese a todo el sufrimiento se negara a aceptar la realidad de esa cárcel como la única posible para su marido. «Saldrás de aquí», parecían decirle sus ojos.

—¿Cómo tienes la espalda? —preguntó ella.

Amir la miró, incapaz de articular palabra. La pregunta lo había trasladado de pronto a la casa que ambos compartían, el olor a rosas del jardín, las paredes amarillas de su dormitorio, la reproducción de un dibujo de Victor Hugo, el aparato de aire acondicionado recién comprado que permanecía al pie de la escalera para que lo subieran a la habitación. Amir se había hecho daño en la espalda al intentar cargarlo sin ayuda de nadie. Había rechazado la sugerencia de Maryam de que pagaran a alguien para que lo instalara, asegurando que podía hacerlo él solo. De ese modo, ahorrarían tiempo y dinero. El dolor había empezado a remitir el día que lo detuvieron, y había desaparecido del todo al cabo de unos días.

Amir sonrió. Quería dejarse abrazar por Maryam y llorar hasta fundirse entre sus brazos. Recordó que no había podido decirle que el dolor había cesado. Todo se había visto interrumpido, segado por la mitad de un solo tajo, como si ambos hubiesen sido arrojados a distintas zonas horarias. La suya se había convertido de la noche a la mañana en una pesadilla de esposas y vendas, mientras que la de Maryam aún se aferraba a esas últimas y deshilachadas hebras de una realidad donde tenían cabida los aparatos de aire acondicionado y la luz solar, donde el dolor podía causarlo el hecho de cargar algo pesado y no otros motivos, una zona horaria de inocencia en la que aún podían discutir sobre quién cargaría el aparato, en la que él aún podía oírle regañándolo mientras le ponía toallas calientes en la espalda para mitigar el dolor. Era una realidad de la que lo habían arrancado de un modo tan abrupto, tan violento, que le costaba creer que su vida hubiese sido tan plácida.

Miró a Maryam. Ella le sostuvo la mirada, casi como si lo desafiara, y no sólo a él, sino también al guardián, a la cárcel y al mismísimo Dios.

Amir abrió los brazos de par en par y los volvió a cerrar, abrazándose. Una débil sonrisa afloró a sus labios, y entonces lo supo. Contuvo la respiración, temblando de gratitud. Con esa simple pregunta, Maryam había logrado resucitar su antiguo ser, ese que empezaba a desvanecerse en su propia memoria. Ella había ido a su encuentro, arrancando de cuajo los últimos cuarenta y cinco días de su vida y devolviéndolo a esa otra vida de entrañable trivialidad, de maravillosos desvelos cotidianos, en la que

eran libres de tomar decisiones insensatas. Maryam le había recordado que seguía siendo un hombre, que su antigua vida no se había agotado, que ella estaría allí, en un dormitorio con aire acondicionado, esperando su regreso. Se las había arreglado para decirle que su sufrimiento era algo pasajero, que antes o después se acabaría. Y Amir supo que, mientras la tuviera a ella, sobreviviría.

—Estoy perfecto. Tengo la espalda bien. Ya no me duele —dijo, sintiendo que la desafiante mirada de Maryam se posaba en sus dedos, sobre la mesa barata y austera—. ¿Cómo está el bebé?

—Creciendo —contestó ella. La mención de su hijo la hizo sonreír una vez más, hizo que ambos sonrieran. Los labios de Maryam se abrieron con una energía desbordante. Se ruborizó. Los contornos de su rostro parecían haberse suavizado. Tenía la piel tersa, impecable—. Es increíble.

Pero entonces se le fueron los ojos hacia el guardián, y el rubor se desvaneció de sus mejillas al instante. Una expresión lúgubre como un cielo de tormenta ensombreció su rostro.

—Cuarenta y cinco días. —Las palabras se atropellaron al brotar de sus labios, y si bien no levantó la voz en ningún momento, ésta se le fue cargando de ira, revelando su sufrimiento—. Cuarenta y cinco días te han tenido encerrado aquí sin que yo supiera dónde estabas. No sabía siquiera si seguías vivo. Se negaban a decírmelo. Te busqué por todas partes.

Se le quebró la voz. Se mordió los labios con fuerza, como si quisiera castigarlos por su temblorosa traición. Su desafiante orgullo de antes se desvaneció tan pronto como recordó el miedo a perderlo para siempre, ese miedo que seguía vivo, que la devoraba por dentro.

Maryam estaba sentada en el borde de la silla, respirando entrecortadamente, las manos temblorosas, dobladas sobre la mesa como nidos caídos. Parecía no saber qué hacer con ellas, ni con los ojos, ni con el sollozo atrapado en su garganta. Amir intentó decir algo. No fue capaz. También él sentía un nudo en la garganta provocado por una desolación que amenazaba con derrotarlo. Respiró hondo.

—No conseguía ver tu cara cuando soñaba —dijo al fin, inclinándose hacia delante, hacia ella. Ahora le tocaba a él mostrarse fuerte, por el bien de Maryam, por su propio bien. «No pueden romperme. No pueden rompernos»—. Sólo veía un espacio vacío, como una aureola. Pero ahora que estás aquí, sé que ya no volveré a estar solo.

Meneando la cabeza de un modo adorable, apenas perceptible, Maryam le sostuvo la mirada. Sus ojos destellaban como luciérnagas en la noche.

—Nunca estás solo. Yo siempre estoy contigo.

—Háblame del bebé. —Sólo de pensar en su futuro hijo, el hijo de ambos, se le llenaba el corazón de alegría y esperanza. Quería pedirle a Maryam que se levantara para volver a contemplar su vientre, pero temía que el guardián también lo hiciera. No quería que él la mirara, que se inmiscuyera con su mirada torva en algo que les

pertenecía en exclusiva—. ¿Se mueve mucho?

El rostro de Maryam se iluminó de nuevo con una sonrisa. Cómo le gustaba verla sonreír, cómo anhelaba aspirar su aliento, el aire que flotaba en torno a sus labios.

—Por las noches, se lía a dar patadas como si estuviera bailando —dijo ella.

—Como su madre.

—Sí.

—Te encanta bailar.

—Sí.

Fuera, una llave giró en la cerradura. El guardia dio un paso hacia ellos. Maryam y Amir se miraron. Se aferraron el uno al otro con la mirada, tirando cada uno por su lado, como si quisieran llevarse un trozo del otro en ese lugar íntimo, el más seguro, que eran sus ojos.

—Sheida —dijo ella con apremio—. Si es niña ¿le ponemos Sheida?

El guardián sacó a Amir de la habitación a empujones. Había consumido sus diez minutos.

De vuelta en el pasillo, sus piernas apenas podían sostenerlo.



Eran cuarenta reclusos en una diminuta celda con trozos de pintura colgando de las paredes. Vivían hacinados como sardinas en lata. A veces sorteaban los cuerpos ajenos, otras no tenían más remedio que moverse arrastrándose unos por encima de otros. La situación empeoraba por las noches, cuando cada cuerpo intentaba defender su espacio de descanso. En ocasiones estallaban las riñas, y en otras se reprimían con un nervioso rechinar de dientes. Finalmente, para poner fin a las tensiones, los reclusos decidieron trazar líneas en la delgada y hedionda moqueta para señalar los límites de cada cuerpo. Dormían gualdrapeados, sin mover un solo músculo, acurrucados entre sí como niños asustados por los truenos.

Amir abrió los ojos poco antes del alba. Desde el año anterior se había propuesto despertarse todos los días antes de que la llamada a la oración empezara a resonar entre los muros de la celda. Quería que por lo menos el acto de cambiar el sueño por la vigilia fuera una elección libre. Quería que sus días empezaran cuando él, y sólo él, decidiera abrir los ojos.

En la nueva cárcel, la oración formaba parte del adiestramiento de los reclusos. Los habían trasladado allí con el fin de convertirlos en hombres temerosos de Dios. Pero, en ese mundo de violencia y locura, Dios no era lo que más temía Amir.

Behruz, que ahora dormía a su derecha, roncaba suavemente. Amir permaneció inmóvil, observando su cicatriz y las uñas de sus pies, que se combaban hacia arriba.

Instantes después, el grito del mucicín, que mientras era un hombre libre le parecía hermoso pero desde que vivía enjaulado se le antojaba desgarrador, arrancó a la celda de su letargo. El despertar era lento. Alguien tosió, alguien se desperezó, un pie asomó entre las ásperas mantas. Los sonidos llegaban desde el otro lado de la celda,

allí donde la puerta señalaba su fin. Amir se agachó y se abrazó las rodillas flexionadas.

Cuarenta hombres despeinados enrollaron sus colchonetas y las apilaron contra la pared. Uno tras otro, los condujeron a los lavabos y los devolvieron a la celda arrastrando los pies. Uno tras otro, se fueron colocando hombro con hombro, formando hileras rectas, listos para hablar con Dios. Rodeado de palabras divinas, Amir se agachaba y arrodillaba con gesto automático, como un títere desesperado. Los murmullos rebotaban en las paredes, graves y pesados.

Finalizada la oración, se sentaban sobre las colchonetas enrolladas a la espera del desayuno: una taza de té, dos terrones de azúcar, un trozo de pan y un poco de queso feta. Ese día, por ser viernes, les daban también una cucharada de leche en polvo, otra de mermelada, unos pocos higos y un puñado de dátiles. Cuando les daban mermelada o dátiles, no tenían derecho a terrones de azúcar.

Amir tomaba su té a sorbos cuando la pesada puerta de la celda se abrió con un chirrido y en el umbral apareció un guardián lampiño, salvo por la pelusa que le despuntaba por encima del labio superior.

—¡Amir Ramezanzadeh! —llamó a voz en grito, intentando en vano controlar los altibajos hormonales de su voz.

Amir oyó brotar su nombre de labios del muchacho, al que se le quebró la voz a media palabra. El corazón le dio un vuelco. Siempre que pronunciaban el nombre de algún recluso, eso se traducía en largas horas de ausencia, hasta que un cuerpo exhausto, destrozado, regresaba de la sala de interrogatorios, donde ni siquiera Dios importaba tanto como el cuerpo, donde ninguna confesión, ninguna negación, ninguna disculpa tenía el menor valor. Los interrogadores no estaban interesados en las palabras. El cuerpo era lo único que contaba en esas habitaciones calurosas, oscuras, sofocantes. El cuerpo, las costillas rotas y los interminables e incomprensibles gritos al oído.

Amir creía que no volverían a interrogarlo, pero al parecer se equivocaba. Se acercó al guardián, que mantenía la puerta abierta a la débil luz del pasillo. Permaneció inmóvil mientras el carcelero le cubría los ojos con la venda negra, y a continuación abandonó la celda.

De nuevo se vio sumido en la oscuridad y se sintió vulnerable. De nuevo comprendió hasta qué punto había perdido el control de su vida. Amir ya no vivía su propia existencia, sino la de otra persona, alguien que caminaba con los ojos vendados, sujetando un bolígrafo, mientras lo conducían desde la celda hasta una sala de interrogatorios.

Pero no fue a esa sala donde lo condujeron en esa ocasión, sino al «patio», una habitación a la que le habían arrancado el tejado de cuajo, dejando a la vista una sucesión de vigas de hierro desnudas. Era allí donde los prisioneros salían a dar vueltas una vez a la semana durante diez minutos, donde llenaban los pulmones de aire fresco. La cárcel quedaba cerca de las montañas, las mismas cuyas cimas solía

divisar Amir desde la ventana del salón.

—Siéntate —le ordenó el guardián mientras le desanudaba la venda.

Amir se puso de cuclillas en el suelo. Estaba lloviendo. El perfume de la lluvia, mezclado con el penetrante olor del alquitrán, le recordó su infancia y el primer día de escuela. Perdido, con las mejillas bañadas en lágrimas calientes y frías gotas de lluvia, había corrido entre las calles, buscando la gran puerta de hierro de la escuela. Era uno de los recuerdos más vívidos de su niñez, el primer día de clase y la angustia de no encontrar la escuela.

Los minutos fueron pasando y no había señal del guardián. La lluvia empezó a arreciar. Amir miró alrededor. Cuanto más tiempo pasaba, más nervioso se iba poniendo. ¿Por qué lo habían llevado allí? ¿Por qué estaba solo? ¿Habría llegado al final del recorrido? ¿Acaso estaba viviendo los últimos instantes de su vida sin saberlo? Sentado en el suelo mojado, en una habitación sin techo, esperando a un adolescente con uniforme de carcelero que tenía su vida entre las manos como quien sujeta un paquete de cigarrillos estrujado.

Amir respiró hondo una vez, luego otra. Respirar hondo podía mantener a un hombre vivo.

Finalmente, el guardián regresó. Traía un bulto envuelto en una manta. Avanzó despacio hacia él, esforzándose por no sostenerle la mirada. Se inclinó levemente y depositó aquella cosa en el regazo de Amir.

—Ésta es tu hija —dijo.

Nunca había sido Amir tan consciente de los latidos de su propio corazón, de la sangre que corría por sus venas, como cuando apartó la manta y vio dos grandes ojos castaños que lo observaban, y la suave pelusa negra que cubría la frente de la niña. Unas gotas de lluvia cayeron en su rostro y la pequeña parpadeó varias veces al tiempo que abría la boca. Amir se quedó mirándola, abrumado. La sostuvo sin mover un solo músculo, como paralizado en el acto.

Tres minutos después, el guardián volvió y la cogió de sus brazos. Lo llevaron de vuelta a la celda, temblando.



El primer juicio de Amir duró cerca de cinco minutos. Habían pasado dos años. Un guardián lo condujo a una pequeña habitación donde lo esperaban un ulema y un hombre joven. Debía decir su nombre. No tenía derecho a un abogado. Ni siquiera se había planteado esa posibilidad. De sobra sabía que era en vano. En realidad, ni siquiera creía que fuera a celebrarse un juicio.

El ulema leyó los cargos que pesaban contra él como si supiera más allá de toda duda que era culpable de los mismos. Lo único que podía hacer Amir era escuchar y aceptar la condena que tuvieran a bien imponerle.

—Fundar un grupo marxista, participar en las actividades organizadas por el mismo, planear un golpe de Estado, conspirar para derrocar la República Islámica de

Irán, ateísmo...

Lo acusaban de tantos delitos que Amir dio por sentado que su nombre figuraría en la lista de los condenados a muerte. Sintió una opresión en el pecho que le produjo aturdimiento. Tenía las palmas sudadas y pensó en Maryam, en Sheida y en la vida que nunca llegaría a vivir. Finalmente, el ulema agotó la lista de cargos. Amir sólo sabía que el ateísmo se castigaba con la pena capital. Eso era lo único de lo que estaba seguro. En los escasos segundos de réplica que le permitieron, se limitó a decir:

—Soy musulmán.

El joven tardó unos minutos más en leer la sentencia. Condenado a seis años de cárcel. Amir miró al ulema y luego al joven. Inspiró con fuerza y el aire le escoció en la garganta. Había sobrevivido. Experimentó una sensación de alivio tan sobrecogedora que estuvo en un tris de desplomarse. Tuvo que sujetarse a la pared para no caer. Ahora tenía algo concreto que decirle a Maryam. Ahora ambos sabían cuánto tiempo tendrían que esperar. Seis años y volverían a estar juntos. Seis años y todo aquello habría terminado.

Lo trasladaron a otra celda y le dijeron que pasaría en ella los siguientes seis años.



Amir estaba de pie, colocado sobre los apoyos de porcelana ennegrecida que flanqueaban un agujero en el suelo donde flotaban varias cucarachas muertas. Daba la espalda a la puerta, cuyo cerrojo estaba roto. Todos los cerrojos de los retretes lo estaban, para que los guardianes pudieran irrumpir sin estorbo siempre que fuera necesario, es decir, cuando alguien se desmayaba, se venía abajo o intentaba suicidarse. Las cerraduras estaban rotas para que no tuvieran que romperlas al entrar. Los carceleros podían entrar en los retretes siempre que les viniera en gana para atajar lo que quiera que conviniera atajar.

Amir apoyó las piernas abiertas y orinó donde se suponía que debía hacerlo. Se dio media vuelta para salir, sintiendo náuseas a causa del fuerte hedor, cuando vio una cajita de madera en el suelo. No era habitual ver allí esa clase de objetos. Nada del mundo exterior lograba entrar en la cárcel, ni siquiera una cajita abandonada. La cogió y se puso a examinarla como si se tratara de una valiosa antigüedad. Sus dedos acariciaron la áspera textura de la madera y notaron la cabeza de un clavo que sobresalía. Estaba más suelto de lo que parecía y salió sin oponer resistencia. Amir se metió el clavo en el bolsillo y se marchó del retrete.

A partir de la siguiente sesión semanal de diez minutos de aire fresco, Amir empezó a limar la cabeza del clavo restregándolo contra el suelo de hormigón. Se pasaba el rato allí sentado, con determinación inquebrantable, como si también pudiera borrar toda la cárcel si se lo proponía. La veía con perfecta claridad, la pulsera de huesos de dátiles, en la diminuta muñeca de su hija. Aunque a lo mejor tendría que esperar. A lo mejor Maryam tendría que usarla primero y luego dársela a

su hija cuando ya fuera lo bastante mayor. Había muchas posibilidades. Su corazón bullía de entusiasmo, su cuerpo entraba en calor mientras unos tímidos rayos de sol otoñales le acariciaban la coronilla a través de las vigas de hierro del inexistente techo.

Los viernes se paseaba por la celda agitando un bote vacío de leche en polvo.

—No tiréis los huesos de los dátiles. Ponedlos aquí dentro.

Las manos se alargaban, los dedos se abrían, los huesos de dátil caían en el bote con un tableteo. Cuando el bote estaba medio lleno, Amir acababa de llenarlo con agua y dejaba que los huesos se reblandecieran.

Los días iban pasando. Amir observaba los huesos de dátil y, mientras esperaba, día tras día, la angustia empezó a reemplazar su inicial entusiasmo. ¿Y si no le daba tiempo? ¿Y si volvían a llamarlo por su nombre y esta vez no era para ver a su niña? ¿Y si quienes decidían qué hacer con su vida cambiaban de opinión antes de que pudiera acabar, antes de que pudiera dejarle a su hija algo más que un recuerdo fugaz?

Le dolía la cabeza. Por enésima vez ese día, fue hasta el bote para comprobar la dureza de los huesos. Sabía que era en vano; aún debían pasar varios días más. Pero no podía evitarlo. No podía estarse quieto. Daba vueltas por la celda y apenas soportaba el chancleteo que a ratos parecía acercarse por el pasillo y luego se desvanecía. Cada vez que lo oía, creía que iban por él. Que había llegado su hora.

Decidió no perder el tiempo y, mientras esperaba que los huesos se reblandecieran, empezó a fabricar un taladro introduciendo el clavo descabezado en el mango semiderretido de su cepillo de dientes. Cogió el clavo con fuerza entre los dedos. Si lo cogía con firmeza, pensaba, su mano dejaría de temblar.

Así pasó otro día de incertidumbre, de hacer acopio de fuerzas para no echar a correr por la celda con la cabeza entre las manos; de permanecer atento a la puerta y metérselo todo en el bolsillo precipitadamente en cuanto oía un chancleteo.

Pasó el día siguiente haciendo un cordel, deshilachando sus calcetines marrones y los de Behruz, que se los había ofrecido.

—A mi hija la están criando sus abuelos —le dijo Behruz mientras se quitaba los calcetines—, a ella y a dos de sus primos, los hijos de mis cuñados, que también están en la cárcel. ¿Crees que algún día podrán traerme a mi hija para que la vea?

Sus ojos reflejaban una especie de súplica, como si Amir tuviera todas las respuestas.

—Lo harán, por supuesto que sí —le aseguró éste al ver el gesto angustiado de Behruz, pensando en lo afortunada que era Sheida por estar con su propia madre.



Amir devanó las hebras enrollándolas alrededor de un tubo de pasta de dientes lleno de masa endurecida que usaba a modo de huso para obtener el hilo. Trabajaba con la frente arrugada por la concentración, los labios apretados, subiendo y bajando la

barbilla cada vez que movía el huso a derecha e izquierda. Intentaba no pensar. Tenía que distraerse y concentrar sus pensamientos en la pulsera. Con que sólo pudiera terminarla y tuviera ocasión de dársela a su hija, viviría al fin libre de todo temor y podría relajarse sabiendo que había algo suyo allá fuera, algo que había traspasado aquellos muros y llegado al otro lado, a la libertad, donde su niña crecería consciente de que su padre nunca se había rendido. De que la vida nunca se rinde.

Cayó la noche. Amir se durmió con el clavo y el hilo en el bolsillo. Notarlos cerca lo reconfortaba. Llevaba hecha por lo menos la mitad de la pulsera.

Lo primero que hizo al día siguiente fue abrirse paso hasta el bote de los huesos de dátíl, deslizándose entre los cuerpos dormidos de sus compañeros de celda. «Por favor, que estén listos», murmuraba para sus adentros. Faltaba poco para que rayara el alba y una oscuridad agobiante, lúcida, llenaba la estancia. No acertaba a ver los huesos con claridad. Lo único que veía eran pequeños bultos negros en el interior del bote. Hundió el dedo en el agua fresca, ligeramente viscosa, y cogió uno. Se le escapó una bocanada de aire entre los labios entreabiertos. Estaban listos.

Poco después de la oración matutina, empezó a agujerear las semillas por su parte más gruesa usando el taladro que había fabricado. Mientras practicaba los pequeños orificios, notaba que la abarrotada celda aflojaba la presión en torno a su cuello, que se le iban borrando las arrugas de la frente, que los tensos músculos de los hombros se relajaban. Con cada hueso de dátíl que sostenía entre los dedos, comprobaba que aquella angustiada sensación de vértigo empezaba a ceder. Con cada hueso de dátíl, retrocedía un paso más respecto al fin del mundo, al abismo donde la tierra desaparecía bajo sus pies. Tal vez el tiempo estuviera realmente de su parte. Tal vez no fuera a perderlo todo.

Cuando acabó de agujerear todos los huesos, empezó a ensartarlos. Se había hecho de noche. La bombilla desnuda se había encendido, inundando la celda con lo que por primera vez le parecía un suave resplandor. Un murmullo de conversaciones lo envolvía. Desde un rincón de la celda, oía a Behruz y algunos de los otros prisioneros jugando a componer un poema, tomando la última letra de un verso para empezar otro.

Amir sonrió mientras cogía otro hueso. Cada una de aquellas cuentas parecía bailar delicadamente al deslizarse por el hilo. El último hueso se unió a la sarta con un leve temblor. Amir se estremeció de entusiasmo, como un atleta al vislumbrar la línea de meta.

Era casi la hora de cenar cuando remató la pulsera anudando ambos extremos del hilo. Fuera, el viento aullaba entre las vigas desnudas del patio. Amir dejó la pulsera en la moqueta. Había puesto en ella todas sus ganas de vivir, y de pronto sentía que no le quedaban fuerzas. Oyó que se abrían las puertas de las celdas contiguas; los guardianes estaban cada vez más cerca. Cogió la pulsera y se la escondió en el bolsillo.

La puerta de la celda se abrió con un chirrido. Un cubo lleno de arroz pasó de

mano en mano hasta llegar a las de Amir. Esa noche era el encargado de repartir la cena.



Tuvo que esperar semanas hasta que pudo darle la pulsera a su hija, semanas de impaciencia, soledad y desesperación. Semanas durante las cuales la llevó escondida en el bolsillo, como un valioso recuerdo del que dependiera todo su ser, un valioso recuerdo que los guardianes no dudarían en despedazar si lo descubrían.

Finalmente, una tarde gris le permitieron recibir la visita de su mujer. Esta vez tuvo lugar en una habitación larga y angosta, con mamparas de cristal que señalaban la frontera en la que se detenía una vida y empezaba otra.

Maryam se sentó delante de él, al otro lado del cristal, sosteniendo a Sheida en el regazo. La niña había crecido. Apenas se parecía al bebé que Amir había tenido en brazos aquella tarde lluviosa. Hasta el color de sus ojos había cambiado; eran más oscuros, casi negros. Su mirada revoloteó por la habitación y luego se posó unos instantes en el rostro de Amir. Sin embargo, tan pronto como éste empezó a acariciar la idea de que su hija lo había reconocido, la niña volvió a pasear los ojos por la habitación, las paredes verde hospital, la mampara de vidrio.

Sonriendo, Maryam la cogió y se encaminó a la puerta tras la cual se hallaban los reclusos. Allí se encontró con el carcelero que había asistido a su primera visita a Amir. Se le borró la sonrisa del rostro y avanzó con cierta torpeza, como si de pronto no supiera caminar.

El guardián la miró inexpresivamente cuando ella le dijo el nombre y el número de Amir, estrechando el diminuto cuerpo de Sheida contra el pecho. Él asintió y cogió a la niña con manos que parecían demasiado viejas para ser suyas. Maryam dijo adiós a su hija antes de que ésta desapareciera tras la puerta, en brazos del guardián.

Amir la estaba esperando con manos fuertes que sin embargo temblaban, suspendidas en el aire. La vena protuberante de su frente latía con fuerza. Y Sheida se lanzó a sus brazos, cruzando la frontera entre la vida y la muerte, el tiempo y el purgatorio. Su niña, cuyos pies se mecían en el aire, cuyos ojos bailaban como mariposas. Amir la estrechó con tanta fuerza que la pequeña soltó un grito. Maryam se echó a reír y se secó una lágrima que pendía de una arruga nueva. Sheida se removió, intentando ponerse en pie. Amir echó un vistazo alrededor y escondió la pulsera dentro del jersey de su hija.

El guardián regresó. Cogió a Sheida con su secreta pulsera de dátiles pegada al corazón y se la llevó de nuevo a donde la esperaba la vida.



El segundo juicio de Amir tampoco duró más de unos minutos. Habían pasado tres años desde el primero, y durante ese tiempo Behruz no había visto a su hija más que

una vez. Ese día, a modo de celebración, Amir le había enseñado a hacer pulseras.

Esta vez, cuando oyó su nombre, Amir no pensó demasiado en ese segundo juicio. No se angustió especialmente cuando el guardián lo condujo a una habitación pequeña donde lo esperaban un ulema y dos hombres de gesto severo vestidos de negro. «Ya me han juzgado y condenado —pensó—, sólo me quedan tres años de cárcel». Nadie podría arrebatarse eso.

—¿Rezas? —El ulema levantó unos ojillos brillantes de la carpeta abierta ante sí. Parecía cansado, de mal humor.

—Sí —contestó Amir, intuyendo que era la respuesta correcta.

—¿Tu padre reza?

—Sí.

—¿Ayunas durante el Ramadán?

—Sí.

Las preguntas se interrumpieron. Uno de los hombres trajeados de negro apuntó algo. Nadie dijo nada. Miraron a Amir y llamaron al guardián para que lo llevara de vuelta a la celda.



Una semana más tarde, poco antes del alba, Amir se despertó con el eco de unos pasos a la carrera en el pasillo. Abrió los ojos, atento a los ruidos de fuera, preguntándose qué estaba pasando. La puerta se abrió con un chirrido y se lo llevaron antes de que tuviera tiempo de incorporarse del todo, junto con unos pocos hombres más, Behruz entre ellos. Apenas tuvieron tiempo de hablar o intercambiar siquiera una mirada fugaz. Una vez más, las vendas cubrieron sus ojos estupefactos, confusos y soñolientos. Las esposas se cerraron en torno a sus muñecas. Lo sacaron de la celda a rastras y lo hicieron enfilear el pasillo a empujones, zarandeándolo de aquí para allá. Se abrió una puerta. El aire frío de la madrugada traspasaba la piel. A su alrededor se multiplicaban los murmullos apresurados, incomprensibles. El corazón de Amir latía como un caballo desbocado. Movía la cabeza vendada en todas direcciones, intentando vislumbrar algo alrededor. Tenía la boca seca. La oscuridad era impenetrable.

—¿Qué hacéis? —oyó que preguntaba Behruz a voz en cuello—. ¿Adónde nos lleváis?

Nadie contestó a Behruz. Su voz quedó ahogada por los gritos de los demás reclusos.

Amir sintió que lo empujaban por la espalda y se precipitó bruscamente hacia delante. Notó la áspera soga en torno al cuello y quiso gritar, pero no pudo. Y eso fue lo último. Por un breve instante, el tiempo se detuvo. Luego, súbito como un alud, se agotó.

2008
Teherán, República Islámica de Irán



Dos días antes de que *maman* Zinat muriera, Forugh y ella compartieron una granada. Forugh la desgranó mientras *maman* Zinat la observaba, sentada en un ancho sillón herméticamente cubierto con una funda de estampado floral. Las rodillas le sobresalían por debajo de la manta verde pistacho como dos suaves bultos redondeados. A su espalda, en el fresco de la pared, una bandada de cisnes blancos surcaban un río azul, rodeados de verdes árboles y un cielo plácido salpicado de nubes algodonosas.

Forugh sostuvo la granada por arriba, clavó el cuchillo justo por debajo de la corona y la cortó por la mitad. El jugo escarlata se derramó sobre la bandeja blanca y la granada se abrió con un leve suspiro.

La televisión estaba encendida. En un canal que llegaba vía satélite desde Estados Unidos, costado por iraníes emigrados a dicho país, se emitía un vídeo de música persa.

—Me gusta Mansur. —*Maman* Zinat aumentó el volumen—. Es educado. No como todos esos que salen al escenario dando botes y chillando. Salta a la vista que es de buena familia.

Granos translúcidos, como rubíes. Las manos de Forugh se movían con torpeza a su alrededor mientras los dedos se le empapaban de jugo pringoso. Levantó los ojos desde donde estaba sentada, sobre las flores rojas de la alfombra tejida a mano, y miró con alegría a *maman* Zinat: su suave piel, el largo pelo plateado recogido en un laberíntico moño sobre la nuca, los pliegues de piel que caían sobre sus ojos, dándole un aspecto soñoliento; contempló sus manos, pálidas y apergaminadas, dobladas sobre la manta, exhibiendo su único lujo, una discreta alianza de oro.

Forugh no veía a su abuela desde hacía más de doce años. Y por eso la observaba con admiración, con amor, con un sentimiento de dicha y curiosidad. La asombraba lo poco que había cambiado. El paso de los años apenas había hecho mella en su piel, en la juvenil viveza de su mirada, en la serenidad de sus gestos.

Los granos de la granada reventaron bajo los dedos de Forugh y el jugo salpicó su blusa. Con el rabillo del ojo, vio que *maman* Zinat se apresuraba a apartar la manta para que no se manchara. Forugh se echó a reír.

—Espero tener tus genes, *maman* Zinat.

Intentó limpiarse las manchas rojas de la blusa con el dorso de la mano.

—¿Por qué? —repuso ella, con la sonrisa de una mujer que sabía de sobra por qué quería su nieta parecerse a ella. Sabía que seguía siendo muy hermosa.

—Tienes menos arrugas que yo.

—No necesitas mis genes. Eres hermosa como una flor. Como las flores del jacarandá.



La luz matutina se esparce sobre el horizonte y baña los muros del angosto patio horizontal, resquebrajándose en el agua azul de la fuente de porcelana, extendiéndose

como la humedad sobre la piel de Forugh. Ésta se halla bajo la copa del jacarandá, admirando los racimos de flores de un rosa violáceo. Entrelaza las manos, encoge los hombros y deja caer la cabeza. Las lágrimas caen sobre su blusa de seda amarilla, dejando manchas saladas a su paso. Se agacha junto a la fuente, donde los peces de colores se mueven incansablemente de aquí para allá antes de irse a dormir. Tiene la mitad del cuerpo en el barro, la otra mitad sobre los adoquines que mueren al borde del parterre. Forugh da rienda suelta a su llanto.

Nota una mano en el hombro y levanta los ojos enrojecidos.

—*Maman Zinat* adoraba este árbol —dice *khaleh Leila*, alargando una mano hacia las hojas y acariciándolas.

—Debería haber vuelto antes. He venido cuando ya era demasiado tarde.

—Pasaste con ella sus últimos días. Estoy segura de que murió feliz. Eso es lo único que importa.

La última imagen que Forugh conserva de *maman Zinat* es la de su cuerpo frío tendido en la cama, cubierto con una sábana. El corazón de *maman Zinat* había dejado de latir al alba. Forugh levantó la sábana para mirarla. Su abuela se aferraba el pecho como si quisiera arrancarse el corazón y arrojarlo por la ventana. El dorso de su otra mano descansaba inerte sobre su frente, y había una mueca de dolor en sus labios, una mirada aterrada, incrédula en sus ojos, como si no pudiera creer que la muerte estuviera tan cerca.

Forugh no vio felicidad en el rostro de *maman Zinat*. Ni paz. No vio más que dolor. El dolor de quien se aferra al corazón cuando éste deja de latir sin previo aviso. El dolor de quien se enfrenta a la muerte antes del alba. Sola.



Dante deja las bandejas con dátiles y *halva*^[1] en el suelo de hormigón y llama al timbre. La cálida brisa llega cargada del olor a polvo y cemento que viene del solar en construcción al final de la calle. Mientras espera, el joven observa la puerta de la casa contigua, a la que se asoma una mujer enfundada en un chador negro. Un niño pequeño sale corriendo de la casa, casi apartándola de un empujón. Lleva dinero en la mano. Pasa ante los ojos de Dante como una exhalación y va hacia la calle. Su madre le advierte a voz en grito que no se moverá de allí, que estará mirándolo todo el rato. Mientras el chico corre, pierde una zapatilla. Por un instante, parece no comprender qué ocurre, qué le impide seguir corriendo. Ve la zapatilla de plástico a su espalda, cerca de la raya que divide la calzada. Se la pone y echa a correr de nuevo, pero al poco se detiene y se vuelve hacia su madre.

—Gaseosa y nada más, ¿verdad?

La mujer asiente y el chico sale corriendo.

Ver a ese niño le recuerda a Dante su propia niñez. Solía correr así cada vez que *maman Zinat* o *khaleh Leila* lo enviaban a comprar algo en la tienda de comestibles que había al final de la calle. Iba corriendo sin parar hasta la tienda, compraba lo que

le hubiesen encargado y regresaba corriendo a casa. Nunca caminando. Los niños no caminan. Corren a todas horas, como si los persiguieran impetuosas corrientes de tiempo. Dante sigue al muchacho con la mirada hasta verlo entrar en la tienda.

La madre del chico mira a Dante, que asiente y la saluda.

—Te acompaño en el sentimiento —dice la mujer con voz queda, ciñéndose el chador en torno al rostro.

Dante le da las gracias mientras la mujer se retira al interior de la vivienda, desapareciendo de su campo de visión. Aunque ya no la ve, sabe que sigue allí, al otro lado de la puerta, esperando a su hijo. Que ella es lo primero que verá el chico cuando regrese a casa.

Dante vuelve la mirada de nuevo hacia la puerta azul y llama al timbre por segunda vez. Quisiera no estar allí. No le gustan los funerales. Sólo ha vuelto por dos mujeres de pelo gris y olor a pasado. Las dos mujeres que lo criaron, pasándolo de un cálido regazo a otro, contándole historias de amor protagonizadas por princesas persas y sus humildes pero apuestos pretendientes. Las dos mujeres por las que lloró amargamente cuando su madre, al salir de la cárcel de Jomeini, quiso llevárselo a vivir con ella.

Ahora una de esas mujeres ha muerto, pero Dante no puede llorar. Está furioso con el sol que reluce en toda su gloria sobre un cielo deslumbrante. No comprende por qué las tragedias siempre ocurren en días soleados y hermosos.

Al otro lado de la puerta azul se oye el vivo repiqueteo de unos tacones sobre los adoquines. Dante aguza el oído. No puede ser *khaleh* Leila quien sale a abrir. No con tacones. No tan deprisa. El misterioso tableteo, cada vez más cercano, lo pone nervioso.

Una mujer abre la puerta. Un rostro con forma de corazón; larguísimas pestañas que enmarcan unos ojos castaños; pelo negro rizado que cae formando ondas sobre los hombros. La mujer se echa la cabellera hacia atrás con una mano pequeña y sonríe.

Hay algo en su sonrisa, el corte de su vestido, la desinhibición de su cabellera suelta, que le presta un aspecto extranjero.

Y entonces Dante se acuerda.

«¡Forugh!».

Se presenta entre balbuceos y recoge a toda prisa las bandejas del suelo. Forugh se comporta como si no lo hubiese oído. Parece abstraída. Sus ojos rebosantes de pena resultan inquietantemente sensuales. La joven coge una de las bandejas de manos de Dante, pero no se molesta en presentarse.

Dante la sigue por el patio, agachando la cabeza para no golpearse en el dintel de la puerta. La casa está en silencio. Se pregunta dónde estará *khaleh* Leila. Justo antes de entrar, echa un vistazo a la fachada, y sin pretenderlo se le van los ojos hacia la habitación de *maman* Zinat. Ve las ventanas cerradas, las cortinas echadas, y siente una punzada de dolor.

Forugh entra primero. Luce un vestido negro que le llega un poco por debajo de las rodillas color canela. Su pelo se mece con soltura sobre sus hombros mientras cruza el patio como si le perteneciera, segura y desenvuelta. Su forma de caminar inquieta a Dante. Tiene la sensación de que pretende desposeerlo de algo, aunque no sabría decir de qué. Sus tacones repiquetean en el suelo como latidos cardíacos.



En la casa, que con sus viejos muros y su puertecita azul parece fuera de lugar entre las urbanizaciones de reciente construcción que la rodean, Leila y *maman* Zinat pasaron juntas el divorcio de la primera y la muerte de Agajaan, año tras año, entre sombras y susurros. Ellas eran los últimos baluartes del pasado. Esa casa era su feudo, la reliquia de su juventud. Nadie había logrado engatusarlas para que se marcharan. Ninguna promesa de comodidad en un apartamento más pequeño, ninguna promesa de dinero para emprender un viaje (a La Meca, quizá, o a Alemania, para visitar a Forugh y a la madre de ésta) logró persuadirlas. Mientras la casa se mantuviera en pie y ellas dentro, serían las dueñas de su propio destino.

El día después de la llegada de Forugh, Leila se le acercó con un pañuelo de seda amarillo en la mano y le pidió que le vendara los ojos. *Maman* Zinat rió por lo bajo. A juzgar por el brillo que animaba su mirada, se diría que aquello la divertía.

Con los ojos vendados, Leila se paseó con pasos cortos, seguros, de habitación en habitación, acariciando con los dedos la superficie irregular de las paredes, como si leyera en braille. Se detuvo con milimétrica precisión delante de cada estancia y relató su historia. La habitación en que alguien había nacido. La habitación en que alguien había muerto. La habitación en que alguien había pasado su noche de bodas.

—Aquí —le dijo a Forugh, señalando una puerta con los ojos vendados— nació tu madre.

No veía la cara de Forugh, pero alcanzaba a oír cómo se aceleraba su respiración. Al final del recorrido se quitó la venda y sonrió con aire triunfal. *Maman* Zinat rompió a aplaudir. Forugh se rió, acaso pensando que estaban las dos locas de atar. Eso había ocurrido sólo unos días atrás, antes de que los latidos de *maman* Zinat se apagaran tan dulcemente como se hundían los guijarros en la fuente.

Leila suelta un suspiro. Cuánto ha envejecido, qué rápido. Se deja caer en el suelo, dando la espalda a la ventana. Un cosquilleo recorre sus ojos enrojecidos, que mantiene cerrados. Se siente abrumada por tal desaliento que apenas puede moverse. Cree haber oído la puerta, pero no está segura. ¿Podrían ser Omid y Sara, tan pronto? Los ha llamado a su hotel de Shiraz esa mañana para darles la noticia. No había oído a Omid sollozar así desde que era un niño. ¿Cómo habría reaccionado Sara? Leila no había hablado con ella. Parisa estaba allí con ambos, pero la conmoción le impedía hablar. «Menudas vacaciones familiares». Leila cierra los párpados con fuerza. «Pobrecillos». Le dijeron que cogerían el primer avión que encontraran con destino a Teherán. Ella les habló de Forugh, de su regreso, pero era como si no la hubiesen

escuchado, como si tuvieran los oídos saturados de muerte.

Leila se remueve, inquieta. Le gustaría saber si ha llegado alguien, pero no tiene fuerzas para llamar a Forugh y preguntárselo. Lo que hace es encorvarse más todavía, atenta a los gorjeos de los pájaros.



Forugh no escuchó a Dante cuando éste se presentó. Parecía tan joven, tan nervioso, tan impaciente por darse a conocer que ella perdió todo interés al instante. Lo tomó por algo parecido a un encargado de mantenimiento que había ido para echar una mano con la ceremonia prevista para la tarde. Pero ahora lo observa con creciente aprensión, pues ese joven alto y enjuto se mueve con la comodidad y el aplomo de quien conoce hasta el último rincón de la casa. Sin consultárselo, se dirige al sótano, coge el samovar plateado, las tazas de vidrio con ribete dorado, el fragante té de Lahijan, los terrones de azúcar, y lo lleva todo arriba. Entra y sale con toda naturalidad de la cocina, la habitación de invitados, el sótano. Más que el encargado de mantenimiento, parece un hombre que regresa a la casa de su niñez. Eso inquieta a Forugh, la relación de intimidad que parece tener con la casa. Se mueve de aquí para allá como si fuera él quien había crecido entre esas paredes, quien había escuchado las románticas leyendas de las princesas persas y sus humildes pero apuestos pretendientes que contaban las dos mujeres por las noches, como si fuera él quien se había criado entre los recuerdos y la respiración de esas dos mujeres.

Dante sube la escalera cargando una mesa cuyo peso le tensa los delgados brazos y el pecho. El pelo negro y suave del flequillo rebota sobre su frente mientras salva los escalones uno tras otro.

Forugh no sabe qué hacer. Le gustaría ayudar, aparentar una seguridad que dista mucho de sentir, volver a preguntarle quién es. Pero la avergüenza reconocer que no le ha prestado atención cuando se ha presentado. Lo sigue por la casa y lo ve jugar con cosas de las que ella apenas sabe nada. Cosas que Forugh no ha visto en años. Cosas que él parece conocer bien. Su aparente sensación de pertenencia a la casa la intimida e incomoda. Se siente inútil, como si estuviera de más, y lo observa con ojos recelosos. Se apresura a ofrecerse para ayudarlo a transportar la mesa, pero él la rechaza educadamente y le dedica una sonrisa que ella interpreta como condescendiente.

«Me trata como a una invitada», piensa, e intenta contener la iracunda premura de sus pasos mientras sube taconeando la escalera enmoquetada y se precipita a la habitación de *khaleh* Leila. No sabe por qué va hasta allí. Se siente como una niña que va a quejarse a su madre del chico que no la deja jugar con él, y siente una punzada de vergüenza.

Khaleh Leila está tumbada en el suelo, con la cabeza apoyada en un gran cojín blanco, los párpados cubiertos por sendas rodajas de pepino. Forugh sabe que no ha parado de llorar en toda la mañana.

—Ha venido un tipo —anuncia Forugh, agitada. Ha subido demasiado deprisa.

Khaleh Leila se descubre los párpados y abre los ojos. Es una mujer escuálida, de grandes ojos negros rasgados y labios finos, severos. Su gruesa melena de pelo rizado es idéntica a la de Forugh. Aparenta más edad de la que tiene.

—Me ha parecido oír la puerta. —Su voz es débil, titubeante. Sin levantar la cabeza, busca a tientas un plato pequeño en el que yace un delgado pepino troceado. Coge rodajas frescas para reemplazar las anteriores—. Es Dante, el hijo de Marzieh. ¿Te acuerdas de ella?

La imagen de un niño pequeño correteando en el patio, jugando a la pelota, acude a la mente de Forugh, breve como un fogonazo. El chico de los ojos grises y los mofletes carnosos. Lo recuerda de cuando su madre y ella iban de visita. Pese a que tenían más o menos la misma edad, el chico parecía mucho más pequeño que Forugh. No tenía el menor interés por conocerlo.

—¿Por qué se llama así?

—Por el mismo motivo que tú te llamas Forugh. Su padre admiraba al poeta italiano. Del mismo modo que tu madre adoraba a Forugh y su poesía, y por eso te puso su nombre.

—¿Y a sus padres les dejaron ponerle Dante?

—Por supuesto que no. En su certificado de nacimiento figura como Hossein. — La brisa mueve las cortinas—. Dile que coja todo lo necesario para preparar el té. Él sabe dónde está.

—Ya lo ha hecho.

Khaleh Leila alza ligeramente el rostro cubierto de pepino y sonrío.

Hay cierta intimidad en esa sonrisa. Forugh se pregunta si *maman* Zinat habrá sonreído así alguna vez al pensar en Dante. Cierra la puerta, enfurruñada, pero sin dar un portazo.



Están frente a frente, sujetando las esquinas del mantel blanco, sacudiéndolo y estirándolo en el aire. La tela se ahueca y luego se aplana como una ola que muere en la orilla.

—¿Cuándo has llegado? —pregunta Dante. Forugh mira el mantel con ojos entornados, comprueba la simetría de las dos esquinas y estira levemente uno de los lados hacia abajo. El joven sonrío ante su meticulosidad. Ella se percata del gesto, pero se abstiene de devolverle la sonrisa.

—El martes.

—Si hubieses llegado unos días antes, habrías podido pasar la Nochevieja aquí.

—Lo sé.

—¿Y tus primos? ¿Sabes cuándo llegarán?

—Seguramente esta noche.

Dante coge el samovar del suelo y lo deja sobre la mesa. Su mirada se posa sobre

las delicadas manos de Forugh, que alisan las arrugas del mantel frotando la tela con movimientos breves, bruscos, como si quisiera borrar una mancha invisible. Tiene un modo europeo de mover las manos. Presa de una frustración que va en aumento, Dante aborda sin preámbulos la cuestión que está en el origen de su sufrimiento, un sufrimiento que comparte con Forugh.

—La última vez que vi a *maman* Zinat fue hace una semana.

Las tazas de vidrio tintinean al golpear los platillos, mientras Forugh los dispone sobre la bandeja plateada.

—Vinieron a cenar a casa, y se rió por algo que *khaleh* Leila había hecho. Eso es lo último que recuerdo de ella, cómo se reía. —Dante hace una pausa. Respira hondo y trata de deshacer el inesperado nudo que le atenaza la garganta—. Parecía estar perfecta. No entiendo qué ha pasado.

Con la brisa que entra por la ventana entornada llegan sonidos amortiguados: una puerta que chirría, alguien que sacude una alfombra, el lejano golpeteo de un martillo.

—Tuvo un infarto. —Forugh levanta los ojos para mirarlo, dejando las manos inmóviles sobre las tazas ribeteadas de dorado—. A primera hora de la mañana. El médico ha dicho que murió en el acto.

Dante aparta los ojos y mira por la ventana, hacia las flores que parecen agradecer la cálida caricia del sol de mediodía. Desearía estar en otro lugar; en la cima de la sierra de Darband, quizá, contemplando la ciudad desde las alturas, distante, inalcanzable. Pero está ahí, oyendo cómo Forugh llena el azucarero, acongojado por una pena que lo desasosiega y lo embota a partes iguales. Desearía que Forugh le sonriera.

Durante años, después de que Forugh se marchara de Irán para instalarse en Alemania con su madre y Naser, el segundo marido de ésta, Dante se encargó de leerle a *maman* Zinat las cartas de su nieta. Cartas cuya única finalidad era dar noticias, pero que no obstante rezumaban tristeza. Cartas escritas con trazo suelto, con buena letra, que no cambiaba de forma, que no maduraba, que no mejoraba ni empeoraba con el paso de los años. Una letra que era testigo del tiempo detenido en ese lugar recóndito de la mente donde languidecían los recuerdos.

A veces, oculto entre los pliegues de una carta, aparecía el dibujo de un río con una bandada de cisnes. Similar al fresco de la habitación amarilla, pero distinto de algún modo. Era como un dibujo de aquello que Forugh recordaba del fresco. Otras veces había fotos de Forugh paseándose por la vida en una sucesión de planos fijos: cumpleaños, ceremonias de graduación, nocheviejas. Dante llegó a conocer a Forugh a través de la ilusión congelada de su sonrisa, en un entorno que se le antojaba tan ajeno y deslumbrante como cualquier cosa que ella presentara con su rostro en forma de corazón y sus ojos castaños.

Ahora, estando allí ante ella, Dante es consciente de que esa parte de su propia vida, la parte que sigue unida como un cordón umbilical a esa casa y a las mujeres

que la habitan, ha estado marcada desde siempre por la sombra omnipresente de las imágenes, las palabras y los recuerdos de esa mujer. La misma que no se digna mirarlo siquiera. Le gustaría hablarle de las cartas, de los dibujos.

—Vamos a poner la fruta aquí —sugiere Forugh; mejor dicho, ordena. Va hacia la puerta con pasos largos y elegantes.

—Todo está en la nevera de arriba —apunta él—. Es donde suelen guardar la fruta.

Ella se vuelve, y en su rostro hay una expresión fría como el hielo. De pronto, Dante se siente como un niño, como si una mirada, un susurro, una sonrisa suya bastara para ponerlo en su sitio.

—Lo sé —responde Forugh—. Viví aquí durante años, ¿sabes?

—Sí, lo sé —contesta él, sobresaltado. Se nota la boca seca—. Sólo te decía dónde está la fruta, porque hay dos neveras.

—Me parece perfecto. ¿Vamos a buscarla? —Forugh parece impaciente por esquivar su mirada.

—De acuerdo, vamos.

Dante la sigue con los ojos mientras ella se aleja por el pasillo. No esperaba esa súbita hostilidad. Endereza la espalda y despeja el aire con la mano, como si lo notara enrarecido. No quiere tener nada que ver con lo que sea que reconcome a Forugh. No es el lugar ni el momento. Acaricia el borde de uno de los platillos que han quedado meticulosamente dispuestos sobre la bandeja y espera un momento antes de seguirla hasta la cocina.



Leila enfila el pasillo, baja los peldaños que conducen a la cocina, pasa por delante de la pared que *maman* Zinat siempre había querido echar abajo y se detiene ante el ventanuco para ver cómo se refleja la luz en la fuente azul.

Los ve trajinando, dándose la espalda. Forugh está lavando los pepinos enanos en el fregadero, mientras Dante vierte una bolsa de uvas blancas en un bol lleno de agua.

Allí están, sus niños, los hijos que ella nunca tuvo, bajo una misma luz. Los niños que un día se quedaron sin madre ni padre, y que pasaron a ser suyos y de *maman* Zinat. Luego sus madres vinieron y se los llevaron. Los niños regresaron con sus madres y todo se vino abajo. Regresaron con sus madres y la soledad se fue instalando poco a poco, mientras el eco de sus risas desaparecía por la puerta azul. Se le encoge el corazón al pensar en Omid y Sara. Está impaciente por verlos. «¿Por qué tardarán tanto?».

Leila nunca había tenido hijos propios. Después de aquella tarde con Ahmad, que se convirtió en un recuerdo sin dejar ningún rastro palpable, nunca más deseó tenerlos. Se negó a darle un hijo a su marido en los tres años que estuvo casada con él. Eso fue quizá lo que precipitó la ruptura de su matrimonio. Pero le daba igual. Para entonces, carecía de importancia.

«¿Qué es la vida —se pregunta—, sino una larga canción de cuna que habla de la separación?».

Dante es el primero en verla. Va hacia ella con los brazos abiertos y Leila no se hace de rogar. «Cuánto ha crecido», piensa, como siempre que él la abraza, y las lágrimas resbalan por su rostro. Dante le planta un beso en la cabeza. Ella se deja acunar entre sus brazos hasta que se tranquiliza. Luego se desase y los mira a ambos.

—*Elahi bemiram khasteh shodid*. Espero morir antes de veros cansados.

Ellos sonríen, pero en sus ojos hay tristeza.

—*Khoda nakone!* ¡Líbrenos Dios!

Leila abre la nevera y saca una jarra de cristal.

—Venid, tomaremos un sorbete de cereza.

Forugh coge la jarra y vierte el líquido color rubí en tres vasos. Dante se adelanta con las manos mojadas. Ella le tiende un vaso. Sus miradas se cruzan. El alegre piar de los gorriones se cuele por la ventana. Apartan los ojos.

Leila saca una silla y deposita la bandeja de dátiles ante sí. Tararea una melodía triste mientras abre los dátiles con los pulgares, extrae los huesos y rellena el dulce estómago con un trozo de nuez. Luego vuelve a cerrar los dátiles y los va dejando en la bandeja. Poco a poco, una sensación de paz se instala en la cocina, como la que impregna la mezquita cuando todos los creyentes se han ido tras rezar sus plegarias.

Forugh y Dante trabajan codo con codo. Cuando uno lava, el otro seca. Cuando uno limpia, el otro pule. Cuando uno saca los platos de porcelana del armario, el otro los coloca sobre la mesa. Cuando la mano de uno se desliza sobre la mesa, el otro observa. Cuando uno respira, el otro escucha.

—Cómo le gustaban los dátiles a *maman* Zinat —comenta Leila en tono melancólico, ausente—. Compraba cajas enteras, ¡y eso que era diabética! Hay que ver qué golosa era. Una vez compró quince melones, quince. El frutero pasaba por aquí, y en cuanto lo oyó pregonando a gritos, me dijo que lo llamara. Fue cuando tenía la rodilla rota. Quince le compró, nada menos. Yo le decía: pero si sólo estamos nosotras dos, ¿cómo vamos a comernos tantos melones? Pero no me hizo caso. Había melones por toda la casa: dentro de la nevera, encima de la nevera, detrás de la nevera, debajo de la nevera. Luego, cuando se dio cuenta de que se estaban estropeando, empezó a comerse dos al día. Se los acabó en una semana.

Leila ríe entre dientes. Forugh se le acerca y le coge la mano. Dante deja lo que está haciendo y se planta delante de ambas.

—¿Y tú cuántos melones comiste, *khaleh* Leila? —pregunta en tono socarrón, sonriendo.

Leila arroja el hueso de dátil a un lado y lo mira con un brillo de malicia en los ojos.

—Ah, uno, tal vez dos.

Forugh sonríe y acaricia el pelo entrecano de *khaleh* Leila.

—Siempre intentaba esconderle los dulces —prosigue—, pero ella los

encontraba. No había un solo rincón de la casa que estuviera a salvo.

—Alguna que otra vez me mandaba a comprar dátiles —cuenta Dante—. Me pedía que los escondiera en mi cartera para que tú no los vieras y que se los llevara directamente a su habitación.

—Vaya, ¿y eso hacías? ¡Vergüenza debería darte!

—¿Qué quieres? *Maman Zinat* siempre se salía con la suya. No podía decirle que no.

Ambos ríen. Forugh deja de acariciar el pelo de Leila. Ésta nota la tensa inmovilidad de su mano en la cabeza.

—Nuestra Forugh también se comió unos cuantos melones. ¿Aún te gustan tanto?

—Desde luego —contesta con una carcajada forzada—. Me zamparía quince de una sentada ahora mismo.

Leila le da unas palmaditas en la mano.

—Cuando hayáis acabado, podríais echar un vistazo al álbum y elegir una foto bonita de *maman Zinat* para ponerla en la mesa del vestíbulo.

—Puedo hacerlo sola —dice Forugh, sin mirar a Dante—. ¿Dónde están los álbumes?

—Sólo hay uno. Está en el armario de mi habitación. Creo que también encontraréis un marco para ponerla.

—Ve tirando tú —sugiere Dante—. Yo me encargo de recoger esto.

Forugh sale de la cocina. Leila mira a Dante, que aparta el rostro.



Forugh está sentada en el sillón de *maman Zinat*, con el álbum de fotos en el regazo. Pasa las páginas con cuidado, de una en una, y sus dedos recorren sin prisa las amarillentas hojas de papel cebolla que protegen las fotos. Aún le cuesta creer que *maman Zinat* se haya ido. Su ausencia se le antoja irreal, imposible, absurda. Con la yema de los dedos sigue el contorno de su rostro en una foto, sus ojos entornados en otra, los labios sonrientes, la mano que sostiene un plato de uvas. Se le empañan los ojos. Las cubiertas de papel cebolla crujen al separar las hojas que se han pegado entre sí con el paso de los años.

La mayoría de los recuerdos que conserva de *maman Zinat* se circunscriben a esa casa. La ve sentada delante del fresco. De niña, Forugh siempre peinaba a *maman Zinat* cuando ésta salía de la ducha dejando a su paso una estela de vapor. Se acomodaban en el suelo de su habitación con las ventanas abiertas, vueltas hacia los geranios del patio. *Maman Zinat* se sentaba con una pierna cruzada y la otra estirada hacia delante. Forugh se colocaba a su espalda y desde allí espiaba las piernas desnudas de *maman Zinat*, sus rodillas carnosas. Solían decirle que había heredado aquellas rodillas, su forma redonda, sus suaves contornos. Forugh se miraba las piernas y le preguntaba a *maman Zinat* si era cierto que tenían las rodillas idénticas.

Maman Zinat se removía para acomodarse sobre la toalla blanca que tenía debajo.

Una debajo y otra alrededor de los anchos hombros, que apenas alcanzaba a cubrirle los generosos senos.

—Por supuesto que sí —solía contestar—. Las rodillas y muchas cosas más.

El pelo largo y mojado le caía sobre los hombros y las gotas de agua se deslizaban por su espalda. Forugh pasaba el peine por la gruesa cabellera, desde arriba hasta abajo, y el agua le salpicaba la cara.

Ahora la brisa le agita unas pocas hebras de pelo contra la mejilla. Forugh se las aparta de la cara, dirige los ojos a la ventana y mira el patio. Es mucho más pequeño de lo que recordaba. Los muros son más bajos, incluso con la valla que los corona. Recuerda que en las noches de verano, para combatir el calor, salían todos a dormir al patio: Forugh, su madre Simin, *khaleh* Parisa, Sara, Omid, *maman* Zinat y *khaleh* Leila. Sólo Agajaan se quedaba dentro. No le gustaba dormir al raso. Pero ahora Forugh no se explica cómo cabían todos allí. ¿Dónde se acostaba tanta gente?

Cuando le había comentado a su madre lo pequeño que le había parecido el patio, ésta había replicado entre risas:

—¿Y qué me dices del jardín?

A la izquierda del patio sólo queda el palo santo, cuyas ramas se ven desnudas, viejas y marchitas. No es el árbol que ella recuerda, de follaje exuberante y ramas combadas por el peso de los frutos. Pero tampoco es la época. Debería haber ido antes. En el mismo parterre hay un frambueso. En su memoria se parecía más a un árbol que a un arbusto. Recuerda a Omid encaramado a una de las ramas superiores, cogiendo frambuesas con la camisa blanca llena de manchas moradas, manchas de frambuesa. Pero es imposible que eso ocurriera. Las frambuesas no crecen en los árboles.

También recuerda un columpio que se mecía perezosamente sobre un lecho de guijarros. En cierta ocasión, Simin dejó que Naser, un amigo de su marido que unos años más tarde pasaría a ser el padrastro de Forugh, empujara a su hija en ese columpio. Seguramente pensó que la niña se alegraría de columpiarse, o tal vez que serviría para que Forugh y Naser se conocieran mejor.

Recuerda que el columpio subía muy alto. Naser lo empujaba cada vez más fuerte. Recuerda haber tenido miedo, tanto que no podía ni cerrar los ojos. Su madre estaba en la casa, acostada, tapándose los ojos con el dorso de la mano. Forugh tenía demasiado miedo y era demasiado tímida para llamarla, así que se limitó a morderse la lengua, luego los labios, luego las mejillas. Todo le sabía a sangre.

Recuerda la furia ciega que sintió hacia su madre por dejar que Naser la empujara con tanta fuerza. Recuerda que estaba aterrorizada y tuvo ganas de llorar. Su madre seguramente pensó que le encantaría columpiarse, sentir que volaba. Pero lo único que la niña sintió fue miedo, y la sensación de no tener a quien acudir.

Los pasos de Dante interrumpen sus pensamientos. Trae en las manos un enorme cuenco con fruta. Forugh aparta los ojos del patio con brusquedad y vuelve a clavarlos en el álbum de fotos.

—¿Has encontrado alguna foto que te guste? —Deja el cuenco sobre la mesa.

Forugh vacila unos instantes.

—Todavía no.

Dante está junto a la mesa, observándola. Ella reconoce para sus adentros que le gusta que él la mire, y en cuanto lo piensa se ruboriza. Alza la barbilla sin levantar la vista.

—Hay una foto de *maman* Zinat que me gusta mucho —dice él.

Forugh deja pasar unos segundos antes de preguntar:

—¿Cuál?

—Una en la que está en el patio, delante del palo santo. Era otoño, así que el árbol estaba cargado de frutos, no como ahora. *Maman* Zinat sale apartándose de la cámara y riendo.

—¿Está aquí?

—No —contesta él con una sonrisa—. La llevo en la cartera. —Desliza la mano en el bolsillo trasero del pantalón y saca la cartera. Rebusca y encuentra la foto—. Aquí está. —Se acerca a Forugh alargando la mano con la foto.

Ella no le sostiene la mirada, que es dulce, ni se demora en su sonrisa, que es triste y le infunde un sentimiento de culpa que no desea reconocer. Coge la foto, medio curiosa, medio enfadada consigo misma por no llevar la foto de *maman* Zinat en la cartera. Es preciosa, desde luego. Quizá la imagen más hermosa de *maman* Zinat que ha visto nunca. Se la ve tal como Forugh la recuerda, tal como desea recordarla, con su voz alta y clara, su risa silenciosa y su incomodidad ante la cámara.

Ambos contemplan la fotografía en silencio. Forugh posa la mano en el álbum para que deje de temblarle y nota el tacto cálido de la delgada hoja de papel cebolla.

—*Khaleh* Leila lavó su cuerpo —dice él, sin apartar los ojos de la foto—. No dejó que nadie entrara en el cuarto de baño, ni yo ni la señora que había venido a amortajarla. Nos quedamos esperando junto a la puerta por si nos necesitaba, pero fue en vano. Sólo nos llamó cuando ya había terminado. Le puso un vestido blanco y le cubrió la cabeza con un pañuelo también blanco. La señora tuvo que llevarse la mortaja de vuelta.

Dante se apoya ligeramente en el sillón.

—*Maman* Zinat siempre había dicho que no quería que la amortajaran —dice.

—Le daba miedo.

—Y le daba miedo la soledad.

«Y se preocupaba por todo. Se preocupaba cuando yo estaba cansada. Se preocupaba cuando estaba triste.

»Se preocupaba cuando no comía. Se preocupaba cuando no dormía.

»Se preocupaba cuando no quería irme con mi madre.

»Se preocupaba cuando me fui con mi madre».

Unas nubes blancas se deslizan sobre el sol, ensombreciendo la fuente y la mitad del palo santo. Luego pasan y el sol vuelve a brillar con fuerza.

—Háblame del último día que la viste —le pide Forugh—. ¿La oíste reír?

—Sí. —Dante parece sorprendido por su repentino cambio de actitud. Ella misma no acaba de entenderlo, pero tampoco quiere pensarlo. Sólo quiere oírle hablar, que le cuente cosas de *maman* Zinat—. Se reía de *khaleh* Leila.

—¿Qué había hecho *khaleh* Leila para que ella se riera?

—Discutía con mi madre a raíz de una receta, y *maman* Zinat se reía al ver que *khaleh* Leila se lo tomaba a pecho, que se ponía colorada y todo.

Dante se sienta a su lado en la alfombra, cruzando los brazos sobre las rodillas, los ojos relucientes. Forugh siente que se envara ante la cercanía de ese otro cuerpo que se acomoda a sus pies.

—Se alegraba tanto de que vinieras... —continúa Dante—. No hablaba de otra cosa.

—He estado fuera mucho tiempo. —Forugh piensa en las amplias avenidas de Berlín, los coloristas e impactantes edificios de Kreuzberg, recortados contra el cielo que a media tarde empezaba a oscurecer. El primer día de clase, cuando los demás alumnos la rodearon con sus ojos azules y curiosos y le preguntaron cómo se llamaba, y ella, aturdida por el susto y sin comprender lo que decían, contestó: «No lo sé».

—Sí, es verdad —musita Dante con aire pensativo—. *Maman* Zinat hablaba de todas las cosas que quería hacer contigo, todos los platos que quería cocinar para ti. Hacía mucho que no la veía tan ilusionada.

Forugh se acomoda el álbum sobre el regazo y se echa atrás la larga melena rizada.

—El día después de mi llegada, me llevó al mercado y me preguntó qué fruta quería. Compró de todo lo que había, como si creyera que nunca había probado la fruta.

Dante acerca más las piernas al pecho. La piel de sus antebrazos es tersa, de un tono dorado.

—Sabía que te gustan mucho las granadas. Las guardaba en la nevera para ti.

Forugh suelta una carcajada.

—Eso fue lo primero que me dio. El mismo día que llegué.

Los pétalos de los geranios revolotean como mariposas, arrastrados por la brisa. Un cuervo grazna al sobrevolar el patio. Forugh le devuelve la foto.

—Puedes usarla si quieres —le dice él.

—Creo que escogeré otra. —Forugh pasa la página, sintiéndose nerviosa de pronto, amenazada—. Ésta es demasiado pequeña.

Transcurren unos segundos. Dante se levanta y se marcha sin decir palabra.



Fue Leila quien encontró el cuerpo postrado en el suelo. El último aliento de *maman* Zinat se había evaporado entre los nudos rosados y verdes de la alfombra.

Leila se aferró el estómago, salió al patio dando alaridos y avanzó a trompicones

entre los geranios. Los vecinos no tardaron en asomarse a las terrazas, las azoteas, los balcones que comunicaban unas casas con otras. Niños de rostro soñoliento se encaramaron a los muros. Los hombres mandaron primero a sus mujeres y luego acudieron ellos también, pues Leila no podía parar de aullar. Forugh se quedó junto a la ventana, pálida como la luna, respirando con dificultad. Unas pocas mujeres cogieron a su tía por los hombros mientras pedían a gritos que alguien les llevara agua azucarada. Una mujer se quitó el anillo de oro y lo dejó caer en el vaso, y luego removi6 el agua con una cuchara antes de persuadir a Leila con dulzura para que bebiera. El anillo de oro se hallaba en el fondo del vaso, como un tesoro hundido.

Entre los brazos de aquellas mujeres, Leila dej6 al fin de debatirse. La tendieron en un banco de madera, apoyada contra el muro, sosteniéndole la cabeza, frotándole los hombros. Con labios temblorosos, tom6 unos sorbos de agua azucarada. Tenía la garganta abrasada. Cerr6 los ojos para ocultar las lágrimas a las primeras y tímidas luces del alba.

Más tarde, cuando todos se habían ido, se encerr6 en la habitación donde ya flotaba el ponzoñoso hedor de la soledad e hizo lo que no había hecho en años, desde aquel día con Ahmad: llor6.



Cortinas negras, largas, elegantes. Dante las lleva dentro, extendidas sobre sus brazos estirados para que no se arruguen. *Khaleh* Leila ha pasado por lo menos una hora planchándolas. Forugh está colocando una foto en el marco. Lo cierra por detrás, le da la vuelta y lo examina. Ve entrar a Dante, pero no le pide opinión. Éste no sabe qué foto ha elegido. Deja las cortinas en el suelo.

—¿Qué es eso? —pregunta Forugh, levantándose con el marco pegado al pecho.

—Cortinas.

—¿Cortinas? —Forugh da un paso adelante—. Pero si son negras.

—*Khaleh* Leila quiere cambiarlas por las blancas.

El encaje blanco se desliza sobre la ventana mientras Dante quita los alzapaños. El blanco impoluto. Las cortinas de *maman* Zinat. Como ella misma. Dante recuerda su olor, ese olor a limpio que aún impregna su habitación. Lo percibe cada vez que pasa por delante de la puerta, ese olor que se ha quedado rezagado, privado del cuerpo al que pertenecía, como un espíritu que no puede marcharse.

—¿Recuerdas el olor de *maman* Zinat? —pregunta, embargado por una nostalgia que no puede contener—. Siempre olía a limpio.

Forugh lo mira. La luz tamizada por el encaje baña sus ojos castaños, que en ese momento se ven dorados. Ella arquea las cejas y abre mucho los ojos, que parpadean fugazmente mientras esboza una sonrisa burlona, como si le costara creer que Dante supiera a qué olía su abuela.

«Se ríe de mí», piensa Dante, abrumado por el cansancio y la irritación. Siente crecer la ira en su interior. Se le ha agotado la paciencia. No quiere tener nada que ver

con ese oscuro afán de posesión que parece sentir Forugh. Quiere que lo dejen en paz, dejarla a ella en paz. De pronto, se nota cansado.

—Sí, es cierto —dice Forugh, y pasa la mano por las cortinas negras, cambiando de tema—: Pero no estoy segura de que las cortinas negras sean buena idea. La habitación parecerá oscura.

Con la otra mano, sigue apretando el marco contra el pecho. Dante se pregunta si se aferra a él porque no quiere enseñarle la foto. Descubre que le molesta ese gesto, la posesión que desprende, esa sonrisa, el rotundo rechazo de sus atenciones por parte de Forugh.

—Sé que a *maman* Zinat no le gustarían esas cortinas —afirma ella.

—Pero si *khaleh* Leila las quiere, las colgaré y sanseacabó —replica él, enfurruñado, sin reprimir su ira. Sabe que sus palabras la provocarán, que se sentirá herida. Experimenta una leve punzada de vergüenza. Pero no se arredra. Está harto de compadecerse de Forugh y que ella se muestre indiferente hacia su sufrimiento. Harto de que lo rechace. Como si fuera culpa suya que ella se hubiese ido. «No puede volver al cabo de tantos años y reclamar el presente como si le perteneciera. La vida no es una caligrafía que apenas se practica y permanece inmutable».

—No oscurecerán la habitación. Al fin y al cabo, son de encaje —continúa, poniéndose de puntillas para sacar la cortina de la barra. Quizá suene condescendiente, pero le da igual. Forugh es una mujer hecha y derecha, sabrá encajar el golpe—. Además, las cortinas negras son más adecuadas que las blancas para un funeral. *Maman* Zinat habría querido lo más adecuado, deberías saberlo.

Forugh da un paso atrás. Dante cree oír una exclamación ahogada, pero se niega a mirarla. El recuerdo de su sonrisa desdeñosa, de la nerviosa hostilidad de ella, aún le duele.

Al cabo de un instante, Forugh se acerca y recoge la cortina blanca que Dante ha dejado caer al suelo. La luz entra a raudales por la ventana cuando él se desplaza para sacar la otra. La tela cruje entre los dedos de Forugh mientras la dobla. Pone la cortina sobre la mesa y coge la otra de manos de él.

Tras apilarlas sobre la mesa, cruza las manos como si no supiera qué hacer a continuación. Dante se dirige con aire despreocupado hacia las cortinas negras, que yacen en el suelo como una mujer que remoloneara en la cama. Tras haber descargado su ira, se siente todavía más agotado. Le gustaría acostarse sobre las cortinas y dormir. «¿Quién soy yo para decidir qué pertenece a quién?», se pregunta.

Forugh lo ayuda, sosteniendo la cortina negra mientras él introduce la barra en el doblez superior. Dante la mira de soslayo, pero ella tiene la cabeza gacha, como si estudiara la tela, y no acierta a ver nada más allá de la desolación que asoma entre las medialunas de sus pestañas. Dante vuelve a poner la barra con cuidado en los soportes metálicos color bronce, mareado por el torrente de emociones que le suscita esa mujer hermosísima, orgullosa, imperiosa, cuyas manos se deslizan por los lados de la cortina al soltarla.

A través del encaje negro, los racimos de pétalos violáceos del jacarandá parecen marcas de chupetones.



Han llegado los invitados. Mujeres, en su mayoría. Los escasos hombres que han venido antes se han marchado tras media hora de ceremoniosa presencia. No es lugar para ellos. Esta casa es un reducto femenino. Desde la muerte de Agajaan, las mujeres han reinado en ella sin que nada ni nadie las estorbara. A medida que los años iban pasando, las mujeres del vecindario empezaron a buscar cobijo allí. Mujeres que no tenían a donde ir. Todas acababan en esa casa: jóvenes esposas que huían de sus maridos, muchachas que escapaban de casa, madres que no sabían dónde dejar a sus hijos. La casa era su refugio, el lugar donde estaban a salvo de todo mal.

Mujeres de mirada penetrante, ojos sonrientes y anegados en lágrimas, que se quitan los chadores negros dejando a la vista el pelo cano, el cuerpo delgado y ágil, las manos castigadas. Se sientan en el suelo, sobre cojines de terciopelo rojo, alrededor de *khaleh* Leila. Sus lamentos resuenan por toda la casa.

Dante deposita platos con dátiles y *halva* en la alfombra, ante las piernas cruzadas de las mujeres. Forugh va a la habitación amarilla en busca del té, pero cuando llega allí descubre que se ha desatado el caos. El samovar eléctrico está al borde del colapso, resoplando y escupiendo bocanadas de vapor. Se ha olvidado de bajar la temperatura del aparato. Cruza la habitación a la carrera y levanta la tapa de acero. Una súbita vaharada le abrasa la muñeca. Retira la mano bruscamente, la tapa cae sobre la mesa con estrépito. La tersa piel de su muñeca ha virado a un doloroso tono rosado. La joven sopla para aplacar el escozor. Se ha evaporado hasta la última gota de agua que había en el samovar. No quedan sino irascibles y siseantes ráfagas de vapor.

En la cocina, abre el grifo y pone la muñeca escaldada bajo el chorro de agua fría, a punto de echarse a llorar. Presa de la ansiedad, coge una jarra de plástico de la balda y la llena de agua. Harán falta dos jarras enteras para rellenar el samovar.

De vuelta en la sala amarilla, recoloca las tazas en la bandeja plateada. La piel escaldada de su muñeca se ha vuelto escarlata, y las manos le tiemblan. Al otro lado de la estrecha puerta con vidrieras que da a la habitación de invitados se adivinan siluetas borrosas apiñadas contra la pared. Forugh oye el murmullo sordo del llanto. Distingue los sollozos de *khaleh* Leila. Para entonces, ha aprendido a reconocer en ellos el áspero resollar de la asfixia, como si dos poderosas manos le atenazaran el cuello en todo momento, empuñadas en devolver los sollozos a la garganta.

Piensa en la risa silenciosa de *maman* Zinat y en cómo se le movían los hombros arriba y abajo. Piensa en su propia madre, que yace en un hospital en ese instante, esperando que le quiten unas piedras del riñón, sola, sin la compañía de su hija. «Y ahora sin su madre». Simin se había puesto a chillar de tal modo cuando le dio la noticia por teléfono, que por unos instantes Forugh había creído que el auricular

estallaría en mil pedazos. Aunque en la cama del hospital no podía moverse, Simin seguía teniendo la voz tan potente como siempre, como la de su propia madre. Al pensar en ella, Forugh se siente abrumada por una pena y una soledad infinitas.

La puerta se abre y entra Marzieh, la madre de Dante. Tiene ojos penetrantes, sonrientes, ahora humedecidos por las lágrimas. Se suena con un pañuelo de papel rosado y sonrío a Forugh con tristeza. Se diría que no puede dejar de sonreír ni siquiera cuando la muerte acecha. Al verla, a Forugh se le encoge el estómago. Su mirada revolotea en torno al rostro de Marzieh, deteniéndose aquí y allá. En las pestañas húmedas, en las cejas fruncidas, en la boca de suaves contornos, en la mandíbula angulosa y fuerte, en los dulces ojos verdes, Forugh se descubre buscando el reflejo de Dante. No entiende por qué, pero no puede evitarlo. Mira a la madre y busca la imagen del hijo. Y a través de la imagen de Dante que cobra forma en su mente, cuando menos se lo espera, siente dentro de su ser, en lo más profundo de sus entrañas, el vacilante cosquilleo del deseo.

El samovar empieza a echar vapor de nuevo. Esta vez, lo apaga. Vierte un poco de té en las tazas y coloca una bajo el grifo del samovar. Al abrirlo, un chorro de agua hirviendo cae en la taza formando una espuma cobriza.

—Ésta es como la segunda casa de Dante —comenta Marzieh con un gesto de la mano que lo abarca todo: la puerta con vidrieras, la balda en la que descansa el espejo con marco de porcelana, el fresco de la pared, el samovar, la alfombra bajo sus pies—. Vivía aquí cuando yo estaba en la cárcel con tu tía Parisa. Me dijo que trajera a Dante aquí. Sabía que no tenía con quién dejarlo. Por entonces tu abuelo aún vivía. Lo acogieron como si fuera su propio nieto. Como hicieron con tus primos y contigo. —Los ojos de Marzieh vuelven a empañarse. Le tiembla la voz. El pañuelo rosado baila alrededor de su rostro—. Nunca olvidaré su generosidad.

Forugh la observa con aire pensativo. Ahora recuerda de nuevo a ese niño que una pareja de ancianos llevó a la casa. Simin lo había mencionado algunas veces. ¿Cómo podía haberlo olvidado?

—No me acordaba de que Dante hubiera vivido aquí —murmura al tiempo que se le enciende el rostro.

Marzieh asiente mientras se suena la nariz.

—Fue pocos meses después de que te fueras a Alemania. Primero lo envié con mis padres, pero ellos no podían hacerse cargo de un niño. Mi madre estaba enferma de cáncer. Y mis cuñados habían renegado de mi marido por sus actividades políticas. No querían tener nada que ver con él. Tus abuelos y Leila me salvaron la vida. Criaron a Dante como si fuera su propio nieto. Vivió aquí dos años. —De pronto, Marzieh empieza a gritar, agitando las manos y señalando el samovar—. ¡Cuidado!

Forugh se vuelve. El agua hirviendo ha rebosado la taza y se derrama sobre la bandeja. La joven se apresura a cerrar el grifo.



Dante avanza hacia la puerta de vidrieras. Ya ha servido dátiles y *halva* dos veces mientras los invitados esperan el té. Al final, su madre lo envía en auxilio de Forugh.

—No está acostumbrada a estas cosas —le susurra Marzieh al oído—. Ha derramado té por toda la mesa. Ve a echarle una mano, anda.

Dante encuentra a Forugh ocupada en secar las tazas con un paño. Cierra la puerta y se queda allí de pie.

—¿Te ayudo? —pregunta en tono neutro, distante, decidido a no seguir cediendo ante ella.

Forugh lo mira. Por un instante, sus ojos se dulcifican. Parece vulnerable, como si fuera a romperse con sólo tocarla. Dante siente el impulso de abrazar ese cuerpo menudo, de sostener sus frágiles manos, de protegerla del mundo. Casi lo hace, casi adelanta la mano. Pero entonces repara en un levísimo aleteo en los párpados de Forugh, justo antes de que ella aparte la vista bruscamente. Un aviso de endurecimiento. Ocurre tan deprisa que Dante se pregunta si no habrá sido una jugarreta de su imaginación. Retira la mano al instante.

—No, no hace falta —responde ella—. Gracias.

—Es que la gente lleva un buen rato esperando. He servido dátiles y *halva* dos veces, pero es la hora del té.

Forugh hace una mueca. Tiene la mandíbula tensa y se le marca bajo la piel. Dante sabe que la está sacando de sus casillas. De pronto, la ira de la joven le infunde temor. Su labio inferior sobresale un poco, como si amagara un puchero. Su suave y carnoso contorno lo perturba. Intenta no mirarle la boca, ni esos ojos enormes que le lanzan miradas como puñales. Se apoya contra la pared y cruza los brazos sobre el pecho, donde su corazón late desbocado.

Hay algo en el gesto de Forugh que le pone piel de gallina. Lo transporta a la lejana noche en que descubrió qué significaba vivir con una madre que se sentía sola. Había ocurrido en la semana previa a la festividad del *Nowruz*, el Año Nuevo persa. Toda la ciudad bullía con los últimos preparativos para la celebración. Los peces de colores que iban y venían en sus peceras, los brotes de trigo y lentejas que despuntaban en coloridos cuencos de cerámica envueltos en cintas rojas y rosadas, el perfume de los jacintos en floreros ovales de cristal, las madres que hacían compras de última hora arrastrando a niños cansados. Había adornos luminosos por todas partes. Calle a calle, tienda a tienda, todo resplandecía con lucecillas titilantes, envolviendo la noche como un rocío de colores.

Marzieh acababa de comprarse un coche, un viejo Peykan color crema. Otro año tocaba a su fin, y el padre de Dante seguía en la cárcel. Era una noche fría de cielo despejado. Dante estaba sentado a la mesa del comedor, haciendo los deberes, cuando su madre entró y dejó caer un diario sobre la mesa.

—Vámonos a ver las luces —dijo, apoyando su pequeña mano en la mesa.

—Pero tengo deberes.

—Anda, no tardaremos. Sólo una vuelta por el barrio.

—Tengo que acabar esto. Aún me queda mucho.

Dante vio una nueva forma de ira asomar a los ojos de su madre, una ira sombría y desesperada. La suya era una desesperación intermitente, que se desvanecía de vez en cuando pero siempre regresaba, más oscura, más destructiva que antes.

—¿Y qué has estado haciendo todo el día, si puede saberse? A estas horas no tendrías que seguir con los deberes, sino estar un rato con tu madre.

Dante volvió a clavar los ojos en el cuaderno abierto. La soledad de Marzieh le atenazaba la garganta.

—Pasamos por delante de las luces todos los días —protestó a media voz, titubeante, sin apenas atreverse a levantar la vista.

Seguía echando de menos a *maman* Zinat y *khaleh* Leila, y todas las noches lloraba en sueños.

Marzieh apretaba los labios. Un nervio le palpitaba en el párpado. Sus ojos verdes destellaban a la luz amarillenta del comedor. Una avalancha estaba a punto de desatarse en esos ojos. Su silencio ofendido era una corriente de aire helado.

—Jamás volveré a pedirte nada.

Dio media vuelta y salió hecha una furia, dejando tras de sí la estela de un perfume desolador.

Dante permaneció sentado un instante. Un poderoso sentimiento de culpa desplegó sus alas en él. Se levantó despacio, cerró los libros y los apiló en una esquina de la mesa. Cuando salió fuera distinguió la silueta de su madre en el coche, aferrada al volante. Abrió la portezuela y subió. Recuerda que Marzieh no se dignó mirarlo. Siguió con los ojos fijos en la calle y el gesto ausente, escrutando algún punto entre las sombras. No se oía una mosca. Poco después, su madre arrancó por fin, y así empezó la silenciosa visita a las luces del *Nowruz*.

—Puede que no nos quede nada en esta ciudad —dijo al fin, rompiendo el silencio sofocante—, pero nadie puede impedir que admiremos sus luces.

Una estela de diminutas lucecitas se deslizaba a su paso, con el quejumbroso sonido de fondo de la calefacción del coche. Dante recuerda haber mirado a su madre, pero no a los ojos, pues temía lo que hallaría en ellos, su desesperado grito de socorro. Dirigió la mirada hacia su boca, al labio superior perlado por gotas de sudor que brillaban bajo el alegre titilar de las luces. Alrededor reinaba el silencio, apenas roto por el sordo clamor de una soledad deslumbrante.

Y ahora, al mirar a Forugh, es esa misma mirada lo que ve. Una mirada altiva y rota a partes iguales.

La puerta se abre y Dante ve asomar la cabeza de su madre.

—Forugh *jaan*, seguimos esperando el té. ¿Va a tardar mucho? ¿Quieres que lo prepare yo?

Forugh abre la boca. Parece que se disponga a decir algo, pero vuelve a cerrarla y se parapeta tras un silencio tenso, hostil. Dante ve que le tiembla la barbilla. La joven sigue mirando la bandeja sin mover un músculo, sin articular palabra. Su pecho se

agita. Acerca la mano a la taza de té que acaba de llenar. Dante y su madre la ven cerrar los dedos en torno a la taza y cogerla. Luego, sin mirar a ninguno de los dos, alza el brazo y la estampa contra el fresco de la pared.

La taza se hace añicos. Gotas de té rojo salpican el lago azul. Los cisnes parecen sangrar.

Con mirada enajenada, la boca torcida en una mueca, como si le costara respirar, Forugh emite lo que quizá sea un aullido, un gemido, un sollozo sofocado. No resulta fácil distinguirlo. Sale corriendo de la habitación.

Dante va tras ella.



Tarros de vidrio repletos de ajos en vinagre, blancos y relucientes racimos de coliflor en agua con sal, botellas marrones de cuello largo con zumo de limón, aceitunas marinadas con nueces molidas y zumo de granada.

Forugh baja los enormes escalones que conducen al sótano y el olor a vinagre le cosquillea en la nariz. En lo alto de la escalera, una pequeña bombilla esparce una luz amarillenta y difusa. Se respira un aire frío, agrio y húmedo. Todos los tarros y recipientes se hallan meticulosamente alineados, bien contra la pared gris, bien en una de las dos baldas empotradas. Desde su regreso, no había estado allí abajo. Sin embargo, aquél solía ser su refugio. El lugar al que se retiraba para pensar, jugar o esconderse siempre que había un extraño en la casa, ya fuera un vecino, un amigo o el electricista. Se pasea sin prisa por el largo y angosto sótano, aspirando el olor avinagrado de su infancia.

Pasa por delante de las botellas y frascos de vidrio, los envases de plástico, los sacos de arroz, las bolsas de plástico rosa con patatas y cebollas, los tarros de mermelada, los cacharros que nadie usa y que se apilan allí, donde no llega la luz y todo se halla sumido en la oscuridad. Y mientras avanza, una antigua sensación de paz, de seguridad, se va adueñando de ella poco a poco. Se sienta en una balda revestida de azulejos y se abraza las rodillas. Nota la pared fría en los hombros. Se queda allí sentada a oscuras, una mujer solitaria contemplando la pared grisácea de su infancia.

Recuerda el día que vio a su madre por primera vez. Tenía cinco años. Omid y Sara ya se habían marchado. Forugh sabía que pronto le tocaría a ella; pronto llegaría el día en que también tendría que irse.

No quería pasar la noche con su madre. Se aferraba a las faldas de *maman* Zinat y *khaleh* Leila. Gritaba. Berreaba. Daba patadas. Tenía miedo de la mujer a quien le habían dicho que debía llamar «madre». Una mujer demacrada, triste, con ojos que le lanzaban ardientes miradas de reproche, en los que anidaba un sufrimiento insondable, cuya voz crepitaba con un temblor insólito, como un fuego que se consume.

Después de varias horas tratando de convencerla con sonrisas, caricias y besos

para que se dejara abrazar, siempre en vano, Simin acabó pellizcando a la niña en el muslo. Forugh reaccionó con una mueca de dolor, ira y desesperación.

—Ven a mi regazo —ordenó su madre. Se lo suplicó. Forugh siguió bramando. Simin volvió a pellizcarla, mientras sus propias lágrimas competían con las de su hija.

Esa noche, Simin durmió sin Forugh, que pasó su última noche acurrucada en la protectora calidez que le brindaban los cuerpos de *maman* Zinat y *khaleh* Leila.

A la mañana siguiente, Agajaan tuvo una larga charla con Forugh. Le dijo que debía querer a su madre y alegrarse, porque ahora siempre estaría con ella, y *maman* Zinat también seguiría estando allí, al igual que *khaleh* Leila, Omid y Sara. Le dijo que nunca estaría sola porque muchas personas la querían. Forugh comprendió que no tenía opción. Permaneció en silencio mientras la envolvían los brazos desconocidos, olvidados, de su madre, que se puso de rodillas para abrazarla delicadamente, intentando no estrecharla con fuerza para no asustarla. Le dijo que había vuelto para estar con ella, que se lo pasarían muy bien juntas, que podían ir al parque a tomar un helado.

—¿Te apetece un helado? —preguntó su madre con voz aguda y cantarina, como de niña—. De chocolate o de fresa, o de cualquier otro sabor que te guste.

Mientras pasaban por delante de las flores rosa violáceo y salían por la puerta azul, Forugh se volvió para mirar a las dos mujeres que la habían criado, que agitaron un brazo despacio para despedirse de ella.

Forugh coge uno de los pequeños tarros de mermelada y lo abre. Flores de azahar recubiertas de almíbar color azafrán. Hunde los dedos en la mermelada, nota su tacto pringoso y suave.

Echa de menos las cálidas manos de su madre. Que la abrazara y le cantara nanas todas las noches, incluso cuando empezó a ir a la escuela. Que le cortara la fruta en trocitos y le lavara el pelo evitando que el champú le escociera en los ojos. Que le enseñara a nadar en la pequeña piscina que había cerca de su casa y que, cuando estaba cerrada, se tumbaran boca abajo en el suelo y practicasen las brazadas, desternillándose de risa. Su forma de entrelazar y separar los delgados dedos cuando, un año más tarde, le explicó a Forugh que su padre había muerto.

La echa de menos, echa de menos el rumor de sus pasos en la casa.

La puerta en lo alto de la escalera chirría un poco al abrirse. Forugh alza la cabeza y aguza el oído. Uno tras otro, los pasos resuenan, entrecortados y vacilantes. Ella se plantea levantarse, pero no lo hace. Vuelve a dejar el tarro de mermelada en la balda, se apoya contra la pared y cierra los ojos. Respira hondo, nota el aire frío en la piel, el vello erizado en las piernas.

Y estando allí, envuelta en sus recuerdos de amor y temor, se descubre deseando, desde las tiernas profundidades de su corazón, que sean los pasos de Dante los que se acercan. Su corazón late a punto de estallar.



Dante la encuentra acurrucada contra la pared en la oscuridad translúcida. El aire frío está empapado de humedad. El chico desliza una mano por el polvo que recubre las botellas de vinagre y los tarros de mermelada. Los reconocería con los ojos cerrados. Ayudó a rellenar muchos de aquellos recipientes. Las noches en que iba a visitar a las dos mujeres, que seguían preparando encurtidos y mermeladas como si tuvieran que alimentar a todo el barrio, *maman* Zinat solía mandarlo al sótano por un tarro de mermelada mientras ella cortaba el pan caliente a trozos. Luego se sentaban los tres en el banco de madera del patio, junto a la fuente, y compartían la mantequilla, la mermelada y el té servido en las tazas con ribete dorado. Un olor a tierra mojada emanaba de los parterres que *khaleh* Leila acababa de regar.

Forugh lo mira. El silencio del sótano planea sobre ellos, se hace más denso alrededor. Pero ahora es un silencio distinto, fresco, ingrátido, que huele a vinagre, expectativas y nostalgia. A presente.

—Recuerdo que me escondí aquí abajo una vez. —Dante señala el rincón donde se apilan los cacharros de cocina—. Ahí solía haber un gran armario ropero. Me metí dentro.

Forugh sonrío.

—¿Sólo una vez? Yo solía esconderme ahí a todas horas.

Dos líneas, dos curvas perfectamente dibujadas a ambos lados de su boca se hacen más profundas cuando sonrío, y permanecen después de que su sonrisa se desvanezca. El brillo aterciopelado de sus ojos refulge con más fuerza en la oscuridad cristalina.

—¿Y qué te llevó a esconderte aquí abajo? —pregunta ella.

—Mi madre había salido de la cárcel y vino para llevarme con ella.

—¿No querías irte con ella? —inquire Forugh, escudriñándolo con ojos febriles. La voz que brota de su garganta no es sino un susurro embrollado.

—No la conocía —responde él, sonriendo con tristeza—. Era una extraña para mí.

—¿Y tu padre, dónde estaba?

—Lo liberaron mucho más tarde.

Forugh le sostiene la mirada con ojos inflamados, penetrantes.

—Es una sensación rara, cuando te dicen que alguien es tu madre y sólo puedes sentir miedo porque ves ante ti a una desconocida. Sólo más tarde comprendes que es lo único que te queda.

El sótano parece cobrar vida envolviéndolos, respirando por ellos, borrando con su aliento la distancia que los separa.

—Oí que tu madre está en el hospital —comenta Dante, notando la lengua seca—. Lo siento mucho.

—Tuvieron que sacarle una piedra del riñón. Duele muchísimo. —Esboza una

sonrisa teñida de pesadumbre—. Pero se repondrá. Le darán el alta pronto. Se alegra de que yo estuviera aquí, y de que haya podido ver a *maman* Zinat antes de que fuera demasiado tarde. Mi madre también vendrá, en cuanto mejore.

—Debe de haber sido muy duro para ti. —Dante se arrepiente de cómo le ha hablado antes.

Forugh se levanta y se acerca a él.

—Voy a enseñarte algo.

Coge su mano sudorosa. La de ella es pequeña y Dante la nota delicada entre sus dedos, frágil como encaje.

Forugh se arrodilla junto al bote más grande de ajos en vinagre y, sin soltar a Dante, estira la otra mano por detrás del bote. Busca algo a tientas entre el polvo y la oscuridad. Por fin lo encuentra y lo extrae. Es una pequeña caja plana con tapa transparente, recubierta por una gruesa pátina de mugre. Forugh se endereza y suelta la mano de Dante para abrir la caja con una sonrisa triunfal. En su interior hay una diminuta libélula sujeta con un alfiler a un trozo de papel amarillento.

—Tuve que esconderla aquí abajo porque *khaleh* Leila nunca me habría dejado quedármela. Ya sabes cómo se pone con los insectos. Habría pensado que era una cucaracha o algo parecido.

Dante se echa a reír. Y lo hace porque sabe cómo reacciona Leila ante los insectos, y por el tono cómplice de Forugh, y porque ella le sonríe.

Dante roza la libélula con la yema del dedo. La nota seca al tacto, como un trozo de madera. Forugh cierra la tapa. Él coge la caja de sus manos y vuelve a esconderla tras el tarro de ajos en vinagre.

—Echo de menos a *maman* Zinat —susurra ella. Las lágrimas asoman bajo sus largas pestañas. Apoya su cuerpo esbelto contra el del joven.

—Yo también —responde él, y hunde la cabeza en la densa maraña de su pelo y la abraza.



El día está apagándose cuando Leila sale al patio. Abre el grifo y arrastra la manguera hasta los parterres. Contempla la tierra absorber el agua.

La casa está sumida en silencio. Marzieh es la última invitada en marcharse. Le cuenta a Leila lo ocurrido en la sala amarilla, le habla de las esquirlas de cristal y los cisnes sangrantes, de la mirada desquiciada de Forugh, de cómo Dante ha corrido tras ella.

Leila no dice nada mientras acompaña a Marzieh hasta la puerta. No llama a los chicos ni va en su búsqueda. De pronto, siente la necesidad de protegerlos del mundo exterior, como si fueran un anhelo secreto. Pero decide que se encarguen de restañarse mutuamente las heridas.

Una bandada de golondrinas remonta el vuelo en un cielo teñido de amarillo y naranja. Antes de volver a entrar en la casa, se quita las zapatillas. Se sienta en uno de

los cojines de terciopelo rojo dispuestos junto a la pared y espera a los niños, a sus niños, los niños de *maman Zinat*.

No tardan en asomar dos sombras por la puerta. Forugh y Dante sonríen con timidez, como si se dispusieran a acatar de buen grado el castigo que les espera. Se acercan a Leila con las mejillas encendidas y se sientan uno a cada lado. Sus cuerpos huelen a las misteriosas oleadas del amor y el dolor, a algo que se rompe y que florece, a pasado y futuro.

—Las golondrinas han empezado a migrar —declara.

Los niños se echan en los cojines y posan la cabeza sobre su regazo. Leila alarga las manos para tocar sus cabelleras juveniles, y ellos se entregan a sus caricias como los árboles sedientos al agua. Su voz brota despacio y se expande por la habitación mientras va desgranando leyendas de amor de princesas persas y sus humildes pero apuestos pretendientes.

La noche cae sobre las ramas del jacarandá.

1983-2009
Teherán - Turín



Cuando descolgó el teléfono y oyó la voz de aquel hombre, se le encogió el corazón. Él no se presentó; se limitó a decir de dónde llamaba. Pero ella lo supo antes incluso de que abriera la boca. Había un eco de gritos ahogados en el acero de su voz. El hombre le dijo que fuera a la cárcel a recoger las pertenencias de su marido. Ella colgó sin decir palabra y luego soltó tal alarido que los cristales de las ventanas temblaron.

No había visto a su marido desde hacía meses. Las visitas se habían cancelado sin previo aviso. Nadie sabía nada y todos temían lo peor. Más tarde supo de familias que fueron a ver a un ser querido a la cárcel y volvieron a casa con sus pertenencias. Les dijeron que ya no estaba allí.

Su marido ya no estaba en ninguna parte.

Había un trozo de papel en el escritorio. Al principio, aquel trozo de papel estaba mudo. Más tarde, empezó a hablar. De la muerte, aunque en silencio.

Les dijeron que escribieran con sus manos temblorosas:

Mi marido ya no está en ninguna parte.

Mi mujer ya no está en ninguna parte.

Mi hijo —mi hija— ya no está en ninguna parte.

Así se entregaba la muerte a las familias. En un trozo de papel que les hacían firmar y una bolsa repleta de añicos de vida.

Le dijeron que había tenido suerte. Que no telefoneaban a todo el mundo. Había tenido la suerte de saber que su marido estaba muerto, de que la avisaran con antelación.

Ella no se sentía afortunada, sino vacía como una cueva.

Ese día se guardó la muerte para sí. Se sentó entre la ropa de su marido, esparcida sobre la cama. No podía moverse; era como si su cuerpo se hubiese adormecido. Por la noche, se acostó sobre esas mismas prendas. Aspiró el olor de su camisa, lo aspiró y aulló hasta desgañitarse, lo aspiró y los maldijo, lo aspiró y gritó su nombre, y lo maldijo a él también. Estaba enfadada con él, tan enfadada que, si lo hubiese tenido delante, lo habría golpeado.

A medianoche oyó un llanto procedente de la habitación contigua. Fue igual que si se activara una alarma. Abrió los ojos. La camisa sobre la que se había acostado estaba empapada en lágrimas, como si su rostro se hubiese encogido y derretido sobre la tela. Usó las manos para impulsar su propio cuerpo y arrastrarse hasta la habitación de al lado, donde su hija sollozaba desesperada. La abrazó susurrándole a media voz y dándole palmaditas en la espalda. Pero en realidad era a sí misma a quien trataba de serenar, de dar ánimos. La levedad del cuerpo de la niña la intimidaba, al igual que su vulnerabilidad y sus inconsolables gimoteos.

En ese instante decidió que jamás le hablaría de la muerte de su padre, de cómo había sucedido. Aunque fuera lo último que hiciese, nunca permitiría que su hija

conociera su calvario. Poco le importaban las mentiras que tendría que decir, los secretos que debería guardar. Sólo sabía que debía mantener la historia a raya para proteger a su hija, para cobijarla entre muros de hierro que no dejaran pasar la sangre. Tendió el cuerpo menudo de su hija sobre las piernas y la meció con dulzura hasta que ambas se durmieron.



Debió de ser la desolación de su mirada lo que los hechizó a todos. Nadie se atrevió a llevarle la contraria, a intentar que cambiara de idea, excepto su suegra. Con ella no fue fácil. La madre de su marido se opuso de un modo frontal a su decisión, la tildó de monstruosidad. Insistió en que la niña debía conocer la verdad. «Lo que estás haciendo es dejar que lo maten dos veces». Su alma nunca hallaría descanso, le advirtió. Su cuerpo se revolvería en la tumba.

—Se lo debes —le decía su suegra—. Se lo debes a su recuerdo.

Quizá debería haber mostrado más tacto, pero en aquellos días su fuerte no era el tacto, sino la ira.

—¡No le debo nada! —había gritado ella, temblando de rabia—. ¡Es él quien me lo debe todo! Me debe la felicidad que me prometió. Me hizo creer en ella, y me ha fallado. Me ha fallado a mí. A su hija. No dejaré que me la arrebate. ¡Lo ha destruido todo!

Su suegra se había echado a llorar. Había perdido a su hijo, su único hijo.

No debería haberse mostrado tan cruel.

La mujer nunca dejó de hacerle el mismo ruego, de pedirle que despegara sus labios sellados. Cuando murió, ella escribió una confesión dirigida a su propia hija y la escondió en la mortaja de su suegra. La carta fue enterrada junto con la anciana.

Turín, 2009

El aeropuerto está casi desierto. La cola frente al control de seguridad es corta y avanza deprisa. Maryam está a punto de darse la vuelta y mirar hacia el otro lado de la mampara de cristal cuando el guardia de seguridad le tiende un recipiente azul. Deja el bolso, la chaqueta y la tarjeta de embarque en la caja y levanta los ojos para sostener la mirada del hombre, de frente prominente y ojos como lentejas.

—*Le scarpe* —dice él, señalando sus zapatos.

«¡Hasta los zapatos!». Maryam se agacha con el rostro ardiendo de vergüenza, sin poder evitar sentirse torpe. Se desata los cordones y posa los pies desprotegidos en el suelo casi con temor, como si fuera un campo de minas. Pasa por el detector de metales pisando el suelo frío y reluciente. La máquina pita con estrépito. Maryam abre los brazos para que la registre una joven pelirroja. Tras pasarle el detector de metales manual, que también pita, sin hallar nada peligroso o sospechoso, la deja

pasar.

Maryam se da la vuelta, escudriña la multitud congregada al otro lado de la frontera de cristal y ve a Sheida con la mano en alto. Qué joven parece con ese vestido blanco, con ese rostro delicado que delata su vulnerabilidad. Maryam se traga un nudo hecho de sonidos y lágrimas sofocados y le devuelve el saludo. Cree haber visto un destello de llanto en los ojos de Sheida, pero está lejos y no sabe si son lágrimas o el reflejo de las luces en las negras pupilas de su hija.

Se aleja del detector de metales y sus insistentes pitidos de alarma, de la mampara de cristal, de su hija, que queda al otro lado. Deambula por delante de una serie de tiendas de ropa, recuerdos y productos libres de impuestos cuyos dependientes ven pasar las horas sin nada que hacer en un aeropuerto semidesierto. Maryam se dirige a su puerta de embarque y suspira hondo mientras se hunde en uno de los asientos amarillos. Está cansada y le duele la espalda. Deja caer todas sus pertenencias en el asiento contiguo y entrelaza las manos, como una mujer que esperara la bendición, envuelta en un triste resplandor.

De pequeña, Sheida solía llorar en cuanto perdía a su madre de vista. Ahora casi nunca llora, ni siquiera cuando emprenden rumbos tan distintos que las separan dos continentes. A Maryam le habría gustado que su hija llorara. Le habría gustado estar segura de haber visto sus lágrimas, pues le habrían servido de consuelo. No tiene nada más a lo que aferrarse. Y sin embargo, la imagen de esas lágrimas es más escurridiza que las propias lágrimas.

Saca un pañuelo de papel del bolso para enjugarse el sudor de su labio superior. Algo en su relación con Sheida le genera cierta aprensión. Tiene la sensación de que se ha vuelto distante, que la intimidad que antes compartían se ha convertido en una especie de afecto amistoso. De que Sheida no se lo cuenta todo. Tiende a eludir sus preguntas entre risas, a sacudirse su inquietud como un árbol que se desprende de las hojas muertas. ¿Y qué esperaba Maryam? No podía pretender que mantuvieran el grado de intimidad que tenían en Irán ahora que Sheida vivía en otro país. Eso habría sido ingenuo por su parte, vanas ilusiones. Sheida ya no es una niña, sino una mujer hecha y derecha. Al fin y al cabo, fue la propia Maryam quien la llevó a Italia.

No había sido fácil. Maryam había estado años esperando un visado. Ya se lo habían denegado en una ocasión porque su hermana, que vivía en Italia y había solicitado los visados, había tenido problemas con la cuenta corriente. Pero no dejó que eso la desanimara. Siguió adelante, más determinada que nunca, insistiendo a su hermana siempre que tenía ocasión, ahorrando, hasta que por fin llegó el visado, cuando Sheida estaba a punto de cumplir los diecisiete.

En todos esos años de espera, Maryam creía firmemente que en cuanto cruzaran la frontera ambas estarían a salvo, que llevarse a su hija tan lejos sería el último y definitivo paso para mantenerla a resguardo del pasado, la muerte, la sangre. Que lejos de Irán podrían vivir en paz, que la felicidad de Sheida estaría garantizada, y que de algún modo las cosas serían más fáciles. Pero fue víctima de su propia

impulsividad. Sus deseos siempre se las arreglaban para complicarse. Si tomaba una decisión, a menudo le salía el tiro por la culata. En cierta ocasión, cuando Sheida tenía quince años, su madre la había amenazado con matarla si la abandonaba. Había sido antes de que se marcharan de Irán, antes de que dejara a su hija sola en otro país. No creía que la muerte de su marido las perseguiría, la perseguiría a ella, tan lejos. Pero no tardó en comprender que los recuerdos pesaban más que su voluntad de seguir adelante. Una parte de sí misma seguía estando en ese cementerio, pudriéndose junto al cuerpo sin vida de Amir. Todas las noches, en el pequeño piso de Turín que daba a una plaza donde un hermoso fresco del siglo XVIII representaba a la Virgen con su hijo, Maryam soñaba con ese cementerio que nunca había visitado y sin embargo se había convertido en una inquietante visión que se le aparecía en cada sueño. Jamás hasta entonces había tenido esa clase de pesadillas, ni siquiera al principio. Sufría estando lejos de esa cárcel, de ese cementerio. Necesitaba estar cerca de Amir. No podía dejarlo solo en esa tierra hostil. Tenía que volver con él.

Pero ¿significaba eso que lo elegía a él en detrimento de su hija? ¿Que elegía la viudedad en detrimento de la maternidad? Noche tras noche, las preguntas la asaeteaban. Pero no tenía respuestas. Maryam había dejado de ser ella el día que le habían dado la noticia de la muerte de Amir. Se había convertido en una caricatura de la mujer que fue hasta entonces. Algo en su interior se había roto, dejándola varada en esa tierra y ese cementerio para siempre. Y por mucho que lo intentara, por muchas veces que se levantara decidida a no caer de nuevo, por mucho que se esforzara por ser la madre fuerte que su hija necesitaba, tropezaba una y otra vez. Y estaba cansada. El mundo le había ganado la partida mucho tiempo atrás. Desde entonces no había hecho más que dar palos de ciego. Y ya no podía seguir luchando. Su única esperanza de sobrevivir era estar cerca de Amir, cerca de su propio pasado. Sin ambos, se vendría abajo sin remedio. No tenía opción; debía salvar su mundo.

Cuatro años después de haber emigrado a Italia, una vez se hubo asegurado de que el puesto de Sheida en la librería era estable y de que podía valerse por sí misma, decidió regresar a Irán. Sheida se quedó en Turín. Dijo que no quería volver. Maryam dejó a su hija en esa fría y enigmática ciudad al pie de los Alpes, pensando, deseando que los lazos que las mantenían unidas jamás se deshicieran. Ahora tiene la sensación de que Sheida ha crecido a su espalda, de que esos lazos han ido aflojándose poco a poco. Pero no es culpa de su hija, que hizo lo que ella había previsto: obedecer los deseos de su madre. Era Maryam la que se había marchado.

Separa las manos y se levanta. En el baño, se las lava con escrupulosa minuciosidad, como solía hacer su madre. Enjabonándolas dos veces, frotando hasta el último pliegue. Pone las manos debajo del chorro de agua tres veces. Se moja una mano y la retira, la moja y la retira, la moja y la retira, y luego repite con la otra. Es como una ablución.

Una voz anónima anuncia que se ha dado inicio al embarque. Maryam recoge sus cosas deprisa y se seca las manos mientras sale a la carrera del baño.



Sheida permanece un buen rato detrás de la mampara de cristal, con la vista fija en el detector de metales. Su madre se ha marchado, pero ella aún no ha podido alejarse. Su propio cuerpo se le antoja un ente aparte, entumecido hasta la inmovilidad, como cuando se le dormían las piernas de tanto tenerlas cruzadas en el suelo, en casa de su abuela, mientras se entretenía contando los peces que formaba el dibujo azul y plateado de la alfombra. Su cuerpo se niega a moverse. No sabe qué hacer con él.

Es una tarde nublada, bochornosa. Un pesado manto de humedad se extiende sobre el aparcamiento situado frente al aeropuerto y se apodera de Sheida tan pronto como abandona el ambiente fresco del vestíbulo, enrosándosele alrededor de brazos y piernas, del vestido blanco, rodeándole los hombros y el cuello, envolviéndola como una toalla mojada, pesada.

El autobús de vuelta a Turín va medio lleno de viajeros con rostros ojerosos y pálidos. Sheida se deja caer en un asiento del fondo, junto a la ventanilla. El conductor cierra la puerta, que resopla al deslizarse sobre las bisagras, soltando una bocanada de aire. El vehículo se aleja despacio.

Es su día libre. Por lo general, Sheida hace muchos planes para ese día, como ocuparse de las tareas domésticas o quedar con los amigos, pero ahora no tiene ganas de nada. La partida de su madre le ha dejado un vacío. Le gustaría encontrar el modo de saltarse ese día, de no tener que pasar por él, de no tener que vivirlo. «¡Sería genial si pudiéramos apretar un botón y saltarnos una jornada entera!», piensa. Le gustaría irse a casa, meter la cabeza debajo de la almohada y despertarse al día siguiente.

Ya será de noche cuando Maryam llegue al bullicioso aeropuerto de Teherán. Ese pensamiento, el recuerdo para entonces tenue del aeropuerto, la pone nerviosa. Han pasado años desde su última visita a Irán. Ha dejado de ir allí, pero no sabría decir por qué. Ha estado ocupada viviendo su vida.

La carretera atraviesa verdes llanuras que se extienden hasta los pies de los Alpes, cuyas cimas se difuminan en el cielo lluvioso, desolado. Las nubes grises se ciernen sobre la planicie, tan bajas que Sheida tiene la impresión de que le bastaría con alargar la mano para dispersar sus lanudas madejas.

Evoca la imagen de su madre arrodillada, desanudándose los cordones de los zapatos. Qué pequeña parecía, casi una niña. En eso se convierte cada vez que viene a visitarla, en una niña. Igual que la recuerda en esos primeros cuatro años que pasaron juntas en Italia. Fue como si se hubiese desvanecido su antigua solidez. Había perdido vigor, autoridad, y siempre esperaba que Sheida decidiera adónde ir, qué hacer, qué comer. Se había convertido en una persona distinta, casi infantil. Aunque han pasado varios años, aún no se ha acostumbrado a esa nueva versión plana, gris, de su madre.

Al autobús le cuesta abrirse paso entre las calles de una ciudad con forma de tablero de ajedrez. Los edificios barrocos pintados en pálidos tonos rosa y amarillo se

recortan orgullosos sobre un fondo de nubes plomizas. Sheida se apea en las inmediaciones del río Po, que serpentea por el centro de Turín, bordeando las colinas. Se asoma al puente por su parte más alta y contempla la corriente, cuyas aguas corren mansas. Violetas color rosa y morado crecen en macetas de barro que cuelgan de una estructura metálica verde suspendida sobre la barandilla. Sheida respira hondo, llenándose los pulmones de la humedad, el olor del agua verde y las tiernas hojas mojadas que penden, inmóviles, de los árboles centenarios que puntean la ribera.

En casa, lo primero que hace es poner la radio. La música llena la diminuta sala de estar de paredes beige, cortinas blancas y carteles de películas sin enmarcar. Se quita los zapatos, arroja el bolso en el sofá, abre la ventana. En el fregadero hay una taza aún con un poco de té y la huella de los labios de su madre. Su olor aún persiste, cálido en medio de aquel semivacío.

La vecina del edificio de enfrente chilla a sus hijos sin compasión. Sus berridos desbordan el patio y se cuelan en la estancia. Sheida sube el volumen de la radio para ahogar sus alaridos histéricos, hirientes.

Maryam nunca le gritaba. Jamás le levantaba la voz.

En el centro de la salita, mientras escucha la música, sintiendo que le duele el cuerpo por dentro aunque por fuera parezca no inmutarse, empieza a bailar. Se mece dulcemente de un lado al otro, como si tratara de hallar un punto de equilibrio. La música cambia de compás y ella se mueve más deprisa. Sus pies se despegan del suelo como impulsados por muelles y golpean la alfombra con fuerza. Abre los brazos de par en par en ese espacio abarrotado por música, gritos y el aroma a jazmín de su madre que sigue impregnando el aire. Sus pesados senos rebotan arriba y abajo, tirando del vestido. Sheida baila desenfrenadamente, sacudiendo los brazos y las piernas con frenesí, como una mujer que forcejeara con una camisa de fuerza. Nota en las mejillas el ardor de la sangre que se agolpa y las lágrimas que ruedan en silencio. Cuanto más salta, más deprisa se deslizan las lágrimas. Sus sollozos se confunden con la música, cuya letra se convierte en una jerigonza de incomprensibles balbuceos.

Su madre no es feliz. Nunca lo fue. El silencio no dio resultado. Sólo ha conseguido que todo resulte más difícil de soportar. Se marcharon sin llevarse consigo nada excepto unas cuantas palabras enmudecidas que, como un veneno, han ido invadiéndolo todo, avanzando un poco más día a día, emponzoñando hasta el último atisbo de la sincera intimidad que antes compartían. Y las dos tienen la culpa de que así sea. Han destruido todo lo bello que un día existió entre ambas.

Regresa al sofá con paso tambaleante y se deja caer pesadamente, enjugándose las lágrimas. Los gritos al otro lado del patio han ido cesando. Es probable que los vecinos se dispongan a cenar. Despacio, se levanta y baja el volumen de la radio. En el balcón de la vecina, las violetas se agitan mecidas por la brisa. Un gato se pasea con cuidado por el alféizar de la ventana y salta a la terraza de otro vecino. Sheida se da la vuelta y va hacia el teléfono. El corazón se le acelera ante la perspectiva de oír

la voz de Valerio. No lo ha visto desde la llegada de Maryam. No se sentía preparada para presentárselo; temía las preguntas maternas, recelosas y cargantes. «Tal vez la próxima vez», le había dicho a él.

Se acurruca en el sofá mientras se lleva el auricular al oído. Pega las rodillas al pecho y se abraza como si quisiera reunir los pedacitos de su persona que andan desperdigados por el suelo, suspendidos en el aire y enganchados a las esquinas de la ventana. Reunirlos y volver a convertirlos en una forma reconocible antes de enfrentarse a él.

Valerio contesta. Al oír su voz, cierra los ojos y suspira aliviada.



Un estornino se posa en la barandilla, delante de la ventana. Bajo el cielo húmedo, a los geranios parece faltarles el aire. La noche llega sin prisa. Sentada frente al ordenador, Sheida toma un sorbo del té con hielo que ha preparado con las hojas secas de té iraní que su madre le envió meses atrás. Le gusta el olor de las cajas de cartón marrones que llegan de Irán. Huelen a polvo y a recuerdos. «Así huele Irán», le había dicho a Valerio en cierta ocasión. Sheida aspira el olor del té, del par de guantes verdes que su tía le había tejido, del paquete de agracejos y de la nota de Maryam, donde le recordaba que debía lavarlos varias veces antes de cocinarlos. Nunca ha tenido fuerzas para tirar ese papel.

El ordenador ronronea perezosamente bajo sus dedos. Sheida desliza el cursor de arriba abajo leyendo por encima las noticias de un diario persa en internet. Desde el alzamiento contra las elecciones fraudulentas de junio y la consiguiente represión por parte del gobierno, la mayor parte de las noticias que llegan de Irán se refieren a manifestaciones, detenciones masivas, ataques a las residencias universitarias, tiroteos en las calles, torturas en las cárceles, detenidos de los que nadie sabe nada durante meses, por no hablar de los manifestantes de cuyas muertes nadie se responsabiliza. También circulan vídeos que los propios manifestantes han colgado en la red desde el lugar de los hechos. Sheida los ha visto todos, ha visto cómo los manifestantes corren por las calles, algunos huyendo y otros enfrentándose con piedras y consignas a los policías antidisturbios provistos de porras y chalecos antibalas. Cada vez que ve esas imágenes en la pantalla la llenan de angustia, como si llegara tarde a algo, como si la hubiesen dejado atrás, excluida. Envidia el juvenil estallido de energía que recorre esa multitud, lamenta que todo esté sucediendo sin ella, que su lugar en esa página de la historia vaya a quedar en blanco. Y al mismo tiempo siente miedo de los rostros ensangrentados, las heridas de bala y los policías antidisturbios que blanden sus porras desde las motocicletas.

Sheida clica en un vídeo que recoge las consignas coreadas en las azoteas por las noches. «*Allahu Akbar*», oye desde todas direcciones, «*Allahu Akbar*». Los edificios y sus azoteas, desde las que chillan hombres y mujeres invisibles, están sumidos en la oscuridad. Lo único que acierta a ver son las débiles luces que parpadean al otro lado

de las ventanas cerradas. Pero sus gritos y la fuerza de la ira que resuena en sus gargantas van ganando en intensidad, como si pretendieran alcanzar las nubes y traspasarlas. Sheida los escucha con el corazón tan acelerado que empiezan a escocerle los ojos mientras la noche sigue desplegando sus alas sobre los edificios, envolviendo las sombras de los cuerpos que corean, entrando en la pequeña retina de la cámara. El éxtasis de ese momento, la pura armonía que encierra, la deja anonadada. Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, débiles y fuertes, todos alzan su voz para protestar contra el mal que se ha abatido sobre ellos. Para reivindicar cualquier vago recuerdo de justicia. Delante del ordenador, Sheida susurra sus palabras, sus consignas, sus gritos de resistencia. Sus ruegos a Dios. Le ruegan que los libre del dictador. Su madre le había explicado que subirse a las azoteas y corear «*Allahu Akbar*» había surgido durante la revolución islámica, treinta años atrás. Era una forma de protesta. Era una consigna segura, simbólica, al alcance de cualquiera. Y ahora había vuelto. «Cuando todo lo demás falle, grita *Allahu Akbar*», añadía su madre, negando con la cabeza en un gesto triste, resignado.

Pero Sheida no se siente triste. Se siente exultante y pequeña, inexcusablemente pequeña ante la grandeza de esas consignas deslumbrantes, eufóricas y al mismo tiempo desesperadas. Siente cómo la envuelven, cómo la noche de Teherán se mete en su piel, cómo ese hermoso coro de voces insurrectas corre por sus venas, colma sus pulmones. Casi puede ver el Dios al que ruegan sus gentes, casi puede tocar esas voces que claman al cielo mientras se yerguen y gritan cada vez más alto «*Allahu Akbar*», despojándose de su miedo en la noche azul. Siente que esas voces se convierten en parte de su respiración, que la llaman. Casi puede verse en una azotea con el puño en alto.

Cuando el vídeo llega a su fin, suspira. Aturdida, se reclina en la silla. Toma otro sorbo de té con hielo. Los cubitos se agitan en el vaso y se deslizan hasta sus labios. Vuelve a la página de inicio, en busca de otros vídeos, y de pronto un titular al final de la página llama su atención. Es la segunda vez en las últimas semanas que lee un artículo sobre las detenciones y ejecuciones masivas que tuvieron lugar en el periodo que siguió a la revolución islámica. Ignora si se trata de una coincidencia o si el hecho de que tantos hombres y mujeres vuelvan a llenar las cárceles de Teherán y otras ciudades iraníes veinte años después no será la señal de que el pasado resurge, casi como una premonición.

Y sin embargo, algo más atrae a Sheida en esos artículos que hablan de cárcel, violencia y muerte. Le recuerdan cosas oídas de labios de su abuela las escasas veces que había ido con su madre a visitarla a Hamedan. Lo que Sheida había oído entonces no eran más que retazos de conversaciones, palabras que se le escapaban a la abuela cuando no sabía que su nieta estaba escuchando tras la puerta. Maryam y la abuela se encontraban a solas en la estancia. Sheida, que las espiaba por el agujero de la cerradura, vio cómo su abuela se convertía en una persona distinta. Su voz por lo general enérgica dio paso a un susurro apenas audible mientras se enjugaba los ojos

arrasados en lágrimas, las mismas que bailaban en los de su madre, cuyo rostro parecía tallado en piedra. El silencio de su madre y su mirada distante, ausente, incomodaron a Sheida. Era como si Maryam ocultara algo en ese silencio, como si lo custodiara tras su mirada hermética. En ese momento, Sheida deseó por encima de todo huir de ese silencio. Era asfixiante. Y sin embargo, la feroz pena que afloraba al rostro de su abuela la mantuvo pegada a la puerta, el oído aguzado para intentar descifrar sus susurros.

«¿Por qué está la abuela tan triste?», se preguntaba. Y se esforzaba aún más por captar, por entender palabras que intuía que no debía escuchar, pues presentía la maldad y el dolor que encerraban. Las buscaba como una abeja que revoloteara en torno a flores prohibidas, sorbiendo su dulce néctar. Quería oír cuanto pudiera, quería comprender de quién hablaban esas historias. Pero era difícil, pues las mujeres no mencionaban nombres, y la voz de la abuela se apagaba una y otra vez. Sheida sabía que no debía preguntarle a su madre, pues descubriría que había estado escuchando tras la puerta.

Y más tarde, cuando por fin se lo preguntó a su abuela, ésta la había mirado con un gesto desolado, y tan terriblemente triste que Sheida se asustó. «No puedo hablar de eso —dijo la anciana—. No puedo hablar de eso». Y ésas fueron las únicas palabras que logró arrancarle mientras salía de su habitación.

Sólo en una ocasión había obtenido respuesta de su madre al preguntarle por la pena de su abuela. Maryam la había mirado con fijeza un instante. Sus ojos parecían traspasarla, como si en realidad no pudiese verla. «Es por tu *baba*, Sheida. La abuela echa de menos a su hijo», había dicho al cabo.

—Pero ¿qué tiene que ver mi *baba* con la cárcel? —había preguntado Sheida, notando de inmediato el rubor que incendiaba sus mejillas, pues acababa de delatarse.

Su madre le había lanzado una mirada fulminante, una mirada que Sheida nunca olvidaría.

—El mundo no es más que una gran cárcel, Sheida. Todos nosotros vivimos entre rejas.

«Era tan inmensa la pena de la abuela...», piensa Sheida mientras lee:

Entre cuatro mil y cinco mil hombres, aproximadamente, murieron ejecutados durante julio y agosto de 1988, mientras la guerra entre Irán e Irak tocaba a su fin. El gobierno nombró un consejo formado por tres personas, más tarde conocido como «el consejo de la muerte», encargado de supervisar las purgas que se llevaban a cabo en las cárceles. Cada consejo estaba formado por un fiscal, un juez y un representante del Ministerio de Información. El consejo entrevistaba a todos los prisioneros políticos y ordenaba la ejecución sumaria de todos aquellos considerados «impenitentes».

Los prisioneros eran trasladados en grupos mediante carretillas elevadoras y ahorcados de lo alto de grúas y vigas a intervalos de media hora. Los demás

caían ante pelotones de fusilamiento. A medianoche, los cadáveres se transportaban y enterraban en fosas comunes en el cementerio de Khavaran, que hasta entonces acogía a las minorías religiosas. Los cadáveres se enterraron en zanjas excavadas con ese fin y más tarde se compactó la tierra que las cubría, por lo que resulta imposible ubicar las fosas. Se destruyó sistemáticamente todo aquello que recordara a una lápida funeraria [...].

Sheida es incapaz de apartar los ojos de la pantalla mientras el sudor le empapa el cuello y las axilas. La expresión «fosa común» resuena en su mente. Cadáveres y más cadáveres, sanguinolentos, amorfos, apilados unos sobre otros. El primer artículo que había leído sobre las ejecuciones no las describía con tamaño detalle. No sabía que había habido tantas víctimas, ni había oído hablar de las fosas comunes. Al mismo tiempo, un recuerdo fugaz pasa ante sus ojos, como un fogonazo. Un recuerdo que ignoraba tener. Y con él, una súbita punzada de dolor. Ve a su madre gritando, dando alaridos en plena noche, y a alguien que aparece tras ella, que cierra la puerta. Es un recuerdo borroso, casi como un sueño que apenas permanece en la memoria, pero alcanza a oír los gritos, el llanto. ¿Era su madre quien gritaba? ¿O su abuela?

Sheida posa el vaso de té. Mide sus movimientos como si temiera que algo se le cayera. Aprieta el puño y luego lo abre; se pasa la lengua por los labios. Se nota la garganta seca y rasposa. Del piso contiguo le llega el sordo murmullo de la televisión. Vuelve a mirar la pantalla, y pese a sus esfuerzos por mantener la calma, los ojos se le van hacia el largo listado con los nombres y la edad de las víctimas que incluye el artículo. Algunos ni siquiera habían cumplido los dieciocho.

La lista se prolonga en páginas y más páginas, como las inscripciones en un monumento de homenaje a los caídos. Sheida se desplaza hacia abajo y se le empañan los ojos a medida que todos esos nombres se convierten en vertiginosos atisbos de una pesadilla. «Tantas víctimas, tan jóvenes». El artículo la ha sumergido de golpe en el impetuoso torrente del pasado de su país. Un torrente feroz cuya existencia ignoraba, por lo menos en toda su magnitud. En algún lugar de ese país, los huesos de un hombre joven se vieron aplastados por miles de huesos más. En algún lugar de ese país, miles de cadáveres se vieron arrojados a las fauces hambrientas de la tierra como pilas de desechos. «Tierra maldita», así se refiere el artículo a la zona de las fosas comunes.

Se reclina en la silla, exhausta pero incapaz de apartar los ojos de la lista de muertos, de no seguir desplazando el cursor hacia abajo. Es entonces cuando de pronto, ante uno de esos nombres, el corazón le da un vuelco. Por un momento, todo parece detenerse alrededor, como si contuviera el aliento: el zumbido del ordenador, el pálido semblante de la luna, las partículas de la luz amarillenta que se proyecta flotando desde el patio. Se queda mirando ese nombre mientras se lleva la mano izquierda a la garganta, donde nota el latido acelerado de la sangre. Ante sus ojos, justo en medio de la pantalla, aparece el nombre de su padre.

Ahí está, negro sobre blanco, tan claro como un grito que resuena en las calles desiertas. Sheida es incapaz de mover un solo músculo. Siente las manos sudorosas, se le aflojan las extremidades. «Tiene que haber un error», murmura, sin despegar los ojos de la pantalla. El rugido de un coche que aparca en el patio irrumpe en el apartamento.



Valerio abre la puerta y entra en el piso, sumido en una penumbra azul. El silencio lo envuelve, cálido y amenazador. Llama a Sheida, en vano. De pie en el umbral mide ese silencio, tan puro, tan ensordecedor, que por un instante no osa dar un solo paso más. El aire tibio acaricia sus ojos y desata su aprensión.

Cuando entra en la sala de estar, encuentra a Sheida en el suelo, con la espalda apoyada contra el sofá, sujetándose la cabeza entre las manos y con el pelo alborotado sobre los hombros.

—¿Qué ha pasado? —Valerio enciende la luz y se precipita hacia ella. Tiene la sensación de estar adentrándose en algo que lo engullirá vivo. Arenas movedizas, sin previo aviso.

Sheida alza los ojos hinchados, entornándolos para resguardarse de la luz. Alarga los brazos en su dirección. Valerio se agacha y coge sus manos frías. Ella apoya la cabeza en la curva de su cuello y se queda inmóvil.

Momentos después, poco a poco, empieza a contarle lo sucedido. Le habla del artículo. Se levanta y le enseña el nombre de su padre en la pantalla de ordenador. Sus palabras se acompañan de una gesticulación frenética, como si no tuviera control alguno sobre sus manos. Escuchándola, Valerio se siente azotado por una lluvia de pensamientos inconexos. Ve el rostro desencajado de ella y se le encoge el corazón de impotencia. Le pide que se siente en el sofá y se acomoda a su lado. Le acaricia la mano con dulzura.

Sheida guarda silencio un buen rato. Está pálida, con los labios fruncidos. Por algún motivo, parece más pequeña, consumida.

—¿Y si no fuera más que un error? —aventura Valerio.

Ella niega con la cabeza, sin mirarlo. Sus facciones se han endurecido.

—No lo sé —musita.

—Deberías hablar con tu madre. Tal vez no sea más que un error.

Ella no contesta. Su mirada se pierde más allá del dobladillo de las cortinas. Se desase de Valerio y entrelaza las manos con fuerza. Él la observa y no puede evitar fijarse en su extraña expresión. Una expresión que no ha reconocido en un primer momento, pero que ahora comprende que estuvo siempre ahí; la de una mujer que libra una batalla interna. Una batalla contra algo mucho más grande que ella, mucho

más grande que nada de lo que él haya conocido.

El tiempo pasa. Cae la noche, y el rumor del tráfico se cuele en el piso. Desde el pasillo llega el jaleo de los vecinos que bajan la escalera charlando en voz alta.

—Sheida, ¿estás segura de que tu padre murió de cáncer?

Valerio no sabe por qué formula esa pregunta, ni por qué el corazón le ha dado un vuelco. Quizá porque tema lo que ella pueda responder. Sólo en contadas ocasiones ha hablado Sheida de su padre, y cada vez Valerio ha tenido la impresión de que se movía con cautela alrededor de una herida abierta que se resistía a contemplar demasiado tiempo. Siempre había una incertidumbre en su mirada, en la entonación de su voz, que lo llevaba a pensar que no se sentía cómoda hablando de su padre ni de la muerte de éste.

Por un instante, ella no dice nada. Sigue evitando su mirada. Valerio percibe un leve temblor en las comisuras de sus ojos. Sheida estira los dedos y vuelve a entrelazarlos.

—Eso es lo que mi madre me contó —contesta al fin, con una inesperada serenidad que sorprende a Valerio.

Su pánico de antes, su actitud de alarma, parecen haberse desvanecido; da la impresión de que su cuerpo se haya calmado. La mira fijamente, deseando poder leer su mente. Pero no debe insistir. Algo en su expresión lo disuade de seguir preguntando.

—Entonces será verdad —conviene, pues no sabe qué otra cosa decir.

Sheida se frota la cara con las manos. Luego alza la vista y le sostiene la mirada.

—No tendría que habértelo contado.

—¿Por qué no? —Valerio acuna su rostro entre las manos—. Puedes contármelo todo, ya lo sabes.

—Ha pasado tanto tiempo... —replica ella, sonriendo débilmente—. Te he echado de menos.

Es como si Sheida quisiera pasar página, dejar atrás ese momento, la tensión que enrarece el aire. Valerio no comprende cómo puede seguir adelante tan fácilmente, tan deprisa. «¿Acaso no confía en mí? ¿De qué tiene miedo?».

Sheida lo abraza y tira de él para notarlo más cerca todavía. Valerio sabe que no dirá una palabra más. Se rinde y se acopla a su cuerpo.

Sheida se relaja y se siente flotar entre los brazos de Valerio.

Un sollozo rasga el silencio. Una voz se quiebra.

Los dedos de Sheida se clavan en la nuca de Valerio con sorprendente fuerza, recibéndolo con cuanto puede ofrecerle, el peso de la historia acumulado en su interior. Valerio apoya las manos en sus caderas y oye un gemido, un sollozo ahogado, un suspiro que se le escapa.



A lo largo de la noche, los ojos de Sheida se pasean entre las grietas que surcan el

techo de la habitación. No puede cerrarlos; es como si los párpados se le hubiesen pegado al cráneo. Nunca ha visitado la tumba de su padre. Su madre siempre se opuso. No quería que le recordaran el hecho de que estaba muerto, solía decir, mejor recordarlo como era en vida. Sheida no la contradecía. Aceptaba sus veredictos como verdades universales. El pavor que le infundía el cementerio era contagioso. Sheida se alegraba de ahorrarse el mal trago de visitarlo. Pero el hecho de que no fueran al cementerio no significaba que su padre hubiese sido ejecutado. «¿O sí?».

No para de dar vueltas en la cama. Nombre de pila, apellido, edad: todo se ajusta como un guante a la verdad. Las lágrimas asoman a sus ojos. Siente que se ahoga bajo el peso de la incertidumbre. Da palos de ciego, dispuesta a aferrarse a las posibilidades más inverosímiles. Pero es en vano. Alrededor no hay más que vacío.

Sólo conserva un recuerdo claro de su padre. De cuando era una niña. Se acuerda de que las manos de un hombre que debía de ser él la levantaron en volandas y la pasaron al otro lado de una mampara de cristal. Recuerda sus ojos negros, la áspera piel sin afeitar, el bigote oscuro. También su olor; era el olor de quienes se quedaban atrás, de quienes no respiraban aire fresco. ¿Dónde estaba su madre?, recuerda haber pensado. ¿Quién la salvaría de ese hombre, de ese extraño? Rompió a llorar cuando él la cogió en brazos y la besó en la mejilla. Su piel era cálida al tacto. El hombre rió. Su risa era triste.

Maryam nunca le ha preguntado si tiene algún recuerdo de su padre. De niña, Sheida esperaba en silencio una señal que le permitiera dar rienda suelta a la apremiante necesidad de saber, de hablar de él. Pero esa señal no llegó. Sufría por no recordar, por ese vacío. Y su madre nunca le preguntó por qué. Nunca lo supo.

Luego estaban los momentos en que Maryam enmudecía, con la cabeza apoyada en la pared, sumida en sus pensamientos. Sheida jamás había podido soportar esos largos y misteriosos periodos de ensimismamiento. Sentía celos del silencio, de los pensamientos que poblaban la mente de su madre, alejándola de ella. Pertenecían a un mundo en el que Sheida no tenía cabida. Era una parte materna que no le pertenecía, que nunca le pertenecería. Y allí se quedaba atrapada a veces, tras una alambrada de recuerdos rotos y silenciosos.

Lo peor era cuando Sheida intentaba preguntar por su padre. Unas pocas preguntas bastaban para que su madre pasara el resto del día encerrada en su habitación, metida en la cama, en la oscuridad total de unas ventanas y persianas cerradas a cal y canto, gimiendo por el dolor que achacaba a la migraña. Sheida entraba sin hacer ruido, el olor a soledad y desesperación colmaba el aire, denso como el polvo. Sostenía la frente de su madre cuando ésta se inclinaba sobre el váter para vomitar, le daba analgésicos, la metía en la cama, se aseguraba de que las cortinas estuvieran echadas. En torno a su madre se respiraba un aire enrarecido por la parálisis, por una ruptura interna, como un trozo de mármol resignado a sufrir los golpes del martillo. Por lo general, Sheida no veía el momento de salir de aquel cuarto. La pesadumbre era insoportable; el dolor, inhumano. En esos instantes

comprendía que, por mucho que preguntara por su padre, por mucho que intentara abordar el tema de formas distintas, su madre nunca le hablaría de él. Siempre la dejaría sin respuesta, cambiaría de asunto. No le quedaba más remedio que resignarse lentamente a vivir en la ignorancia.

Sheida se levanta de la cama y se dirige sin hacer ruido al escritorio junto a la ventana. Abre uno de los cajones. A la tenue luz de la calle, hurga entre papeles, documentos, fotos, postales. Medio exhausta, medio presa de un súbito frenesí, escarba entre los trozos de papel que conforman su existencia, hundiendo las manos en el cajón. Enciende la lámpara del escritorio.

Valerio se despierta y se reúne con ella junto a la ventana. Fuera, el viento ha empezado a soplar con fuerza. Silba entre los árboles, los edificios, las nubes.

—Estoy buscando la foto de mi padre —murmura—. Mi madre me dijo que es la última imagen suya que conserva. Tengo que encontrarla.

Al final dan con ella: un hombre joven de abundante pelo oscuro, relucientes ojos negros y bigote.

Sheida le da la vuelta. No hay nada escrito en el dorso.



El café hierve. Valerio apaga el fuego y saca dos tazas blancas del armario. Lo sirve mientras observa a Sheida con el rabillo del ojo. Ésta se abraza las rodillas y apoya los pies en el canto de la silla. No lo mira. Sus ojos van a posarse en algún punto distante, en el cielo azul, donde el sol empieza a asomar sobre el horizonte.

«¿Qué hará ahora?», se pregunta Valerio, dejando la taza de café delante de ella, sobre la mesa. Nota que le hierve la sangre, siente el fuerte impulso de golpear algo, la pared, un árbol, lo que sea. «¿Y si resulta que es verdad?». Su padre ejecutado, enterrado en una fosa común. El peso de la historia que subyace tras algo así es tan inmenso que Valerio se siente débil. Jamás ha experimentado nada remotamente similar, ni nadie a quien conozca. Para él, las fosas comunes pertenecen al pasado, a libros sobre la Guerra Civil española y documentales sobre el fascismo. Pero no al presente, no a su vida, no a algo que lo toque tan de cerca, no a Sheida. La historia no es algo que pueda presentarse en tu casa así, por las buenas.

El padre de Sheida tenía tres años menos que él cuando murió. Ese hecho le resulta inconcebible, no puede quitárselo de la cabeza. ¿Sabía su padre que la muerte estaba tan cerca? ¿O acaso era tan optimista que no creía que enfrentarse a un régimen dictatorial equivaliera necesariamente a acabar en una fosa común? La ignominia de las fosas comunes. La humillación, la vergüenza.

Mira de reojo a Sheida, que está pálida y parece agotada. El vapor del café sube y se desvanece en algún punto situado entre el borde blanco de la taza y las manos de ella, entrelazadas alrededor de sus piernas. Mira el café y separa las manos. Estira las piernas hacia el suelo. Valerio la abraza con la esperanza de darle algo de calor. El tacto frío de sus manos lo traspasa como el filo helado de una espada, mientras lucha

contra la inexplicable sensación que va cobrando fuerza en él de no estar a la altura de las circunstancias. Siente que de pronto se ha convertido en mero espectador, alguien sin ningún papel ya que desempeñar. Sheida posee un mundo propio al que él no pertenece, al que no se dejará acompañar por más que intente persuadirla. De repente, Valerio siente celos de su madre, de su país y de ese padre desconocido que le han arrebatado el sitio. Está celoso y a la vez intimidado por el peso de la historia que Sheida arrastra consigo.

Sugiere que salgan a pasear, a tomar el aire. Pero ella no necesita un paseo.

—Tengo que hablar con mi madre —dice.

—¿Crees que es buena idea?

—Han pasado tantos años... —responde ella mirándolo—. Si no lo hago ahora...

—No termina la frase. Mueve una mano en el aire. Él la ve dar media vuelta, entrar en la otra habitación, descolgar el teléfono.



Sheida tiembla al oír la cálida voz de su madre. Se imagina cerca de ella. Casi percibe el olor materno. Abre la boca para decir algo, pero la cierra enseguida, tratando de calmar su corazón. Pero al otro lado de la línea el sensible radar de Maryam percibe la tensión en el tono de su hija nada más oírla. La acribilla a preguntas. ¿Se encuentra bien? ¿Ha tenido un accidente? ¿Ha pasado algo en el trabajo? ¿Está enferma? La voz de Maryam trasluce angustia, la angustia impotente de una madre cuya hija está demasiado lejos para que pueda hacer nada si algún día las cosas se tuercen.

Sheida se siente tentada una vez más de morderse la lengua, de no decir nada, de seguir viviendo como hasta entonces, de preservar a su madre en el lado seguro, el lado de las palabras no pronunciadas. Cierra los ojos y vuelve a abrir la boca.

La verdad no puede tener tantas caras.

—¿Estuvo *baba* en la cárcel después de la revolución? —pregunta, y de inmediato el lúgubre barco de la angustia, y otra sensación que se parece mucho al arrepentimiento, crece en su interior y despliega velas.

Hay un largo silencio. Se oyen interferencias.

—¿Lo estuvo? —repite Sheida, tragando saliva, pues ahora se da cuenta de que en el fondo nunca ha creído que su padre muriera de cáncer. En los ojos arrasados en lágrimas de su abuela y el rostro pétreo de su madre había algo más que la simple muerte de un marido y un hijo. Algo desasosegante. Algo tan inmenso que eclipsaba lo demás y no dejaba sino una sombra a su paso.

Al otro lado de la línea, a miles de kilómetros de distancia, Maryam guarda silencio.

—¿Por qué? —pregunta al fin.

—He leído algo y necesito saber si es cierto —contesta Sheida con voz temblorosa.

—¿Qué has leído? ¿De qué hablas?

La hija percibe el pánico de la madre. Lo ha visto desencadenarse en demasiadas ocasiones para no reconocerlo.

—Un artículo. Habla de las ejecuciones de mil novecientos ochenta y ocho. Hay una larga lista de nombres. —La voz de Sheida es demasiado aguda, casi chillona—. ¿Estuvo en la cárcel o no? *Maman*, tienes que decirme la verdad. ¿Lo estuvo? —Sheida hace una pausa—. No puedes mentirme. —Al otro lado de la línea vuelve a haber un largo silencio. Cuando Maryam retoma la palabra, su tono apenas es audible—. ¿Qué? No te oigo.

—Sí —contesta Maryam casi en un susurro, y luego se aclara la garganta—. Sí, lo estuvo —repite.

A Sheida se le empañan los ojos. No esperaba que su madre lo reconociera de un modo tan fácil, tan inmediato. El aire vibra en su garganta como si los pulmones no pudieran retenerlo. Se deja caer pesadamente en el sofá, afloja la presión de los dedos en torno al auricular.

«¿Ha llegado al fin el momento? ¿El momento en que todo se vendrá abajo sin remedio, desbordando todos los cauces?».

Pasan unos instantes hasta que Sheida logra sobreponerse y hablar de nuevo.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—No había nada que decir. —La voz de su madre suena ahora grave, cansada, como si saliera de un viejo aparato de radio estropeado—. Tu padre murió antes de que llegaras a conocerlo, y eso siempre lo has sabido.

—Me dijiste que murió de cáncer. Me hiciste pensar que estaba enfermo.

Al otro lado de la línea sólo se oye un silencio punteado por interferencias que se confunden con la pesada respiración materna.

—Mi padre murió ejecutado —continúa Sheida, y siente que sus extremidades se desvanecen como si fueran de humo—, y nunca me lo dijiste. Lo asesinaron. Su nombre aparece en la lista. Lo vi con mis propios ojos. No puedes seguir negándolo, *maman*.

Oye a su madre soltar un hondo suspiro, pesado como un viejo secreto.

—Lo sé —dice—, lo sé.

Teherán, 1988

Le dieron la bolsa equivocada; la camisa equivocada; el cepillo de dientes equivocado; el pijama equivocado.

Lo sabía porque ella le había comprado la camisa, el cepillo y el pijama. Lo sabía porque los había envuelto con sus propias manos, había escrito su nombre y el número de identificación de recluso en el papel de envolver, minuciosa, concienzudamente, como si le dictaran un testamento.

Lo sabía porque se sintió vacía como una tumba cuando abrió la bolsa. Tenía un

agujero dentro. Eso podía hacerte la muerte en una bolsa equivocada. Abrirte en el pecho un agujero grande como un puño. Un agujero que te impediría experimentar emoción alguna en lo que te quedaba de vida.

Tembló de miedo y de algo mucho más atroz, mucho más desolador, mientras tocaba las pertenencias del difunto.

El difunto equivocado. Las pertenencias equivocadas.

Otra persona debía de tener sus cosas. Otra mujer, en ese mismo instante, estaba tocando la camisa del que fue su marido.

Se estremeció, volvió a meterlo todo en la bolsa negra y unió bruscamente las dos caras del cierre hermético.

Fuera, el follaje languidecía en las ramas, bajo los inclementes rayos del sol. No había una sola nube.

Aferrada a la bolsa, Maryam echó a correr. Embocó la ajetreada calle donde nadie sabía nada, veía nada ni oía sus gritos.

Pasó corriendo como una sombra que no tuviera sino una bolsa con las pertenencias de un muerto.

Con la otra mano, asía el pañuelo negro que le cubría la cabeza para que no se le cayera y revelara el estupor de su pelo prematuramente encanecido. Corrió a lo largo del reguero de agua negra que fluía hacia las alcantarillas, dejando atrás quioscos, un ciego que vendía tabaco de contrabando, los sucios muros de las escuelas, de los bloques de apartamentos, de los supermercados y los bancos, a una mujer que cargaba pesadas bolsas de plástico con el faldón del chador apesado entre los dientes, una larga hilera de operarios de la construcción que almorzaban a pie de obra.

Mientras corría, notó una aguda punzada en el corazón, un puño helado que la asfixiaba sin piedad. Le temblaron los labios. Cogió la tela áspera del guardapolvo, se la apretó contra el pecho.

Le costaba respirar. Tenía la boca reseca, el rostro en llamas, los labios tumefactos. El sudor resbalaba por su espalda. Le dolían las plantas de los pies como si pisara agujas. Pero no podía parar. Con cada bocanada de aire, se notaba la garganta abrasada. Su mano se deslizó por las consignas garabateadas en las paredes con letra desigual. Tropezó. Sus dedos rascaron la gruesa piel de la ciudad. Se tambaleó. Las piernas le fallaron sin previo aviso.

La bolsa que llevaba en la mano cayó al suelo, levantando una triste nube de polvo.

Teherán, 2009

La dulce melodía del farsi inunda la cabina del avión mientras madres de cintura gruesa advierten a sus hijos que se estén quietos y padres con gafas y rostro recién

afeitado encajan bolsas de mano en los compartimentos superiores al tiempo que preguntan a los pequeños e inquietos viajeros si necesitan algo de éstas. Las risas revolotean en el aire y prenden de las pequeñas pantallas situadas por encima de los asientos. Sheida cierra los ojos. La tensión de los últimos días la abandona poco a poco. Sus pensamientos vagan hasta Valerio, a la pesada calma que se había abatido sobre el apartamento desde que ella había hablado con su madre y decidido regresar a Irán. Valerio se mostraba inusualmente silencioso, como abrumado por emociones a las que no sabía cómo enfrentarse, como si deseara hablar y acaso esperara que ella le preguntase en qué pensaba, o compartiese con él sus propios pensamientos. Pero Sheida no halló fuerzas para ello. Ya no sentía el menor interés por lo que sucedía alrededor. La pena y la ira se habían aliado para encender en su interior la mecha de un enajenamiento espiritual respecto al mundo que la rodeaba. Se sentía ajena incluso al aire que respiraba. Sabía que Valerio sufría cada vez que sus esfuerzos por traerla de vuelta a su mundo de lucha diurna y descanso nocturno se topaban con el difuso muro de la indiferencia. Sabía que él quería más de ella, que lo implicara en mayor medida de lo que lo había hecho. Pero pesaba más la sensación de que no tenía nada que ofrecerle, no en ese momento, no todavía.

Poco a poco, mientras sus pensamientos la llevan a deambular sin rumbo fijo, alejándola de sí misma, nota que algo se abre paso en su interior. Un dulce entumecimiento se adueña de sus brazos. Se deja acunar por el incesante runrún de los pasajeros y el zumbido del avión.

No cree haber dormido más de unos minutos cuando la despierta la voz del capitán, entrecortada por el chisporroteo de las interferencias, para anunciar que están a punto de aterrizar en Teherán. En la cabina se desata cierto revuelo, pues todas las mujeres se apresuran a sacar los pañuelos y guardapolvos de los compartimentos. Deben prepararse para la llegada. Los pañuelos ondean unos instantes en el aire y se posan como un susurro en sus cabezas, ocultando delgadas mechas, subrayando la mirada, el arco de las cejas. Los cuellos parecen más cortos, los hombros más anchos. Los niños ríen ante el nuevo aspecto de sus madres. Los maridos observan la escena. Ellas sonríen, se toquetean los pañuelos. En los primeros instantes, todo parece reducirse a un juego inconsecuente y divertido.

Sheida mira por la ventanilla hacia el inmenso océano de luces que se pierde en la distancia. A sus pies, Teherán se extiende hasta donde alcanza la vista. Una sensación de náusea fruto de la ansiedad la estremece en espasmos regulares. Siente que se le revuelve el estómago de pura expectación, de pura impaciencia. Está a punto de llegar a su país, su ciudad, su calle, su casa.

El avión aterriza con suavidad y unos pocos pasajeros rompen a aplaudir. Al cabo de unos minutos que se hacen eternos empiezan a abandonar la cabina. Cuando Sheida traspasa el umbral y sale a la escalera móvil, le llega el penetrante olor de la niebla producto de la contaminación. Baja los escalones con las piernas flojas, aferrándose a la barandilla, que refleja los tonos azulados y cobrizos del crepúsculo.

Un hombre con chaqueta amarilla y barba de tres días indica a los pasajeros que se dirijan al autobús.

—*Befarmaid khanoom*, el bus está esperando —le dice a Sheida, que mira alrededor como si no supiera dónde está. Se vuelve hacia él con una sonrisa radiante. El hombre la mira con aire perplejo y no dice nada.

La zona de recogida de equipajes bulle con el trajín propio de las llegadas. Hay un tropel de mujeres incómodas con sus nuevos atuendos, hombres temerosos de que los retengan en el control de pasaportes, niños que cuelgan como solitarias llaves del inmenso llavero paterno, mozos con sus uniformes amarillos y la frente perlada de sudor que corren de aquí para allá en el suelo reluciente, gritándose entre sí para hacerse oír por encima del ensordecedor e indescifrable tumulto.

En el control de pasaportes, un hombre con camisa azul marino abotonada hasta la prominente nuez escudriña el pasaporte de Sheida.

—¿De dónde viene? —pregunta con voz monótona.

—De Italia.

—¿Cuánto tiempo ha estado fuera?

—Ocho años.

—¿El motivo de su visita?

El motivo de su visita. De pronto, toda la expectación anterior se desvanece como por arte de magia. ¿Por qué está allí? ¿Por qué ha vuelto? Porque a su padre lo ejecutaron. Porque su madre lleva toda la vida mintiéndole. Porque no sabe qué sentir, ni qué pensar ni qué hacer. Porque finalmente la historia le ha dado alcance.

—Vengo a ver a mi madre —contesta.

Fuera, las líneas blancas y amarillas de la parada de taxis se entrecruzan en el asfalto. Los taxistas se precipitan hacia las puertas automáticas en cuanto se abren para dar paso a los viajeros nerviosos y los mozos de rostro apergaminado. Uno de los taxistas coge la maleta de Sheida. Luce una diminuta mosca debajo del labio inferior y varios anillos de plata que destellan bajo los fluorescentes del aparcamiento. Siguiendo sus pasos, Sheida sale al calor azul de la noche. El taxista pregunta adónde va.

Mientras se abren paso entre el estruendo y la pesada niebla, más allá de las enormes moles de hormigón de los altos edificios provistos de diminutas ventanas, Sheida vislumbra la cima del monte Damavand. Siente un nudo en la garganta al reconocer su triste silueta coronada de nieve. Posa una mano en la ventanilla como si quisiera retener su imagen, grabársela en la piel. Con la palma en el cristal, contiene la respiración y se aferra a esa imagen como a un verso súbitamente recordado.

El incesante y caótico tráfico los adelanta a toda velocidad, dejando tras de sí una persistente nube de humo. Las mujeres cruzan la calle a la carrera, la cola de sus largos chadores negros barre el suelo, rozando los neumáticos y recogiendo el humo, que asciende enroscándose en torno a sus cuerpos hasta desvanecerse en el aire. Cada vez que Sheida ve pasar un chador negro, el corazón le da un vuelco, pues teme que

su larga cola quede atrapada bajo las ruedas.

Una motocicleta pasa zumbando con dos policías montados. Un hombre deja caer la cartera. Una golondrina se posa en la rama de una morera. La risa de un niño se cuelga en el taxi. Al cabo de la calle, Sheida ve otro todoterreno de la policía, y junto a éste tres Guardianes de la Revolución. Cuando el taxi deja atrás el todoterreno gris, Sheida aún no se ha librado del temor que la ha sobrecogido. Tiene la impresión de que la ciudad se ha convertido en territorio militar, una zona bajo constante observación y vigilancia, con pistolas y porras siempre a punto.

Poco a poco, las calles alrededor van cobrando un aire familiar. La cafetería de la esquina sigue allí, con sus anchas puertas de madera, las persianas en las ventanas. La ferretería contigua ya ha echado el cierre hasta el día siguiente. Un anciano se afana en bajar la persiana, que presiona con un pie mientras levanta el otro y lo mantiene suspendido en el aire. Una mujer ante el escaparate de una tienda de ropa observa los vestidos que exhiben maniqués sin cabeza, cuyos senos han sido rebanados como si fueran bultos indeseables.

Por fin, se detienen frente a la puerta azul del edificio de su madre. Sheida se apea del taxi y arrastra su pequeña maleta con ruedas por la acera. Respira hondo y llama al timbre.

—¿Quién es?

—Soy yo, *maman*. Sheida —contesta con voz temblorosa.

Silencio.

—¿Sheida? —se la oye gritar.

El portero automático emite una larga sucesión de zumbidos.

La joven abre la puerta de un empujón. Los pasos de Maryam resuenan en la escalera. Una corre hacia arriba con la maleta a rastras, la otra corre hacia abajo descalza y con la cabeza descubierta. Se abrazan como si se protegieran de un viento huracanado. Maryam toca el rostro de su hija sin dar crédito a sus ojos, sostiene sus manos con dedos temblorosos.

—¿Qué haces aquí? —grita entre risas—. Santo cielo, ¿qué haces aquí?

Sheida llora. No creía que lo haría, pero solloza de un modo tal que no puede hablar. Su madre le enjuga las lágrimas con la yema del pulgar.

—*Azizam, azizam...* —repite.

Suben cogidas de la cintura. En el piso, nada ha cambiado: el sofá marrón, las fotos de la infancia de Sheida colgadas de la pared, las cortinas diáfanas, el espejo de porcelana rojiblanco de la boda de Maryam, con el borde desconchado. Sheida se lo esperaba. Sabía que nada habría cambiado en el inexpugnable mundo de su madre. Que querría que su hija encontrara las cosas como las dejó si algún día decidía regresar.

Maryam le enseña las plantas del balcón. El filodendro ha crecido; sus hojas se precipitan sobre la mesa y llegan al suelo. Cuando Sheida era pequeña, Maryam le enseñó a limpiar esas hojas en forma de corazón. Las sostenía una a una y les quitaba

el polvo con un algodón mojado. Maryam solía lavarse la cara de igual modo cuando volvía de trabajar. Echaba agua tibia en un platito, se sentaba en el suelo con la espalda apoyada contra un cojín y mojaba el algodón en el platito. Regueros de agua surcaban su rostro, y Sheida veía cómo el algodón iba tiñéndose de negro.

Ésos eran los momentos más hermosos de su vida en común, cuando su madre se quedaba en casa con ella, se sentaba a su lado, ayudándola a hacer los deberes en un silencio apacible, sólo interrumpido por el zumbido del aparato en que Maryam mantenía la comida caliente hasta la hora de la cena. Luego comían, veían sus series de televisión preferidas con una taza de té entre las manos y la manta de retales tejida por la abuela sobre las piernas. Sheida recuerda esa expresión cansada pero serena de su madre, que parecía alisarle las arrugas cuando se acurrucaba junto a ella, cuando escrutaba su rostro y le decía que tenía los ojos más bonitos que había visto en su vida, que brillaban como si en su interior hubiera dos dragones que escupieran fuego, que no tenía una sino dos hileras de pestañas en cada ojo. Y Sheida se reía, feliz y orgullosa.

Ahora, al volver a ese piso donde pasó los momentos más tristes y también los más dichosos de su vida, siente que nunca se ha ido. Sigue siendo la misma niña cuya madre, pese a todos sus errores y defectos, es el único punto de referencia estable que conoce.



En el centro de la mesa hay un jarrón de cerámica azul con narcisos. Se compran en las esquinas, a pie de semáforo, en manojos envueltos en papel de periódico. Los venden hombres de rostro oscuro, macilento, que llaman con dedos sarmentosos a las ventanillas de los coches y serpentean entre los vehículos. Rara vez comprueban el dinero que les dan a cambio de las diminutas flores amarillas.

Madre e hija se escrutan a uno y otro lado de los narcisos mientras sus pensamientos deambulan lejos de allí. Sus miradas se deslizan entre los delicados pétalos y llegan al otro lado impregnadas de un olor amarillo.

Maryam habla sin parar. Del tiempo, del tráfico de Teherán, de la hija de una amiga que ha logrado ingresar en la universidad, de otra que tuvo un bebé. Salta de un tema a otro con la esperanza de apartar la mente de Sheida del pasado, de una pira en llamas, de la muerte, del presente. Teme el silencio, teme los pensamientos de su hija. En cuanto cree que ésta deja de prestarle atención, cambia enseguida de asunto. Sus palabras son leves como la lluvia.

Maryam nunca había querido arrastrar a Sheida al pasado. Quería mantenerla a salvo de eso, pero ha fracasado. Ahora Sheida está allí y su madre no puede fingir que no sabe por qué. Pero no quiere preguntar; no quiere dar pie a nada. Quiere mantener la muerte a raya tanto tiempo como sea posible. Hay tanto de que hablar, y sin embargo nada que decir...

Sheida escucha. Parece no hacer más que esperar con paciencia el momento

propicio para soltar la bomba que habrá de reducirlo todo a cenizas. Lo hará sin mirar atrás, determinada a vengarse del tiempo, de su madre y de su patria. Maryam bebe un sorbo de agua. Reconoce el fuego que arde en los ojos de su hija y aparta la mirada.

—¿No vamos a hablar de por qué he venido? —pregunta Sheida.

Los narcisos permanecen inmóviles en el jarrón. Una gota de agua en el mantel refleja la luz de la lámpara que cuelga por encima de sus cabezas.

Maryam le sostiene la mirada. No puede articular palabra. Casi teme a su propia hija. Se da cuenta de que ha envejecido, de que Sheida se ha hecho mayor y ya nada es igual.

—Dímelo.

—Me ocultaste la muerte de *baba*.

Maryam no contesta ni mira a su hija. Tiene los ojos clavados en un punto indeterminado del espacio ante sí. Se le encoge el corazón de pena. Sus ojos permanecen secos. No le quedan lágrimas que ofrecer al mundo.

Ésas son exactamente las palabras que nunca hubiese querido escuchar de labios de su hija. Las palabras de las que intentó protegerse a toda costa, por las que empeñó su vida. Y ahora flotan en el aire como halcones en busca de una presa. No ha podido detener nada. No ha hecho más que sufrir con la cabeza aplastada entre las poderosas rodillas de la historia. Y ahora hay manchas de sangre y sesos esparcidas por doquier. Ha sido derrotada.

«La batalla ha llegado a su fin».

—¿Pensabas contármelo algún día?

—Nunca creí que acabarías enterándote de ese modo.

—Tenía derecho a saber lo que le pasó.

—No podías hacer nada. Sólo hubiese servido para echar a perder tu vida.

Sheida deja la servilleta sobre la mesa. Tiene las mejillas encendidas.

—¿Que no podía hacer nada? ¿Y eso qué importa? Me has privado de mi pasado. ¡Me has privado de mi propio padre!

El vaso tiembla cuando Maryam se lo lleva a los labios y toma otro sorbo breve, vacilante, de agua. Algo en ella se desmorona. Se siente herida en lo más profundo de sus entrañas, allí donde los ojos no llegan.

—Sólo quería que llevaras una vida normal. Quería que vivieras... que viviéramos como todos los demás. Quería protegerte. —Hace una pausa—. Tenía miedo.

El silencio planea sobre el apartamento como una maldición. Maryam presiona las manos contra la mesa para detener su temblor. Cierra los ojos. «Sacarlo todo a la luz, contárselo todo con pelos y señales. Quedarse desnuda, esperando que el látigo caiga sobre su piel, vencida».

—Tu padre murió ejecutado. —Abre los ojos y mira a su hija—. Vinieron a casa y se lo llevaron pocos meses después de que yo supiera que estaba embarazada de ti.

Le vendaron los ojos y lo metieron en un coche. Entonces supe que todo había acabado. Ese día supe que lo había perdido. Que nunca volvería a verlo en nuestra casa. Me dejó sola sin que nada en todo el mundo pudiera reemplazarlo. ¿Es eso lo que querías saber? ¿Es ésa la mentira? —Maryam tiembla. Tiene la sensación de que el suelo ha desaparecido bajo sus pies—. Ni siquiera pude llorar su muerte. Me llamaron, me dieron sus cosas y me dijeron que había muerto. Nada más. Me dijeron que no podía celebrar un funeral por él. Eso me hizo tu padre. Estaba sola. He estado sola desde entonces. ¿Es que no te das cuenta? Estaba paralizada de miedo. —Se le quiebra la voz.

Sheida mira a su madre, muda de asombro. Es como si su padre acabara de morir, como si no hubiesen pasado décadas. Maryam sigue allí, en esa vieja casa, sigue viendo cómo vendan los ojos de su marido y se lo llevan. Nunca ha abandonado esa casa, nunca ha abandonado ese instante. Se ha enterrado en vida. Se ha enterrado en todo lo que fracasó, en todo lo que acabó aniquilado.

—No puedo moverme. —El blanco de los ojos de Maryam se tiñe de un rojo cargado de ira—. Me limito a seguir aquí y esperar. Ni siquiera sé qué espero. Es lo único de lo que soy capaz. Perdí a mi marido; no soportaría perder a mi hija. ¿Y si cuando crezca quiere seguir los pasos de su padre? Mira lo que está pasando ahora. Veinte años y nada ha cambiado. Han empezado a hacer lo mismo otra vez, a meter a los hijos de la gente en la cárcel, a matarlos en las calles. ¿Acaso no lo has visto? No podía permitir que te pasara. ¡No podía permitir que te arrancaran de mi lado!

Sheida es incapaz de apartar los ojos de las lágrimas que bañan el rostro materno, de sus facciones deformadas por el sufrimiento, por las gruesas cicatrices de los recuerdos. Le producen pavor. Esas lágrimas. Esas palabras. Aplastan algo en ella como si fuera una lata de refresco vacía. Deseaba vengarse. No había pensado en el cataclismo al que arrastraría a su madre, que la desgarraría por dentro. No había pensado que la vería rota en mil pedazos.

Quiere decir algo, pero no puede. Quiere clavarse las uñas en los muslos hasta hacerse sangre.

Fuera se oye un estrépito de carreras, empujones y gritos. Las sirenas de la policía se solapan con un solo alarido, una voz de mujer. Un helicóptero da vueltas en el cielo, rasgando el silencio con su bronco estertor.

Teherán, 1983

Él le dijo que estaba consintiendo que la semilla del miedo germinara en su interior.

—Si dejamos que nos atemoricen, no nos quedará nada.

Ella lo escuchaba de pie junto a la ventana. Veía a la casera en la galería, separando las piedrecillas del arroz mientras su chador con estampado floral le

resbalaba todo el tiempo hacia los hombros. Cada vez, la mujer levantaba una mano y lo estiraba hacia delante.

—Están deteniendo a todo el mundo —dijo ella sin volverse—. ¿Por qué ibas a ser tú una excepción?

—No pueden detener a todo el mundo. Somos demasiados.

Él estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo. A su lado se apilaban los panfletos antigubernamentales que se encargaba de repartir de noche por las casas. Desde donde estaba ella no podía leerlos, pero sabía que aquélla no era la revolución por la que él había luchado. El hombre sostenía un cigarrillo consumido. El cenicero de porcelana que habían comprado en Isfahan se hallaba junto a su rodilla. La ceniza del cigarrillo era tan larga que se combaba hacia dentro. Ella temió que cayera sobre la alfombra.

Él advirtió esa preocupación en sus ojos. Apagó el cigarrillo en el cenicero. Pero no mencionó el miedo que también traslucía su mirada.

Ella posó una mano en su vientre abultado. Aún quería hablar de ese miedo cuando notó un pequeño aleteo. Sonrió, se volvió hacia él.

—Está moviéndose.

Él se levantó de un brinco y fue hacia ella, que notó el tacto cálido de su mano. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No puedo estar sola cuando nazca nuestra hija. Tienes que estar aquí. Tienes que estar en todas partes.

Sabía que a él no le gustaba que hablara así. Pero no podía evitarlo. El miedo le había sembrado la garganta de espinas.

—No pienso irme a ninguna parte. —Él le besó el vientre, las manos, el cuello—. Aquí estaré.



El timbre sonó cuando estaban separando los panfletos en montones. Maryam miró por la ventana. Ese día el azul del cielo era distinto; el sol parecía mantenerse a distancia, como si ya no los observara.

Él había dicho: «El día que el miedo prevalezca, no nos quedará nada».

Se equivocaba.

El miedo era ahora lo único que le quedaba a ella.

Teherán, 2009

La brisa agita las hojas de la morera al otro lado de la ventana. Nubes blancas bogan en el cielo azul, como en un sueño feliz. Maryam se despierta. Sheida duerme en la cama contigua con los labios un poco entreabiertos, los párpados completamente cerrados. Maryam siente que la embarga la emoción, la pura alegría

de contemplar a su hija, de tenerla allí consigo. «Por fin». También se siente extrañamente descansada; no se ha despertado una sola vez en toda la noche. No recuerda la última vez que durmió así, a pierna suelta. Dos líneas surcan la piel de Sheida por debajo del cuello, como si fuera un collar. Le gustaría recorrerlas con un dedo. «¿Será esto un nuevo comienzo? ¿Será éste el primer día de una nueva vida?».

Se levanta y echa un vistazo al reflejo que le devuelve el espejo. Los ojos hinchados le escuecen. Escudriña el espejo, pero no acierta a verse los ojos porque están ocultos bajo pliegues de piel flácida. Desliza el dedo corazón por uno de los párpados abotargados y lo alza. Evoca escenas de la víspera. Creía que la ira se había desvanecido, al igual que el dolor. Pero al parecer nada había cambiado. Sólo estaban esperando el momento justo para emerger. Maryam no había podido refrenarse, contener el alud de recuerdos, continuar desangrándose por dentro. La muerte de Amir es la carga más pesada que se ha visto obligada a soportar, su muerte y el secreto que ella tejió alrededor, las mentiras que le contó a Sheida, de tumores y hospitales. Qué avergonzada se había sentido en algunos momentos, qué asqueada consigo misma al escuchar las mentiras que brotaban de sus labios como un torrente impetuoso. Cuántas veces se preguntó si estaba bien lo que hacía. Pero no tenía respuestas, y con el correr del tiempo llegó a convencerse de que no había opción. El secreto se había enroscado a su alrededor con implacable tenacidad y mantenía sus labios sellados. Lo único en que podía pensar, desde el primer día y a lo largo de todos los días, meses y años sucesivos, era en sobrevivir y seguir adelante.

Recuerda el día que volvió a casa de sus padres. Había perdido cinco kilos en una semana. Era una sombra de lo que había sido. «Si no te preocupa tu salud, por lo menos piensa en la de tu hija», le había dicho su madre mientras empaquetaba sus cosas. Maryam la observaba sentada en un rincón. Todo el piso estaba impregnado de un olor, no el de Amir, sino el de su ausencia, y Maryam no tenía fuerzas para convivir con él ni para abandonarlo. Su madre metió todas las cosas de Amir en una caja de cartón que selló con capas y más capas de cinta adhesiva para enviárselas a la madre de éste, que vivía en Hamedan. Luego puso a Sheida en el cochecito y cogió la mano de Maryam.

Se le hacía raro volver a vivir en esa vieja casa con su jacarandá, cuyo dulce y empolvado perfume la despertaba todas las noches, mientras jadeaba y luchaba por respirar. El olor de las flores nunca la había molestado de pequeña, pero ahora le obstruía los pulmones, le atenazaba la garganta como si pretendiera asfixiarla. «¿Con lo que te gustaba ese olor!», exclamaba su madre con voz quejumbrosa. Y era cierto, ella lo reconocía. Pero ya no. «¿Qué está pasándome?», se preguntaba Maryam.

A Sheida, en cambio, le encantaba el árbol. Se pasaba las horas a la sombra del jacarandá, jugando con sus muñecas o ayudando a la abuela a limpiar el arroz. A medida que las semanas y los meses se sucedían, Sheida se resistía cada vez más a permanecer con ella dentro de la casa, pues prefería estar con su abuela en el jardín. Ya no se quedaba hecha un ovillo en la cama de Maryam, hundiendo los codos en el

colchón mientras hojeaba un libro ilustrado, leyendo los nombres de todos los personajes en voz alta, casi a gritos, en un intento por despertar a su madre de una de esas largas cabezadas que cada día se alargaban un poco más. En realidad, Maryam estaba despierta. Oía los gritos de su hija, pero era incapaz de levantarse. No tenía fuerzas. La abrumaba la sensación de cargar con el mundo a la espalda, de vivir aplastada bajo su peso. Lo único que deseaba era dormir y no despertar jamás. Sólo aparecía tras la celosía de madera blanca del pasillo cuando tenía que llevar a Sheida al dentista o a que la vacunaran. O cuando le tocaba cocinar, los martes, miércoles y jueves. «Así te distraes un poco», le había dicho su madre. O a la hora de las comidas, cuando sus padres, así como su hermano y la mujer de éste el día que venían de visita, se reunían en torno a la mesa y la esperaban, cuchara en mano. Por entonces, Maryam tenía la impresión de que alzaban la voz de forma deliberada cada vez que ella estaba a punto de entrar en el comedor. Era su forma de decirle que la vida debía seguir adelante. Pero el guirigay le resultaba molesto, como si bastara un poco de jaleo para olvidar su dolor, para olvidar que él ya no estaba allí, que le tocaría envejecer sola, sola y con la vida en suspenso. Así que prefería quedarse en su habitación, durmiendo, mirando por la ventana o tejiendo otra bufanda para su hija, que apenas se las ponía.

Pero llegó el día en que se dio cuenta de que debía acabar esa larga cabezada que amenazaba con engullir vivas a madre e hija. Fue a raíz de un incidente sin importancia, pero que por algún motivo la sacudió hasta el alma.

Había pasado un año. Sheida iba a empezar la escuela primaria. Era una mañana fría y ventosa. Maryam la peinó con esmero y le recogió el flequillo con una pequeña pinza blanca en forma de flor. Sin embargo, cuando llegaron a la escuela, la directora impidió el paso a Sheida. «¡No sin un *maghnaeh!*», exclamó en tono destemplado. Maryam miró alrededor. Su hija era, en efecto, la única niña que no iba tocada con un pañuelo. Parecía desnuda en medio de todas aquellas cabecitas cubiertas que la observaban con sus rostros enmarcados en blanco. Sintió una punzada de vergüenza, de incompetencia. Puso el grito en el cielo, se enzarzó en una acalorada discusión con la directora, le dijo que su hija aún no había cumplido nueve años, y que según la ley islámica las niñas no tenían que cubrirse hasta esa edad, la edad del *taklif*. Pero la directora no dio su brazo a torcer. Las reglas eran las reglas, zanjó, y tuviera o no nueve años, su hija debía llevar un pañuelo en la cabeza para poder entrar en la escuela.

Maryam enmudeció de pronto al recordar que su madre la había advertido acerca del *maghnaeh*, pero ella no se lo había tomado en serio. Sólo entonces se dio cuenta de que, mientras vivía recluida, amortajada en su pena, el mundo había seguido girando, y ahora todas las niñas que iban por la calle se cubrían con un pañuelo, y todo el mundo parecía saberlo excepto ella. Por fuerza tenía que haberlas visto. ¿Cómo no se había fijado?

Se volvió y miró en torno en busca de su hija. La vio escondida detrás de la

pesada puerta de hierro, asiendo el picaporte. Estaba rígida, como si hiciera un esfuerzo descomunal por mantenerse entera. Como si, a poco que se relajara, su cuerpo y cuanto había alrededor fueran a desmoronarse sin remedio. No vio las lágrimas, pero tuvo la impresión de que su hija estaba a punto de romper a llorar, que en cualquier momento ardientes lágrimas de bochorno surcarían su rostro. Maryam no podía perdonarse lo que le había hecho, la humillación a que la había sometido. No podía seguir así. Era el momento de despertar de su letargo.

Fue entonces cuando decidió que debía abandonar el país a toda costa. Y mientras esperaba un visado —por entonces ignoraba que tardaría diez años—, buscó un apartamento con paredes de ladrillo y grandes ventanales, y se marchó de la casa de paterna. «Ya es hora», dijo cogiendo a Sheida en brazos. Su padre la seguía con las bolsas de ambas mientras su madre las despedía con la mano, enjugándose las lágrimas y vertiendo un cuenco de agua en el suelo para señalar su partida. Cuando pasó por delante del jacarandá, Maryam aspiró hondo y se llenó los pulmones de su perfume; ya no le resultaba asfixiante.



Ahora Maryam sale del apartamento y cierra la puerta sin hacer ruido. Fuera, el aire es fresco y limpio. Todavía es temprano. La contaminación aún no empaña el ambiente. En la ciudad reina el silencio. Ese silencio la saca de quicio más que ninguna otra cosa. Lo reconoce, es el mismo de hace treinta años. No es normal, no es fruto de la modorra que envuelve el alba, sino el silencio de una ciudad a la que han acallado por la fuerza, a golpes, de una forma rápida, brusca, sin vacilar un instante. Una ciudad que, sin embargo, sigue en pie. Que, si bien herida y devastada, no se rinde, un volcán durmiente que podría entrar en erupción en cualquier momento. Es ese empeño por seguir en pie, esa resistencia, lo que inquieta a Maryam. Allá donde mire reconoce el rastro de las refriegas de la víspera: un contenedor de basura volcado, calcinado, el asfalto roto, los cascotes esparcidos por la acera y las manchas de sangre todavía visibles en la calzada, las pintadas hechas con pintura verde en la pared, «¿Dónde está mi voto?». Sabe que las manifestaciones no cesarán, que la gente tomará de nuevo las calles. Y con las manifestaciones volverá también la represión que todo lo arrasa a su paso, las detenciones y los asesinatos. ¿Cuántas víctimas más habrá? ¿Cuántos muertos? «¿Cuándo acabará esta sangría?». Ve pasar a los escasos y apresurados transeúntes que, como ella, han salido a la calle, una sucesión de rostros cansados, borrosos, de espaldas encorvadas. «¿Volverán a desangrarnos?».

Hay cola ante la panadería. Maryam se coloca tras una mujer que luce un pañuelo blanco con flores rosadas. Sujeta un capazo con hojas de albahaca envueltas en papel de periódico. La mujer deja el capazo en el suelo, se vuelve hacia el plátano que se alza detrás de ambas y posa los ojos en Maryam.

—Un día más —dice.

—Y aquí seguimos —responde Maryam.

La mujer asiente, mira hacia el árbol y luego se vuelve de nuevo hacia el panadero que, empolvado de harina, saca el *sangak*, el pan tradicional, del horno con una larga pala, lo deja sobre el mostrador y procede a extraer las piedrecillas de sus diminutos hoyos. El pan está caliente. La mujer saca una bolsa de papel del capazo y mete la hogaza. «¿Es Sheida feliz?», se pregunta Maryam mientras ve a la mujer alejarse de la cola balanceándose ligeramente a uno y otro lado. ¿Ha sido una buena madre, pese a su debilidad, a sus defectos? No está segura. Ahora, al echar la vista atrás, se da cuenta de que nunca tuvo un plan claro acerca de nada. Crió a Sheida como buenamente pudo, sin saber jamás a ciencia cierta cuáles eran las decisiones correctas. Amir tendría que haber estado allí. Maryam estaba sola y su corazón, demasiado maltrecho para que pudiera centrarse en lo importante. Y alrededor siempre había otras madres que parecían saber exactamente qué querían, y qué querían sus hijos. Todas las demás madres podían dormir estando su hija en otra habitación; no así Maryam. Sabían que debían cubrir la cabeza de su hija antes de salir de casa; no así Maryam. Sabían decirle a su hija que todo saldría bien; no así Maryam. Tenía la impresión de que había dos tipos de madres en el mundo: las que sabían y las que no. Ella pertenecía al segundo. Sólo sabía proteger a su hija de su propio secreto, examinándolo todo al detalle, cribándolo todo, desde los trabajos escolares de Sheida hasta la muerte de su padre, para impedir que nada de ello llegara a su mente. Maryam se guardaba para sí los residuos indeseados. Lo residual era cuanto le había salido mal en la vida. Debía mantener a Sheida apartada de ello, de las manos ensangrentadas de la historia. Ella había echado los cimientos. Era la madre. Creía saber lo que era mejor. Pero su vida se fue a pique y no halló ninguna rama a la que aferrarse.



Sheida sigue durmiendo acurrucada cuando Maryam regresa. Se sienta en el borde de la cama y acaricia el pelo de su hija. Sheida abre los ojos. Tiene el sueño tan leve como siempre. Esa levedad intacta le devuelve a la niña que fue. Maryam se inclina y la besa en la mejilla, que aún huele a sueño.

—¿Has dormido bien?

Sheida asiente y sonrío con ojos soñolientos, relucientes. Une las manos y apoya en ellas la barbilla.

—Hace unos días recordé algo —dice, buscando la mirada de su madre—. De pronto, me acordé de *baba*. Es uno de los pocos recuerdos que tengo de él.

—¿Qué recordaste?

—Lo vi cogiéndome en brazos. Yo estaba muy asustada. Nada más. Recuerdo muy bien el miedo que sentí. Y había una especie de ventana.

—Te llevé a visitarlo dos veces. La segunda, cuando tenías unos tres años. Me dejaron pasarte al otro lado de la mampara de cristal para que él te cogiera y él

escondió algo entre tu ropa. Te lo enseñaré más tarde.

Maryam arroja a Sheida, ciñéndole la manta en torno a los hombros. Mientras habla, se siente inesperadamente leve y serena, como si llevara toda la vida esperando ese momento en que al fin puede dejar de luchar. Y su rendición es leve como una gota de lluvia.

—Pero la primera vez yo no estaba presente —continúa—. No quisieron darme permiso para visitarlo, así que te llevé e insistí mucho en que tu padre necesitaba verte, hasta que accedieron a llevarte con él unos minutos, aunque yo tuve que esperar fuera. Tu pobre padre ni siquiera sabía que habías nacido. Debió de quedarse pasmado cuando le pusieron un bebé en brazos y le dijeron que era su hija.

Sheida sonríe, pero hay tristeza en su mirada.

—¿Cómo era?

—¿Tu *baba*? Bueno, bastante tímido, un poco como tú. Pero también muy decidido, y más bien terco. —Maryam intenta reír, pero se le forma un nudo en la garganta. Nada se ha vuelto más fácil. El tiempo no cura las heridas. Ni siquiera seca las lágrimas. En lo tocante a la pérdida, el tiempo no es sino un vano intento de olvidar—. Pero era un hombre muy bueno, y tenía una voz preciosa. Cantaba muy bien.

Estando allí acostada, mirando a su madre, Sheida parece tensarse.

—No puedo imaginar lo duro que habrá sido para ti.

«¿Me está perdonando? —se pregunta Maryam—. ¿Me ofrece una reconciliación?». No sabe qué contestar.

—Sólo quería que tuvieras una buena vida —dice con un hilo de voz, como si ya no estuviera segura de lo que eso significa. Ha repetido esas palabras tantas veces para sus adentros que ya sólo suenan como un débil intento de impedir que los muros se derrumben.

—Me has dado una buena vida, *maman*. Una vida maravillosa.

Maryam la escucha sin poder evitar preguntarse «¿Y lo que pasó en Italia?», pero no se atreve a decirlo. No desea abrir otra herida. Sabe que le falló en Italia. Ella era la madre. Ella debía ser fuerte. Ella tenía que protegerla, no al revés. Maryam no había sido una madre fiable.

—Quería que tuvieras una vida plena. Es decir, he intentado darte esa vida.

—Bueno, con todas las actividades a que me apuntabas —responde su hija, sonriendo—, que si ajedrez, que si tenis, que si pintura, inglés, caligrafía, gimnasia... ¡Incluso gimnasia! Mira que era rígida como una pértiga, pero aun así me apuntaste a aquel curso aterrador. Puedo asegurarte que he tenido una vida plena, desde luego... —Se ríe y se le ilumina el rostro.

Maryam le acaricia el pelo. Puede que su hija la haya perdonado, en efecto. Puede que lo sucedido en Italia ya no tenga importancia, ya no resulte doloroso. O puede que no lo mencione porque quiere ahorrárselo. Maryam siente un nudo en la garganta, un nudo de gratitud que amenaza con estallar.

—Todas esas cosas se te daban bien —afirma—. Ven, vamos a desayunar.



El sol entra a raudales por la ventana de la cocina, derramándose sobre las tazas, prestando al té un resplandor cobrizo. Sheida las coloca en una bandeja y las lleva a la mesa. Maryam se acerca a su hija. Lleva una cajita de madera.

—Esto es lo que quería enseñarte —dice, y la abre. Hay una pulsera de huesos de dátíl envuelta en retales de tela blanca que Maryam desenrolla con cuidado ante los ojos su hija—. Tu padre lo hizo.

Sheida deposita la bandeja en la mesa, mira la pulsera de hito en hito. Nota que enrojece.

—¿Es lo que escondió entre mi ropa?

—Sí.

Madre e hija toman asiento. Maryam ha extraído la pulsera de su mortaja blanca, de su ataúd de madera. La sostiene con delicadeza, como si fuera de cristal.

—¿Nunca te la has puesto?

—Es tuya. Sólo la guardé para ti.

—Es preciosa —murmura Sheida.

Maryam mira a su hija. Le gustaría dormirse y, al despertar, encontrarla rodeada de resplandecientes campos verdes, el sol bañando su piel, el aire perfumado con la fragancia de flores silvestres, la hierba cosquilleándole en las manos mientras camina por los campos con los brazos abiertos de par en par. Abre los suyos para abrazar a Sheida. Ya no siente que se desmorona, que se viene abajo. Durante mucho rato no siente nada en absoluto. Ni ira ni pesar ni vergüenza. Busca la mirada de su hija y coge su rostro. En sus ojos Amir sigue vivo, riendo, llorando, arrojando al cielo las palabras que ellos nunca llegaron a decirse, como una lluvia de confeti.

—Lo siento, Sheida —dice—. No puedes imaginar cuánto lo siento, por haberte mentido todos estos años, por haberte privado de tu padre. Pero tienes que darme otra oportunidad. ¿Lo harás? Podemos empezar de cero.

Sheida asiente con los ojos anegados en lágrimas. Maryam coge la pulsera. Es ligera y suave. Se le encoge el corazón al fijarse en la perfecta unión de los huesos de dátíl.

—A ver cómo te queda.

Se la coloca en la muñeca. Tiene que esperar un instante a que se le pase el temblor de las manos para poder anudarla. «Aquí la tienes, Amir. Aquí la tienes, estoy dándosela. Ya puedes descansar. Se acabó».

Sheida observa los delgados dedos de su madre, que le anudan la pulsera en torno a la muñeca. Siente que, poco a poco, se desvanecen la pesadumbre y la exasperación de que era presa. Siente que su corazón rebosa de un sentimiento difícil de explicar. Se parece a la alegría, pero va mucho más allá. Es algo que le inspira una sensación de levedad, como la brisa, o la risa. Es liberador.

Observa la desvaída y humilde pulsera en su muñeca y la roza. Las lágrimas le emborronan la visión.

Es como si por fin su padre la hubiese abrazado.

Teherán, 1983

Estaban tumbados en una manta, sobre la hierba crecida. Ella notaba bajo la espalda la mullida elasticidad de la hierba, que se replegaba cediendo a la presión de sus cuerpos. Alargó una mano y acarició las afiladas briznas. Más allá de los plátanos y los dientes de león, el rumor de un río colmaba el aire.

Él estaba de lado, recostado sobre un codo, con la sien apoyada en la mano. Con una diminuta flor blanca le hizo cosquillas en la nariz mientras recitaba un poema. Ella se echó a reír y apartó la flor de un manotazo.

Él volvió a hacerle cosquillas. Ella se frotó la nariz, a punto de estornudar. Le lagrimeaban los ojos. Sujetándole la mano, estornudó y rió a la vez. El graznido que emitió hizo temblar el aire y se perdió entre las hojas del árbol que los cobijaba, que también parecían temblar de risa.

Él soltó una carcajada y arrojó la flor a un lado. Fue a caer junto a un paquete de cigarrillos, dos vasos de plástico usados y un libro abierto que descansaba boca abajo, apoyado sobre su abultado vientre de papel.

—Comamos algo —propuso ella, todavía riendo mientras se incorporaba y alargaba la mano hacia la bolsa que había traído. Liberada de su peso, la manta se elevó ligeramente, impulsada por la hierba que luchaba por erguirse.

Ella abrió la bolsa: huevos duros, uvas doradas, queso feta y aceitunas.

Él soltó un suspiro de satisfacción.

—Has pensado en todo.

El hombre peló los huevos mientras ella lo observaba. Tenía las manos muy pequeñas. A veces, ella se preguntaba cómo podía hacer cosas. Eran casi más pequeñas que las suyas. Perfectas para sostener un bolígrafo, o bordar, o coger flores, o acariciarla, para tocarla con la dulzura de quien guarda un secreto entre los dedos. Sintió el impulso de inclinarse y besar aquellas manos que sostenían la clara de huevo como si fuera una piedra preciosa.

Le tendió el huevo pelado. Ella lo cogió e hincó los dientes en su tierna carnosidad. Comieron en silencio. De vez en cuando, se miraban y sonreían. No necesitaban palabras. Sabían hablar con los ojos. En la cima de la montaña, habían aprendido a reconocer la cadencia de los latidos del otro.

Unas pocas gaviotas se acercaron dando saltitos a la manta, picoteando las briznas de hierba, las hojas secas esparcidas en la tierra y los huecos entre diminutas piedras.

Después de almorzar, decidieron pasear hasta el río. Él dobló la manta y pasó la mano por la hierba, como si quisiera ayudarla a levantarse de nuevo. Iba delante,

cargado con la bolsa y cantando mientras avanzaban con parsimonia por un sendero que serpenteaba entre los plátanos y las matas de frambuesas. Su voz era cálida como el sol.

Al poco, el estruendo del río empezó a resonar en sus oídos y una brisa fresca les alborotó el pelo. Él dejó de cantar y aspiró el aire rociado de agua del río. Descendieron por la pendiente pedregosa de la mano, oyendo el crujido de los guijarros que rodaban bajo sus pies, el fragor del río abandonado a su propio ímpetu.

Había ramas colgadas sobre el agua, medio rotas, medio aferradas a los árboles. Una libélula revoloteó entre dos piedras. Él intentó cogerla, pero se alejó aleteando y fue a posarse en un guijarro reluciente del lecho fluvial.

Él le quitó las botas de montaña y le lavó los pies en el agua fría. De vez en cuando, un trozo de madera o unas pocas briznas de hierba se topaban con sus pies desnudos y bailaban en torno a sus tobillos, zarandeados por la corriente, luchando por liberarse. Él los apartaba con el dedo. Ella los veía alejarse flotando por encima de las piedras.

Los pies empezaban a entumecerse de frío. Los sacó del agua helada y los posó en la superficie lisa de una piedra gris y azul que el sol había templado. Se sintió rejuvenecer a través de sus pies, como si volviera a nacer.

Echó la cabeza atrás y contempló los árboles que se inclinaban sobre ellos como si quisieran protegerlos de algo. Se llevó una mano al vientre y sonrió. Lo miró. Él estaba quitándose los zapatos. Canturreando, metió los pies en el agua. Ella conocía la canción. Sólo necesitaba que él tarareara los primeros acordes para acompañarlo entonándola toda para sus adentros. Pero nunca en voz alta. Quería empaparse del sonido familiar de su voz. Acarició su propio vientre, imaginando que acariciaba también lo que crecía en su interior.

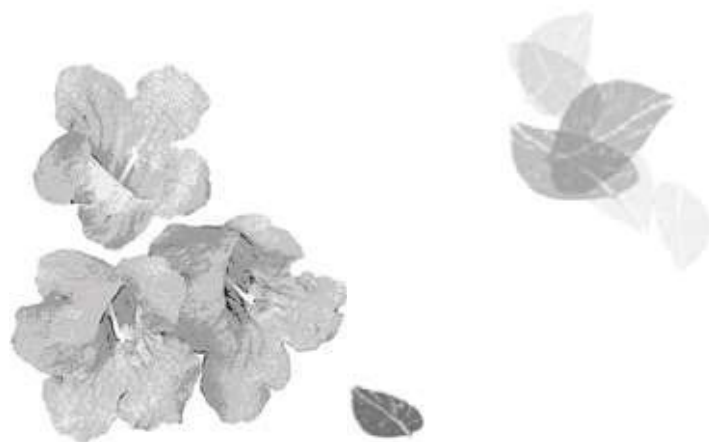
Al darle la noticia, él se había echado a reír y casi había llorado. Sus ojos brillaban como gotas de lluvia tocadas por el sol.

—Tú eres el milagro —dijo.

Luego adornó sus pies con flores amarillas que fue insertando entre los dedos con delicadeza.

Una ráfaga de viento se levantó despacio y barrió unas pocas hojas secas, llevándoselas como si fueran sus hijos perdidos, aquellos que no habían llegado a nacer.

2010
Teherán, República Islámica de Irán



Sara se sienta en la silla con cuidado para no mover las piezas del tablero de ajedrez. Sus manos desprenden un dulce olor a jabón de coco, lo que hace que Donya tenga la sensación de estar en una isla tropical y no en Teherán, con sus calles barnizadas de hielo.

—¿A quién le toca? —pregunta Sara.

—A ti.

Sara se pasa los dedos por el pelo, apoya la barbilla en la mano y observa el campo de batalla con la serenidad de un general experimentado.

Están sentadas en el centro de la sala de estar pintada de amarillo limón, en torno a una mesa redonda con cristal. Las cortinas de terciopelo verde oliva están echadas en todas las ventanas excepto una. A través de la niebla que empieza a levantarse, Donya alcanza a ver el sucio muro de la cárcel de Evin, que más parece una prolongación de las polvorientas cuevas del monte sobre el que se alza.

Cuando llegó a Teherán, pocas semanas atrás, se inquietó al comprobar lo cerca que quedaba el piso de Sara de la cárcel. No podía creer cuánto había crecido la ciudad. Los edificios de nueva construcción se erigían por doquier. La ciudad había estirado las extremidades, hundiéndolas en las espinosas lindes de la montaña, y ahora era vecina de una cárcel en tiempos aislada.

—Es una ciudad de diecisiete millones de habitantes —le había explicado Sara, a todas luces complacida con la perplejidad de Donya—. ¿Qué esperabas?

Donya había visto a un hombre pequeño subir por la carretera que conducía a la entrada de la cárcel cargado con flores y una bolsa. Se preguntó qué contendría. ¿Ropa de abrigo? ¿Cartas? ¿Cigarrillos? Retazos de una vida desbaratada.

El hombre caminaba encorvado, como si la sombra de los muros que se cernían sobre él fuera un lastre que estuviera condenado a cargar para siempre. Avanzó con paso renqueante hasta el portalón. Como habría hecho el abuelo de Donya años atrás, por la misma carretera, con una bolsa similar, vencido por el peso de un mismo sino, con la esperanza de ver a su hija, Firoozeh, al otro lado de aquellos mismos muros.

Cuando le había comentado por teléfono a su madre la cercanía entre la cárcel y la ciudad, Firoozeh había acogido la noticia con poco más que silencio. Donya sabía que estaba dándole información no deseada; su madre no quería saber. Desde que habían emigrado a Estados Unidos, casi quince años atrás, no había vuelto a pisar Irán, y había dejado claro que no tenía la menor intención de hacerlo. Había un poso de odio en la negativa de su madre a regresar que a veces llevaba a Donya a preguntarse qué habría pasado en la cárcel. ¿La habrían amenazado, torturado? Se guardaba estas conjeturas para sí, pues temía preguntar, temía la respuesta materna. ¿Y si, en efecto, la habrían torturado, u obligado a hacer cosas que no deseaba? Donya no creía tener valor suficiente para conocer la verdad.

Apostada junto a la ventana del piso de Sara, había estado mirando al desconocido hasta que se lo había tragado la oscuridad que se abatía forzada, rápidamente, sobre la cárcel, la ladera del monte, la maleza y los fantasmas de los

hombres y las mujeres que nunca regresaron de entre esos muros. Si aguzaba la vista, distinguía unas siluetas frente a la entrada que parecían fundirse con la sombra del hombre. A veces las siluetas daban la impresión de moverse, pero en la oscuridad era imposible saber qué o quiénes eran.

Y entonces Sara le había hablado de Omid, que estaba de vuelta en Teherán tras haber visitado a Forugh en Alemania y viajado con ésta a Italia para ver a Neda, la prima de Forugh. Le había hablado de Omid y de su esposa, Elnaz. Donya la había escuchado inmóvil, aturdida, como la foto antigua de una mujer que posara, atónita, ante el misterio de la cámara.

—Les dije que vinieran el jueves —había anunciado Sara con cierto recelo. Parecía querer preparar a Donya, evitar situaciones violentas. A Sara le gustaba que todo fuera según lo previsto, como una corriente de agua que nunca cambia de curso, que jamás se desvía para adentrarse en terreno desconocido en busca de aventuras—. Dante también vendrá. Lo conociste la última vez que viniste, ¿te acuerdas?

Donya había asentido, pero ya no prestaba atención a lo que Sara decía. Al oírla pronunciar el nombre de Omid, algo se había agitado suavemente en ella.

—Sí, claro. Me alegro mucho de que vengan —había dicho entrelazando las manos. Pero había sentido como una luz helada bañar su corazón.

Ahora, días después, Sara rodea con sus delicados dedos la cabeza de un alfil negro y lo desliza sobre el tablero.

—Jaque —dice.

Donya hunde los pies en la alfombra y posa las manos en el regazo. Las medias de lana le mantienen los pies calientes. Luce un vestido blanco con flores del mismo color perfiladas en verde, que acompaña sus movimientos con un leve susurro. Le llevó un buen rato decidir qué ponerse esa noche. Repasó una y otra vez las prendas que había colgado en el armario de Sara, incapaz de imaginar cómo le gustaría a él verla, cómo quería ella ser vista.

«¿Qué aspecto tiene el amor seis años después?».

Al final, se había decantado por ese vestido. Elegante pero discreto, decidió. El tejido blanco resalta el negro de sus ojos y el tono aceitunado de su piel. No ha querido ponerse joyas para no llamar la atención. Para no dar la impresión de que intenta agradar. Para no delatarse, estando su mujer presente. Resulta extraña su nula curiosidad por la mujer de Omid. La considera insignificante. No, insignificante, no. Más bien irrelevante. Irrelevante en lo que concierne a una relación que sólo les incumbe a Omid y a ella. Esa mujer vino después. Después de que su relación se acabara. Donya ya se había adentrado, ya había explorado y vivido en ese territorio. El del cuerpo de Omid, de su amor. Donya es su verdadera dueña. No puede conquistarse dos veces un mismo trozo de tierra.

Mira la hora en la esfera sin números de su reloj mientras Sara la observa con sus ojos perfectamente almendrados. Le sonrío y aparta la vista. El tictac del reloj resuena en sus oídos. Intenta concentrarse en la partida. Sabe cuál debe ser su siguiente

jugada. Sabe que la victoria está a un paso.

Pese a los años transcurridos, no puede mirar un tablero de ajedrez sin recordar esas calurosas tardes de verano en el centro cultural al que su madre se empeñaba en llevarla, donde se respiraba un aire enrarecido. Su mero recuerdo aún la angustia. Esa angustia que conllevaba planear, prever, leer la mente de su rival, equivocarse de jugada. La precoz conciencia de la realidad más cruel de la vida: ganar o perder. No hay término medio. No existe un espacio neutro en el que permanecer suspendido, tranquilo. La suya era la angustia de la fatalidad.

Echa una última mirada al tablero. Una sonrisa complacida aflora a sus labios. Coge la torre que descansa en el extremo opuesto, la desplaza sobrevolando los cuadros blanquinegros y derriba el alfil de Sara.

—Jaque mate.

Sara frunce el ceño. Escudriña sus piezas como si quisiera traspasarlas con la mirada. El sonido estridente del timbre las sobresalta.

—Han llegado —anuncia Sara, levantándose.

«Ha llegado».

Donya la ve ir a abrir. No sabe qué hacer mientras su corazón se desboca, a punto de estallar. Estrujándose los dedos hasta que se le enrojecen, vive unos instantes de exasperante indecisión, debatiéndose entre seguir a Sara hasta la puerta o quedarse esperando en la sala de estar. Se acerca a la ventana. Una reluciente capa helada cubre las calles negras y azules, los largos cuellos inclinados de las farolas que poco a poco van encendiéndose, blancas y amarillas, fundiéndose con el neblinoso resplandor del crepúsculo. Los árboles parecen dormidos, y un halo brumoso envuelve su escaso follaje. La cárcel está sumida en la oscuridad. Apenas se ven el edificio y sus sombras.

Intenta captar la voz de Omid entre las que llegan desde el recibidor, pero no lo logra. La voz estridente de Sara ahoga todas las demás. Entonces lo ve entrar en la sala. Es la primera vez que se enfrenta simultáneamente a la felicidad y la pérdida. La misma barba castaña, la misma mirada cálida, los mismos hombros delgados, la misma media sonrisa nerviosa. Pero lleva el pelo mucho más corto de lo que ella recordaba. Seis años atrás, le llegaba casi a los hombros. Parece tenso, y entorna los ojos de un modo que Donya conoce bien, que solía encantarle. Un temblor agita su pecho.

Con unas pocas zancadas, el cuerpo alto y enjuto de Omid cruza la estancia de punta a punta. Donya apenas ha tenido tiempo de separar los dedos entrelazados cuando él le coge la mano y le planta dos fugaces besos en las mejillas, mientras le dice:

—Aún das besos, ¿verdad?

—Sí —responde a duras penas a causa del nudo en la garganta. En realidad, no comprende qué ha querido decir con esa pregunta.

Detrás de Omid está su mujer. Arquea las delgadas cejas al estrechar la mano de

Donya y arruga levemente una naricilla perfecta, redibujada en un quirófano.

—Encantada de conocerte —dice abriendo la boca despacio, con hastío. Con la otra mano se quita el pañuelo del pelo, revelando llamativos reflejos.

Donya se alegra de tener una excusa para apartar la mirada de Elnaz; se vuelve hacia Dante, que la rodea con sus fuertes brazos.

—¿Habías planeado venir a visitarnos cuando todos fuéramos abuelos?

—Tampoco nos queda tanto...

Dante ríe mientras abre la bolsa blanca que lleva y se vuelve hacia Sara.

—Mira lo que te he traído. —Sonríe con aire triunfal mientras deja dos botellas de vino sobre la mesa, junto al tablero de ajedrez.

Donya retira el tablero de ajedrez con cuidado, lo deja en lo alto de una pequeña vitrina y se sienta en el sofá.

—No sé cómo lo haces, Dante. —Sara coloca cinco copas sobre la mesa—. A mí me daría demasiado miedo ir por ahí con dos botellas de vino en el coche.

Omid descorcha una. El aire atrapado en su interior escapa con un leve chasquido.

—Nunca hay que tener miedo del vino —comenta.

El líquido gorgotea suavemente al deslizarse por el largo cuello negro de la botella y caer en las copas. Mientras observa a Omid, una inesperada paz envuelve a Donya. Desearía quedarse así para siempre, resguardada bajo el caparazón de un paréntesis mientras el tiempo espera en un rincón a que ella dé la orden de proseguir. Es como si toda su vida hubiese anhelado la serenidad de ese instante en que la nada y la cercanía van de la mano, en que estando con él en una misma habitación no tiene que tomar decisiones. En que todo parece una alucinación por la que no cabe preocuparse, mientras un dulce entumecimiento se adueña de sus extremidades. No sentirse ilusionada, nerviosa, extasiada; quedarse perfectamente inmóvil en un instante de pausa. Como justo antes de la tormenta.



Iban apiñados en el asiento delantero de un taxi, con la ventanilla medio bajada. Las calles estaban atestadas de coches, autobuses y motocicletas, el aire enrarecido por el humo saturado de diésel. Nadie respetaba las tímidas líneas blancas pintadas en el asfalto para delimitar los carriles; sencillamente hacían caso omiso de ellas. Peatones y vehículos se movían en el mismo espacio, en un mismo flujo, rodeándose unos a otros, sorteándose, esquivándose. Los coches pitaban, los motores rugían, la gente gritaba para hacerse oír entre el ruido. Un ruido que todo lo abarcaba, abrumador, que hacía temblar las ventanillas y se colaba en el taxi como una tormenta de arena.

Hacía calor. El aire acondicionado no funcionaba. Donya alargó una mano para bajar más la ventanilla, pero no dio con la manivela. El taxista debía de haberla escondido en algún rincón. Lo mismo ocurría en muchos otros taxis de las calles siempre congestionadas de Teherán. Los taxistas las escondían porque temían que los pasajeros las rompieran de tanto subir y bajar las ventanillas. De tarde en tarde, algún

pasajero osado pedía la manivela. El taxista refunfuñaba acerca de los costes, y aseguraba que la ventanilla estaba perfecta como estaba, que la gente nunca se daba por satisfecha. Si el cliente insistía, no le quedaba más remedio que abrir la guantera con gesto de exagerada irritación, sacar la manivela requisada y dársela a regañadientes.

Donya no se atrevió a pedirla.

—Algunos poemas habrían quedado mucho mejor en prosa —afirmó Omid, al tiempo que apoyaba el brazo en el respaldo del asiento y posaba la cálida palma en el hombro de Donya—. Si algo puede exponerse de forma clara en un artículo, es un insulto que se traduzcan esas mismas ideas y pensamientos al lenguaje poético. Es una perversión de su esencia, porque la poesía sirve para expresar lo inexpresable. Sirve para hablar de lo oculto, lo secreto, lo sagrado.

Omid inclinó la cabeza para mirar a Donya a los ojos. Los suyos brillaban de una manera especial. Su mirada nada tenía que ver con lo que decía. Hablaba de otras emociones, tácitas, ardientes, y en ellos latía un deseo tan abrumador, un afecto tan intenso, que Donya no podía sino llamarlo amor.

Hacía sólo dos semanas que habían conocido lo que ellos denominaban la «versión adulta» del otro. La última vez que se habían visto ella tenía diez años y él once, la familia de Donya se disponía a abandonar el país y Omid había ido a despedirse acompañado por su madre y Sara. Al verse de nuevo, apenas podían dar crédito. Sentían una curiosidad mutua, ansiaban saber en qué clase de persona se había convertido el otro. Desde que habían coincidido en casa de la madre de Omid, donde Donya se había quedado a petición de Firoozeh, se habían vuelto inseparables. Donya se sentía fascinada por Omid, por sus conocimientos de poesía, su pasión por la política, el hecho de que hubiese leído de cabo a rabo el *Manifiesto* de Karl Marx. Él hablaba y ella escuchaba, embebiéndose de sus palabras con tal fervor, tal admiración, que a veces ella misma se escandalizaba. Omid hablaba con la misma vehemencia con que escuchaba, como si no hubiese nada en el mundo más importante que conversar con ella, que convertirla en el recipiente de cuanto sabía, sentía y era. Donya se daba cuenta de que él trataba de impresionarla y se sentía embriagada de puro júbilo.

De repente, el estrépito de un claxon la sobresaltó. Un coche había estado en un tris de embestirlos. El taxista masculló algún improperio mientras cambiaba de marcha sin mirar siquiera al conductor en cuestión, que blandía el puño en el aire y le echaba alguna maldición a gritos.

—La poesía es un fin en sí misma, el único fin posible —continuó Omid mientras el taxi se detenía para que se apearan los pasajeros del asiento trasero y se subieran otros nuevos—. No hagas ni caso a la gente que te pregunte qué mensaje quisiste transmitir con tu poesía. No son más que paparruchas. La poesía sólo es poesía cuando revela lo más profundo de tu alma. Y punto. No el alma del lector, sino tu alma, el alma del poeta. El lector es secundario. —Se volvió hacia el taxista—.

Nosotros nos bajamos aquí.

El hombre se detuvo delante de una urbanización recién construida, con una fuente de hormigón blanco delante de la fachada.

—*Parsi raa paas bedaarim!* —le dijo el taxista con una sonrisa, mientras cogía los riales arrugados de la mano de Omid. «¡Larga vida a la lengua persa!».

Omid asintió. Parecía molesto, como si acabara de darse cuenta de que alguien más lo había escuchado aparte de Donya.

Mientras subían en el ascensor, la atrajo hacia sí. A ella le gustaba el roce de su barba y se echó a reír. Sus dedos se enredaron en el pelo de Omid.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Se me hace raro. Ser tan feliz... Que me resulte tan fácil ser feliz.

No se separaron en toda la noche, rodeados de gente que pasaba a trompicones, bailando, sonriendo achispados. Algunos empezaron a cantar el tema musical que sonaba desde los altavoces. Sus voces rebotaban en las capas y más capas de gruesas cortinas que habían echado a fin de impedir que los oyeran desde la calle, donde hombres armados patrullaban el silencio nocturno de la ciudad en busca de cualquier amago de felicidad para sofocarlo, para acallar a latigazos la indeseada risa de una revolución.

Omid la cogió de la mano y la guió hasta la cocina, donde las botellas de vodka pasaban de mano en mano. Ella lo vio verter el líquido transparente en dos vasos de plástico y ofrecerle uno. Su sonrisa hablaba de un sentimiento creciente, de territorios ignotos y emocionantes.

—¡Nunca he tomado alcohol! —gritó Donya para hacerse oír.

—¿De verdad? ¿En California no hay vodka? —bromeó Omid.

—Sí —repuso ella entre risas—. Pero yo no lo he probado.

Una sonrisa iluminaba su rostro. Sabía que su insólita inocencia resultaba atractiva a ojos de Omid.

—Aún no he cumplido los veintiuno. ¡He tenido que venir a Irán para emborracharme!

Omid extendió el brazo que sostenía el vaso.

—En ese caso, brindo por tu primera copa. *Salamati!*

Apuraron los chupitos de un trago. Donya notó una intensa quemazón de la punta de la lengua a la boca del estómago. Soltó una carcajada de pura e incontenible alegría. Omid pegó los labios a los suyos, y saborearon el vodka en la boca del otro.

—La semana que viene es el aniversario de la muerte de Ahmad Shamlou —dijo Omid, separando su boca de la suya sin apartarse de ella—. La gente se reúne junto a su tumba todos los años para rendirle homenaje y leer sus poemas.

—¿Vas a ir?

—¿Vendrás conmigo?

—Sí.



Su rostro ha madurado. Experiencias que ella ignora han dejado huella en su piel tersa y clara. Omid ladea la cabeza al hablar y sostiene la copa de vino entre las manos ahuecadas, con los codos sobre los muslos. Lleva puesta una camisa, pero ya no la luce con el aire indolente, rebelde, del pasado. Se ha vuelto más serio, más formal, más acorde con las exigencias del mundo.

Lo observa, notando en la espalda la silenciosa y cálida caricia del calor que emana del radiador. Tiene los nervios a flor de piel. La intensa emoción de los primeros instantes ha empezado a desvanecerse y la realidad va imponiéndose. La realidad en que Omid está sentado a sólo un metro de ella, y sin embargo los separan años de ausencia, una mujer con la nariz operada, su propia inercia años atrás, cuando no supo tener paciencia y dejó que la distancia y el tiempo arramblaran con todo. Seis años atrás, cuando llegó el momento de regresar a Estados Unidos, ella le había prometido a Omid que volvería el verano siguiente. Él la esperaría. «Da igual el tiempo que pase», había dicho. Vivirían juntos en Irán. «Construir una vida juntos aquí, en esta tierra. ¿Por qué vamos a irnos a ninguna parte cuando este país nos necesita?». Donya había acogido su plan con entusiasmo. Eran las palabras más hermosas que había escuchado nunca. Construir una nueva vida y un nuevo país, y acabar aquello que los padres de ambos sólo habían logrado empezar.

Le prometió regresar al cabo de un año, regresar todos los veranos hasta que acabara la carrera y pudiera trasladarse a Irán de forma definitiva. El primer año, esa promesa sostenía a Donya. Hablaban por teléfono a diario, se carteaban, se mandaban emails. Sabía que jamás encontraría a alguien como él, alguien con quien compartiera un mismo sueño. Los esperaba una nueva vida. Y sin embargo, a medida que iban pasando los meses, le resultaba cada vez más difícil mantener su promesa. La distancia iba cobrando forma, solidificándose. Donya estaba sola y no sabía cómo manejar esa soledad. A veces se sentía tentada de creer que sería más fácil no tener a nadie que tener a alguien tan lejos. «¿Cómo voy a soportarlo, mes tras mes, año tras año?». Estaba agotada, como si su existencia se redujera a una larga serie de llamadas telefónicas y correos electrónicos. Omid hacía cuanto estaba en su mano para que la situación le resultara más llevadera. Hasta se había ofrecido a pagarle el billete de avión ese verano. Pero entonces, en primavera, el abuelo de Donya cayó enfermo. Le dolió mucho decirle a Omid que no podría ir a verlo ese verano. Debía quedarse con su abuelo. Él no protestó. El suyo era un silencio cansado, resignado. Donya sabía que ya había perdido la fe en ella. A partir de ese día las llamadas y los emails fueron espaciándose cada vez más, hasta que al final se acabaron por completo, sin que ellos siquiera se hubieran despedido.

Donya se hunde irremediamente en los cojines del sofá. Trata de erguirse, pero no puede. Se siente aplastada por el pasado, los recuerdos, el pesar y otras emociones que no osa nombrar. De pronto, como un foganazo, acude a su mente la imagen de

Keyvon, su prometido, el hombre con quien se casará dentro de unas pocas semanas. Un rostro recién afeitado. Un *after-shave* intensamente perfumado. Seguro de sí mismo, fácil de complacer, fiable, estable. Pero su imagen no permanece. Se le escapa entre los dedos y se desvanece en el aire como una nube de polvo. Y en su lugar otro recuerdo cobra forma. En cierta ocasión, después de hacer el amor, Omid y ella se habían intercambiado la ropa y se habían mirado en el espejo. Entre risas, se habían tocado y respirado cada uno en la piel del otro.

«No estás mal como mujer».

«No estás mal como hombre».

Había algo excitante en la novedad de ver el cuerpo del otro enfundado en tu propia ropa. Con la mano posada sobre los labios del otro, hicieron el amor. Otra vez.

«Quiero llevar tu aliento en mi mano».

Donya desliza los dedos por la copa, vuelve a posarlos en el borde, los desliza de nuevo hacia abajo, y así una y otra vez. Mira a Omid y la saca de quicio la serenidad de su rostro, al que no aflora el menor amago de emoción. La saca de quicio su propio comedimiento, la sonrisa que dedica a la mujer de Omid. La sacan de quicio la formalidad y la placidez que da el paso del tiempo. Ambos se portan de un modo tan ejemplar que en un primer momento Sara los miraba sin poder disimular su aprensión, pero ahora se dedica a saborear el vino sin el menor temor. Como si hubiese comprobado que Donya y Omid han olvidado cosas que no necesitan recordarse.

Pero Donya se acuerda de todo. Lo ve tan claramente como la capa de hielo que empieza a cuajar al otro lado de la ventana. Se siente cercada por los recuerdos. Desearía mirar a Omid y no sentir nada.

«Ojalá estuvieras aquí para apretarte la mano. Para saber que hay algo real en torno. Estás lejos. Desde el coche, rara vez veo el cielo», le había escrito él en cierta ocasión.

—No imaginaba que habría tantos iraníes en Turín —está diciendo Omid, mirando alrededor en la mesa. Donya espera que sus ojos se posen en ella, que sus miradas se crucen, pero eso no ocurre. La de Omid no se detiene—. Neda dice que en sólo un año han pasado de tener unos cuantos residentes iraníes a más de quinientos.

Un murmullo de sorpresa recorre la sala. Sara se lleva la copa a los labios con parsimonia. Mira de reojo a Donya y le sonrío. Hay algo forzado en su sonrisa, como si pretendiera romper un hechizo.

—Son estudiantes, en su mayoría —añade Elnaz, alargando las palabras.

«¿Por qué tiene que hablar así y no de un modo natural?», se pregunta Donya, irritada.

—Desde la represión de la revuelta y las detenciones masivas del año pasado, todo el mundo está largándose de Irán —explica Dante, dirigiéndose a Donya—. La situación ha empeorado mucho.

—Es como si algo pesado se hubiese desplomado sobre nuestras cabezas —tercia

Sara—. Mucho más pesado que antes. Algo que va asfixiándonos poco a poco. No sabemos a quién creer, en quién confiar. Nos sentimos tan impotentes como poderosos nos sentíamos el año pasado.

Omid deja su copa vacía sobre la mesa, junto a la de Elnaz.

—Pero lo que vivimos justo antes de las elecciones fue maravilloso, ¿no creéis? Ahora casi me parece un sueño. Los debates en la tele, las campañas en la calle, todo a las claras. Era como vivir en cualquier otro país, como si las cosas empezaran a cambiar de verdad.

—Recuerdo que me ponía algo verde todos los días —dice Sara, cuyo rostro se ilumina—, ¡y eso que ni siquiera me gusta ese color! Pero durante las elecciones se convirtió en mi preferido. Todavía lo es.

—El mío también —asegura Elnaz—. Había tantísima gente... Éramos como un inmenso mar verde.

—Pero ¿qué me decís de los enfrentamientos con la policía? —Donya baja la voz sin darse cuenta, como si temiera preguntar—. ¿No teníais miedo de que os pegaran?

—La primera vez sí, pero luego te acostumbras —responde Sara, riendo.

Donya ahoga un grito y une las manos en un gesto de incredulidad.

—¿Estás diciéndome que te pegaron?

—Nos pegaron a todos —declara Elnaz.

—Lo que pasó antes de las elecciones fue que sencillamente nos engañaron con un simulacro de apertura y nosotros lo creímos —sostiene Dante, sin mirar a nadie en particular—. Lo que querían era que saliéramos a la calle para que pudieran identificarnos y saber cuántos éramos. No era más que una trampa. En cuanto salimos de casa con nuestras camisas y pañuelos verdes y nos pusimos a agitar pancartas, fue fácil aplastarnos. Aún no me explico cómo pudimos confiar en ellos. Precisamente nosotros no debimos dejarnos engatusar por ese súbito aire de libertad que nos hicieron creer que respirábamos antes de las elecciones. Debimos verlo venir.

Se hace un silencio. A juzgar por la rapidez con que enmudecen, Donya deduce que se trata de una cuestión sobre la que todos los presentes han debatido antes, quizá muchas veces, repitiendo los mismos argumentos, frustrados, incapaces de hallar respuestas.

Elnaz cruza las piernas bajo la mirada de Donya. Luce un vestido corto vaquero y un grueso cinturón negro que ciñe su cuerpo curvilíneo. En los brazos bronceados por los rayos UVA, una ristra de pulseras de plata destella a la luz.

—Puede que nos identificaran, pero nosotros también nos hemos identificado unos a otros —apunta Donya con un hilo de voz. Le produce cierto pudor incluirse en ese plural cuando ella no estuvo allí, cuando sólo lo vio en las noticias, a miles de kilómetros de distancia—. Ahora vosotros también sabéis cuántos sois.

Nadie replica. Elnaz se remueve en el sofá. Dante la mira con una sonrisa triste. Donya no habría dicho nada si Omid no estuviera allí. No se hubiese atrevido. La turista que se llena la boca hablando de esperanza en primera persona durante sus

vacaciones. Pero nada de eso importa. Donya desea despertar algo, arrancar algo de un mundo que se ha perdido, el mundo que compartía con Omid.

—Y erais muchísimos —continúa—. Fue impresionante.

—Sí que lo fue, ¿verdad? —dice Sara con ojos brillantes.

—Y salimos en todas las televisiones de todos los países del mundo —señala Omid, inclinándose hacia delante, mirando a Donya.

Ésta se percata de que Elnaz desliza una mano por su espalda y le tira de la camisa, como si quisiera impedir que él siguiera hablando. «¿Acaso sabe algo?», se pregunta. No puede evitar la tentación de interpretar ese gesto como una señal de celos por parte de Elnaz.

Omid parece no darse cuenta, o bien, como espera Donya, hace caso omiso de esa mano que tira de su camisa con suma discreción.

—Nuestra fuerza era tal que sintieron pánico —añade—. No esperaban que fuéramos tantos.

Donya desea que siga hablando, que se atreva a ahondar más en lo que pensó y vivió aquellos días. Que discuta con ella, que le sonría. Quiere ver en sus ojos el brillo que los ilumina cuando cree que está enseñándole algo nuevo.

La primera vez que hicieron el amor, mirándola desde arriba, con el rostro enmarcado por una melena rebelde a escasos centímetros del suyo, Omid le dijo: «Ahora eres una mujer».

—Puede que nosotros los asustáramos, pero ellos nos aplastaron —replica Dante, blandiendo una mano en el aire con gesto airado—. Nos aniquilaron. La mayor parte de las personas que conozco están en la cárcel o se fueron del país.

Omid se reclina en la silla sin contestar. Sara parece cansada. Donya no sabe qué decir. Se levanta y va hasta la ventana. Las sombras siguen ahí.

—¿Qué son esas sombras? —pregunta.

—¿Qué sombras? —replica Sara.

—Ven a verlas. Yo ya las he visto antes. Creo que hay gente a las puertas de Evin. Todos se levantan y se reúnen con ella en la ventana.

—Esas de ahí —dice Donya señalándolas.

Una débil luz parpadea donde las sombras parecen apiñarse.

—Están celebrando un cumpleaños —dice Omid.

—¿Un cumpleaños?

—El de alguno de los estudiantes a quienes detuvieron el año pasado, durante las manifestaciones. Su familia ha venido hasta aquí para celebrarlo.

—¿No los dejan entrar a verlo?

—Eso es todo lo que pueden acercarse.

Con la cara pegada a la ventana, las manos ahuecadas en torno a los ojos para evitar el reflejo de la luz, miran los bultos negros e inmóviles que resultan casi invisibles en la noche fría, mientras el cristal de la ventana se empaña y desempaña al compás de su respiración. Al ver esas sombras acurrucadas allá abajo, Donya

comprende de pronto que, en realidad, lo que le hizo romper la promesa que la unía a Omid no fue la distancia. Entonces no había podido reconocerlo ni siquiera en su fuero interno, pero ahora ve con toda claridad que algo más la asustaba, la intimidaba. La distancia no fue sino una excusa. Lo que hizo que se echara atrás fue el sueño de Omid de seguir viviendo en Irán. Fue la perspectiva de instalarse en ese país donde la vida te arrolla, te sumerge por completo en su inquebrantable, impredecible e implacable realidad. Donya no estaba preparada. No tenía la fortaleza de Omid para convivir tan estrechamente con pesadillas de juventud, cárcel y sangre. Y sombras apiñadas rebosantes de orgullo, desesperación y pena. Donya no habría podido soportarlo. Sencillamente no estaba hecha para eso.

Posa una mano en la ventana y nota un nudo en la garganta, como si las sombras empezaran a echar raíces en su interior.

—Debe de hacer mucho frío ahí fuera... —musita.

Durante un buen rato, todos permanecen en silencio, observando las sombras y el vacilante titilar de las velas.

—Es curioso, pero esas sombras y esas velas me recuerdan la guerra —comenta Elnaz—. Cuando los bombardeos, solíamos correr las cortinas y sentarnos en el rincón de la habitación más apartado de las ventanas, con una sola vela.

Omid mira a su mujer y sonrío.

—Nosotros siempre nos íbamos de casa. Mi abuelo nos sacaba de la ciudad, nos llevaba al campo.

—No recuerdo nada de eso —tercia Sara.

—Eras demasiado pequeña para recordarlo. Estábamos tú, yo, Forugh, *maman* Zinat, Agajaan y *khaleh* Leila. Nos subíamos todos al coche del abuelo y salíamos de la ciudad. Si mal no recuerdo, solíamos dormir en el suelo, en el hueco entre dos coches aparcados.

Omid apoya el hombro contra la ventana. Elnaz mira a su marido hablar. Donya los mira a ambos y se le encoge el corazón.

—Recuerdo que una vez *khaleh* Leila salió y aún no había vuelto cuando empezaron a sonar las sirenas —prosigue Omid—. Yo estaba tan asustado que no podía hablar. Me limitaba a mirar el cielo y cruzar los dedos para que no nos cayera ninguna bomba encima antes de que regresara. Lloré tanto que las lágrimas me cegaban. Y luego, cuando la vi entrar por la puerta, fue como si me hubiesen regalado el mundo entero. Supe que nunca olvidaría ese instante. Fue uno de los más felices de mi vida.

Elnaz alarga una mano y acaricia el brazo de su marido.

—¿Dónde estaba *khaleh* Leila? —pregunta Sara.

—No lo sé. Dijo que había ido a ver a una amiga, pero por algún motivo no me lo creí. Me pareció que mentía. Ésa fue la primera y última vez que tuve la sensación de que me ocultaba algo.

—Qué niño más listo, ¿no? —se burla Sara—. Hasta sabías cuándo te mentían.

—Es cierto. Lo supe.

—Bueno, a mí no me parece inverosímil del todo —apunta Dante—. *Khaleh* Leila debe de tener muchos más secretos, como cualquiera de nosotros.

—¿A qué te refieres? —Sara lo observa con gesto inquisitivo—. ¿Te ha contado algo Forugh?

Al oír el nombre de Forugh, los ojos de Dante relucen. Un destello que Donya no había visto hasta entonces. ¿Habría algo entre ambos? Se lo preguntará a Sara cuando todos se hayan marchado.

—¿Forugh? No. Forugh es quien menos podría saber algo de todos nosotros. De todas formas, en lo que se refiere a *khaleh* Leila, suele ponerse aún más a la defensiva que tú. Es como si hubiese que protegerla, mantenerla alejada de todos los males del mundo exterior o algo así. No lo sé. Quizá mi perspectiva sea distinta a la vuestra. El caso es que para mí *khaleh* Leila siempre tuvo un aura de misterio. —Dante hace una pausa, baja un poco la voz, parece luchar por recuperar el control de sus emociones—. ¿No crees?

—No lo sé. No lo creo.

Sara parece incómoda. No le gusta el cariz conspiratorio que ha tomado la conversación acerca de su tía.

Dante sonríe, quizá para no inquietarla más.

—Bueno, no lo sé. A lo mejor me gustaba imaginar que *khaleh* Leila tenía una vida de lo más emocionante fuera de esa casa, una vida a la que ninguno de nosotros podía acceder. Siempre me gustó imaginármela así.

—Lo cierto es que nunca sabremos si ese día dijo la verdad o no —continúa Omid—. Yo sólo sé que el hecho de volver a verla después de creer que la había perdido fue mi primera experiencia de auténtica felicidad.

Elnaz consulta el reloj, posa una mano en el hombro de Omid.

—Se hace tarde. Deberíamos irnos.

En ese momento, todos se vuelven y se alejan despacio de la ventana, las sombras, el peso de esos corazones desesperados, la esperanza que encierran esas velas y la levedad de los recuerdos que afloran.

Omid ayuda a Elnaz a ponerse el abrigo y se vuelve hacia Donya.

—A lo mejor podemos subir a las montañas el fin de semana que viene.

Elnaz contempla la escena con indiferencia.

—Me marchó dentro de cuatro días —dice Donya. Una oleada de pesar le incendia las mejillas. Cuatro días. ¿Qué son cuatro días comparados con toda una vida? En lo tocante a Omid, el tiempo nunca estuvo de su parte.

—¿Cuatro días? —La mira estupefacto. Sus largas pestañas proyectan una sombra en la tristeza que late en sus ojos.

Donya no puede soportar su mirada, que la hace sentir culpable de algún tipo de traición. Farfulla algo sobre su intención de volver al año siguiente.

Nadie dice nada. Cuando Omid le estrecha la mano, Donya no puede sostenerle la

mirada. Él huye de ella.

De vuelta en la sala de estar, Donya no consigue estarse quieta. Se siente desubicada. Va hasta el radiador, pone las manos encima y observa la foto enmarcada que cuelga de la pared. Se ve a Sara, Omid y Forugh sentados en un banco sobre un fondo verde oscuro. Son muy pequeños. Sara y Forugh no tendrían más de dos o tres años. Omid, el mayor de los tres, está entre su hermana y su prima rodeándolas a ambas con los brazos. Luce una camisa a cuadros escoceses rojos y negros que lo hace parecer un adulto en miniatura, con sus grandes ojos inocentes. La lengua de Forugh asoma entre sus labios entreabiertos. En el peto blanco de Sara se lee «MI RINCÓN SILENCIOSO». Sus tres caritas menudas miran a cámara con gesto de asombro. Ninguno sonríe.

—¿Verdad que es una buena foto? —pregunta Sara, que se acerca a Donya—. La saqué hace poco del álbum de mi madre. Pensé que merecía estar enmarcada.

Donya asiente en silencio, sin despegar los ojos de la imagen.

—*Khaleh* Leila nos llevó a un fotógrafo. Luego envió dos copias a nuestras madres, que estaban en la cárcel, para que vieran lo sanos y serios que éramos. — Sara se ríe.

—¿Qué le pasa al pelo de Forugh? —pregunta Donya, obligándose a sonreír—. Parece que la hayan electrocutado.

Sara vuelve a reír.

—Lo sé. *Khaleh* Leila dice que era porque tenía el pelo muy fino. ¡Y mira lo rubia que era yo! Ahora mi pelo es más negro que el tuyo. —Sara va hasta el sofá y se arrellana en él.

—¿Sabes si hay algo entre Forugh y Dante? —pregunta Donya.

Sara se echa una mantita sobre los hombros.

—Sí y no —responde Sara—. Ellos lo niegan, pero se escriben y se llaman a todas horas. Ya llevan tres años así, desde que se murió mi abuela, así que algo habrá.

—¿Por qué iban a negarlo?

Sara se encoge de hombros.

—No lo sé. A lo mejor porque no saben qué les deparará el futuro.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, Forugh no se vendrá a vivir aquí, y Dante no quiere irse a vivir a Alemania. Así que están atrapados, y con ellos todos nosotros. Aunque Omid me ha dicho que Dante está a punto de cambiar de opinión; que últimamente ha estado buscando información acerca del visado alemán.

Donya vuelve sobre sus pasos y se acomoda en el sofá.

—¿Participó Dante en las manifestaciones?

—Sí. Hasta lo detuvieron una vez. Se lo quedaron unos pocos días, pero en cuanto salió se echó a la calle de nuevo. Quizá por eso está tan enfadado, tan decepcionado. Creía realmente que algo iba a cambiar. Y ahora, con esto de tener que decidir si se va a Alemania, lo está pasando aún peor. Es como si estuviera poniendo

punto final a todas sus esperanzas de cambio.

—¿Tú no creías que las cosas iban a cambiar?

—No tanto como él, supongo. —Guardan silencio hasta que Sara vuelve a tomar la palabra—. ¿Y qué, lo has visto muy cambiado?

—¿A quién?

—A quién va a ser...

—Se ha cortado el pelo.

—A su mujer le gusta corto.

—Parecía no acordarse de nada.

—No digas tonterías. —Los labios de Sara se abren en un bostezo—. Por supuesto que se acuerda.

—Pues lo disimula muy bien —insiste Donya, jugueteando con un hilo suelto del dobladillo de su vestido—. Se ha comportado con absoluta naturalidad. Todo ha sido de lo más normal. Te juro que he llegado a dudar de que se acuerde de algo.

—¿Qué esperabas que pasara?

Donya echa la cabeza atrás. Mira fuera, hacia la húmeda oscuridad.

—No lo sé. Ojalá hubiese pasado algo. Algún momento de extrañeza, una mirada, una sonrisa. Algo que quedara sólo entre él y yo, algún gesto de reconocimiento del pasado.

—¿Y qué hubieses hecho si hubiera habido una mirada, o una sonrisa?

Sara se vuelve hacia ella muy seria, con gesto aprensivo. A veces, Donya no sabe si trata de protegerla a ella o a su hermano. No contesta. Contempla los reflejos de las luces en la ventana, como ojos de palomas enfermas que la miraran fijamente.

—Te vas a casar dentro de dos semanas, Donya —dice Sara al cabo. Suenan distante. No quiere seguir escuchando confidencias. Se levanta, arrastrando la manta consigo, y se va hacia la habitación—. Y te marchas dentro de cuatro días. Yo que tú me centraría en Keyvon y en el futuro que os espera a ambos.

Sus últimas palabras llegan en forma de eco a los oídos de Donya y se quedan flotando en el aire.

Tiene razón. Keyvon está esperándola. Tiene que aprender a vivir con el pasado encerrado en alguno de los recónditos cofres del tesoro que guarda en su mente. El pasado es resbaladizo, traicionero, como la nieve blanda en una escalera de mármol. Cierra los ojos. ¿En qué clase de persona se ha convertido si no puede luchar ni siquiera por su propia felicidad? ¿Acaso ha ido cambiando la definición de felicidad a lo largo del tiempo, adaptándola a su mundo, un mundo hecho de comodidad, certezas y tranquilidad, como un inmenso y sereno lago azul?

Recuerda el día que se había enterado de que Omid iba a casarse, cerca de tres años atrás. Parisa, la madre de Omid, había ido de visita a Estados Unidos y se había llevado consigo fotos de la familia y los amigos. Fue entonces cuando Donya vio una foto de Elnaz. Hasta entonces, no sabía nada de ella. Ni siquiera que Omid tenía intención de casarse.

—¿Quién es esta de aquí? —preguntó, señalando a Elnaz, que se veía más delgada e incómoda al lado de Omid que ahora.

Parisa le explicó que era la prometida de su hijo. Lo dijo en voz baja, como si no quisiera que Donya la oyera. Pero aun así sus palabras retumbaron en los oídos de ella, ensordeciéndola por un instante. Incapaz de oír nada, se limitó a contemplar las manos de Parisa, que pasó rápidamente la página del álbum. Luego se fue a su habitación, echó el pestillo y sacó del último cajón de su armario una pesada carpeta donde guardaba copia impresa de todos los emails de Omid. Los releyó uno a uno, desmenuzándolos con ojos febriles, buscando algo, no sabía qué, hasta el anochecer. Fue entonces cuando se dio cuenta de que era demasiado tarde para cambiar nada.

Donya abre los ojos. Fuera, las diminutas velas siguen ardiendo en la noche. Qué feliz sería si hubiese luchado por Omid y estuviese ahora tumbada junto a él, dejándose vencer por el sueño envuelta en el calor de su cuerpo. Qué feliz habría sido si no lo hubiese dejado marchar sin oponer resistencia.

Se queda tirada en el sofá, mirando las sombras, incapaz de moverse.



El cielo plomizo proyecta una sombra en la sala de estar. Donya está sentada sobre un cojín en el suelo enmoquetado y sostiene una taza de té. El sol amanece velado por nubes grises.

Tiene mal cuerpo. No ha pegado ojo en toda la noche, consumida por las dudas, los temores, el peso de un pasado silencioso. Bebe a sorbos el té tibio, que deja posos marrones en la cara interna de la taza. La deposita en la mesa y mira alrededor. Su mirada vaga sin remedio hacia el sofá y los objetos que Keyvon ha encargado para su casa de veraneo. Entre otros, *La creación de Adán* de Miguel Ángel reproducida en una alfombra de seda tejida a mano. Dios parece tener el ceño fruncido. Adán luce una hoja de parra sobre los genitales. Donya no sabría decir si la hoja está allí por orden expresa de Keyvon o si se puso para facilitar el paso de la alfombra por la aduana iraní. ¡Adán no puede aparecer desnudo habiendo una mujer cerca!

Piensa en las manos que tejieron los nudos en la seda, de dedos encallecidos. Las artistas anónimas de una tierra ancestral. ¿Qué pensarían de esa alfombra? ¿Les gustaría? ¿Disfrutarían encorvadas sobre los nudos de la mano extendida de Dios? ¿Se reirían de esa hoja de parra al otro lado de una puerta cerrada?

Junto al sofá hay otra alfombra que reproduce el rostro de la actriz preferida de Keyvon con su encantadora sonrisa, otro encargo especial. Sobre la alfombra descansa, acostado de lado, el busto de un rey aqueménida realizado en un material que imita el bronce, pero que en realidad es latón. Junto a ésta hay una pintura de aspecto satinado en la que una joven de larga cabellera, labios carnosos y talle estrecho ofrece una vasija azul con vino a un anciano de sedosa barba cana. A un lado del cuadro, en letra caligráfica, se suceden los versos de un *ghazal* de Rumi. A Keyvon le daba igual cuál fuera el poema elegido, con tal de que estuvieran el

anciano y la joven.

Al observar esos objetos, Donya no puede evitar una mueca de rechazo y un extraño sentimiento de exasperación. Todo parece tan falso, tan autocomplaciente... Se le ponen los pelos de punta sólo de pensar que pronto tendrá que vivir rodeada de todo ese *kitsch* y fingir que lo admira. ¿Cómo podía Keyvon ansiar esas cosas? ¡Si nunca ha leído un solo poema de Rumi! Y sin embargo, no le sorprende. Sabe que su prometido es pragmático, busca algo que los demás puedan reconocer y admirar. ¿Qué podía decir ella? ¿Cómo iba a culparlo por querer estar seguro del lugar que ocupa en el mundo? ¿Cómo iba a reprocharle su necesidad de autoafirmarse con un Miguel Ángel?

Donya vuelve a dejar la taza en la mesa con un suspiro desesperado. De pronto, siente que le falta el aire, que el pecho ya no puede albergar su corazón. Necesita salir, pero al levantarse se golpea la rodilla con la mesa. Un dolor atroz parte de la rótula y sube hasta las articulaciones, veloz como una bala. Se coge la pierna con una mano y con la otra sujeta la taza, que tiembla sobre la mesa, para que no se vuelque. Ahora esboza una mueca de dolor. En la taza, el té se agita y los posos marrones revolotean como mariposas cubiertas de barro.

Vuelve a dejarse caer en el sofá, frotándose la rodilla, mascullando maldiciones contra la mesa, contra el mal tiempo, contra sí misma. Al otro lado de la ventana, las hojas amarillas tiemblan bajo el azote de la lluvia.

Se levanta con dificultad y cojea hasta la habitación, donde empieza a vestirse, a sobreponer capas de ropa para afrontar el frío. ¿Qué decía Milan Kundera del *kitsch*? Intenta recordarlo mientras se abrocha el abrigo, pero no logra pensar con claridad. Una ira insondable cobra forma en ella. Y una tristeza punzante, abrumadora. Y un dolor como un sordo murmullo.

Al verse en el espejo, se extiende crema hidratante en la piel azulada que bordea sus ojos enrojecidos. Su larga nariz se ve más pronunciada que nunca, como si alguien se hubiese puesto a excavar la carne a ambos lados durante la noche. Se mira el mechón de pelo que asoma bajo el pañuelo: negro, sencillo, intacto. «¿Cómo ha podido casarse Omid con una mujer que lucía unos reflejos tan llamativos, que se ha operado la nariz?». Coge el bolso y el paraguas del perchero y sale del piso como alma que lleva el diablo.

Fuera, la recibe el aliento helado del invierno. Temblando entre los pliegues de su abrigo, echa a andar. Los edificios grises y blancos tienen un aspecto lúgubre bajo la lluvia. Un anciano con el rostro surcado de arrugas vende remolacha hervida en un puesto ambulante y se calienta las manos sosteniéndolas sobre la olla en que la cuece. Unas pocas mujeres charlan en el portal de una tienda de comestibles. Donya deja atrás a las mujeres, una larga hilera de árboles desnudos que mueren poco a poco, una tienda de ropa que aún no ha abierto, las flores marchitas y empapadas que jalonan la acera.

Sin aliento, se detiene y mira en torno. En lugar del parque que esperaba

encontrar, se halla de pronto ante la prisión de Evin. Retrocede, estremeciéndose al reconocer esos muros mugrientos, amenazadores e infranqueables. Nunca había estado tan cerca.

Por un instante es incapaz de moverse, incapaz de apartar los ojos de esos muros. Las gotas de lluvia caen, gruesas y pesadas, sobre su paraguas. El violento repiqueteo y el silencio de la cárcel le ponen los nervios de punta. El frío se cuele bajo las múltiples capas de ropa y le eriza la piel. La nariz le gotea.

Da media vuelta y se apresura a alejarse de allí, casi corriendo, como si alguien le pisara los talones. Avanza con los ojos fijos en el suelo para esquivar los charcos formados en la superficie irregular del asfalto, que relucen con un brillo tornasolado producto de la contaminación. Al sortear un charco, su paraguas se topa con el de alguien que también se abre paso en la calle mojada. Donya aparta el paraguas para disculparse.

Es Omid.

Y parece no saber dónde está. Tiene las mejillas y la nariz enrojecidas. Se queda mirándola de hito en hito, sin moverse.

—¿Qué haces aquí? —pregunta ella con el corazón desbocado.

—Vengo de llevar un encargo, una cosa del trabajo —farfulla él, señalando un edificio al cabo de la calle—. Y tú, ¿adónde vas?

Donya se plantea mentir, pero sabe que sus ojos la delatarían.

—No lo sé —murmura, destensando los hombros, súbitamente aliviada por el hecho de verlo, como si acabaran de salvarla de una peligrosa caída—. Salí a dar una vuelta y de pronto me he visto delante de Evin. No sé qué ha pasado, pero me ha dado miedo. Quería alejarme a toda prisa de allí.

La lluvia azota sus paraguas. Tiene los zapatos empapados, así como los bajos del pantalón. El frío hiere sus pies ateridos. La mirada de Omid se dulcifica. Por un momento, ella cree que va a abrazarla.

—Tengo el coche aparcado aquí cerca. Te llevaré a casa. —Señala sus zapatos—. No puedes andar así por la calle. Te resfriarás.

Su voz es cálida, familiar, como ella la recuerda. Donya tiene que hacer acopio de fuerzas para no llorar.

Su coche, un Peugeot rojo, está a escasos metros de allí. Caminan uno al lado del otro sumidos en un silencio que la lluvia se encarga de llenar. Se cruzan con una pareja de mediana edad. El hombre sostiene la mano a la altura de las caderas de la mujer, sin llegar a tocarla. Como si la mantuviera allí por si ella da un traspie.

Omid abre la portezuela para que entre Donya. Le llega un intenso olor a cuero viejo y tabaco. No sabía que él fumara.

Por un instante, la asalta el recuerdo de Keyvon. Sin embargo, se trata de un recuerdo lejano, como un susurro ahogado que apenas se oye al otro lado de una puerta cerrada. Omid arranca y pone la calefacción a toda potencia, dirigiendo el aire hacia el rostro y los pies de ella. Evita mirarla a los ojos.

—Nunca había estado allí —dice Donya, mirándolo, solazándose en la seguridad que le brinda su presencia, en el aire cálido que le envuelve los pies y le acaricia el rostro. Con el súbito cambio de temperatura se siente ligeramente mareada.

—No es una vista demasiado bonita —concede Omid.

—Da mucho miedo. Creía que se me helaría la sangre sólo de imaginar cómo será al otro lado de los muros.

Omid sonrío con tristeza y da marcha atrás para apartarse del bordillo.

—¿En qué trabajas? —pregunta Donya al cabo de un momento, al caer en la cuenta de que no sabe cómo se gana la vida. Nunca se lo ha preguntado a Sara. Nunca ha pensado en Omid en esos términos, no en lo que hace, sino en lo que es: sus palabras, sus ideas, sus conocimientos de poesía, su pasión por la fotografía, su sueño de convertirse en director teatral.

—¿Qué?

—¿A qué te dedicas? Has dicho que habías ido a llevar un encargo del trabajo.

—Ah, sí.

Omid guarda silencio. Parece distraído, nervioso. Su ansiedad tiene la extraña virtud de serenar a Donya, que apoya la cabeza en la suave curva del asiento.

—Trabajo para una empresa —dice evasivo, como si no lo entusiasmara hablar del tema—. Programación de sistemas.

—Ah, vale.

Donya afloja el pañuelo que le ciñe el cuello. Por algún motivo, la respuesta de Omid no surte efecto alguno, no la sorprende ni decepciona. Carece de importancia.

—¿Y te gusta?

Omid se encoge de hombros.

—Sí, claro. Me gustan los ordenadores.

Donya observa el vaivén de los limpiaparabrisas, que barren la lluvia del cristal.

Omid nunca fue a despedirse, sino que le dejó en el buzón un cuaderno de notas en cuyas páginas había pegado las fotos de ambos. Junto a cada foto había escrito con letra pulcra, meticulosa, los versos que prefería de los poemas que ella había escrito.

—¿Bajo un poco la calefacción? —pregunta Omid.

—Sí, por favor. Me siento como un pollo para llevar.

Él sonrío. Siempre le ha gustado su sentido del humor. Se reía con todas sus bromas. Se vuelve hacia ella y Donya reconoce la mirada que en otro tiempo creía que le pertenecía en exclusiva.

No tardan en enfilear la calle de Sara. Omid conduce despacio. «No he llegado tan lejos como creía», piensa Donya.

Pasan por delante de la tienda de ropa, ahora abierta. Los maniqués calvos del escaparate tienen pequeños trozos de celo pegados en la nariz, como si acabaran de operársela. Dentro, una mujer se pelea con la caja registradora.

Omid detiene el coche delante de la puerta negra del edificio de Sara. Donya oye el murmullo sordo del motor y se pregunta si Omid piensa apagarlo. Se nota la boca

seca.

Cuando el bronco resollar del motor se detiene, suspira aliviada.

Los envuelve un silencio impregnado de confusión y cautela. Las gotas de lluvia se deslizan por la ventanilla, dejando a su paso suaves estelas aceitosas. Una paloma sobrevuela el coche, exhausta y mojada.

—Hace años que no escribo un solo poema —declara de pronto, notando que las palabras se le escapan. Donya se sobresalta al reconocer el deje de tristeza en su propia voz. Aparta el rostro.

—Escribías unos poemas preciosos —dice Omid al cabo.

Ella percibe la incertidumbre que rompe la cadencia de su tono.

—Pues ya no.

Se vuelve para mirarlo. Omid no dice nada. Se le tensa la mandíbula. Parece angustiado, impaciente por alejarse de ella. Donya siente el impulso de sacudirlo, de cogerlo por los hombros y zarandearlo. Un brusco despertar.

«¿Qué fue lo que perdimos?».

—Yo trabajo para un banco y estoy a punto de casarme con un hombre que me quiere por los dos y que tiene una casa de veraneo en Saint-Tropez —suelta de sopetón. ¿Qué está diciendo? ¿Qué intenta hacer? ¿Qué intenta salvar, o destruir? No puede contenerse—. Es una casa preciosa, de verdad. A pie de playa, con un barco amarrado delante. Tenemos que decorarla, así que me ha pedido que le lleve unos cuantos recuerdos de Irán. Pero los ha encargado él por su cuenta. Lo único que he tenido que hacer es ir a recogerlos. Réplicas de reyes aqueménidas, un Miguel Ángel en una alfombra, un cuadro con un *ghazal* de Rumi. —Hace una pausa. Una hoja marrón se ha quedado atrapada entre el limpiaparabrisas y el cristal, y tiembla azotada por el viento—. Aunque jamás ha leído un solo poema de Rumi. Odio todas esas cosas. Odio su falsedad y me odio a mí misma por no ser capaz de decírselo. Mientras iba recogiendo, una tras otra, era como si algo fuera rompiéndose en mil pedazos. —Intenta reír, pero se le quiebra la voz y lo que brota de sus labios es una mezcla de sollozo ahogado y risotada nerviosa.

Un tímido sol alumbraba por un instante la parte superior de la mejilla de Omid, pero se desvanece antes de que ella pueda alargar la mano para tocarla. Su prolongado silencio la pone nerviosa, pero prosigue:

—Esta mañana intenté recordar qué decía Milan Kundera acerca del *kitsch*. Pero no pude.

—¿Acerca del *kitsch*?

—Sí, algo decía, ¿verdad? Que era una forma de autocomplacencia o algo por el estilo.

—Kundera ha dicho bastantes cosas acerca del *kitsch* —apunta Omid, mirando hacia delante, como si buscara la respuesta al otro lado del cristal, en la calle helada—. Pero recuerdo una en concreto, más o menos: el *kitsch* es el punto que media entre la existencia y el olvido.

Una sonrisa de gratitud ilumina el rostro de Donya.

—Supongo que no tiene nada que ver con los regalos que he comprado.

Omid juguetea con el llavero que cuelga lánguidamente del contacto. Una vez más, el silencio se ciñe en torno a ambos, estrechando cada vez más el cerco, como una serpiente que se dispusiera a quebrarles los huesos.

—Lo siento —se excusa Donya—. No debería haberte bombardeado con todas esas tonterías.

—No, tranquila.

Donya no puede seguir conteniéndose. Su cuerpo toma la iniciativa sin previo aviso. Se abalanza hacia delante y hunde el rostro en el cuello del abrigo de Omid. Quizá si no se hubiese rendido tan fácilmente, si no se hubiese cansado tan pronto de la distancia, si los sueños de Omid no le hubiesen dado tanto miedo, algo podría haber cambiado, o mejor dicho, algo podría no haber cambiado como lo hizo. Se habrían aferrado el uno al otro y enfrentado a todo juntos, a todas las desilusiones, a todos los escollos. Se habrían salvado mutuamente.

Donya nota que él se pone rígido. Percibe su olor, un olor a frío, a presencia ininterrumpida. El olor de quien no tiene las respuestas. Ya no.

Al cabo de un instante, Omid posa una mano vacilante en su hombro. Ella inspira el dulce aroma de su piel, un aroma sin perfume, y siente ganas de gritar.

—Tengo que irme —dice él.

Donya alza la cabeza. Le pesa como una losa. Apenas puede contener los sollozos que pugnan en su garganta. Lo mira. Lo único que él puede ofrecerle es una sonrisa muda y azorada.

—Ha sido estupendo volver a verte —añade Omid.

Como una ola que retrocede mar adentro después de romper en la orilla, ella se aparta y abre la puerta del coche, abrumada por el bochorno, el arrepentimiento y la pena. Algo se rompe en su interior.

Se apea del coche con pies que ya no parecen parte de su cuerpo.

Fuera, lo único que la espera es la solitaria humedad que impregna el aire.

2011
Turín, Italia



Se han sentado bajo las sombrillas blancas de la terraza que da al conservatorio Verdi. La luz crepuscular rebota en las paredes de tonos pastel de los edificios y se cuele entre las plantas de los balcones. El calor recién estrenado de la primavera se eleva desde las calles adoquinadas que bordean la plaza.

Neda contempla con expresión indolente a los transeúntes apresurados y los comerciantes que permanecen inmóviles. Lleva un holgado pañuelo amarillo al cuello, rozando su corta melena negra. Se le hace la boca agua con el aroma a queso recién cortado que llega del bar y que se mezcla con la luz menguante, las notas de un piano que llegan desde el conservatorio y el omnipresente olor a historia antigua.

Reza está sentado al otro lado de la mesa de madera redonda, de espaldas a la plaza y asiendo el vaso de cerveza, como si quisiera impedir que se escape. Su otra mano descansa sobre la rodilla y sólo de vez en cuando asoma para peinarse el pelo negro, arreglarse el cuello de la camisa o tocarse el óvalo de la cara. Hay algo lejano, foráneo, en su modo de mirar a Neda. La suya es la mirada de quien ha dejado atrás lo peor y no obstante trata de comprender por qué, de decidir si obró correctamente al marcharse. Todos los refugiados políticos a quienes ha conocido a través de él tienen esa misma mirada, como los supervivientes de un terremoto: sanos y salvos, sin nada a que aferrarse, deambulan por una interminable sucesión de días y noches; la mirada de los que vagan sin rumbo.

—Fue durante las manifestaciones del Día del Estudiante —cuenta Reza. Su rostro se ha endurecido. Neda atisba en sus ojos un destello de fanatismo, de algo que raya en la hostilidad—. Mi hermana iba a unirse a la manifestación con una amiga suya. Una multitud se había congregado en la calle Enghelaab. Era importante mezclarse entre la gente para no quedar en minoría o verse acorralado. Mi hermana y su amiga sólo tenían que cruzar la calle para alcanzar el grueso de la multitud que se manifestaba y coreaba consignas. Estaban casi en medio de la calzada cuando de pronto se vieron cercadas por unos diez agentes antidisturbios en motocicleta que empuñaban grandes porras. Haciendo rugir las motos, las rodearon y se pusieron a describir círculos en torno a ambas. Parecían invencibles con sus uniformes acolchados antibalas, como dioses omnipotentes, intocables, listos para descargar su ira. Al otro lado de la calle, la muchedumbre se alejaba lentamente, gritando consignas, arrojando piedras, dándole la espalda a mi hermana; nadie la vio.

Reza se interrumpe, como si le faltara el aliento. Neda, con las manos muy quietas sobre el regazo y los ojos fijos en su interlocutor, se arma de valor para escuchar el desenlace de un relato que la llena de oscuros presagios. Una brisa fresca barre la plaza y le acaricia el rostro, transportando consigo el murmullo de las calles, la cháchara de las mujeres, la risa de los niños y los ladridos juguetones, desafiantes, de los perros. Reza se pasa una mano nerviosa por el pelo antes de continuar.

Finalmente, uno de los agentes se detuvo. Lanzó una mirada fulminante a su hermana, midiéndola, como buscando el lugar idóneo de su cuerpo para asestar el primer golpe. Era joven, quizá no tuviera ni veinte años, y una sedosa pelusa

despuntaba en su labio superior. Sus ojos traslucían desprecio; frío, ávido y calculador desprecio. Un desprecio que no había tenido tiempo de reposar, sino que era crudo e inmediato. Un desprecio que golpeaba, que no concedía oportunidad de reaccionar, de devolver el golpe. Un desprecio que sencillamente estaba ahí, contra el que era imposible luchar. El policía blandió la porra y golpeó a su hermana en el hombro con un certero y premeditado movimiento del brazo.

Al parecer, era la señal que aguardaban los demás agentes. Estrechando el cerco en torno a su hermana sin llegar a apearse de las motocicletas, la golpearon con las porras, la patearon con las botas. Botas pesadas. Botas hechas para dar patadas, pisotear, aplastar. La golpearon en los costados, en el estómago. Le tiraron del pañuelo, obligándola a dar vueltas sobre sí misma, la golpearon en la espalda, el pecho, los hombros, los brazos con que trataba de protegerse la cabeza, la golpearon con tanta fuerza que empezó a tambalearse, zarandeada entre unos y otros. Su amiga rompió a gritar, a llorar, les suplicó que pararan. Pero nadie la escuchó. Ni la tocó. Sólo parecían interesados en su hermana, en torno a la cual seguían dando vueltas con las motocicletas, propinándole patadas en el vientre. Su amiga se desgañitaba, pero ella permaneció en silencio. Ni un solo grito brotó de sus labios. Su amiga chilló, los insultó, les rogó. Su hermana no podía abrir la boca. Lo único que lograba hacer era protegerse la cabeza con los brazos. Otro golpe con la porra en la columna, otra patada en un costado y se desplomó en el suelo.

Reza mece levemente la cabeza hacia delante y hacia atrás mientras habla. Sus ojos parecen empañarse. Neda nota que su corazón está a punto de estallar. El resto de su cuerpo se halla como entumecido, inmóvil. Siente que un frío gélido la invade poco a poco. Se ha tapado la boca con la mano. Como si la hubieran golpeado por dentro, se le encoge el estómago al punto de que le duele.

Cuando la hermana de Reza cayó al suelo, los policías dejaron por fin de golpearla y su amiga pudo acompañarla a casa. Al principio, todavía en caliente, no sintió demasiado dolor. Incluso le dijo a su marido que los golpes no dolían demasiado, que no exageraran. Al fin y al cabo, no era para tanto. Ni siquiera se tomó demasiado en serio las contusiones cuando, horas después, el dolor empezó a manifestarse, a reclamar su cuerpo, que pronto se tiñó de negro, azul y morado. Aseguró que no era nada, que las había visto peores, que los verdugones no tardarían en desaparecer.

—Pero al día siguiente empezó la hemorragia interna, que no se cortaba. La llevamos al hospital. Allí supo que estaba embarazada de dos meses. El bebé había muerto en su vientre. Tuvieron que operarla para sacar el feto muerto.

«Botas pesadas. Perfectas para dar patadas, pisotear, aplastar. Perfectas para matar a un niño en el útero de su madre».

—Dios mío... —gime Neda. Se lleva las manos a los ojos y se presiona las cuencas oculares con todas sus fuerzas, pensando en la hermana de Reza y en el bebé muerto, en la sangre—. Dios mío... —repite, incapaz de decir nada—. ¿Está bien, tu

hermana? ¿Se ha... se ha recuperado? —inquire al fin.

—Está perfecta. —Reza hace una pausa—. Al principio fue duro, pero es muy fuerte. Se ha recuperado, o eso creo.

Neda apenas puede respirar. La cabeza le duele como si le fuera a estallar y todo su cuerpo está tan sensible que el más leve roce la haría encogerse de dolor.

—Pobre chica, pobre chica...

Reza toquetea el borde de la mesa.

—Nunca he hablado de esto, de esta experiencia, con nadie. No sé por qué. Quizá porque, de algún modo, la siento como mía. Quizá también porque se trata de mi hermana. Pero te aseguro que nada de lo sucedido esos días, ni a mí ni a otros como yo, me afectó de un modo tan profundo como lo que le pasó a ella. Fue como si hubiesen logrado hacernos daño no sólo a nosotros, a nuestra generación, sino también a la siguiente. Y eso era sencillamente demasiado.

—Debes de haberlo pasado muy mal.

—Ella se llevó la peor parte. —Reza guarda silencio mientras asiente repetidas veces, como si tratara de controlar un sentimiento—. Pero ahora está mucho mejor. Han pasado dos años. Y quién sabe, a lo mejor es verdad que el tiempo cura las heridas. —Reza se reclina en la silla. Cierra las manos y sus puños apretados descansan sobre la mesa, como desmintiendo sus últimas palabras. Mira con fijeza un punto indeterminado del tablero.

Neda percibe lo mucho que sufre, cómo su cuerpo se rinde al dolor que emana del recuerdo. Posa una mano sobre el puño de Reza.

Entonces, sin previo aviso, le viene a la mente la imagen de su propia madre. También ella podría haber sufrido un aborto. Sólo la suerte lo había impedido, había determinado que Azar siguiera viva y que Neda pudiera nacer.

Años atrás, en Irán, Azar solía hablar de la cárcel cuando se reunían alrededor del cálido *korsi*, de la mesa baja con brasero, y se tapaban las piernas con colchas y mantas. Al principio, cuando Neda, su hermano y la prima de ambos, Forugh, aún eran pequeños, Azar se limitaba a contarles anécdotas divertidas, por ejemplo los pasatiempos a que jugaba con sus compañeras de celda, las bromas que hacían a costa de las Hermanas, el infantilismo de las recién llegadas, la osadía de las veteranas, el insólito corte de pelo que en cierta ocasión le hizo a una de las reclusas. Neda recuerda que Forugh, su hermano y ella solían desternillarse, rodando por el suelo, compitiendo por ver quién soltaba la carcajada más sonora, más larga, colmando la habitación con el eco de su risa. Qué fascinante les había parecido aquello, qué divertido. Neda sentía predilección por la historia de su propio nacimiento según la contaba su madre, moviendo las grandes manos en el aire, abriendo mucho los dulces ojos redondos para describir el gracioso pelo de punta de la recién nacida, los inmensos ojos negros que todo lo observaban con aire inquisitivo, como un director de escuela, su piel canela. Neda se imaginaba envuelta en un arrullo, rodeada de mujeres con manos impacientes y corazones necesitados de amor. «No tenías una

madre —solía decirle Azar—, sino treinta». Y Neda se sentía presa de una cálida alegría al pensar en lo mucho que la habían querido, necesitado. Se consideraba una niña afortunada. ¡Qué historia tan pintoresca la de su nacimiento!

Y sin embargo, a medida que los niños crecieron, las anécdotas de la cárcel fueron perdiendo poco a poco colorido y calidez, como si su madre hubiese decidido que debían conocer la verdad, o por lo menos la otra cara de ésta. «No es que las demás historias no sean ciertas —insistía Azar—, pero hay otras». Su rostro ya no se iluminaba cuando contaba las nuevas. Sus manos no revoloteaban en el aire. Ahora hablaba de mujeres que habían perdido la cordura, que se habían convertido en *tavaab*, que nunca regresaron. Ni siquiera las circunstancias que rodearon el nacimiento de Neda resultaban ya divertidas. Su madre sólo hablaba de lo mucho que temía perderla, o quedársela, de las pesadillas, la culpa, la ira, la paranoia que la había llevado a pensar que algunas de sus compañeras de celda intentarían pisotear a Neda mientras ella dormía, patearle la cabeza. De modo paulatino, las Hermanas fueron perdiendo su aire caricaturesco para volverse abrumadoramente reales, amenazadoras, imprevisibles. Los Hermanos pasaron a ser hombres despiadados, sádicos, a quienes evitar a toda costa. Siempre que Azar desgranaba esas historias, el abuelo de Neda abandonaba la habitación, su abuela se enjugaba las lágrimas en silencio y su padre permanecía mudo en un rincón, mientras su rostro iba ensombreciéndose y todo su ser traslucía tal pesar que Neda no se atrevía a tocarlo siquiera, no fuera a resquebrajarse como una vasija y hacerse añicos. Y los niños se limitaban a escuchar, incapaces de articular palabra ante la inmensidad de esa pena.

Luego estaba el tío muerto, Behruz, el hermano más joven de su padre, cuya foto enmarcada se hallaba en las paredes de todas las casas, del que rara vez hablaban. Ni al principio, ni después. Pero no significaba que hubiese caído en el olvido, como tampoco ningún detalle de esa historia pasada. No habrían podido olvidarla aunque hubiesen querido, «por el bien los niños, del futuro». Condicionaba cada etapa de sus vidas, cada decisión. Siempre estaba ahí mismo, tras sus párpados. Lo único que tenían que hacer era cerrar los ojos para verla, para revivirla. Bastaba que alguien aludiera a lo sucedido con una pregunta, un comentario inocente durante la cena, para que su madre tuviera que lidiar con las pesadillas toda la noche, para que su padre saliera al patio a fumar un cigarrillo tras otro, abrigado para resistir el frío de la madrugada. Así que lo sabían: un lastre pesaba sobre el futuro desde hacía mucho. Al igual que sobre los niños.

Las delicadas sombras del crepúsculo sobrevuelan el rostro de Reza cuando éste se reclina hacia atrás en la silla para que un camarero de cabeza diminuta y pobladas cejas deje sobre la mesa un plato con aceitunas y queso, acompañado con mermelada y miel.

—*Le olive* —dice Reza, sonriendo, cogiendo una aceituna. Parece que no quiere hablar más de su hermana—. Ésa fue una de las primeras palabras que aprendí en italiano. Tienen un sabor distinto a las nuestras, son menos amargas.

—¿Ésa fue tu primera palabra?

—Una de las primeras.

—Qué gracia. —Neda también coge una—. Las mías fueron «*Prendiamo un caffè?*».

Ambos ríen.

—Eso son tres palabras. Ya ibas un paso por delante de mí.

—Dos —bromea Neda, y le guiña un ojo.

Reza sonrío y escupe el hueso de la aceituna en el hueco del puño. Luego abre la mano y, con un elegante giro de muñeca, lo deposita en su plato. El pelo corto lo hace parecer más joven, pero confiere cierta severidad a su rostro, a esos labios finos y agrietados que se dulcifican en las comisuras. El traje chaqueta azul oscuro le da un aire formal, como si se dispusiera a acudir a una reunión de negocios. A Neda le gusta que se arregle cuando quedan. No puede evitar sentir una punzada de ternura cuando lo ve avanzar en su dirección, siempre tan correcto, tan cortés, como un colegial. Va hacia ella con grandes pasos lentos mientras sus brazos fornidos se balancean torpemente a ambos lados del cuerpo y una sonrisa franca pero vacilante aflora a sus labios, como si nunca estuviera completamente seguro de poder desplegarla del todo. Sus andares son decididos, pesados, y sin embargo Neda siempre tiene la sensación de que camina sobre una cuerda floja.

Así lo vio la primera vez que hicieron el amor, cuando él se había pasado por el piso de ella para coger prestados unos libros sobre Turín que Neda le había prometido. Reza llevaba tres meses en Italia. Había comentado que quería saber más de la ciudad a donde había ido a parar, sus misterios, que según había oído eran muchos. Se había presentado ante su puerta enfundado en un largo abrigo gris, oliendo a serrín y expectación. Por entonces vivía en la trastienda de una carpintería. Para salir a la calle tenía que cruzarla en penumbra, sorteando armarios y camas a medio fabricar mientras el serrín iba depositándose sobre su piel, fino y sedoso. No tardaba más que unos minutos en cruzar la carpintería, pero ese olor —dulce y áspero a la vez— se le quedaba impregnado.

Aquel día Reza parecía titubear, plantado en el centro de la habitación, de espaldas al resplandor dorado que se filtraba por la ventana. Ella era consciente de la tensión, de la rigidez que desprendía el difuso contorno de su cuerpo alto y robusto. Él esperaba que ella disipara sus dudas, y la observaba con esos ojos luminosos como hojas de árbol bajo la lluvia mientras los nervios jugueteaban con las comisuras de su boca. Y ella lo hizo, despacio, sintiendo la caricia del sol en la espalda. Después se tumbaron juntos y ella se acurrucó en el hueco de su brazo extendido. Yacían inmóviles, mudos, y acabaron durmiéndose envueltos en el olor del otro, apaciguados, como niños satisfechos que caen rendidos tras un largo día de playa.

Desde entonces, Neda no ha podido evitar sentirse arrastrada hacia él por un deseo vertiginoso, oscuro, que echó raíces en su interior la primera vez que lo vio. Fue su condición de refugiado político lo que la intrigó la noche que se conocieron;

eso y sus gestos pausados, sus largas pestañas. Había sucedido en el *Shab-e Yalda* del año anterior. Reza estaba delante del restaurante iraní donde se celebraba la reunión. Neda lo vio mirándola desde la ventana. Ella estaba sentada sola en un rincón. No conocía a nadie. En los tres años que llevaba en Turín, apenas había frecuentado la comunidad iraní, pues pasaba la mayor parte del tiempo con los demás estudiantes de la academia de arte. Sin embargo, a medida que se acercaba el *Shab-e Yalda*, había empezado a experimentar una súbita añoranza que había ido en aumento contra todo pronóstico. Necesitaba pasar algún tiempo con otros iraníes, dejarse envolver aunque sólo fuera por una noche en la dulce y melancólica complicidad de su lengua materna. Preguntando aquí y allá, se había enterado de la existencia de ese restaurante iraní. Sin embargo, una vez allí, se sentía muy sola en su rincón y estaba planteándose marcharse. Fue entonces cuando lo vio, al otro lado de la ventana, fumando en pipa, cuyo humo azul se mezclaba con la niebla, la noche y los copos de nieve a punto de caer. Neda sonrió sin saber por qué. La pipa le daba un aspecto anticuado que encajaba a la perfección en el mundo suspendido del restaurante, con las alfombras persas en el suelo y las miniaturas colgadas de las paredes. Un mundo aparte que flotaba a la deriva, ajeno al espacio y el tiempo.

Reza apoya los codos en la mesa y adelanta ligeramente la barbilla, en la que despunta una incipiente barba negra. Mira a Neda con sus grandes ojos, que rezuman una especie de aprensiva melancolía. Por las ventanas abiertas del conservatorio, le llega a Neda la música que acaricia el aire, majestuosa, acompañada por la voz de una soprano que parece que quisiera deshacerse un nudo en el pecho.

—¿La oyes?

—Sí —contesta él, chasqueando los labios—. Es precioso. Me gusta pasar por delante del conservatorio cuando salgo de tu casa. Nunca se ve quién toca, pero rebosa de música y vida.

Neda ladea un poco la cabeza sin dejar de mirarlo, mientras se lo imagina alejándose de su piso con ese traje azul que alberga un corpachón algo desgarbado, todavía impregnado de su olor, enfilando la estrecha y elegante pero bulliciosa Via Mazzini, dejando atrás las librerías de viejo, las sofisticadas tiendas de diseño y los pequeños talleres de techos bajos que acogen a jóvenes promesas de la moda. Un fugitivo, eso parece con esa expresión de atolondrado deslumbramiento, como si no supiera dónde está.

—¿Te gusta la ópera? —pregunta él.

—Sí, aunque nunca he ido a ver ninguna al teatro.

—Yo tampoco.

—Tendríamos que ir algún día. Y vestirnos de gala. Sería divertido. Pero primero habrá que ahorrar... —dice ella en tono de chanza, y lo mira muy sonriente.

Él suelta una carcajada, echando la cabeza ligeramente atrás. Tiene una risa grave, profunda, y entorna los ojos al reírse.

«En sus ojos estoy a salvo —piensa Neda—. Aquí siempre he estado a salvo,

lejos de todo aquel polvorín».

Neda apoya el codo en la mesa y la barbilla en la palma.

—Te hago reír.

—Sí, es cierto. Siempre me haces reír.

—¿Te gusta?

Él se inclina hacia delante. Bajo la mesa, su rodilla se topa con la de Neda.

—Sí, mucho.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué te hago reír?

Él la observa un instante.

—Porque cuando estoy contigo me resulta fácil.

Neda escruta su rostro, pensando que es cierto. Cuando está con ella, su mandíbula se relaja, sus ojos se iluminan y su risa se vuelve más sonora. Casi se diría que está ansioso por rebajar la tensión, por sonreír, y la observa con gesto expectante, como esperando que ella haga o diga algo que le arranque una carcajada, que lo haga olvidar, sentirse bien. Ella le brinda consuelo, y lo sabe. Se solaza en su ánimo intacto, en su serenidad, para olvidar su propia angustia, el desasosiego, el horror que aún lleva pegado a la piel, el horror de la violencia que ha visto cometer contra ciudadanos de a pie en las calles, sus días de confinamiento solitario, el pavor a la muerte al que hubo de enfrentarse a solas, en la cárcel, sin saber qué sería de él. Ella ha visto brillar sus ojos de alegría, de alivio casi, nada más verla, como si la mera presencia de Neda, con sus delicadas prendas italianas que él nunca olvida elogiar, su aplomo, su sonrisa, fueran la prueba irrefutable de que es posible construir algo hermoso partiendo de la devastación más absoluta. Y había vuelto a ver ese brillo apenas minutos antes, cuando ella había comentado que deberían ir a la ópera. Ese destello de alivio, ese impulso de creer que sí, que la vida puede ser fácil. Que puede consistir en decidir si se va a la ópera o no, si se ahorra o no. Que puede ser divertida, sin miedo, sin horror, sin tener que estar siempre luchando, resistiendo, peleando, sin deber poner cada vez a prueba los límites de la propia valentía, de la propia cobardía. Que la vida puede consistir sencillamente en sentarse una tarde de primavera a tomar una cerveza en una terraza, oyendo de fondo a una soprano que ensaya para un concierto.

«Me he convertido en su protectora —piensa Neda—, en su talismán». Y siente que le han crecido dos brazos poderosos, incansables, capaces de apartarlo de la resaca que tira de él y conducirlo por el camino ineludible de la vida que sigue adelante, que empieza de nuevo. Reza puede volcar toda su pena en ella y alejarse convertido en un hombre libre.

—¿Y eso es bueno? —pregunta ella.

Reza le acaricia la mejilla.

—Por supuesto. Buenísimo.

El eco de las campanadas de una iglesia cercana resuena en la plaza. La risa de los niños flota en el aire. Una mujer pasa por delante de la terraza empujando un cochecito. Con gran alharaca y un histérico batir de alas, varias palomas se pelean por hacerse con el puñado de semillas que un anciano ha esparcido en el suelo.

Reza mira a Neda con sus ojos oscuros. Sonríe, pero algo ensombrece su expresión, como un hombre que pugnara por liberarse del lastre que le impide erguirse con dignidad. Para entonces, ella se ha acostumbrado a esos súbitos accesos de tristeza, cuando de pronto él parece estar ahogándose en un mar que ella no alcanza a ver, al que no puede asomarse. Es un mar de recuerdos, de amigos a quienes ha dejado atrás, de promesas que no ha cumplido, de luchas que a partir de un momento ha renunciado a seguir librando. Apenas habla de ello con Neda, como si no quisiera mancillarla con desventuras que a su entender pertenecen a otro espacio, otro tiempo. Sólo llora cuando se emborracha, y entonces ella lo entiende. Esas lágrimas le resultan familiares. Vio a su padre derramarlas, incapaz de reprimirlas, cuando el alcohol desencadenaba algo en su interior.

—Al principio, cuando empezaron las manifestaciones, había mucho entusiasmo —prosigue Reza, retomando el relato. Neda comprueba que sus pensamientos nunca se apartan del rumbo marcado. Que por mucho que esté allí con ella en esa bonita y tranquila plaza, también está allí, en ese otro mundo de balas y porras—. No sabíamos si íbamos a derrocar al régimen o no. En cierto modo, tampoco se trataba de eso. Iba más allá. Queríamos que el mundo entero supiera que estábamos allí, que habíamos despertado y no teníamos miedo. Queríamos demostrarles a todos que nuestra generación había madurado, que teníamos voz propia, que queríamos y podíamos tomar decisiones. —Reza hace una pausa, entrelaza los dedos. Hay un temblor fervoroso en su voz—. Las más hermosas eran las manifestaciones silenciosas. No se planeaban de antemano, sino que sencillamente ocurría, tal era la armonía que había entre nosotros.

Neda recuerda haber visto las imágenes de una inmensa muchedumbre avanzando en silencio por un ancho puente. El silencio era tan abrumador que, por un instante, había creído poder oír sus corazones. Había mujeres tocadas con pañuelos verdes, hombres que los lucían anudados a la frente, jóvenes y viejos por igual, desfilando ante el sobrecogido ojo de la cámara. Una larga bandera verde ondeaba sobre la multitud, que la sostenía con sus brazos. Al cabo de un instante, como el restallar de un trueno, los manifestantes rompieron el silencio aplaudiendo al unísono. Las risas se mezclaron con las palmas mientras los desconocidos se hermanaban en un estallido de irrefrenable alegría. Los aplausos fueron creciendo enseguida en intensidad hasta que traspasaron la pantalla y saltaron a la habitación, como gotas de lluvia que azotan el tejado.

—Fue en un vídeo de las manifestaciones silenciosas donde reconocí a mis primos, Sara y Omid, entre la multitud. ¿Te lo he contado alguna vez? Bueno, en realidad somos primos segundos —puntualiza Neda muy sonriente—. Nunca lo

olvidaré. Primero vi a Sara. Hacía la señal de la victoria, riendo, mirando alrededor con aire triunfal. Casi parecía que aquellos hombres y mujeres habían ido hasta allí para acompañarla. Luego se dio la vuelta y llamó a alguien. Segundos después, vi a su hermano, Omid, dándole alcance, cogiéndola de la mano, y luego los vi alejarse juntos, desapareciendo del campo de visión de la cámara. Yo no daba crédito. Tuve que volver a ver el vídeo varias veces para convencerme de que eran realmente ellos.

Reza sonríe, reclinándose en la silla con gesto complacido.

—Me contaron que, sólo ese día, hubo cientos de miles de personas en la calle —dice Neda, uniendo las palmas—. Ellos mismos no acababan de creérselo; la magnitud de las cifras les daba vértigo.

—El régimen tampoco se lo creía —asegura Reza—. Fue como si de pronto se dieran cuenta de que nosotros, nuestra generación, no había salido como ellos esperaban pese a todos sus lavados de cerebro. Pero entonces empezó la represión. Y no se trataba sólo de ahuyentarnos y que volviéramos corriendo a casa. La policía salió a la calle con órdenes de matarnos, de acabar con miles o incluso millones de personas. —Hace una pausa. Los músculos de su rostro se tensan por la emoción. Parece sumido en la perplejidad, como si aún le costara creérselo. Sus oscuras pupilas se dilatan igual que si reviviera el terror. A Neda se le pone la carne de gallina—. Se oían disparos por todas partes, gritos de pánico. Había coches en llamas, columnas de humo negro que subían hacia el cielo, rostros y cuerpos ensangrentados. Aquello no era un juego. Habían salido a matar tantos manifestantes como pudieran, sin pestañear. Por aquel entonces, ninguno de nosotros pensaba que el régimen fuera capaz de semejante brutalidad. De semejante violencia, de un afán homicida tan despiadado. Ni en nuestras peores pesadillas podríamos haberlo imaginado.

Reza enmudece. Neda lo mira sin poder articular palabra. Recuerda haber visto los vídeos. Las escenas de la violenta carga policial y la desafiante resistencia de los manifestantes la habían imbuido de una extraña e incontenible energía. Y recuerda haber sentido el impulso de coger una barra de hierro y romper todas las ventanas, correr hasta caer exhausta, prender fuego a cuanto había alrededor, tirarse desde un acantilado. Y sin embargo ahora, al escuchar a Reza, al comprobar el desconcierto, la conmoción que aflora a su rostro, nota un nudo en el estómago. Siente un escalofrío de rabia, de rechazo, al verlo tan estupefacto, boquiabierto, como si lo sucedido no fuera justo lo que cabía esperar, lo que siempre había pasado. ¿Qué diferencia había respecto al pasado, a no ser que ahora las matanzas se habían trasladado a la calle, que todo se hacía sin asomo de pudor, a las claras, y la sangre manaba a plena luz del día y no tras los muros de una cárcel, de forma masiva, en plena noche? «¿O habría ocurrido también de día, con el sol bañando los ojos vendados de los prisioneros?».

No, a ella no le había sorprendido. «¡Ya han matado a miles de personas, Reza! —le gustaría gritarle—. Tus peores pesadillas se hicieron realidad veintitrés años atrás».

El camarero acude a retirar los vasos vacíos de cerveza e interrumpe la

conversación.

—*Altre due?* —pregunta, dirigiéndose a ella.

Neda y Reza se miran mientras se reclinan en sus respectivas sillas.

—*Sì, grazie* —contesta ella.

Después permanecen en silencio, mirando en torno, como si ambos necesitaran un momento para enfrentarse a sus emociones, para recobrar el control de las mismas amparándose en la vida que se desarrolla alrededor, en esa plaza que el crepúsculo ha ido tiñendo poco a poco de azul, en las sombras que se demoran sobre los postigos verde claro del conservatorio. La terraza va llenándose de gente. Grupos de amigos se reúnen en torno a las mesas; varias parejas intentan mantener una conversación pese al ruido: el tintineo de los vasos, el estrépito del hielo que alguien golpea con un martillo, el sonoro castañeteo de la coctelera. En el extremo opuesto, un hombre y una mujer se detienen ante el escaparate de una perfumería y contemplan los elegantes frascos expuestos. En el centro de la plaza, un grupo de adolescentes se apoltrona en los escalones de la estatua de bronce de La Marmora, uno de los generales que protagonizó la guerra de independencia italiana y que posa ligeramente inclinado hacia delante en su montura.

La plácida belleza del lugar siembra la inquietud y el desconcierto en Neda. «¿Qué estamos haciendo aquí, en esta ciudad, en este país?». Si apenas un instante antes la plaza se le antojaba el escenario perfecto para esa charla íntima, y hacía que las palabras brotaran más fácilmente, de pronto ese efervescente bullir de la vida le resulta ajeno, como si nada de aquello fuera con ellos y se difuminara en el preciso momento en que cobra vida, igual que si se tratara de un sueño. De repente, no sabría decir qué le parece más irreal, si el impermeable murmullo que los rodea o su conversación con Reza. Es como si en cuestión de segundos se viera arrojada de un mundo al otro. Del peso del pasado y el presente en un lugar donde un puñal ensangrentado se hunde con saña en el corazón de un pueblo a otro mundo, donde una chica cruza la plaza en bicicleta mientras su pañuelo amarillo y rosado ondea al viento. Neda tiene la sensación de haberse desdoblado en dos: una parte de ella se debate violentamente, mientras la otra permanece inmóvil. Cada uno de esos mundos hace que el otro parezca imposible, lejano, otra realidad.

De una mesa a su espalda, le llegan retazos de una conversación sobre un gato que se ha escapado de casa tras la visita al veterinario. La dueña del animal lo explica en tono quejumbroso. Teme que el gato no vuelva nunca. Ha dejado de confiar en ella, asegura, y ya no la asocia con comida y protección, sino con una experiencia traumática. La conversación se interrumpe cuando empieza a sonar un móvil.

La mirada de Neda se vuelve hacia Reza, cuyo corpachón se hunde en la silla como si una fuerza invisible se empeñara en aplastarlo. Parece extrañamente dócil, como un niño. Siente el impulso de estrecharlo entre sus brazos. ¿Quién les queda, sino el uno al otro? Alarga una mano y alisa las escasas canas que le platean las sienes. Él coge su mano y la sostiene entre las suyas.

—Qué manos más pequeñas tienes —dice examinándoselas, atónito—. Podría metérmelas en el bolsillo y llevarlas conmigo a todas partes sin que nadie se diera cuenta.

La mira a los ojos; los suyos rezuman ternura. Neda sonrío, disfrutando de la sensación de estar a salvo entre las manos de él, mucho más grandes que las suyas. De dedos largos y delgados, con la piel ligeramente áspera, cálida al tacto. Ella dobla los dedos entre las palmas ahuecadas, los despliega, vuelve a doblarlos, jugueteando. De pronto, siente el impulso urgente de seguir hablándole de lo que había sentido en los días posteriores a las elecciones, sentada frente a la pantalla del ordenador, viendo cómo todo se precipitaba ante sus ojos. «Todo parece tan reciente —piensa—, aunque hayan pasado más de dos años...». Siente una punzada de envidia al pensar que Reza estuvo allí, que participó en ese momento que cambió el curso de la historia. Él corrió por esas calles, arrojó piedras, gritó consignas, fue detenido, liberado y detenido de nuevo hasta la huida definitiva. Arriesgó su vida. ¿Cómo va a competir con eso? ¿Cómo contarle ninguna anécdota, mencionar ningún recuerdo que pueda medirse con los suyos? Para él, todo fue inmediato, personal. Olió la pólvora de las balas, los gases lacrimógenos y la sangre que regaba las calles. Hizo lo mismo que los padres de Neda hicieron treinta años atrás. Es un recordatorio constante de éstos, de cómo habrían sido si ella hubiese podido verlos. Pero, en sus recuerdos, sus padres eran mucho mayores. Así imaginaba a todos los activistas y refugiados políticos antes de conocer a Reza, con el mismo aspecto sereno y maduro, los mismos rostros de mediana edad de sus progenitores cuando Neda ya era un poco mayor y ellos volvían a estar con ella y, por tanto, podía recordarlos. No los tiempos en que ambos se hallaban ausentes y ella dormía con su abuela, que la rodeaba con los brazos y respiraba a escasos centímetros de su cara, casi asfixiándola con su aliento caliente. Nunca se había detenido a pensar en la imagen que se había formado de sus padres, y no fue hasta conocer a Reza cuando de pronto se le ocurrió que también ellos eran jóvenes, tan jóvenes como él, cuando los detuvieron. Ese simple descubrimiento, tan banal en apariencia, la había sumido en el estupor. Imaginaba a sus padres correteando por esas mismas calles hostiles, repartiendo panfletos antirrégimen por el vecindario, asistiendo a reuniones clandestinas, igual que Reza, con sus jóvenes y entusiastas rostros iluminados por un inquebrantable ardor, dedicando todos y cada uno de sus esfuerzos a ese ideal que hacía que lo demás pareciera insignificante. Se había quedado casi sin aliento al comprender que su madre era más joven que ella cuando la trajo al mundo, tras los muros de una cárcel. Luego recordó que Azar se lamentaba de que algunas de sus compañeras de celda fueran muy jóvenes. «Demasiado jóvenes —solía decir— para sufrir por sus incipientes ideales políticos». Su madre contaba que esas prisioneras siempre lucían ropa negra y gris, y se sentaban en hilera a lo largo de los muros bajos, haciéndose las fuertes. Pero cuando ella se ponía su blusa blanca con flores amarillas y rosadas no podían disimular su alegría. Entonces se olvidaban de fingir una entereza que no sentían, como si hubiesen

recordado de pronto que su lugar no estaba entre aquellos muros desnudos y aquella moqueta raída, que aquél no era su sitio, que algo había salido mal, rematadamente mal. En su día, esos relatos de su madre la habían consternado, no tanto por la propia suerte materna como por la de esas otras prisioneras «tan jóvenes». Pero ahora, al ver a Reza, se da cuenta de que Azar era una de esas muchachas, aunque nunca se lo dijo, jamás lo reveló.

El camarero no tarda en regresar con dos vasos de cerveza empañados sobre los que flota una densa capa de espuma. Reza y Neda se sueltan las manos para que pueda dejarlos en la mesa, así como la cuenta debajo del cenicero de plástico negro. Por un instante, se quedan mirando las cervezas. Luego se miran mutuamente y se sonríen con timidez mientras se llevan los vasos a los labios.

—Qué buena está esta cerveza —dice Reza.

—Sí, muy buena.

Reza se inclina ligeramente hacia delante, observa el plato de quesos, que apenas han tocado.

—A ver, ¿qué me dices de estos quesos?

Neda también se inclina, apretando el pecho contra sus manos entrelazadas que descansan en el canto de la mesa, y estudia el plato.

—Pues, veamos... —dice, liberando una mano para señalar los quesos uno a uno—. Tenemos parmesano, raschera, fontina.

—¿Cómo los distingues? —pregunta él riendo—. Si voy al supermercado y quiero comprar queso, cojo el primero que veo y luego nunca recuerdo su nombre.

—Al principio me pasaba lo mismo, pero he ido aprendiendo a reconocerlos.

Reza abre un trozo de pan por la mitad, pone un trozo de queso dentro y se lo da a Neda. Igual que solía hacer Azar pocos años atrás. Le preparaba diminutos bocadillos mientras le preguntaba por sus clases de pintura. Neda sabía que su madre ansiaba tenerla de nuevo en Irán junto a ella, pero nunca se permitió decírselo.

En una sola ocasión le había hablado Neda a Reza de su madre y de la historia de su nacimiento. Habían salido de noche y acababan de volver a casa. El sol aún no había despuntado sobre las colinas de Turín. Se habían asomado al balcón, donde tenían mejores vistas de la cima de La Mole Antonelliana, cuya cima acariciaban las escasas nubes blancas, y de las copas de los árboles que techaban la calle, coronadas por un fulgor ambarino.

—Soy feliz. —Reza la había abrazado por la espalda y pegado los labios a su oreja.

Ella se había vuelto sin desasirse. Sonreía, pero en el fondo buscaba ya las palabras justas para contarle su historia. Él tenía el rostro tan cerca del suyo que parecía querer respirar el aire que brotaba de sus labios. Ella se preguntó si Reza notaría su corazón acelerado.

Y entonces se lo contó, primero con un hilo de voz que fue ganando fuerza a medida que iba deshaciendo los nudos, uno a uno. Reza la escuchó de principio a fin

con una leve y atormentada sonrisa que no desapareció en ningún momento, como si la llevara grabada. Neda notó en él cierta incomodidad, el gesto reservado de un hombre que no supiera cómo enfrentarse a una emoción. Su expresión, iluminada por el suave resplandor del alba, parecía vacilante, impredecible.

Ni una sola vez la interrumpió para hacer preguntas o comentarios. Más tarde, cuando Neda acabó, volvió a abrazarla, con fuerza, y le hizo el amor en silencio. Nunca lo habían hecho así, sin pronunciar palabra, como si el cielo se hubiese posado sobre ellos.

Después, él jamás volvió a mencionar el tema.

—Hay algo que nunca te he contado —dice Reza, interrumpiendo el flujo de los pensamientos de Neda, que alza los ojos, algo sobresaltada, como si la hubiesen despertado bruscamente.

—¿Qué?

Desde los edificios que destilan una oscuridad diluida por las farolas, llega la llamada secreta de los pájaros, que quizá se advierten de amenazas intuidas, o acaso se dan las buenas noches. «Vas a contarme un recuerdo —piensa Neda—. Otro. Pero estoy cansada de recuerdos. ¿Cuándo se acabarán?».

—Mi padre formaba parte de la Guardia Revolucionaria —declara Reza—. De hecho, fue uno de sus fundadores.

Neda lo mira y un escalofrío le recorre la columna, como si una ráfaga de aire frío la hubiese traspasado. Tiene la impresión de que Reza ha bajado un poco la voz, como si no estuviera seguro de lo que dice, o no quisiera que lo oyera nadie más que ella.

—Pero ya no. Lo dejó en cuanto se dio cuenta de que ya no se atenían a sus propios principios.

Neda asiente, sin apartar los ojos de él, incapaz de articular palabra. Está demasiado estupefacta para pensar con claridad, para digerir lo que él acaba de decirle. Si bien en un primer momento los ojos de Reza rehuían los suyos, ahora parecen haberse sosegado. La mira a los ojos mientras sigue hablando, como si quisiera demostrarle que no tiene nada que ocultar, que su conciencia está tranquila.

—La Guardia Revolucionaria no es lo que tenía que ser, aquello para lo que se fundó. Mi padre se sintió traicionado. Sus ideales se vieron pisoteados.

Neda lo escucha al tiempo que un recuerdo aflora a su mente. Intenta no prestarle atención, intenta centrarse en lo que Reza le cuenta, pero, pese a su resistencia, el recuerdo sigue abriéndose paso a empujones.

Hacía un día soleado y luminoso. Neda y Forugh jugaban en el patio de la abuela de ésta, donde Neda iba todos los viernes con los tres primos, cuando la madre de Forugh, Simin, les pidió que entraran en casa porque tenía algo que contarles. Tenía el alargado y anguloso rostro sereno pero demacrado. Estaba sentada en el suelo, apoyada en un cojín rojo. Los observó al entrar con sus ojos de párpados pesados, entrelazando las manos y volviendo a separarlas. Forugh fue a sentarse en el regazo

de su madre. Neda se sentó junto a ésta, hundiendo las rodillas en los tensos nudos de la alfombra amarilla y azul.

Neda no recuerda las palabras exactas de Simin. Sí, en cambio, que no lloraba, puede incluso que sonriera, aunque la suya fuera una sonrisa triste, sin brillo, como el sol invernal. Tenía la piel marchita, los altos pómulos descarnados y dos oscuras ojeras bajo los ojos hinchados, como sombras amoratadas.

Forugh no movió un solo músculo, no apartó los ojos de su madre mientras escuchaba la noticia de la muerte de su padre. Sus vivaces ojos castaños se empañaron y el rubor tiñó sus mejillas, pero no se movió. Fue Neda quien rompió a llorar y salió a la carrera de la habitación, hacia el sótano, donde se escondió en un viejo armario ropero que, según le contó Forugh en cierta ocasión, era el mejor escondite de la casa.

Los niños sabían que el padre de Forugh estaba en la cárcel, pero los demás presos habían vuelto, así que ¿por qué él no? No era justo, había pensado Neda, que ella hubiese recuperado a su padre y Forugh no. Sólo más tarde supo que eran miles los niños cuyos padres nunca regresaron. Fue en 1988, el último año de la guerra, la guerra santa, la sagrada defensa de la revolución, el mejor momento para eliminar a todos los disidentes sin dejar ni rastro.

Las puertas de las cárceles se cerraron, se prohibieron las visitas y empezó la purga.

Se celebraban juicios en los que un consejo especialmente nombrado para la ocasión interrogaba a los prisioneros, sometiéndolos a toda clase de preguntas, desde «¿Eres musulmán?» a «¿Renegarás públicamente del materialismo histórico?». El consejo dividía a los prisioneros entre aquellos cuyas réplicas lo complacían y aquellos que no. Miles de «apóstatas» y «enemigos de Dios», fueron ejecutados de manera sumaria. Algunas fuentes refieren decenas de miles de muertos. Nadie conoce la cifra exacta. Al igual que miles de padres, madres e hijos, el padre de Forugh jamás volvió. Y el único motivo por el que los padres de Neda sí fue porque tuvieron la inmensa suerte de haber cumplido sus penas y haber sido liberados antes de que empezara la matanza.

Neda no sabe cuánto tiempo permaneció en el sótano ese día, pero en algún momento Forugh y Simin bajaron a buscarla, y le hablaron, la consolaron, le enjugaron las lágrimas. Para que se alegrara, Forugh tocó el pequeño y colorido xilófono que su abuelo le había regalado. Luego dejó que Neda jugara con el instrumento mientras su madre las observaba y sonreía para animarlas, dando palmas al compás de la música.

Neda se siente un poco aturdida. Se da cuenta de que ha estado conteniendo la respiración sin querer. Se nota las manos frías bajo la mesa. La violencia del régimen ha sorprendido a Reza porque no sabe lo mismo que ella. Es posible que su padre no le contara que algunos niños nunca pudieron llorar la muerte de sus padres, que se convirtieron en hombres altos y en apariencia seguros de sí mismos, y sin embargo,

en lo más profundo de su ser, siguen siendo niños pequeños sentados en el regazo materno, incapaces de moverse.

Presiona las palmas contra los muslos. Tiene la garganta seca. Lágrimas no derramadas, de ira, le escuecen en los ojos.

¿Sabía el padre de Reza lo que estaba pasando? ¿Hasta qué punto lo sabía? ¿Hasta qué punto estaba involucrado? ¿O acaso no lo estaba en absoluto? Quizá no. Neda aguarda y desea que no.

«¿Tiene tu padre las manos manchadas de sangre?».

La respuesta a esa pregunta podría echarlo todo a perder.

Se pasa una mano por el pelo y mira a Reza, cuyos grandes ojos siguen fijos en ella. «Está poniéndome a prueba —piensa—, quiere comprobar mi reacción, saber si estoy dispuesta a escuchar el resto, si puede confiarme su historia». Neda debe escuchar cuanto él tenga que decir. «Quiere sincerarse». Y sin embargo, casi prefiere que no le hubiese hablado de su padre, que no intente explicárselo, poner las cartas sobre la mesa y esperar de ella que lo escuche sin inmutarse. «¿Qué quiere de mí?». Por un momento decide olvidarlo todo: a Reza, al padre de éste, sus recuerdos. «No tengo por qué quedarme aquí escuchándolo». Y sin embargo no puede evitarlo, no puede dejar de escucharlo, no puede dejar de aspirar su olor, como si quisiera retenerlo dentro para siempre.

—Mi padre creía que aquél no era el país por el que había luchado, el país que había querido construir —prosigue Reza—. Deseaba proteger la revolución, que por entonces estaba amenazada, ya sabes: posibles intervenciones militares extranjeras, la guerra con Irak. Pero las cosas empezaron a tomar un rumbo muy distinto al previsto. Los Guardianes comenzaron a acumular demasiado poder en sus manos, demasiadas riquezas materiales. Mi padre ya no se sentía parte de aquello.

«No es culpa suya», piensa Neda. ¿Cómo podría el mundo seguir girando si cada niño tuviera que cargar con los pecados de su padre? No puede caer en las trampas que la historia le tiende a cada paso. Debe esquivarlas. Debe escucharlo, atender a sus razones.

«Pero ¿funcionará lo nuestro?». ¿O acaso está condenada al fracaso toda relación con un hombre que viene del otro bando?

Neda se encoge de hombros como si quisiera sacudirse la tensión que se los atenaza. Mira a Reza, se fija en sus dedos, que asen con fuerza el vaso. No puede evitar maravillarse ante el mero hecho de tenerlo ante sí. Se pregunta si se habría sentado a la misma mesa que él, si sus mundos paralelos y sin embargo distantes hubiesen llegado a tocarse de haber estado en Irán. No sabe qué hubiese hecho, ni si hubiese tenido siquiera la oportunidad de hacerlo. Sabe que en otra vida, en otro lugar, él habría sido su enemigo. Habría estado tan lejos de ella como cerca está en Italia, pues allí, a miles de kilómetros de distancia, se pierde el devastador carácter personal de la historia, la cual pasa a convertirse en algo que uno ve en las noticias. Menos física, sensorial, real. Las palabras resultan más fáciles de pronunciar, más

leves. Los gestos se vuelven más desinhibidos, las miradas menos cautelosas, los sentimientos menos desgarradores, menos inseparables de los remordimientos, la culpa, el afán de venganza y redención de todo un país. Las palabras dejan de ser, todas y cada una de ellas, una alegoría de algo más elevado, más noble, o bien de algo vil y desdichado; las acciones dejan de ser un símbolo de desafío o conformismo, los silencios la oportunidad de deducir en qué bando estaba alguien y todo intento de alcanzar la felicidad personal una desafortunada distracción de la lucha colectiva por el destino del país. Lejos de ese lugar, sus ojos parecen haber olvidado el constante vaivén de cuando vivían pendientes de un peligro siempre acechante, sus oídos parecen haber recuperado la agudeza habitual, ahora que ya no deben esforzarse por captar el más tenue murmullo, como sucedía cuando todo se decía a media voz. Allí, se sienten libres de dar un paso atrás para observar desde la distancia y sacar conclusiones, y para amar, para amar sin temer lo peor, sin dedos acusadores, sin deber luchar a brazo partido contra el intenso olor a sangre.

«Pero ¿lo amo? —se pregunta—. ¿Es posible que lo ame?».

—Desde entonces, mi padre siempre vivió su oposición al régimen de un modo discreto —continúa Reza—. En realidad, nunca hablaba de ello. Parecía haber perdido todo interés por la política. No se inmutó ni siquiera en las semanas previas a las elecciones de dos mil nueve, en plena campaña electoral, cuando había tanta expectación y sólo se hablaba de los debates presidenciales y demás. Pero luego, tras las elecciones, cuando empezaron las protestas y, sobre todo, la represión, fue como si algo hubiera estallado en su interior, como si fuera la gota que colmaba el vaso. Te aseguro que no se perdió una sola manifestación.

Reza sonríe al recordar la singular evolución de su padre. Un hombre valiente, a su modo de ver, un hombre audaz. Neda advierte en su mirada un cálido destello de orgullo. Responde a su sonrisa, pero no puede evitar hacer cábalas. ¿Cuándo había abandonado su padre la Guardia Revolucionaria? Habían pasado más de treinta años desde la revolución. Eso es mucho tiempo. ¿Cuándo había llegado a la conclusión de que ya no representaba los ideales que estuvieron en su origen? ¿Cuándo había decidido que ya se había derramado demasiada sangre? ¿Antes de que se derramara, o después?

Aunque intenta mantenerlo bajo control, no hacerle caso, Neda siente crecer un nudo en el pecho según va escuchando a Reza, presa de una irrefrenable sensación de culpa e ira. Desde que tiene uso de razón, detesta a los Guardianes, los teme. No es capaz de ponerse a hablar de ellos como si tal cosa, como si no fueran más que un fenómeno interesante digno de estudio, de comprensión. Durante años, en Irán, personas como Neda y su familia han vivido aparte, confinadas en ese mundo de recuerdos donde todos sabían la clase de temor que podía infundir el chancleteo de unas sandalias de plástico. Neda recuerda muy bien la advertencia materna el primer día de escuela: «¡Nunca le digas a nadie dónde estuvieron tus padres!». Había un profundo abismo entre lo que podía decirse dentro de casa y fuera, al otro lado de la

puerta cerrada. Dos mundos paralelos; uno donde nada se ocultaba, ni los recuerdos ni el desprecio de la familia hacia el régimen, y otro donde todo estaba prohibido, donde las voces eran acalladas y los niños heredaban una actitud alerta frente a cualquier cosa que pudiera poner a la familia en peligro, pues cargaban con los secretos de sus padres, pesados como un fardo de piedras que jamás pudieran soltar. Eso formaba parte de la imagen que Neda tenía de sí misma y de su familia: una familia de secretos, de resistencia, de derrota.

«Esto es lo que somos —le había dicho Azar en cierta ocasión—. Y debes ser consciente de ello porque has de saber que tus padres lucharon para que tuvieras una vida mejor. Pero, más allá de esa puerta, no puedes confiar en nadie. En nadie. Ni en tu profesora preferida ni en la vecina, ni siquiera en tu mejor amiga». Azar temía que fueran por ellos de nuevo, que fueran por sus hijos, o que les negaran algo que los demás niños tenían, o que los maltrataran. Creía que aún podían castigarlos, que haber cumplido una pena de cárcel no significaba nada, no los inmunizaba contra el sufrimiento. Creía que «esos otros», los Guardianes de la Revolución, todavía podían tener cuentas pendientes con ellos. Y así vivieron durante años, con el temor de volver a ser castigados, de una venganza no del todo consumada.

Luego empezaron las protestas y se difuminaron los abismos. De pronto, todo el mundo se echó a la calle. «Los hijos de las víctimas y también los de los verdugos». Cada uno de ellos rebosantes de esperanza, expectación, confianza. Los hijos de todos los amigos que sus padres habían hecho en la cárcel salieron a la calle. No habían podido quedarse al margen, ejercer de meros testigos. No habían querido que sus padres fueran los únicos capaces de cambiar el rumbo de la historia. Ésa era su lucha, una lucha que todo lo abarcaba, sin límites, donde iban en un mismo barco que surcaba aguas desconocidas y nadie se quedaba atrás. Las mismas aguas que habían llevado a Reza hasta ella, con el cuerpo roto y el alma maltrecha, las manos tan vacías como las suyas propias, en ese país tan lejano donde parecía mucho más fácil contemplar el pasado.

Entonces lo entiende de golpe, y se queda sin respiración: Reza no había querido escuchar la historia de Azar. Su sonrisa era la de un hombre que no desea saber. Ella lo había obligado. Muy a su pesar, él se había convertido en receptor de su relato. Neda siente que la sangre se le agolpa en las mejillas. Con razón no había vuelto a mencionar el tema, ni a formular preguntas al respecto. No quería echar la vista tan atrás. «Tenía miedo. No quería cargar con la culpa. Se revolvía contra ese sentimiento». Ella lo había advertido en el brillo desafiante que empañaba sus ojos mientras la escuchaba. Sólo por un instante, pero lo había captado. Sin embargo, Neda no pretendía culparlo a él, un refugiado que lo había perdido todo. No lo culpaba de nada. «Ni a tu padre». Sólo quería que supiera que las cárceles se habían llenado mucho antes de que él empezara a protestar, que bajo tierra yacían voces silenciadas.

Y sin embargo, puede que Reza sólo estuviera intentando recordar. Pero ¿qué, si

no sabía nada? «¿Cómo podía no saberlo?». La cabeza le da vueltas, a punto de estallarle. Neda apoya las manos en la mesa, carga en ellas su peso, debatiéndose por dentro. Se lo contará todo. Romperá la promesa que le hizo a su madre. Ha llegado el momento de sacarlo todo a la luz. Ya está bien de secretos, de tragarse las palabras. Tiene que saberse todo. «¡Saberse, saberse, saberse!». Tienen que saberlo Reza y sus amigos, que también han pasado de puntillas por la cuestión, con un silencio similar al suyo, pues la historia ha salido a relucir, y no ha sido ella quien la ha sacado, sino otros, con artículos, entrevistas y cartas a los diarios. La sangre derramada en las calles ha hecho que la gente recuerde cosas que creía olvidadas desde hacía mucho. «Reza tiene que saberlo. Reza por encima de todos». Pues de lo contrario no hay esperanza para ambos.

—¿Cómo se llama tu padre? —pregunta de pronto.

Reza toma un sorbo de cerveza.

—Meysam.

¿Reconocerían ese nombre sus padres? ¿Conocerían siquiera los nombres de sus carceleros, o los llamaban sencillamente «Hermanos» y «Hermanas», sin llegar jamás a pronunciar sus nombres de pila? ¿O tal vez no los llamaban de ninguna manera? Neda sabe que nunca osará preguntarles a sus padres por ese nombre. Un nombre era algo dotado de un peso específico, una realidad difícil de ignorar. «Meysam», repite para sus adentros. Detrás de Reza, en el balcón del conservatorio, las banderas italianas ondean suavemente agitadas por la brisa.

—Mi padre fue el primero de la familia en unirse a las protestas en la calle — prosigue Reza. Se yergue en la silla y tamborilea con los dedos en la base del vaso—. Salía de casa antes que nadie y no volvía hasta la noche, después de que hubiéramos regresado todos los demás, con el cuerpo cubierto de moretones. Siempre lo atacaban. Lo golpeaban con porras. Una vez llegó a casa con la cara ensangrentada. Le habían aplastado el pómulo derecho. —Reza arquea las cejas, sin poder evitar una mueca en la que se mezclan el estupor y el desprecio—. Al principio, intentaba razonar con quienes le daban palizas, les preguntaba por qué le pegaban, les decía que podía ser su padre. Yo no podía creer que dijera esas cosas. ¿Cómo podía ser tan inocente? Pero él se mantuvo en sus trece. Parecía no comprender la gravedad de la situación, lo lejos que estaban dispuestos a llegar.

Neda juguetea con las aceitunas. Cuando por fin coge una, se le escapa entre los dedos y cae al suelo. Se siente desarmada por la vehemencia de Reza, por lo mucho que sufre por su padre. Un frío acerado se instala en su estómago y se transforma rápidamente en una ira ardiente que le sube por la espalda. Mientras se quita el pañuelo amarillo, se le ocurre que quizá el padre de Reza intentó razonar con la Guardia Revolucionaria porque fue uno de sus fundadores. Intenta razonar con ellos porque cree que puede; al fin y al cabo, él contribuyó a su creación. Pero cuando le dan una paliza se percata de que ha perdido el control. De que se han vuelto contra él, han ido más allá, están fuera de su alcance. Le pegan a él también, sin distinguirlo de

todos los demás. No temen derramar su sangre, llegado el caso. Su adiestramiento no contempla la menor vacilación.

Los pensamientos se suceden en la mente de Neda, raudos y ligeros como el agua de un vaso al volcarse. Unos pensamientos que la avergüenzan y atraen a la vez. A caballo entre el horror y la fascinación, comprueba la facilidad con que se desencadenan. Mira a Reza y espera que él no acierte a descifrar lo que traslucen sus ojos.

—Yo le decía: ¿por qué te empeñas en razonar con ellos? —prosigue Reza, pasándose una mano nerviosa por el rostro—. Son incapaces de entender nada. No son más que lobos hambrientos. Peores que lobos. No ven nada excepto la sangre.

—Intentaba cambiar su mentalidad —dice ella sin reflexionar.

—Pero eso era imposible. Querían deshacerse de nosotros. Éramos demasiados, Neda. Demasiado fuertes, quizá. O ellos así lo creían.

Neda deja caer las manos a los costados. Nota que se le afloja el cuerpo. Tiene la sensación de estar hundiéndose irremediabilmente en un mar de desesperación. ¿Cómo va a hablarle a su familia, a su hermano, a su prima Forugh, sobre todo a Forugh, del hombre con quien sale? ¿Serviría de algo que Reza esté ahora en su mismo bando, que se haya enfrentado al régimen, que lo haya perdido todo, que a su padre le hayan dado unas palizas de muerte, que le hayan aplastado la cara con una porra? ¿Aceptaría Forugh algunos de esos atenuantes? «Nada de eso me devolverá a mi padre, ¿verdad que no?».

Neda mira a Reza e imagina a la hermana de éste, con sus mismos ojos, esos dientes diminutos que muestra al sonreír. Piensa en su propia madre, cuyo vientre seguramente empezaba a abultar cuando los Guardianes de la Revolución se la llevaron, pesada como el mar, con el útero y los senos cargados, preparados para la maternidad.

«Ésos son los Guardianes de la Revolución que tu padre contribuyó a crear». Monstruos sin control. Engendros que encarcelaron, torturaron y mataron a su antojo, que llenaron fosas comunes. Los Guardianes cuyos protegidos, más despiadados aún, habían tomado ahora las calles, donde golpeaban, aplastaban y mataban cuanto hallaban a su paso. Los mismos que habían pateado el vientre de la hermana de Reza y el bebé que crecía en su seno. Su padre había fundado la Guardia Revolucionaria y luego se había desentendido porque ya no representaba los ideales por los que luchó. Pero los monstruos campaban a sus anchas. Era demasiado tarde.

«Si no para mi madre, sí para tu hermana».

Neda siente que le falta el aire. Tiene ganas de llorar. Desearía que su madre estuviera allí para apoyar el rostro contra su pecho, notar su cálido abrazo, oír su corazón y abandonarse, y dormir, y despertarse con el dulce perfume de las flores del jacarandá y el rumor de los leves pasos de Azar en el patio. Nada le brinda una mayor sensación de paz que la inquebrantable certeza de esos pasos, la cercanía de esa fragancia.

Por un instante, ambos guardan silencio. Ahora esbozan un gesto fatigado, ausente. Permanecen inmóviles, como si dejaran que todos los recuerdos se asentaran. Pasan unos segundos hasta que finalmente se buscan con la mirada. Reza abre los dedos, coge la mano de Neda y la aprieta suavemente.

—Demos un paseo —propone, y le sonrío con dulzura—. Voy a pagar. Invito yo.

Neda asiente y lo ve alejarse. Mira alrededor en la plaza. Las farolas iluminan la fachada del conservatorio y los edificios circundantes, arrojando sombras irregulares sobre las macetas de los balcones. Dos niñas con sendos vestidos rosados juegan a perseguirse al pie de la estatua. Tras las ventanas ahora cerradas del conservatorio reina el silencio. Un grupo de jóvenes de ambos sexos se arremolina ante sus puertas entornadas, charlando, algunos de ellos fumando un cigarrillo y soltando bocanadas de humo por encima del hombro, con sus instrumentos musicales en grandes fundas negras a cuestas. Neda cruza los brazos y los aprieta contra el pecho. Se siente dolorida, zarandeada, exhausta. No oye nada, como si una pesada cortina de silencio cubriera sus oídos, ahogando todos los sonidos.

En cierta ocasión, le había confesado a su padre que le producía cierto desasosiego pensar que, mientras los prisioneros languidecían en las cárceles del régimen, sus nombres y las fotos de sus jóvenes rostros circulaban en internet a través de Facebook. Ismael le había replicado: «Por lo menos ahora se conocen sus rostros y sus nombres están en boca de todos. Nosotros moríamos sumidos en el silencio».

Instantes después, la puerta del bar se abre y reaparece Reza. El traje azul le viene un poco grande, desdibujando los contornos de su espalda recta y sus hombros anchos. Sonríe al acercarse, con el rostro iluminado como si la viera por primera vez. Ella siente un cosquilleo en el estómago y se queda casi sin aliento ante la naturaleza tierna, acogedora y sin embargo rebelde de su atractivo. Imagina a sus propios padres en su lugar. Los ve caminando juntos bajo la resplandeciente luz de las pastelerías y las tiendas de frutos secos que se suceden en la acera. Él con las manos a la espalda, ella un poco más baja, con una mano sobre el bolso, la otra casi cerrada. Sus padres no eran refugiados. Se quedaron y fueron a la cárcel, y al salir tuvieron la osadía de criar a sus hijos en el mismo país que había cortado las alas a sus esperanzas y a su futuro.

Neda desearía que sus padres hubiesen encontrado sus propios protectores, sus talismanes. Que no hubiesen sufrido tanto, catapultados a otra realidad donde no tardarían en comprender que su lucha les había sido arrebatada. A veces, desearía retroceder en el tiempo para echarles una mano, para ayudarlos a cruzar ese puente inestable que mantenía unidos los dos mundos, el del horror y el de la esperanza. Quizá sea demasiado tarde para sus padres, pero a ella aún le queda Reza. En sus ojos adivina la misma angustia que en tiempos en los de sus padres, y confía en poder borrarla. Por eso no puede renunciar a él, al margen de donde venga y de a qué bando haya pertenecido. Neda se levanta.

—¿Estás cansada? —pregunta él.

Ella niega con la cabeza. Una sonrisa aflora a su rostro. No soporta la intensidad de su mirada. Posa las manos sobre los ojos de Reza, que los cierra, haciéndole cosquillas con las pestañas.

Neda se nota la boca reseca. Tiene que tragar saliva para poder hablar.

—Siento mucho lo de tu hermana —dice con una voz que parece venir de muy lejos y que se quiebra. Tiene los ojos anegados en lágrimas calientes.

Reza desliza las manos de Neda por su propio rostro. Sus ojos oscuros relucen de ternura, de tristeza, de una pena que late sin cesar. La atrae hacia sí y la abraza con tal fuerza que casi le hace daño. Pero a ella le gusta esa presión, la sensación de que sus huesos están a punto de resquebrajarse entre sus brazos fornidos y su pecho. Se aprieta contra él mientras un temblor la recorre. Luego Reza se inclina y deposita un tímido beso en sus labios mojados. Ella respira su aliento, cálido, vacilante, como si tanteara el terreno antes de lanzarse. Neda le devuelve el beso. Algo en ella se vacía, se derrama para llenarlo a él.

Después Neda se desase suavemente de Reza y busca en su bolso un pañuelo. Nota sus ojos clavados en ella mientras se enjuga los ojos y se suena ruidosamente. No lo mira, pero es más consciente que nunca de su presencia. Reza se endereza ante ella como un gigante, como si pretendiera tapar un agujero. Neda capta el olor a serrín en su piel tibia.

—No era mi intención hacerte llorar —se excusa él.

Ella agita una mano, como restándole importancia. No es capaz de mirarlo a la cara, de sostener su mirada, por temor a llorar de nuevo.

—No es culpa tuya. No pasa nada.

—¿Ha sido por lo de mi hermana?

Neda sigue rebuscando en las profundidades de su bolso.

—Tu hermana, mi madre... —Se le quiebra la voz, se hunde sin remedio en su pecho. El nudo amenazador vuelve a trepar por su garganta, y las lágrimas acechan tras los párpados ardientes. Agita una mano delante del rostro para hacerle comprender que no puede hablar.

—Demos un paseo, ¿de acuerdo? El aire fresco nos sentará bien.

Ella echa a reír; en su risa resuena un sollozo roto, ahogado.

—¿Y que hay aquí, si no aire fresco?

Él también ríe.

—Ya, pero será distinto si paseamos. Podemos ir hacia el río.

—De acuerdo.

Neda se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja, se yergue y observa la calle adoquinada. Empieza a recuperar la calma. En la brisa que mece su pelo distingue el olor del tráfico y de algo delicioso que se cuece al fuego.

—La verdad es que se me ha abierto el apetito —declara Reza—. Debe de ser por la cerveza, quizá también por el queso. ¿Cómo se llamaba ese que hemos comido?

Neda se mete el pañuelo en el bolsillo. Aún le escuece la nariz, los ojos.

—¿Cuál de ellos?

—El que llevaba miel.

Neda reflexiona.

—Fontina.

—Estaba buenísimo.

—Sí —conviene ella, sonriendo.

Reza le ofrece el brazo. Son tantas las cosas que Neda aún no le ha contado, tantas las historias que se ha guardado para sí... «Pero no hay prisa. Tenemos tiempo».

Ella se coge de su brazo con fuerza, sin vacilar. Juntos abandonan la protección de la sombrilla blanca y se adentran en la noche serena. Cruzan la plaza, dejando atrás la estatua ecuestre del general, a los ancianos sentados en los bancos, a las personas que hacen cola delante de un cajero automático.

De pronto, dejándose llevar por la euforia, Reza la coge de la cintura, tira de ella y la alza en volandas. Se pone a dar vueltas mientras Neda se aferra a su hombro y grita de sorpresa, luego estalla en carcajadas, sintiéndose ingrávida en sus brazos. Las luces de la plaza giran alrededor como fulgurantes y alegres mariposas. Neda ríe sin parar y la emprende a inofensivos manotazos con él, mientras le suplica que la suelte.

El corazón le late con fuerza cuando sus pies tocan el suelo. «Es como un niño», piensa sin dejar de reír, alisándose el vestido, el pelo negro y sedoso. El eco de la risa de Reza aún resuena en sus oídos cuando él echa a caminar con paso ligero y confiado. Su cuerpo sólido, robusto, avanza a zancadas bajo el resplandor que baña la plaza. Es más niño de lo que ella recuerda haber sido, más de lo que su hermano o su prima fueron nunca. Y es que los secretos te roban la infancia. Historias de muerte, eso eran, de hombres y mujeres en la horca. Cuando la muerte se instala, la niñez se desvanece. Reza no lo sabe. Son muchas las cosas que ignora. Quizá no sepa a qué huelen las flores del jacarandá.

«Algún día te llevaré conmigo a ver el jacarandá», piensa, acompasando su paso al de él, encajando la mano en la suya. «A lo mejor —se dice sonriente—, ya estamos de camino».

Agradecimientos

Siempre estaré en deuda con las siguientes personas:

Con mi madre, por la noche en que viniste a mi habitación y dijiste: «Te lo contaré todo».

Con mi padre, por las cartas que escribiste mes tras mes, año tras año, para que sintiera que estabas conmigo en esos largos siete años en que no pudiste estarlo; por contestar a todas mis dudas.

Con mi hermano, Navid, mi mejor crítico y amigo, por hacer siempre las preguntas acertadas; por conseguir que una mirada sea suficiente y las palabras innecesarias.

Con mi abuela Aba, por seguir colmándome con su amor incluso desde el otro lado del tiempo. Con mi abuelo Agha y mi tío Ebrahim, por estar siempre ahí.

Con mi prima Siavash, mi primera compañera de juegos y de pupitre, por hacer ese viaje a Italia y traerme la foto en que salimos los tres.

Con mi compañera de armas, Mehrnoush Aliaghaei, por ser la lectora ideal; por tu amistad; por tu pasión y tu entrega.

Con Tania Jenkin, Tijana Mamula, Soheila Vahdati Bana, Marjan Esmatyar, Joy Lynch y Maria Elena Spagnolo, por darme ánimos y apoyarme a lo largo de los años.

Con Fateme Fanaeian y Sadegh Shojaii, por traerme desde Irán el aliento de la revolución verde.

Con Victoria Sanders, mi maravillosa agente, por creer en mí y en este libro. Y con Chandler Crawford, a quien agradezco de todo corazón que haya creído en este viaje.

Con Benee Knauer, por guiarme con meticuloso afán, por ayudarme a parar y reflexionar.

Con Sarah Branham y Arzu Tahsin, mis fantásticos editores, por vuestra ilusión, sagacidad y entusiasmo; por confiar en mí.

Con mi tío Mohsen, por el sutil influjo de tu recuerdo en nuestras vidas.

Con mi marido, Massimo, por tu amor y tu fuerza; por escucharme; por haberlo leído todo, desde los primeros y turbadores relatos; por haber creído siempre en mí. Nada de esto sería posible sin ti.



SAHAR DELIJANI (Teherán, Irán, 1983). Sahar Delijani nació en la prisión de Evin, en Teherán, en donde sus progenitores permanecieron detenidos por sus actividades políticas contrarias al régimen islámico del Ayatolá Jomeini. La madre de Delijani pasó dos años y medio en la cárcel y su padre cuatro años. Su tío, el hermano menor de su padre, fue uno de miles de presos políticos ejecutados y enterrados en fosas comunes por el régimen en 1988. Delijani, su hermano mayor y su primo fueron criados por sus abuelos y tíos hasta la liberación de sus padres.

En 1996, a la edad de 12 años, Delijani y su familia se mudaron al norte de California. En 2002 asistió a la Universidad de Berkeley donde obtuvo una licenciatura en Literatura Comparada, graduándose en 2006.

Actualmente vive con su esposo, el filósofo y semiólogo italiano Massimo Leona en Turín, Italia.

Notas

[1] Dulce típico preparado con pasta de sésamo y frutos secos. (*N. de la T.*) <<